

IVÁN VÉLEZ



LA
CONQUISTA *de*
MEXICO

UNA NUEVA ESPAÑA



ÍNDICE

1. Piedras y corazones
2. Rumbo a las Indias
3. Centauros en Centla
4. San Juan de la Vera Cruz
5. La estrategia de papel
6. Quemar las naves
7. Guerra y alianza con Tlaxcala
8. Herodes en Cholula
9. Cosas nunca oídas ni vistas
10. En la corte de Tenochtitlan
11. Prendimiento y prisión de Moctezuma
12. Pánfilo de Narváez
13. Guerra entre españoles
14. La matanza del Templo Mayor
15. La noche triste
16. Otumba
17. Convalecencia en Tlaxcala
18. Bergantines entre volcanes
19. El asedio de Tenochtitlan
20. La conjura de Villafaña
21. La guerra anfibia
22. El dédalo de Tlatelolco
23. La ofensiva final
24. El banquete y el botín
25. Más allá de Tenochtitlan
26. Las hibernas
27. El mar del Sur
28. Hombres de frontera
29. La Nueva España pacificada
30. La esfera, la cruz y la pluma

Bibliografía

Notas

Créditos

PIEDRAS Y CORAZONES

La ciudad que fascinó a los españoles se asentaba sobre una isla rodeada por lagos de escasa profundidad, en el fondo de un valle cerrado por volcanes de cumbres nevadas. Cosas propias del *Amadís de Gaula*, una nueva Venecia. Esas fueron las comparaciones que los barbudos establecieron al ver aquella gran metrópoli de calles ordenadas y casas construidas alrededor de patios, en cuyas estancias giraban las piedras de moler maíz y los husos con los que las mujeres hilaban algodón.

Los antepasados de los mexicas habían llegado hasta allí buscando tierras fértiles hacia 1325. Su primer asentamiento, así lo cuenta la leyenda, se produjo sobre un islote ubicado en el oeste del lago de Texcoco, en el que el Quinto Sol, Huitzilopochtli, transformado en águila, se posó sobre un nopal. Dos siglos más tarde, el primer núcleo había crecido sobre un suelo artificial ganado al agua por la que circulaban multitud de canoas. Tres vías o calzadas principales comunicaban Tenochtitlan con la tierra que circundaba al lago salobre de Texcoco, separado de las aguas dulces del lago de México por una albarrada que protegía la ciudad de las periódicas inundaciones. En las orillas de la gran superficie acuática se alzaban lugares como Coyoacán, Tacuba o Chalco, que replicaban la urbe en la que gobernaba Motecuhzoma Xocoyotzin, al que nos referiremos por su nombre hispanizado: Moctezuma. Del corazón de la ciudad, de su centro ceremonial, dominado por el Templo Mayor, partían los cuatro rumbos del universo, las direcciones cardinales que estructuraban la metrópoli y ordenaban un cosmos estratificado en tres niveles: el inframundo, el terrestre y el celeste, lugar al que accedían los guerreros caídos en combate,

los que eran sacrificados a los dioses y las mujeres que morían durante el parto.

La ciudad de Tenochtitlan gravitaba sobre la gran pirámide,alzada sobre una plataforma desde la que arrancaban dos escalinatas de huellas cortas, que obligaban a los sacerdotes a subir de lado, evitando así que los mortales miraran a los ojos a los dioses o les dieran la espalda al descender. Las escaleras recorrían la enalada piel de los cuatro cuerpos del templo, en cuya cumbre se alzaba el adoratorio del dios Tláloc, señor de la lluvia y la fertilidad; y el de Huitzilopochtli, hijo menor de Coatlicue, la diosa de la falda de serpientes, y hermano de la diosa luna, Coyolxauhqui, a quien, según la leyenda, derrotó y desmembró, arrojándola desde una montaña. Los sacrificios hechos en las pirámides no hacían sino imitar, a escala humana, lo ocurrido en la divina. Señor de la caza y de la guerra, Huitzilopochtli, también llamado «el Colibrí Azul», era el dios tutelar de los mexicas, que temían un final catastrófico, anticipado por vientos, incendios, inundaciones y terremotos, que precederían a la llegada de seres monstruosos. Un fin solo aplazable mediante el constante suministro a los dioses de sangre humana y de ocasionales ofrendas de bellos objetos: discos y orejeras de turquesa, cascabeles de oro, caracoles traídos del Atlántico o jadeíta procedente de la actual Guatemala. Consagrados a las deidades, los sacerdotes lucían sus cuerpos ennegrecidos, cubiertos por túnicas sobre las que caían largas cabelleras apelmazadas por las salpicaduras de la sangre de los sacrificados. Sus rostros estaban enmarcados por orejas desgarradas por los pinchazos que, con púas de maguey, se infligían para sangrarse en honor a las divinidades. Punzadas que también se extendían, en ocasiones, a la lengua e incluso al pene, razón por la que algunos clérigos españoles llegaron a creer que podía tratarse de moros o judíos.

La continua demanda de sangre humana operaba tras muchas de las acciones de un pueblo que en 1428, después de sacudirse el yugo tepaneca, fundó las bases de un imperio mantenido por su potencia militar. La victoria sobre el campo de batalla se vio acompañada de un reajuste del pasado, que se consumó con la quema de los antiguos códices, en los que los nuevos señores aparecían como un pueblo de escaso refinamiento. Algunos restos de aquella rudeza persistían, no obstante, en la Tenochtitlan de principios del XVI.

La sociedad mexicana seguía siendo belicosa, incluso espartana en algunos aspectos. La aristocracia enviaba a sus hijos varones a unas escuelas de elocuente nombre, las *calmécac* o «casas de lágrimas», donde los infantes eran severamente instruidos en el arte de la guerra. Ya en la adolescencia, la formación se completaba en el *telpochcalli*, bajo la atenta mirada de veteranos de guerra. En estas academias militares, los jóvenes aprendían a emplear el arco, la tiradera o lanzadardos, la onda y la lanza. Armas de madera, con puntas de obsidiana, pedernal, cobre e incluso de espinas de pescado pegadas con resina de pino, que se completaban con el *macuahuitl* o macana, una espada de cuerpo plano de madera, en cuyos filos se incrustaban navajas de obsidiana que, al atravesar la carne, se rompían en esquirlas al impactar con el hueso, provocando hemorragias e infecciones a menudo más mortíferas que el propio tajo. Las armas se complementaban con elementos defensivos: cascos de madera recubiertos de plumas o pieles, rodela que se ataban al antebrazo, y armaduras de algodón endurecidas con sal, que fueron adoptadas por los españoles, pues además de ser ligeras, permitían la transpiración, algo fundamental en el clima del Anáhuac. En el manejo de estos instrumentos de guerra se empleaban los jóvenes que, a los dieciocho años, estaban preparados para contribuir a mantener la hegemonía sobre un amplio territorio bañado por dos océanos. Los guerreros solían estar vinculados a una serie de órdenes militares —águila, jaguar, coyote— de connotaciones totémicas, que constituían el grueso de una hueste en la que también se integraban sacerdotes. Hombres de religión que acudían al campo de batalla para llevar las imágenes divinas, pelear e intervenir en la captura de los dioses tutelares de los enemigos, que de algún modo replicaban las capturas humanas destinadas al sacrificio.

Dos tipos de guerreros, distinguidos por sus atuendos, son los más célebres: los guerreros águila y los guerreros jaguar. El primero de ellos, consagrado a Huitzilopochtli, vestía un mono cubierto de plumas que se colocaba sobre la armadura de algodón. Su casco reproducía la cabeza de un águila con el pico abierto, a través del cual asomaba el rostro del soldado. En cuanto al traje del guerrero jaguar, animal vinculado a Tezcatlipoca, este solía ser fruto de un tributo exigido a algunas provincias del imperio, y era un vestido que cubría todo el cuerpo con la piel del felino, aunque también podía

ser de algodón, simulando la piel del jaguar. Aunque menos conocidos, en el campo de batalla sobresalían los feroces guerreros *cuachic*, que peleaban casi desnudos, con sus cuerpos cubiertos por pinturas. Solían estar a cargo de algunos novatos y, según el jesuita novohispano Francisco Javier Clavijero, contaron en sus filas con el propio Moctezuma. Si los trajes eran importantes, no lo eran menos los estandartes militares, como se pudo comprobar en Otumba. Solían ir atados a la espalda de determinados hombres y servían para aglutinar y dirigir las tropas.

Para ascender jerárquicamente en la escala militar, un joven disponía de hasta tres oportunidades para capturar a un prisionero de guerra, pudiendo hacerlo de manera individual o en grupo. Si lo lograba, se le teñía el cuerpo de amarillo y la cara de rojo, en el curso de una compleja ceremonia en la que recibía mantas y un braguero que denotaba su nuevo rango. A partir de entonces podía vestir el chaleco de algodón, un penacho de plumas, bezotes, narigueras y orejeras. La tercera captura de un guerrero permitía capitanear una compañía y compartir sus conocimientos en el *telpochcalli*. El fuerte belicismo de la sociedad mexicana se concentraba en la figura del *tlacalecuhli*, o jefe de hombres, cargo al que se llegaba por elección de los notables. La violencia mexicana no se desplegaba únicamente en el campo de batalla. Prueba de ello es el hecho de que Chimalpopoca y Ahuitzol murieron asesinados a manos de sus compatriotas. La configuración del Imperio mexicano, constituida por una Triple Alianza que incluía a las gentes de Tlacopan y Texcoco, propiciaba las luchas dinásticas y de poder que, no obstante, permitieron la extensión de un dominio que garantizaba el pago de tributos. A Tenochtitlan llegaban multitud de mercancías, pero también hombres, mujeres y niños con los que se nutría a los dioses zoomorfos.

Pese a que el hombre que gobernaba aquella alianza, Moctezuma, ha sido presentado como impresionable, supersticioso, incluso pusilánime, lo cierto es que su mandato estuvo marcado por la severidad. Lejos había quedado el refinado ambiente que caracterizó a la corte de Texcoco, en la que había reinado el rey-poeta Nezahualcóyotl, a quien siglos después, Clavijero comparó con Solón.

Con la figura sagrada del *huey tlatoani* en la cúspide del poder, los planos bélico y religioso se mezclaban en las llamadas «guerras floridas».

Estos acontecimientos bélicos se han presentado como un conjunto de combates singulares de aromas caballerescos desarrollados cuerpo a cuerpo, con igualdad de oponentes por cada bando y protagonizados por nobles que tenían como objetivo la captura de prisioneros. Sin embargo, las guerras floridas excedían estas idealizaciones. Aunque en ellas se daban luchas individuales, el complejo equilibrio político que se vivía en el Anáhuac exigía algo más que una suerte de justas en las que peleaban personajes ávidos de gloria. El uso de arcos y flechas en las batallas habla de una lucha indiscriminada y colectiva, que no excluía la posibilidad de peleas entre caudillos militares que mantendrían las esencias bélicas más arcaicas. A pesar de la omnipresencia de elementos religiosos, los mexicas no solo debían velar por mantener el orden cósmico, sino también por sostener el terrenal, y era sobre la tierra donde mostraban su ferocidad ante otras sociedades. Entre estas destacaban las asentadas en el valle de Puebla, que en 1504 los habían derrotado, dejando sobre el terreno los cadáveres de un hijo de Moctezuma y los de varios parientes del emperador. La derrota, acaso la más importante después de la sufrida por Axayácatl frente a los tarascos, provistos de armas de cobre, mostró las flaquezas del dominio bélico mexica, que podían hacer peligrar el equilibrio tributario en el que se apoyaba Tenochtitlan. La respuesta no se hizo esperar. Tlaxcala fue severamente castigada, mientras Cholula quedó estrechamente sujeta a la capital. Estas circunstancias sirven para replantearse el análisis de unas guerras que llamaron la atención de los conquistadores. Extrañado de que Tlaxcala no fuera totalmente sometida, Andrés de Tapia preguntó por ella al propio Moctezuma, quien le respondió que, aun pudiéndolo hacer, no se hizo porque, si Tlaxcala caía definitivamente, «no quedara donde los mancebos ejercitaran sus personas». Las guerras floridas, además, mermaban la potencia militar de los adversarios. Junto a la utilidad como tropas de entrenamiento, los tlaxcaltecas ofrecían algo muypreciado en Tenochtitlan: «Queríamos que siempre hubiese gente para sacrificar a nuestros dioses». Los dioses exigían sangre fresca, cuerpos no excesivamente fatigados, y la proximidad de Tlaxcala garantizaba todo ello. Pese a que en sus respuestas Moctezuma camuflara cierta impotencia — recordemos la derrota comentada—, Tenochtitlan tenía asfixiada a Tlaxcala. Terminada la conquista, Diego Muñoz Camargo, novohispano tlaxcalteca,

relató en su *Historia de Tlaxcala* cómo Moctezuma impidió a sus antepasados el uso de ropas de algodón y plumería, pero también el consumo de cacao y sal. Pese a estas condiciones tan extremas, Tlaxcala se mantenía firme cuando llegaron los españoles, circunstancia que favoreció mucho a estos.

Tanto en el campo de batalla como en los adoratorios se derramaba sangre, si bien era en los templos donde se desplegaban unas sofisticadas ceremonias que comenzaban con la llegada a Tenochtitlan de los vencedores, recibidos en loor de multitud, y acompañados de su botín humano. Estos últimos, los prisioneros de guerra, a menudo conservaban la vida hasta el paso del invierno a la primavera. Durante el tránsito del 20 al 21 de marzo, iluminados por una gran hoguera, eran sacrificados en el transcurso de una ceremonia multitudinaria. La fiesta venía precedida por una serie de ayunos y sangrientas penitencias, a las que se sometían los guerreros mexicas. El día comenzaba con el sacrificio de algunos cautivos, a los que se les arrancaba el corazón con un cuchillo de sílex. Desposeídos del corazón, eran desollados y su piel, junto con ciertos atributos divinos, era vestida por otros que participaban en un nuevo ritual. Una serie de combates fingidos protagonizados por dos bandos enfrentados entre sí, con cuya pugna se deleitaba el público congregado, daban continuidad a la jornada.

Tras estas luchas se pasaba a otra fase, aquella en la que el prisionero, al cual se le ataba una pierna a una gran piedra, peleaba contra una serie de notables. El cautivo, al que se le daban armas falsas y se le suministraban sustancias que hacían más llevadero el trance, luchaba convertido en una suerte de gladiador bajo el son de los tambores. Cuando era herido por un guerrero águila o jaguar, la señal de la sangre daba paso a la extracción de su palpitante corazón, cuyo «vaho» era ofrecido al sol por un sacerdote. Extraído el corazón, que se quemaba en un brasero, la cabeza era separada del cuerpo y podía integrarse en el *huey tzompantli*, estructura de postes y travesaños de madera a modo de ábaco o andamio, en la que se insertaban hileras de cráneos agujereados por los parietales. El gran *huey tzompantli* de Tenochtitlan estaba rematado en sus extremos por dos torres circulares, construidas con cabezas de guerreros unidas por cal. Decapitado y desmembrado el cuerpo, el torso era arrojado escaleras abajo, mientras sus extremidades, muy apreciadas, eran comidas por los guerreros. Las manos y los pies se destinaban al gran

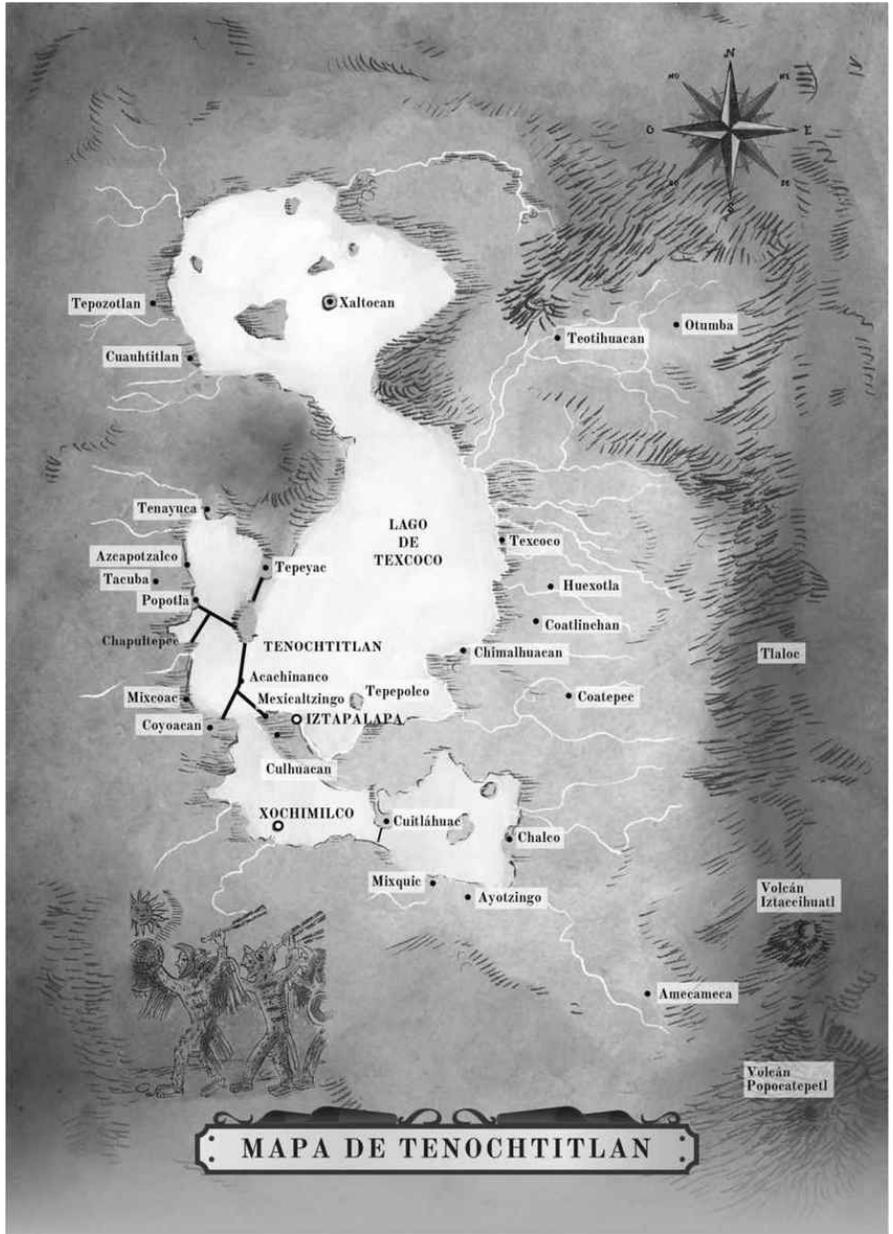
sacerdote y al gobernante. Los cautivos satisfacían de este modo a los dioses, pero también a las castas sacerdotal, militar y política, colectivos fuertemente interrelacionados. Los sacrificios humanos horrorizaron a los conquistadores españoles. Sirva como ejemplo la descripción que hizo Bernal Díaz del Castillo, al contar cómo a sus compañeros capturados en la Noche Triste «los aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo».¹

Si las fiestas descritas, con su trasfondo bélico, eran importantes, existían otros macabros festejos como el del Atlcahualo, que tenía lugar el primer mes del año del calendario mexica, coincidente con nuestro febrero. Celebrado en honor a Tláloc, durante el Atlcahualo, se sacrificaban niños en cimas de montañas sagradas y en las orillas del lago Texcoco. Las ceremonias tenían una gran carga alegórica. En ella debían participar una serie de númenes masculinos, los *tlaloques*, encargados de asistir a Tláloc durante los eventos pluviales, personificados ritualmente por niños de entre dos y nueve años, que eran comprados a sus padres. Tras pasar la noche en la Casa de la Tristeza, las criaturas eran ricamente ataviadas con atributos propios de la deidad, antes de ser conducidos a los templos y santuarios. Durante la procesión, las lágrimas derramadas por los niños eran interpretadas como un indicio de futuras y abundantes lluvias. Una vez sacrificados, los infantes eran cocidos y comidos. A Tláloc, deidad del inframundo, siempre amparado por Ehécatl, dios del viento encargado de barrer los campos como preludeo de la lluvia, también se le dedicaba el festival de Tozoztontli, en el cual los sacerdotes llevaban las pieles de los desollados a cuevas sagradas. Todos estos sangrientos hitos pautaban la vida de los mexicas y tenían una dimensión económica y propagandística indudable, pues a ellos asistían los habitantes de Tenochtitlan, pero también los señores de otros pueblos, que quedaban impresionados por el poder mexica, concentrado en la figura del emperador Moctezuma, del que esbozaremos mínimamente su figura.

Hijo de Axayácatl, Moctezuma Xocoyotzin ocupó el trono mexica en 1502, una vez muerto su tío, el expansionista Ahuiztotl. Su ascenso se cimentó en sus logros bélicos, pero también en su formación religiosa. Moctezuma era un guerrero, y además había pertenecido al cuerpo sacerdotal. Estas circunstancias hacían coincidir en su persona los intereses de esos dos poderosos colectivos. Era, asimismo, un intérprete de fenómenos astrales y

extraños, algunos de los cuales precedieron —o se reelaboraron retrospectivamente— a la llegada de los españoles. Los poderes del mundo mexica se concentraban en la persona de Moctezuma, cuya condición cuasi divina quedaba preservada por un rígido protocolo, fortalecido por él mismo tras su acenso al trono, que impedía que sus súbditos le mirasen a la cara, le hablaran en voz alta o le volvieran la espalda. El *huey tatloani*, es decir, el hombre facultado para hablar con los dioses, tenía su palacio dentro del espacio ceremonial. Por sus suntuosas dependencias, protegidas por una fiel guardia personal, desfilaban malabaristas, acróbatas, músicos, enanos y jorobados, que ofrecían distracciones entre las audiencias y los parlamentos que Moctezuma mantenía con personas principales. La vida palaciega, interrumpida por periodos de retiro religioso, se completaba con la dedicación a su cuidada higiene, acompañada de varios cambios diarios de atuendo y la presentación de decenas de comidas servidas en platos de un solo uso, de las que el emperador apenas probaba bocado, antes de repartir el resto con sus acompañantes. Terminada la comida, Moctezuma fumaba un tabaco con el que «se adormía». En los alrededores de sus aposentos se localizaban una casa de aves, un recinto donde se cuidaban serpientes y otro en el que se encerraban fieras cuyos sonidos rompían el silencio que envolvía a Moctezuma.

Además de en su centro, la trama de la capital mexica, habitada por más de doscientas mil personas a la llegada de los españoles, se abría en puntos como el gran mercado de Tlatelolco, nombre nahua que hace referencia a *tlatelli*, es decir, «terrace». A través de las calzadas, a él afluían las gentes y mercancías más variadas, transportadas a la espalda de *tlamemes*.² Alimentos, animales, rica plumería de quetzal, joyas y tejidos, pero también minerales como la obsidiana, con que se daba filo a las armas de batalla y el sílex con el que se fabricaba el puñal que se hundía en el cuerpo de los cautivos en busca de su corazón, llegaban a diario a Tenochtitlan. Por esas mismas vías que nutrían a la ciudad llegaron un día unos exóticos visitantes.



MAPA DE TENOCHTITLAN

RUMBO A LAS INDIAS

El de 1492 fue un año trascendental. Con la toma de Granada y el descubrimiento de Las Indias, el proyecto imperial hispano, que aunaba objetivos políticos y religiosos, desbordó los límites peninsulares e incluso continentales, y adoptó una escala universal. Años antes, en 1468, la boda entre Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón había culminado una larga tradición de enlaces matrimoniales cuyo fruto fue la integración de las dos coronas en una misma familia. Bajo el lema *Tanto monta*, los Reyes Católicos reunieron unos reinos que se extendían por el sur de Italia y el Mediterráneo, posesiones que encontraron su vía de expansión hacia Occidente. En su viaje hacia Las Indias, Colón desembarcó en unas tierras que el tiempo demostró pertenecientes a un nuevo continente, a un Nuevo Mundo repleto de riquezas, de especies desconocidas, pero, sobre todo, habitado por unos hombres en distinto grado civilizatorio, que desconocían el Evangelio.

La unión entre Isabel y Fernando, consolidada tras la victoria sobre sus opositores internos, el bando que orbitaba en torno a Juana la Beltraneja, permitió alcanzar una estabilidad desconocida durante el reinado de Enrique IV. Sin embargo, el nuevo equilibrio político seguía siendo frágil. La muerte del príncipe Juan, en cuya persona debía recaer la corona, y la posterior de su hermana Isabel, dejó como heredera de los reinos a Juana, que pasó a la historia como Juana la Loca. Muerta la reina Isabel en 1504, en 1506 llegaron desde Flandes la reina Juana y su consorte, Felipe el Hermoso, arropado por su corte borgoñona. La presencia de los extranjeros produjo no pocos recelos y turbulencias en Castilla, solo apaciguadas por la temprana muerte de Felipe,

fallecido a los veintiocho años, según cuenta la tradición, después de beber agua fría al término de una partida de pelota. Mientras todo esto ocurría en España, en Flandes había quedado un niño llamado Carlos. Nacido en Gante en 1500, el hijo de Felipe y Juana, pese a la oposición del Consejo de Castilla, fue proclamado rey de Castilla y Aragón el 14 de marzo 1516. Fue durante su mandato, compartido con su madre, apartada del trono y encerrada en Tordesillas desde 1509 hasta su muerte, cuando se conquistó México. Con Juana apartada del mundo, antes de la llegada de Carlos a España en 1517, su abuelo Fernando y el Cardenal Cisneros ocuparon el poder. En este cambiante contexto político transcurrió el tiempo en el que se afianzó la presencia española en el Caribe y en el que se produjeron las primeras incursiones en el continente.

Pese a sus éxitos como marino, Colón mostró pronto sus deficiencias como gobernante. Fracasado en el intento de implantar en las islas una factoría esclavista similar a las existentes en Génova, fue desposeído de sus cargos. Francisco de Bobadilla se encargó de capturar al venal almirante, apodado *El Faraón* por su despotismo. Bobadilla, además de enviar preso a España a Colón, impulsó la Audiencia de Santo Domingo, institución que estuvo acompañada de una serie de cabildos municipales.

En 1502 llegó a La Española la flota capitaneada por frey Nicolás de Ovando, gobernador general de Las Indias, que sustituyó a Francisco de Bobadilla. Junto a Ovando desembarcaron unos 1.500 españoles. Un año más tarde, Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y viejo enemigo de Colón, fundó la Casa de la Contratación de Sevilla, inspirada en la portuguesa Casa de Indias, en la cual, se llevaban a cabo los rigurosos exámenes que debían superar quienes aspiraran al puesto de piloto de Su Alteza. Autoridad máxima para las cosas del Nuevo Mundo, Fonseca se enriqueció y dominó un tramo decisivo del despliegue ultramarino español. Gracias a él, Diego Colón accedió al cargo de gobernador de La Española en 1508, designación que obligó a Ovando a regresar a España, donde fue nombrado comendador mayor de la Orden de Alcántara. No acabarían ahí los cambios. Muerto el rey Fernando, Cisneros ocupó la regencia del trono de Castilla y Diego Colón fue sustituido por los jerónimos fray Luis de Figueroa, fray Bernardino de Manzanedo y fray Alonso de Santo Domingo. La elección de esta orden, tan

próxima a la Corona, trataba de evitar las tensiones entre dominicos y franciscanos. A la terna se unió el juez en Indias, Alonso de Zuazo. El poder religioso, que había ganado posiciones con Cisneros, fue compensado por el rey Carlos cuando ocupó el trono español, con el envío del juez Rodrigo de Figueroa como contrapeso al grupo cisneriano. La llegada del monarca a España no solo sirvió para el desembarco de su entorno flamenco, sino también para que Fonseca y sus partidarios recuperaran parte del terreno perdido. El proceso concluyó con el nombramiento de Rodrigo de Figueroa como gobernador de La Española en diciembre de 1518. Mientras todo esto ocurría en los salones palaciegos, la costa que se abría frente al archipiélago caribeño ejercía una poderosa atracción entre muchos de los hombres que no habían hecho fortuna lejos de la Península. Pronto se desató una verdadera carrera hacia un territorio del que se ignoraba si era insular o continental. En el horizonte más remoto se encontraban China y las Molucas, lugares hacia los que se intuía que podía existir un paso entre las tierras inexploradas. Ante las nuevas expectativas, la Corona reajustó su papel. Si los primeros viajes fueron sufragados por los monarcas, a partir de 1497, las incursiones en el territorio corrieron a cargo de personas relevantes o de compañías en busca de gloria y riqueza, de la cual debía entregarse al rey la quinta parte de lo obtenido, el llamado quinto real. Jerárquicamente, las expediciones a Tierra Firme contaban con un capitán, al mando del cual se situaba la compañía, compuesta por unidades de caballería y de infantería. Esta última solía estar formada por soldados de a pie, piqueros, ballesteros y escopeteros, estructura similar a la de los famosos tercios. En cuanto a su origen, la palabra *compañía* ya aparece en las *Partidas*. Compañía decía milicia, pero también comercio, por lo que sus objetivos debían quedar fijados en unas capitulaciones firmadas antes de la partida. Con gran presencia en el continente americano, el sistema de las compañías ya había aparecido en la conquista de las Canarias, tres décadas antes de que Cortés pasara al continente.

Estas empresas debían contar con la autorización regia, razón por la cual los objetivos de la Corona debían ser compatibles con los de las iniciativas más o menos individuales. Toda la acción venía condicionada por la firma, el 7 de junio de 1494, de un acuerdo entre los representantes de Isabel y Fernando y los del rey Juan II de Portugal, que estableció un reparto de las

zonas de navegación y conquista del océano Atlántico y el Nuevo Mundo. Como límite de ambas áreas se estableció un meridiano situado 370 leguas³ al oeste de las islas de Cabo Verde. Todo ello determinó que la búsqueda de un paso hacia las Molucas se convirtiera en algo prioritario para los españoles. El primer intento de localizarlo se produjo en 1502. Sus impulsores, los primeros en pisar el Yucatán, fueron Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís, a los que siguieron otros muchos. Siete años después, Martín Fernández de Enciso, acompañado, entre otros, por Francisco Pizarro y Vasco Núñez de Balboa, partió de La Española para asentarse en el Darién.

La estela de Fernández de Enciso fue seguida por otros hombres. De entre ellos, Diego de Nicuesa es especialmente importante en la historia que nos disponemos a contar. Durante su etapa peninsular, el jienense Diego de Nicuesa⁴ se movió en los aledaños del poder, pues estuvo al servicio de don Enrique Enríquez, almirante de Sicilia y mayordomo mayor de su sobrino, Fernando el Católico. Ya en Las Indias, asociado a Alonso de Ojeda, el acaudalado Diego de Nicuesa, comenzó los preparativos para ir a la llamada Castilla de Oro. Las condiciones eran propicias, pues ambos estaban bien relacionados con la Corte y, concretamente, con Fonseca. Gracias a sus influencias, Ojeda fue nombrado gobernador de Urabá, mientras que Nicuesa lo fue de Veragua. El proyecto era ambicioso y se dirigía a unos lugares tenidos por muy ricos. De Sanlúcar de Barrameda partieron en septiembre de 1509 doscientos hombres, a los que se sumaron otros seiscientos en La Española. Antes de la salida de Santo Domingo, ya existían fricciones entre los hombres. Ello determinó que Ojeda, siempre acompañado por una imagen de la Virgen hecha en Flandes, se hiciera a la vela a principios de noviembre de 1509 con dos naos y dos bergantines, trescientos hombres y doce yeguas. Entre los hombres de su tripulación estaban Pizarro y Juan de la Cosa. Por su parte, Nicuesa, lastrado por trabas burocráticas, logró reunir a setecientos hombres y seis caballos. Diez días después de que lo hiciera Ojeda, Nicuesa levó anclas.

La ventajosa partida de Ojeda pronto se volvió en su contra, pues en busca de oro, fue continuamente atacado por indios que empleaban flechas de punta envenenada. Fueron esas saetas las que terminaron con la vida de Juan de la Cosa. El cartógrafo fue hallado atado a un árbol, con su cuerpo erizado

de flechas y el rostro deformado por el efecto del veneno. Es muy probable que tan impactante imagen diera lugar a que la primera ciudad que allí se fundó se llamara San Sebastián. Junto a De la Cosa, las bajas españolas fueron muy numerosas. El grupo quedó diezmado a causa de los ataques, pero también debido a los estragos del hambre y la enfermedad. Solo la oportuna llegada del barco robado por Bernardino de Talavera pudo evitar su total aniquilación. A bordo de ese buque, Ojeda regresó a La Española en busca de víveres, dejando al mando de sus hombres a Francisco Pizarro. En la isla fue ahorcado el pirata Talavera. Mientras eso ocurría con Ojeda, Nicuesa seguía costeando, atacado por el hambre. Fue él quien fundó el asentamiento fortificado de Nombre de Dios. Destituido de sus cargos, el hombre del que Las Casas dijo ser cuerdo y gran jinete fue enviado a La Española junto a diecisiete hombres, de los que nunca más se supo. En tan catastrófica empresa pudo haberse integrado Cortés; sin embargo, un absceso en una pierna —«decían sus amigos que eran las bubas, porque siempre fue amigo de mujeres, y las indias mucho más que las españolas inficionan a los que las tratan», sostuvo Cervantes de Salazar— lo impidió.

Pese a los reiterados intentos de hallarlo, el ansiado estrecho que permitiera dirigirse a Cipango y Catay seguía sin aparecer. Mientras seguía su búsqueda, Vasco Núñez de Balboa fue el primer europeo en divisar el océano Pacífico, en la época llamado mar del Sur. El avistamiento ocurrió en la mañana del día 25 de septiembre de 1513, cuando la superficie marina fue vista desde un alto. Cuatro jornadas después, el día de San Miguel, Balboa, acompañado por veinticinco españoles, se acercó a la orilla. Allí, tras comprobar que el agua era salada, el extremeño se adentró en la nueva mar hasta las rodillas. En una mano sostenía la espada y en la otra la bandera real. Tenemos noticia de esa escena gracias al notario Andrés de Valderrábano, que dio traslado del discurso que allí se escuchó:

Vivan los muy altos e muy poderosos reyes don Fernando y doña Joana, Reyes de Castilla e de León e de Aragón, en cuyo real nombre, e por la corona real de Castilla, tomo e aprehendo la posesión real a corporal, e actualmente, destas mares e tierras e costas e puertos e islas australes con todos sus anejos e reinos e provincias que les pertenescen o pertenescer pueden, en cualquier manera e cualquier razón o título que sea o ser pueda, antiguo o moderno, e del tiempo pasado e presente o por venir, sin contradicción alguna.

Su descubrimiento no impidió que Núñez de Balboa acabara sus días decapitado en la Plaza de Acla, condenado después de un juicio sumarísimo abierto por Pedrarias Dávila, primer gobernador de la Castilla de Oro. Por terminar este moroso repaso, mencionaremos la exploración de La Florida en busca de la Fuente de la Eterna Juventud. El viaje, del que pudo tener noticia Moctezuma, contó con Antón de Alaminos como piloto, y estuvo encabezado por Juan Ponce de León. En el curso de esa expedición, en la cual recibió una herida en el cuello, Alaminos se percató de la existencia de la corriente del Golfo, que tan importante fue para los viajes de regreso a Castilla.

Dos años antes del descubrimiento del mar del Sur, en 1511, el fonsequista Diego Velázquez de Cuéllar, que había llegado a América en el segundo viaje colombino, gracias al favor de Bartolomé Colón, obtuvo el cargo de capitán general de Las Indias, con el que pasó a Cuba. Allí, ayudado por Pánfilo de Narváez, afianzó su poder después de pacificar la isla. Convertido en gobernador, comenzó a ansiar las previsibles riquezas que aguardaban en las tierras occidentales que se estaban descubriendo. Con este propósito, en 1517, impulsó la expedición capitaneada por el hidalgo y encomendero Francisco Hernández de Córdoba, que atesoraba la experiencia de haber acompañado a Pedrarias. La idea había partido del propio Hernández de Córdoba, Cristóbal Morante y Lope Ochoa de Caicedo, todos ellos vecinos de la localidad cubana de Sancti Spiritus. Respaldado por Velázquez y financiado por la terna aludida, el viaje fue pilotado por Alaminos. La flota estaba compuesta por dos naos y un bergantín, y en ella se enrolaron hombres desilusionados con lo vivido en la Castilla del Oro, a los que se unieron los que trataban de dejar atrás su precaria situación en Cuba. Entre la tripulación iba Bernal Díaz del Castillo, que había llegado a Las Indias tres años antes con Pedrarias Dávila. El viaje, destinado a la captura de esclavos, pese a que tal práctica estaba prohibida por las Leyes de Burgos de 1512, ocultaba otras intenciones de Hernández de Córdoba, pues, según cuenta Cervantes de Salazar en su *Crónica de la Nueva España*,⁵ este manifestó en alta mar sus verdadero propósito: buscar alguna isla para poblarla y convertirse en gobernador. Sus expectativas, no obstante, estuvieron muy lejos de conseguirse. Grijalva zarpó de Santiago el 8 de febrero de 1517. Después de rodear la isla por el norte, la flotilla, que navegó por las Lucayas, hoy

Bahamas, llegó a lo que se creyó una isla, Yucatán, donde un grupo de mayas se acercaron hasta los barcos. En una punta de tierra que nombraron cabo Catoche, los blancos desembarcaron para obtener agua dulce. Allí, Hernández de Córdoba tomó posesión del territorio. Sin embargo, pronto se desataron las hostilidades, pues los en principio hospitalarios anfitriones atacaron a los españoles, que hubieron de abandonar el lugar apresuradamente.

La siguiente escala se hizo en lo que denominaron el Gran Cairo, por tratarse de un lugar dominado por pirámides. Fue allí donde los españoles vieron lo que creyeron ser cruces y donde asistieron a algunas ceremonias mayas. Viendo que su estancia comenzaba a ser molesta, Hernández de Córdoba mandó a sus hombres regresar a las naves y volver a navegar. Necesitados de agua, volvieron a tierra y visitaron otros templos en una ciudad a la que dieron en llamar Lázaro. De nuevo en ruta, desembarcaron una semana más tarde en otro pueblo coincidente con el actual Champoton. Allí fueron atacados por guerreros pintados de blanco y negro, que mataron a varias decenas de españoles y dejaron a otros muchos heridos. También hicieron dos prisioneros que fueron sacrificados. Después de aquel desastre, la maltrecha armada navegó hacia la bahía de Florida y regresó a Cuba. Hernández de Córdoba, que volvió moribundo a La Habana, falleció días después en su hacienda. Aunque aquella empresa distó mucho de ser exitosa, proporcionó interesantes informaciones sobre la «isla» de Yucatán, de donde se trajeron a dos jóvenes mayas, llamados Julianillo y Melchorejo, que se convirtieron en intérpretes o lenguas.

A pesar de este revés, que no lo fue en lo económico, pues tan solo había financiado el bergantín, Velázquez continuó trabajando para evitar que otros se le anticiparan en la entrada a aquellas tierras. Desde Cuba comenzó a maniobrar en las más distinguidas instancias. En julio de 1517 envió a España una *Relación* en la que dijo haber descubierto el Yucatán. El de Cuéllar, que no tenía tiempo que perder, estaba en condiciones de impulsar una serie de proyectos que, presumiblemente, contarían con el beneplácito de la Junta de Indias, precedente del Consejo de Indias, presidida por Fonseca. Con este frente abierto en Castilla, envió a Hernán Cortés y a su pariente Diego de Orellana a Santo Domingo para pedir autorización a los jerónimos para armar y capitanear otra flota, que debería rodear la pretendida isla de Yucatán.

Confiado en el éxito de aquellas gestiones, el orondo Velázquez hizo oídos sordos a las prevenciones que contra el metelinense le hizo el astrólogo Juan Millán. Probablemente también le divirtieron las chanzas y coplillas del bufón Francisco Cervantes, *el Loco*. Aquellos extravagantes individuos quizá se limitaron a canalizar las fundadas sospechas que en el entorno del gobernador existían sobre las verdaderas intenciones de Cortés.

Eufórico por su éxito en los despachos, todo el interés de Velázquez se centró en la organización de una nueva flota, cuya capitanía dio a su sobrino, Juan de Grijalva, que partió de Cuba a finales de enero de 1518, llevando a doscientos hombres de tierra y mar, indios taínos y algunos esclavos negros. El piloto, que tuvo sus más y sus menos con Grijalva, fue de nuevo Alaminos, encargado de guiar una flota compuesta por dos naos, ambas llamadas *San Sebastián*, dos carabelas, *Trinidad* y *Santa María de los Remedios*, y un bergantín, *Santiago*, que se perdió en las costas cubanas. Grijalva nombró capitanes de los navíos a Francisco de Ávila, Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado, que había llegado a Cuba en 1511 y se había enrolado en ese viaje junto a su hermano Jorge. Como veedor viajó un hombre de Zuazo, Francisco Peñaloza; mientras que el capellán fue Juan Díaz, que dejó testimonio escrito del viaje. Antes de abandonar Cuba, los hombres, por evitar «estorbo para la pelea», se cortaron las coletas que habitualmente lucían. Las naves pasaron por la isla de Cozumel, llamada isla de Santa Cruz, de la que se tomó posesión el 3 de mayo de 1518 en nombre del rey Carlos y la reina Juana. Desde allí, los barcos fueron costeando. La tripulación pudo ver construcciones de cal y canto, entre ellas un templo en la nombrada Punta de las Mujeres, lugar en el que algunos creyeron que había Amazonas. Necesitados de agua potable, los cristianos saltaron a tierra y tuvieron el primer contacto con los indios, facilitado por el intérprete yucateco Julianillo. Aunque el encuentro fue en principio pacífico, acabó en un enfrentamiento en el cual murió Juan de Guetaria. Grijalva también recibió un flechazo que le rompió varios dientes. Vueltos a sus naves, los españoles siguieron viajando por la costa y bajaron de los barcos puntualmente para proveerse de agua, hasta que llegaron a un lugar que llamaron Puerto Deseado. Allí hicieron unas letras en un árbol y dejaron clavada una carta que daba testimonio de su paso por ese lugar. También en aquel paraje quedó una hembra de mastín, la lebreña,

que luego encontraron los compañeros de Cortés. La navegación prosiguió hasta la Boca de Términos, así llamada por creer que se trataba de un estrecho, lo cual confirmaría que Yucatán era una isla. El siguiente hito fue el río Tabasco, rebautizado como Grijalva, en el que se produjo un nuevo contacto con los mayas. A mediados de junio, la armada llegó a una isla cercana a la actual Veracruz. Allí, los españoles visitaron una pirámide coronada por dos templetas, cuyas paredes estaban cubiertas de sangre seca. A los pies del templo permanecían, desmembrados, los cadáveres de varios indios rodeados de cráneos y huesos. La ínsula fue bautizada con el nombre de isla de los Sacrificios. La navegación, no obstante, prosiguió hasta que fueron vistas varias banderas blancas. Montejo, acompañado por una guarnición de arcabuceros y ballesteros, desembarcó y habló con los indios, que devolvieron la visita más tarde tras acercarse a los barcos a bordo de sus canoas.

El siguiente en pisar tierra fue Grijalva, que fue agasajado por los naturales en los alrededores de la ciudad totonaca de Chalchiuhcuecan, tributaria de Tenochtitlan, desde la que se podía ver la cumbre nevada del volcán Orizaba. Los españoles permanecieron en Chalchiuhcuecan más de una semana, si bien, como medida de precaución, pernoctaron en los barcos. Durante esas jornadas, Grijalva pudo saber de la existencia de una gran ciudad en la que gobernaba un poderoso señor. Desde Tenochtitlan llegaron los emisarios de Moctezuma, encabezados por Cuitlalpítoc. La curiosidad y el temor de que los forasteros pudieran amenazar la hegemonía mexicana en la zona motivaron el envío de aquellos hombres, que llegaron acompañados por pintores, del mismo modo que había ocurrido en los días de la expedición de Hernández de Córdoba.

Fascinados por las riquezas que ofrecía aquel litoral, y las que se adivinaban tierra adentro, de las que ya habían tenido muestras por los regalos recibidos, algunos mostraron su intención de establecerse en ellas, de poblar, en definitiva. Bernal afirma que el grupo, en el que él mismo se encontraba, tenía «por cierto que aquellas tierras no eran islas, sino tierra firme». Francisco Cervantes de Salazar se extendió al respecto de esta trascendental cuestión, que supone un claro precedente de lo que ocurriría un año más tarde. Según el rector de la Real y Pontificia Universidad de México, Grijalva sabía

que sus hombres estaban divididos en dos facciones: una, encabezada por Pedro de Alvarado, pretendía poblar; el otro grupo era contrario a esta iniciativa, pues Grijalva carecía de un «poder para poblar, sino para descubrir». Lo correcto, según estos últimos, era volver a Cuba. Grijalva se mostró dubitativo. A las limitaciones legales, se sumaba la pérdida de más de una decena de hombres y la escasez de alimentos. En la *Crónica de la Nueva España, su descripción, la calidad y temple de ella, la propiedad y naturaleza de los indios*, publicada en México en 1575, podemos leer las palabras pronunciadas por Grijalva:

Mi parecer es, salvo el vuestro, que, pues Diego Velázquez no ha enviado a Cristóbal de Olid, como prometió, que debe de querer que nos volvamos y que no pobleemos hasta que vea la relación que llevamos. Estos indios son muchos y están en su tierra proveídos de lo necesario; nosotros estamos en el ajena, faltos de bastimentos y armas, y no tantos cuantos seríamos menester. Podría ser que, como gente tan diferente de la nuestra, el día que nos vean hacer asiento piensen que les queremos quitar la tierra, y así, se levantarán contra nosotros, y el negocio de la población no tendrá firmeza.⁶

No conocemos las instrucciones dadas por Velázquez, pero todo parece indicar que se movieron en la habitual ambigüedad con que el gobernador manejó los asuntos relativos a las costas continentales. Si nos atenemos al texto de Cervantes de Salazar, el envío de Olid estaba previsto desde el principio. Según esta versión, su salida de Cuba no respondería a la búsqueda del extraviado Grijalva. Sea como fuere, la iniciativa de poblar un territorio que el 24 de junio de 1518 recibió el nombre de San Juan de Ulúa, no prosperó. Con el fin de apaciguar las tensiones internas, el impulsivo Alvarado fue enviado de regreso a Cuba a bordo del *San Sebastián*, con el oro rescatado, indios cautivos y algunos españoles enfermos. También llevó consigo una *Relación*, hoy perdida, firmada por el piloto y los capitanes, en la que se relataba todo lo visto y ocurrido hasta el día de San Juan Bautista. Mientras todo eso ocurría, Velázquez escogió a Cristóbal de Olid para ir en busca de Grijalva.

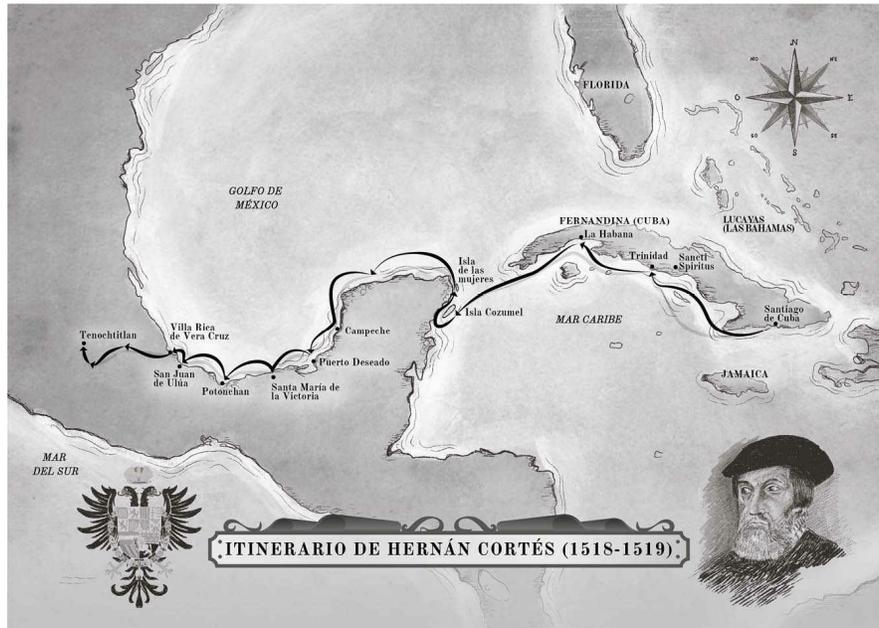
Nacido en Andalucía, el rubio Olid tenía una imponente presencia. Cortés dijo de él que era «un Héctor», si bien carecía «de consejo», razón por la cual debía ser mandado. Sin encontrar rastro alguno de Grijalva, Olid, que sufrió

una tempestad en la que perdió el ancla, retornó a Cuba apenas una semana antes del regreso de Grijalva.

Chalchiuhcuecan no fue el último lugar que visitó Grijalva. Antes de su vuelta, dio el nombre de Almería a la ciudad de Nauhtla. Cerca de ella, en un río que llamaron Canoas, fueron atacados por unos indios armados con hachas de cobre que algunos creyeron de oro. Cansados de viajar por la costa, decidieron volver las proas hacia Cuba. En una de las escalas realizada para reparar las naves, presenciaron un sacrificio humano. Grijalva, alarmado por la discordia que reinaba entre sus hombres, mandó pregonar unas ordenanzas que prohibían que estos salieran del real o hiciesen «liga o monipodio». Al parecer, en algunos corrillos se insistía en la intención de poblar. Reparados los barcos, los españoles se detuvieron fugazmente en Champotón, sin entrar en conflicto con los naturales. A finales de julio, pese al viento desfavorable, la flota enfiló el camino a Cuba. En la costa quedó el español Miguel de Zaragoza, que permaneció allí hasta la llegada de Cortés, a quien fue muy útil. En señal de gratitud, este le dio varias encomiendas después de la conquista.

Un par de meses después de que la flota de Grijalva soltara amarras en Cuba, el 22 de marzo de 1518, Carlos I firmó en Valladolid unas capitulaciones a favor de Fernando de Magallanes. Las condiciones incluidas en aquellos documentos eran excepcionalmente generosas para el marino portugués, en el que se depositaron las esperanzas de reimpulsar el proyecto de las Molucas. Magallanes, naturalizado español, recibió los títulos de capitán general de la expedición, adelantado y gobernador de las tierras que descubriera, así como otros privilegios. En la ciudad castellana se acordó el envío de cinco naves que debían evitar la zona que el Tratado de Tordesillas había asignado a Portugal. El viaje comenzó en Sevilla el 10 de agosto de 1519. La flota cruzó el Atlántico y halló el paso hacia el Pacífico. En el océano, Magallanes perdió la vida en la batalla de Mactán. Muerto el capitán, Juan Sebastián Elcano se hizo cargo de la expedición. El de Guetaria navegó esquivando los puertos africanos controlados por los portugueses. A bordo de la nao *Victoria*, que, según José de Acosta, «ganó la victoria y triunfo de la redondez del mundo», diecisiete famélicos marineros llegaron con él a Sanlúcar de Barrameda el 6 de septiembre de 1522. Un valioso cargamento de clavo, valorado en 7.888.688 maravedís, fue descargado de las bodegas de la

Victoria. Repuesto del viaje, Elcano solicitó en vano al emperador, al que tuteó en una carta, que le nombrara caballero de la Orden de Santiago, a la que pertenecía Magallanes. Su petición no fue atendida, si bien recibió la divisa, *Primus circumdedisti me* («El primero que me circundaste»).



CENTAUROS EN CENTLA

Con las gestiones citadas en el capítulo anterior ya en marcha, en Cuba comenzó a crecer la figura de Hernán Cortés, hombre a quien Velázquez, a pesar de ciertos enfrentamientos pasados, tenía por «persona cuerda» y leal servidor de la Corona. Daban inicio así una serie de escaramuzas legales y finalmente también bélicas, de las que el metelinense salió victorioso. Urge, pues, dar unas pinceladas para esbozar las trazas de quien, con el correr del tiempo, se convirtió en un mito.

Hernán Cortés Monroy Pizarro Altamirano nació en Medellín en 1485. Era hijo de Martín Cortés y de Catalina Altamirano, ambos pertenecientes a familias hidalgas acaso originarias de Salamanca. Nieto de Martín Cortés, *el Viejo*, combatiente en la vega de Granada a las órdenes de Pedro Niño y nombrado caballero de la Espuela Dorada por Juan II,⁷ era hijo legítimo de Martín Cortés, quien había formado parte del bando encabezado por su pariente Alonso de Monroy, claverero de la Orden de Alcántara, a favor de Juana la Beltraneja, antes de hacerlo en la conquista de Granada, ya a las órdenes de los Reyes Católicos.

Se conocen pocos datos acerca de su infancia. Pese a que sus padres no poseían una fortuna, disfrutaron de una saneada economía basada en inmuebles, cultivos, pastos, viñas, un colmenar e incluso un molino. Algunos autores presentan a un niño enfermizo, colocado bajo la protección de san Pedro por su nodriza, María de Esteban. Disponemos de más información de su adolescencia, especialmente de la que tiene que ver con su formación. Bernal decía que sabía latín y era bachiller en leyes, lo que le capacitaba para

hablar con letrados. Según Gómara, fue enviado con catorce años a Salamanca, a casa de Francisco Núñez de Valera, escribano casado con la hermanastra de su padre, Inés Gómez de Paz. En Salamanca aprendió gramática. Pese a que en muchas biografías se afirma que fue alumno de su Universidad, no hay pruebas que avalen esos estudios. Después de su paso por Salamanca, el joven Hernán marchó a Valladolid, lugar al que se había desplazado su tío cuando entró al servicio del Consejo de Castilla. En la ciudad castellana perfeccionó su formación jurídica. Con los saberes y experiencia adquiridos, junto con algunas recomendaciones, estuvo en condiciones de pasar a América. La primera ocasión se presentó en 1502, dentro de la gran flota de Nicolás de Ovando, a quien acaso conoció durante la estancia de este en la Extremadura a la que Cortés había regresado. La fecha comúnmente aceptada del viaje de Cortés a Las Indias es el año 1504, a bordo del navío *La Trinidad*, con Alonso Quintero como maestro y Francisco Niño como piloto. Así lo declaró él mismo años más tarde en un memorial dirigido al emperador. Existen, no obstante, numerosos vacíos biográficos de esta época. En 1951, Manuel Giménez Fernández publicó una escritura fechada en Sevilla el 29 de agosto de 1506,⁸ por la cual Martín Cortés entregaba once ducados de oro a Luis Fernández Alfaro como pago por el pasaje de su hijo. Se ha especulado con la posibilidad de que Cortés fuera y volviera a Las Indias durante este periodo de tiempo. Sea como fuere, con viaje de retorno o no, el primer destino de Cortés fue La Española. Afincado en la isla, trabajó durante seis años en la escribanía de la villa de Compostela de Azúa.

Cuando Velázquez se fijó en Cortés para armar su tercer viaje hacia la costa, una vez desechados nombres como los de Vasco Porcallo o Diego Bermúdez, el de Medellín, alcalde de Santiago de Baracoa, era ya un hombre acaudalado e influyente. Además de una saneada economía, atesoraba un profundo conocimiento de la realidad de las islas, pues a su estancia entre papeles y tinteros en Azúa, hay que añadir que entró en Cuba como oficial del tesorero Miguel de Pasamonte. Superadas las «pasiones» que tuvo con el gobernador, que llegó a encarcelar al futuro conquistador, en la elección de quien algunos llamaban despectivamente *Cortesillo*, pesaron las opiniones favorables del secretario de Velázquez, Andrés de Duero, y la de su contador, el astuto Amador de Lares, con quienes Cortés había hecho secreta compañía.

Con el fin de consolidar el aspecto legal del proyecto, se solicitó un nuevo permiso a los padres jerónimos de Santo Domingo para enviar otra armada. En esta ocasión el enviado fue Juan de Saucedo, que hizo entrega de la petición redactada por Andrés de Duero. Como en la vez anterior, el documento obtuvo el beneplácito de los monjes, que exigieron que en los barcos viajaran dos oficiales reales, un veedor y un tesorero, encargados de velar por los intereses de la Corona. La indudable importancia de la *Instrucción* de Velázquez ha ensombrecido el permiso jerónimo. Sin embargo, la licencia otorgada por los religiosos supuso un gran aval para Cortés, pues Duero le había hecho figurar en la petición como capitán, pero también como armador conjunto con Velázquez, lo cual quitaba al gobernador la exclusividad de la empresa. Por otro lado, la supervisión de la Corona, garantizada por la presencia de los oficiales reales, obraba también a favor de Cortés. Aquellos hombres debían dar cuenta de su trabajo en La Española, y no en Cuba, circunstancia que restaba poder a Velázquez. Como en la anterior ocasión, las gestiones se hicieron en los dos extremos del Océano. Velázquez envió a la Corte a su capellán, Benito Martín, provisto de una buena dosis del oro traído por Alvarado.

La empresa, debido a lo ocurrido durante la capitaneada por Grijalva, contaba con la dificultad de movilizar a la suficiente cantidad de hombres que la hicieran posible. Muchos no saldrían de la isla si no escuchaban la palabra «poblar», algo para lo cual no había autorización. En tan inciertas circunstancias, bajo la supervisión del escribano Alonso de Escalante, se redactaron las *Capitulaciones*, acompañadas de una *Instrucción*. Los documentos se firmaron en Santiago el día 23 de octubre de 1518, fecha en la que Velázquez seguía sin recibir desde España la respuesta a su petición de ser nombrado adelantado del Yucatán.

La *Instrucción* precisaba el principal objetivo del viaje: encontrar y amparar a Grijalva que, como recordará el lector, había abandonado la isla en enero de ese mismo año. Sin embargo, lo cierto es que Grijalva había regresado a Cuba, concretamente a Matanzas, dos semanas antes de la firma de los documentos, el 8 de octubre. Velázquez, cómodo en el manejo de la ambigüedad, deslizaba incluso la posibilidad de que su sobrino hubiera vuelto sin él saberlo. Sin embargo, es sabido que ya había enviado una carta al

regresado Grijalva, con quien tan ingrato fue, pidiéndole que le mandase los navíos «para enviar a aquella tierra que se avia descubierto, que todos los que quisieren yr a poblar se esperasen allí hasta que él enviase los navíos...».⁹

Junto al auxilio a Grijalva, en la *Instrucción* se añadieron otros objetivos de raigambre cisneriana, entre los que destacaba la búsqueda de «seis cristianos captivos y los tienen por esclavos y se sirven dellos en sus haciendas, que los tomaron muchos días ha de una carabela que con tiempo forzoso por allí aportó perdida, que se cree que alguno dellos debe ser Nicuesa, Capitán que el muy católico Rey don Femando, de gloriosa memoria, mandó ir a Tierra Firme; y redimirlos será grandísimo servicio de Dios Nuestro Señor y de Sus Altezas».¹⁰ También otros más fantasiosos, alimentados por leyendas y lecturas. Sobre el papel quedó este propósito:

Trabajaréis, por todas las vías que pudierdes y con buena manera y orden, de haber lengua de quien os podáis informar de otras islas e tierras y de la manera y nulidad de la gente della; e porque diz que hay gentes de orejas grandes y anchas y otras que tienen las caras como perros, yansí mismo dónde y a qué parte están las amazonas, que dicen estos indios que con vos lleváis, que están cerca de allí.

Bajo la calculada redacción del documento, que daba pie a la interpretación, gracias a fórmulas como la autorización a Cortés de actuar «como más al servicio de Dios Nuestro Señor e de Sus Altezas convenga», acciones que debían estar respaldadas por «personas prudentes e sabias de los que con vos lleváis», se adivina la mano de Andrés de Duero. La *Instrucción*, en definitiva, colmaba a un tiempo los anhelos de Velázquez y de Cortés. La libertad de movimientos otorgada a este iba acompañada, no obstante, de ciertas obligaciones. Entre ellas, la de indagar sobre la presencia de unas cruces que habían sido vistas durante la expedición de Hernández de Córdoba. Se trataba de saber si los indios habían tenido noticia del Dios cristiano. La orden ofrecía una coartada religiosa para un proyecto que también buscaba un rescate nada espiritual: el del oro. Por otro lado, de existir tales cruces, su presencia podía demostrar que santo Tomás había predicado allí, procedente de la India. En definitiva, en Cuba convivieron dos discursos. El que quedó sobre el papel y uno que no dejó huella escrita, los pregones de reclutamiento, en los que se habló de forma expresa de poblar, posibilidad que quizá se

deslizó en las cartas que Cortés envió a diferentes personas de la isla, pidiendo colaboración económica.

Establecido el acuerdo con Velázquez, Cortés comenzó a preparar el viaje. Con el fin de impresionar a sus conciudadanos, se adornó con algunos detalles efectistas. Coronó su testa con un sombrero de plumas y se vistió con lujosos ropajes de terciopelo, sobre los que destacaban lazadas de oro y joyas. Era preciso atraerse la voluntad de aquellos hombres que depositaban sus esperanzas de ascenso social y de enriquecimiento en la difícil empresa que les ofrecía. La figura de Cortés frente al estatismo y cicatería de Velázquez crecía a pasos agigantados. Se discute la cuantía de la inversión realizada por Cortés. Según Gómara ascendió a tres mil castellanos, cifra que Las Casas rebaja a dos mil. Sea como fuere, la cifra sirvió para armar tres naves, que poco después ascendieron a seis, y luego a diez con la incorporación de los barcos de Grijalva, que fueron reparados en el puerto de Santiago en las calendas de noviembre, es decir, el día uno de ese mes. Mientras Cortés cargaba con el peso económico, Velázquez invertía en vinos y ropas, productos que pretendía vender a los expedicionarios a precios abusivos. Los lucrativos planes de Velázquez motivaron las quejas de muchos hombres, con los cuales Cortés, que pretendía atraerlos a su causa, se mostró comprensivo. Aunque el coste de la flota, excepto tres embarcaciones, corrió a cargo del metelinense, este también invirtió en abastos. De su hacienda y de la de Juan Bautista, maestro de la nave pilotada por Alaminos, salieron los puercos con que se alimentó la armada hasta la salida de la ciudad. A Diego de Mollinedo le compró vino, aceite, herramientas y rescates, de cuya supervisión se ocupó el soldado burgalés Juan Díaz, que tenía «una gran nube en el ojo». También se hizo con toda la carne del matadero de la ciudad. Cortés pagó a Fernando Alonso el valor de aquella mercancía con una cadena de oro. Con todo dispuesto, mandó hacer un alarde encabezado por el alférez general, Antonio Serrano de Cardona, *Villarroel*. En aquel desfile se contaron más de trescientos cincuenta soldados. Después, el fraile mercedario Bartolomé de Olmedo ofició una misa y bendijo la bandera del ejército, que acompañó al pendón real. Olmedo no fue el único eclesiástico que se embarcó, también lo hicieron el sacerdote Juan Díaz y el sacristán Alonso Durán. Cervantes de Salazar se explayó en los detalles de lo ocurrido durante la última noche en

Santiago. Concluida la cena que ofreció Cortés, el juego dio origen a una disputa en la que perdió la vida el carpintero de ribera Joan de la Pila. También a Cervantes de Salazar se debe la reproducción de la despedida que Cortés, a bordo de un barco, dio a Velázquez, que había llegado al muelle tratando de detenerle en el último instante. El de Medellín le habría dedicado estas legitimistas palabras: «Señor, Dios quede con vuestra merced, que yo voy a servir a Dios y a mi Rey, y a buscar con estos mis compañeros mi ventura». Bernal, a diferencia de la mayoría de los cronistas, dio una versión más amable de la despedida. En su narración, ambos hombres se despidieron entre abrazos. Sea como fuere, lo cierto es que nadie fue capaz de frenar la marcha de Cortés. Ni siquiera Amador de Lares, hombre de Velázquez que debía inscribir los barcos. Probablemente fue el alguacil mayor, Gonzalo Rodríguez de Ocaña, quien dio permiso a Cortés para partir. Cuando la armada dejó el puerto de Santiago de Cuba el 18 de noviembre de 1518 habían pasado ya cinco días desde que, en Zaragoza, Fonseca había concedido a «Diego Velázquez, lugarteniente de gobernador de la Ysla Fernandina que antes se llamaba Cuba e nuestro capitán e repartidor de ella», una licencia para que «a su costa, descubriera Yslas y Tierra Firme que hasta entonces no estuvieren descubiertas con que no estuviesen contenidas dentro de los límites de la demarcación del Rey de Portugal». El cargo de adelantado tardaría en ser concedido. Legalmente, Velázquez seguía estando a las órdenes de Diego Colón, si bien contaba con amplios poderes, pues el vocablo «repartidor» iba referido a la potestad para entregar caciques e indios en encomienda.

Pese a las suspicacias que provocaron las maniobras de Velázquez, la tripulación distaba mucho de ser partidaria de Cortés en su totalidad. En ella iban, entre otros, hombres de la casa de Velázquez, como su mayordomo, Diego de Ordás, y un criado, Francisco de Morla. Abandonado el puerto, la comitiva fue sumando efectivos en varios puntos de la isla. En La Trinidad se sumaron los cinco hermanos Alvarado, Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila, contador en Santo Domingo y participante en el viaje de Grijalva, Juan de Escalante, y otros, como Juan de Fuenterrabía. En Sancti Spiritus se le unieron Alonso Hernández Portocarrero, el joven metelinense Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, cuñado del gobernador, y Rodrigo Rengel. Más tarde se incorporó el acaudalado Juan Sedeño, que vendió a Cortés un navío y

provisiones. De Cuba salieron alrededor de quinientos cincuenta soldados, entre ellos treinta y dos ballesteros y trece escopeteros, divididos en once capitanías. Al ejército han de sumarse doscientos indios y algunos esclavos negros, junto a cierto número de indias de servicio. En cuanto a los recursos con los que se tocó tierra, a bordo de los navíos viajaron diez cañones de bronce, cuatro falconetes, dieciséis caballos y un gran mastín propiedad de Francisco de Lugo. Algunos de aquellos hombres eran veteranos de las guerras italianas. Tal era el caso del escopetero vizcaíno Heredia, *el Viejo*, de «mala catadura en la cara, y la barba grande y la cara medio acuchillada e un ojo tuerto e cojo de una pierna»; del artillero Francisco de Orozco; o del soldado cojo Tobilla, combatiente en Garellano junto al Gran Capitán, que antes de morir en poder de los indios prestó un importante servicio en la preparación del combate contra Narváez al que nos referiremos en su momento. Muchos llevaban en sus cuerpos las marcas de las batallas, otros habían dado pruebas de un fuerte temperamento. Ejemplo de ello eran el salmantino Francisco Bonal y el hidalgo de Medellín, Rodrigo Rengel, que fueron denunciados a la Inquisición por blasfemos.

El símbolo bajo el que partieron los españoles fue una bandera que subrayaba el aliento religioso de la expedición. Junto a la cruz se incorporó un lema de resonancias constantinianas. Andrés de Tapia describió la bandera que hizo confeccionar Cortés, compuesta por «fuegos blancos y azules, e una cruz colorada en medio; e la letra della era: “Amici, sequamur crucem, et si nos fidem habemus, vere in hoc signo vincesus”». Bernal, siempre atento a reforzar el carácter colectivo de la empresa, añadió más detalles. El de Medina del Campo cuenta que Cortés «mandó hacer dos estandartes y banderas labrados de oro con las armas reales e una cruz de cada parte, con un letrero que decía: “Hermanos y compañeros, sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos”». Sobre el terreno correspondió manejar la enseña al alférez Cristóbal Corral.

Con todo dispuesto, el día 28 de febrero de 1519 la armada dejó atrás Cuba, tras haber navegado por aquellas aguas, según confesó muchos años después el conquistador a Las Casas en las Cortes de Monzón, como «lindo corsario». En una carta enviada desde Guaniguanico el día anterior, Cortés informó a Velázquez que se hacía a la vela y que «le sería servidor». Más allá

de la sorna cortesiana conviene retener los nombres de los capitanes de las naves. Junto a Cortés, estos cargos recayeron en Alonso de Ávila, Alonso Hernández Portocarrero, Diego de Ordás, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Salcedo, Juan de Escalante, Juan Velázquez de León, Cristóbal de Olid y Alonso de Escobar. Conocemos también el nombre de algunos pilotos. A Antón de Alaminos, piloto de la *Santa María de la Concepción*, que llevó consigo a su hijo, le acompañaron Camacho de Triana, Juan Álvarez, *el Manquillo*, Diego Bermúdez y Alonso de Salamanca.

Iniciada la travesía, la primera escala fue Cozumel, isla a la que llegó con antelación el *San Sebastián*, capitaneado por Escobar. En el barco iba Alvarado, que una vez en tierra tomó unas gallinas y algunos objetos. Cortés le reprendió gravemente y le hizo devolver todo a los indios, añadiendo como regalo dos camisas de Castilla. De este modo tuvieron los españoles el primer y pacífico contacto con los indios. En Cozumel, Cortés comenzó a poner en práctica las órdenes de Velázquez. Enterado de que había españoles, redactó una carta que circuló por la isla oculta entre los cabellos de un indio. La misiva dio como resultado la aparición del clérigo Jerónimo de Aguilar, natural de Écija, que llevaba allí desde 1511 como superviviente de un naufragio. Durante aquellos largos años había conseguido escapar de las manos de un cacique que, según Bernal, lo tuvo junto a otros españoles, «en caponera a engordar para otro banquete y ofrenda»,¹¹ para servir a otro como esclavo, hasta ganarse su confianza. Con el cuerpo cubierto por pintura roja y el cabello cortado a la usanza de los indios, Aguilar, que se distinguía de estos por sus largas barbas, apenas conservaba un libro de horas de su anterior vida cristiana, que le sirvió, según Gómara, para saber que aquel día era miércoles. Unas cruces de cañas plantadas en la playa por los españoles guiaron sus pasos. Cuando llegó a ellas, se arrodilló y las abrazó llorando. «Dios y Santa María y Sevilla», esas fueron las palabras que, en un español casi olvidado, pronunció ante sus atónitos compatriotas. Acogido Aguilar, Gonzalo Guerrero, marinero nacido en Palos ya naturalizado —tenía la cara labrada y las orejas y labios horadados—, con mujer e hijos, y convertido en cacique, rehusó unirse a los españoles. A pesar de la renuncia de Guerrero, que murió en 1536 combatiendo contra los españoles, el rescate de Aguilar suponía dar cumplimiento a gran parte de la *Instrucción* de Velázquez. El auxilio a

Grijalva y Olid, que también se contemplaba en el documento, carecía de sentido, algo que tanto Cortés como Velázquez, sabían al estampar sus firmas en el papel. La posibilidad de poder hallar otros supervivientes del viaje de Nicuesa legitimaba, no obstante, la navegación en aquellas aguas y la entrada en sus costas.

En cuanto a la carta de Cozumel, cuyo contenido fue reproducido por Gómara, da cuenta de hasta qué punto el grupo estaba determinado a poblar, pues en ella se decía claramente: «Yo y estos hidalgos que conmigo vienen a descubrir y poblar estas tierras». En la isla Cortés destruyó los ídolos de un templo e hizo su primera prédica, que fue traducida por Melchorejo. En ella exhortó a los naturales a abandonar su religión y a abrazar la fe católica. El vacío dejado por los dioses indígenas, derribados por los soldados, fue ocupado por una cruz y una imagen de la Virgen, ante los que ofició una misa el padre Juan Díaz.

Con Antón de Alaminos como piloto mayor, y gran parte de los integrantes de la expedición de Grijalva enrolados en esta nueva empresa, era lógico que la flota siguiera una singladura similar. El 22 de marzo los barcos llegaron a la desembocadura del río Grijalva o Tabasco. Era necesario proveerse de alimentos y agua. En su busca, y para evitar que las naves encallaran, los españoles se adentraron río arriba a bordo de unos bateles en los que llevaron algunas piezas de artillería. Pronto dieron con el enclave maya de Pontochan. Allí, Cortés pidió que le vendieran comida. Su petición fue respondida con evasivas por parte de unos indios que emplazaron a los visitantes a verse al día siguiente. La porfía duró varios días. En previsión de una emboscada, Cortés envió a Ávila y Alvarado a reconocer el terreno. Poco después se desataron las hostilidades. El de Medellín justificó el ataque ante sus hombres. Debían hacerlo por pura supervivencia, «no por quitar la vida a otros, sino por sustentar la vuestra». El primer disparo de la artillería, dirigida por Alonso de Mesa, espantó a los mayas, que vieron cómo Ávila y Alvarado cortaban su retirada. Obtenida la primera victoria, Cortés tomó posesión de la tierra en nombre de los reyes de España. Con su espada, dio tres cortes a una poderosa ceiba, reproduciendo una ceremonia muy similar a la ya realizada en su día por Pedrarias en la Castilla de Oro. El escribano levantó acta de aquel

acto, que despertó algunos murmullos entre las filas velazquistas. Esa noche, los españoles pernoctaron en el patio del templo mayor de la ciudad.

Las escaramuzas con los champotones prosiguieron hasta llegar al desenlace, que tuvo lugar en un paraje llamado Centla, palabra que venía a designar un lugar cercano al agua. En Centla se emplearon por primera vez los caballos, que fueron aparejados con pretales de cascabeles para causar un mayor efecto. La movilidad que otorgaban los animales fue devastadora para los chontales, palabra que en náhuatl significaba «extranjeros». Jinetes y caballos, percibidos según Bernal como una suerte de centauros, se sumaron a la artillería, que causó estragos entre las prietas filas de los de Tabasco, cuyos guerreros, protegidos por sus corazas de algodón acolchado, llevaban sus caras pintadas, o almagradas, de blanco y negro. El resultado del violento encuentro, que algunos han comparado con la batalla de Garellano, fueron, según Cortés, doscientos veinte indios muertos, cifra a la que Gómara sumó otra centena, y que Bernal elevó hasta los ochocientos. Por el lado español se contaron tres bajas. Los cadáveres fueron rápidamente enterrados para preservar el halo inmortal que para los indígenas parecían tener aquellos hombres pálidos. Sepultados los muertos, las heridas de los caballos se curaron con el unto de un indio, mientras que las de los hombres se cauterizaron para evitar infecciones. No cabe duda de que la superioridad tecnológica pero también táctica de los españoles permitió obtener la fácil victoria. No obstante, los relatos elaborados posteriormente incorporaron la ayuda divina. Juan Ginés de Sepúlveda, citando a Cortés, afirmó que en Centla «apareció mucho antes de la llegada de nuestros jinetes un caballero de porte sobrehumano que sobre un caballo blanco luchaba con los enemigos». Por su parte, Cervantes de Salazar escribió: «Lo que se averiguó por muy cierto fue no haber sido hombre humano ni alguno de los de la compañía; de adonde consta claramente cómo Dios favorecía esta jornada». La presencia del apóstol dentro de las narraciones establece un interesante paralelismo. En España, la iconografía de Santiago Matamoros estaba muy asentada e iba ligada a la leyenda de su intervención milagrosa en favor de los cristianos en la batalla de Clavijo, que permitió acabar con el tributo de las cien doncellas. Ahora, en la nueva tierra, poblada también por infieles, Santiago Matamoros, a

quien Cervantes llamó «caballero andante de Dios», se transformaba en Santiago Mataindios.

Alcanzada la victoria, Cortés puso en práctica un efectista ardid, con los caballos de nuevo como protagonistas. Con la intención de sellar las paces convocó a los caciques. Antes de su llegada mandó traer la yegua de Juan Sedeño, que había parido durante la travesía. Después ordenó atar cerca al caballo de Ortiz, *el Músico*, que, al olor que la yegua había dejado en la estancia donde se desarrollaba la reunión, comenzó a pifiar y relinchar, causando espanto en aquellos señores, ya asustados por el lejano disparo de una lombarda. En medio de la confusión, el de Medellín se acercó al caballo y mandó que lo retiraran mientras le hablaba. El animal se fue calmando, algo que los naturales interpretaron como muestra de su poder sobre la bestia.

Con la zona apaciguada, se celebró una misa y una procesión con motivo del Domingo de Ramos. Ese día, los españoles recibieron un valioso regalo, una veintena de esclavas entre las que pronto destacó una, de la cual no se ha conservado su nombre original. Nacida probablemente cerca de Coatzacoalcos, acaso en Olutla, la joven pertenecía a un distinguido linaje, condición que no fue obstáculo para que, de niña, fuera vendida como esclava a los mercaderes mexicas. Es muy posible que la chiquilla viajara por vías fluviales hasta la ciudad costera y comercial de Xicallanco, acompañada de otros esclavos y de productos artesanos y agrícolas. Allí fue comprada por los mayas de Potonchán, ciudad a la que los españoles llamaron, por motivos obvios, Santa María de la Victoria. La muchacha hablaba maya pero también náhuatl y probablemente popoluca, la lengua de los olmecas. Tales conocimientos le permitieron entenderse con Jerónimo de Aguilar. Así, a través de una doble traducción, los españoles, sobre todo Cortés, pudieron comunicarse con los indígenas. La joven, de unos dieciséis o diecisiete años, recibió el bautismo junto a sus compañeras, y fue llamada Marina, antes de ser entregada a Alonso Hernández Portocarrero, primo hermano del conde de Medellín. Cuando este fue enviado a la Península, pasó a ser amante de Cortés, a quien dio un hijo, Martín, muy querido por su padre, para quien solicitó al papa una bula de legitimidad y le procuró el hábito de Santiago. En una carta dirigida a su primo Francisco Núñez años después, Cortés mostró los sentimientos que tenía hacia el chico, que compartía nombre con quien

heredó el marquesado del valle de Oaxaca: «Pues hagoos saber que no le quiero menos que al que Dios me ha dado en la marquesa».

Pronto, la inteligencia de aquella mujer, a la que los españoles dieron el trato nobiliario de «doña», le permitió aprender los rudimentos del español, desplazando poco a poco a Aguilar en las tareas de traducción, pero también en las de consejera. Un simple vistazo a los códices habla a las claras de la destacada posición que ocupó durante la conquista.

SAN JUAN DE LA VERA CRUZ

Potonchán no era más que un alto en el camino, cuyo destino apareció en el atardecer del 21 de abril de 1519, Jueves Santo, cuando las naves llegaron frente a San Juan de Ulúa.¹² Anclada cerca de la costa, la nave principal lució los símbolos reales sin que nadie saliera de los barcos durante la noche. Alaminos, que había visitado aquel lugar un año antes con Grijalva, condujo la armada sin dificultad. Es muy probable que Moctezuma tuviera noticia de la llegada de aquella flota. Prevenido desde entonces, el emperador había reforzado la vigilancia de la zona. Ello explica que, poco después de la llegada de los barbudos, unas grandes canoas se dirigieran hacia el barco. Sobre la cubierta del mismo, los primeros emisarios de Moctezuma dieron la bienvenida a los llegados. Cortés les ofreció conservas y frutas de Castilla, vino, cuentas azules y unas margaritas y diamantes falsos. Después, gracias a Jerónimo de Aguilar y doña Marina, que a partir de entonces se convirtió en una presencia indispensable en todo parlamento, les dijo que su intención era comerciar con ellos. Tras este primer contacto, los enviados se retiraron.

Un día después, el Viernes Santo de la Cruz, se produjo el desembarco en los arenales de Chalchiuhcuecan, lugar que pisaron por primera vez tanto los hombres como los entumecidos caballos. También lo hicieron las piezas de artillería que quedaron emplazadas en la playa bajo la supervisión del artillero Mesa. Tomadas estas precauciones, alrededor de un modesto altar, comenzaron a levantarse las chozas que configuraron el primer asentamiento. Favorecidos por el buen recuerdo que se guardaba de Grijalva, los forasteros fueron bien acogidos por la población totonaca. Tributarios de los mexicas, no

es descabellado pensar que los totonacas, que lucían unos bezotes azules tan pesados que dejaban los dientes al descubierto, pudieran ver en aquellos poderosos hombres a unos posibles aliados contra Moctezuma. En un principio, las relaciones se limitaron a tener un puro carácter comercial. A las mantas y a algunas joyas ofrecidas por los indígenas se correspondió por el lado español con prendas de vestir. Nada de todo aquello pasaba inadvertido en Tenochtitlan, cuyo *huey tlatoani* no dejó de enviar representantes de su poder. En efecto, el 24 de abril, día de Pascua, apareció el esclavo Cuitlalpítoc, a quien por su físico apodaron *Obandillo*. Durante su primera visita, Cuitlalpítoc ofreció alimentos, mantas y oro.

Una jornada después, el Domingo de Resurrección, quien accedió al real de los españoles fue Teuhtlilli, señor de Cuetlaxtlan, que llegó seguido por un gran número de sirvientes y mucha comida. Hechos los saludos, que incluían, por parte de los indígenas, el beso a la tierra y los sahumerios, Cortés y el enviado de Moctezuma intercambiaron regalos. Frente al capitán español que se había sentado en una silla de espaldas, flanqueado por los hombres principales, el mexica se sacó sangre de la lengua con una paja. Hecho el sacrificio, le entregó mantas, plumería y joyas de oro. Cortés le correspondió con un sayo de seda, una medalla y un collar de cuentas de vidrio. Ajeno a los parlamentos, el amplio séquito de Teuhtlilli, en el que probablemente se habían infiltrado espías, ayudó a construir las chozas de los españoles. Toda la actividad del campamento quedó plasmada sobre lienzos de *ámatl*, gracias a los pintores enviados desde Tenochtitlan. En las telas, sus hábiles trazos retrataron a Cortés y a sus capitanes, y dibujaron los barcos y el alarde que, bajo el son del pífano y el tambor, se hizo para impresionar a aquellos embajadores. Cuando la marea bajó, tanto la infantería como la caballería hicieron escaramuzas sobre la arena de la playa. Un conjunto de disparos de lombardas acompañados de los ladridos de los perros cerró la efectista exhibición.

Los parlamentos y el alarde se completaron con un banquete durante el cual Cortés comunicó a sus huéspedes que tanto él como sus acompañantes eran cristianos y vasallos del rey Carlos, que era quien les había enviado hasta allí para que Moctezuma «conociere los errores grandes en que él y todos los suyos viven, adorando muchos dioses en figura de animales, con sacrificios de

hombres sin culpa e inocentes, viviendo en muchas cosas contra toda razón y ley natural». ¹³ Con el fin de sacar a Moctezuma de su «ceguedad», Cortés propuso entrevistarse con él, algo que el emisario, entre el estupor y la risa apenas contenida, rechazó. Un último detalle, aportado por Bernal, conecta esta escena con la supuesta identificación que los mexicas hicieron entre aquellos hombres y el dios Quetzalcóatl. Según el autor de la *Historia verdadera*, uno de los soldados llevaba un casco dorado algo oxidado que llamó la atención de Teuhtlilli, pues le recordaba el que coronaba la cabeza de aquel dios. Así pues, pidió que le dejaran llevarle a Moctezuma el casco, algo a lo que Cortés accedió con una condición: que les fuera devuelto lleno de granos de oro. Dejando a Cuitlalpítoc junto a los españoles, Teuhtlilli se retiró llevando consigo otros regalos: una silla de caderas y una gorra carmesí que llevaba prendida una medalla con san Jorge venciendo al dragón.

Al tiempo que se entrevistaba con los distintos visitantes, Cortés se fue ganando la simpatía de muchos de sus compañeros. Pese a las instrucciones recibidas, que insistían en que debía impedirse el trueque directo entre españoles e indios, el de Medellín relajó bastante la supervisión de esas transacciones, dejando hacer, a pesar de las quejas de los velazquistas. A esa condición se añadía la habitual exigencia de que el total del oro rescatado se expusiera públicamente para la extracción del quinto real, operación que debía supervisar Diego de Peñalosa, veedor de los jerónimos. Como en otros aspectos de aquella expedición, todo parece indicar que la posibilidad de efectuar rescates privados ya se había contemplado desde la partida de Cuba, pues los soldados trajeron cuentas verdes y diamantes falsos para trocarlos por unas joyas que resultaron de escaso valor.

Una semana más tarde, Teuhtlilli regresó con otro rico presente. En él destacaban dos ruedas recubiertas de plata y oro que simbolizaban el sol y la luna. Probablemente la de oro fuera el calendario mexica. Ambos objetos habían comenzado a fabricarse el año anterior, con la llegada de Grijalva, sin que se le pudieran llegar a entregar. Teuhtlilli también ofreció una serie de figuras y símbolos relacionados con Quetzalcóatl. A todo ello se unió un traje hecho de oro y plumas con los atributos del dios barbado. Según relató en 1521 Juan Álvarez, alguacil en San Juan de Ulúa, el vestido incluía «una cabeza como de drago de oro e de dentro con sus colmillos e paladares todo

de oro e de fuera plumaje rico e çiertas axorcas de oro e plata e páxaros, las piernas e pies e picos de oro e el cuerpo e las alas de un rico plumaje que los dichos yndios mucho estiman». ¹⁴ Ignorante del significado de aquellos ropajes, el de Medellín permitió que le colocaran esa vestimenta sobre la suya. En esta ocasión, a Teuhtlilli le acompañó el enigmático Quintalbor, que vino desde Tenochtitlan. Probablemente perteneciente a la casta sacerdotal, ¹⁵ aquel hombre, que ya se había acercado hasta la costa para intercambiar regalos con Grijalva, tenía un sorprendente parecido con Hernán Cortés. Tierra adentro, en su palacio, Moctezuma se debatía entre una interpretación apocalíptica, el regreso del dios blanco y barbado Quetzalcóatl, y otra más prosaica, la llegada de unos hombres que podrían constituirse en una seria amenaza para su hegemonía sobre el Anáhuac.

Junto a los regalos, Moctezuma les hizo llegar un mensaje. En él, mostró su admiración por el lejano rey, pero rechazó cualquier posibilidad de recibir a sus enviados en Tenochtitlan. Moctezuma, que dijo encontrarse enfermo, añadió que el camino que conducía a su ciudad estaba lleno de gentes peligrosas. Este último dato no debió de pasar inadvertido para Cortés, que, a pesar de que insistió en visitar la capital, asumiendo los riesgos anunciados, comenzó a entender la compleja realidad, en absoluto armónica, que se abría ante sus ojos. Una copa de vidrio de Florencia, varias camisas de holanda y una nueva cantidad de diamantes azules correspondieron a los obsequios del emperador mexicana. Por el momento, la entrada en su territorio se antojaba imposible, por lo que los españoles permanecieron en su emplazamiento, atendidos por los sirvientes mexicas y un buen número de mujeres.

Diez días después, Teuhtlilli regresó con gran cantidad de ropa de algodón y primorosas piezas de plumería. Los obsequios vinieron acompañados por la exhortación que relató Gómara:

Y dijo que se fuese Cortés con su armada, porque era excusado por entonces verse con Moteczuma, y que mirase qué era lo que quería de la tierra, que se le daría; y que siempre que por allí pasase harían lo mismo. Cortés le dijo que no haría tal, y que no se iría sin hablar a Moteczuma. El gobernador replicó que no porfiase más en ello, y con tanto se despidió; y luego aquella noche se fue con todos sus indios e indias que servían y proveían el real; y cuando amaneció estaban las chozas vacías. ¹⁶

Mientras se entablaban relaciones diplomáticas con el esquivo Moctezuma, se fueron desvelando algunas fisuras dentro del dominio mexica. El poder imperial, bajo sus ceremoniosas formas, encubría grandes tensiones. Cortés fue pronto consciente de las ventajas que podía obtener en ese contexto y trató de aprovecharlas. Gran aficionado a los naipes, jugó a dos barajas ganándose el favor de muchos pueblos, según se adentraba prudentemente en la tierra. Era preciso evitar la reacción violenta de Moctezuma. Una vez retirados los mexicas, reaparecieron los totonacas, que hablaron mal de aquellos. Cortés prestó atención a las críticas, que le reafirmaron en su idea de que se hallaba ante una compleja realidad política.

La incomodidad del enclave, caluroso e infestado de mosquitos, y el cese en las atenciones de los sirvientes mexicas, obligaron a buscar un mejor lugar donde asentarse. El pan cazabe¹⁷ traído de Cuba, ya mohoso y lleno de fatulas, es decir, de cucarachas, empezaba a escasear. Con el fin de mejorar las condiciones de vida y de evitar, quizá, un ataque mexica, dos barcos fueron enviados a costear en busca de un fondeadero más favorable. El capitán de la flotilla, pilotada por Alaminos y Rodrigo Álvarez Chico, fue Francisco de Montejo, que, acompañado por medio centenar de hombres, siguió la ruta recorrida por Grijalva el año anterior. El sitio escogido fue un puerto que se llamó El Bernal, lugar protegido por un peñón, al que se accedió después de una fuerte tormenta. Dos ríos y un cercano bosque favorecieron la elección del puerto, que, pasado el tiempo, resultó también inapropiado, pues estaba excesivamente expuesto a los vientos del norte. Escogido el enclave, los barcos regresaron al real.

Mientras Cortés y sus compañeros se movían por tierra, la armada transportó los bastimentos y la artillería hacia el nuevo puerto. El desplazamiento sirvió para mejorar el conocimiento de la región. Antes de partir, Alvarado fue enviado con un centenar de hombres, quince ballesteros y seis arcabuceros a buscar maíz. Durante la exploración, los soldados encontraron víveres pero también hallaron un templo en el que vieron cuerpos humanos recién sacrificados, junto a sus corazones y a los cuchillos con los que los habían extraído de sus pechos. La escena produjo una honda impresión entre los españoles. Frente a la posibilidad de alcanzar riquezas, aquellos cuerpos desmembrados suponían un macabro aviso del riesgo que se debía

asumir. Al igual que ocurrió con los de Alvarado, la comitiva encabezada por Cortés también vio templos con restos de sacrificios humanos. Estos hitos sangrientos contrastaban con la inquietante desolación de los pueblos por los que pasaban, abandonados por sus habitantes. La llegada de unos indios procedentes de Cempoala rompió la tensa calma. Los cempoaltecas les guiaron hacia su ciudad. Antes de su entrada, una avanzadilla se adelantó para ofrecer gallinas y tortitas a los extranjeros. Pese a esas muestras de hospitalidad, los soldados pernoctaron en una aldea en la que emplazaron la artillería. Durante la noche, una ronda de centinelas se mantuvo alerta. Al día siguiente, un grupo de indios principales salió a ver a los españoles. Traían ramos de flores y la excusa del señor de la ciudad, Xicomecóatl, al que los españoles no tardaron en llamar el Cacique Gordo. Según dijeron sus enviados, su obesidad le impedía salir de la ciudad.

El primero de junio, el ejército español entró en Cempoala, la población más grande vista hasta el momento. La impresión que la ciudad causó en los hambrientos españoles fue tal que un jinete, al llegar al centro ceremonial, creyó ver plata en la cal recién bruñida de algunas paredes. Ya en los patios, el Cacique Gordo se hizo visible. Entre sahumeros, abrazó a Cortés y ofreció a sus exóticos huéspedes unas estancias donde descansar. Tan generoso fue el recibimiento que los españoles llamaron Villaviciosa o Sevilla la Nueva a aquella ciudad. Ya instalados, sin descuidar la atención ante una posible emboscada, recibieron una nueva visita del Cacique Gordo, siempre acompañado por sus consejeros, que lucían bezotes de oro y vistosas vestimentas. El grupo traía consigo cierta cantidad de joyas y mantas. Como era ya costumbre, Cortés expuso los objetivos de su viaje. Había sido enviado por su rey «para deshacer agravios y castigar a los malos y mandar que no se sacrificuen más ánimas», algo, esto último, que no pudo lograr en Cempoala. La vehemencia de Cortés fue refrenada por los religiosos que le acompañaron, que le disuadieron de que extirpara radicalmente aquellas horribles prácticas. El Cacique Gordo le respondió quejándose del riguroso trato que les daban los mexicas. Según dijo, la obediencia debida y la obligación del pago de grandes tributos eran cosas relativamente recientes. Cortés tomó buena cuenta de aquella información; sin embargo, insistió en que debía proseguir su marcha. Antes de hacerlo, se comprometió a proteger a los cempoaltecas, que

agradecieron sus palabras proveyéndole de cuatrocientos porteadores. Los tamemes resultaron de gran utilidad para la marcha de los soldados que ya no hubieron de cargar con sus pertrechos. Cortés también recibió el consejo del Cacique Gordo de buscar la alianza con Tlaxcala, nación enemiga de los mexicas. Dos semanas después de su llegada, Cempoala quedó a la espalda del ejército español, que tomó el camino hacia Quiahuiztlan sin saber nada de los barcos que navegaban por la costa.

La entrada en la fortificada población de Quiahuiztlan —«lugar de la lluvia»—, situada en un alto desde el cual podía verse el mar, vino precedida de las mismas formas empleadas en Cempoala. El soldado de Medina del Campo, en su *Historia verdadera*, dio cuenta de ello: «E yendo con buen concierto y ordenanza, creyendo que estuviese de guerra, iba el artillería delante». También relató un suceso acaecido en esa entrada que refleja hasta qué punto la obsesión por el orden de la formación convivía con la tensión. En un momento dado, Hernando Alonso de Villanueva descuidó su colocación. Alonso de Ávila, «como era soberbio y de mala condición», le golpeó en el brazo con la punta de su lanza. En adelante, el de Villanueva recibió el apodo de *el Manquillo*. Más allá de estos incidentes, cuando los españoles accedieron a la ciudad, observaron que estaba prácticamente deshabitada. En ella apenas permanecían unas decenas de hombres. Como era ya costumbre, el ejército se instaló cerca de los templos, donde recibió la visita de los señores y los sacerdotes, acompañados de sus habituales sahumeros. La entrada coincidió con la llegada de un grupo de enviados de Moctezuma, que blandían unas cortas varas de mando, que a los españoles les recordaron a las de los alguaciles. Se trataba de recaudadores o *cacalpixques*, que accedieron a aquel recinto ricamente ataviados con mantas bordadas y bragueros. En la parte superior de su cabeza, los altivos recaudadores, que de tanto en tanto olían las rosas que llevaban en las manos, recogían sus cabelleras en un moño. Completando la escena, unos sirvientes se afanaban por complacer a tales señores, agitando mosqueadores de plumas.

La llegada de aquellos hombres hizo palidecer a los de Quiahuiztlan. Ignorando a los barbudos, los *cacalpixques* se dirigieron a sus tributarios, reprendiéndoles por la hospitalidad dispensada a los extranjeros. Para aplacar la ira de Huitzilopochtli, exigieron la entrega de veinte indios. Presos del

miedo, los de la ciudad trataron de ofrecer las mayores pruebas de hospitalidad a los recaudadores. Fue entonces cuando Cortés rompió aquella forzada armonía, ordenando a los cempoaltecas que capturaran a los mexicas. Espantados ante tal osadía, el de Medellín les prometió su respaldo y el de su poderoso señor. También les prometió librarles de los tributos materiales y humanos exigidos por los mexicas. De este modo se comenzó a quebrar el sistema impositivo de Tenochtitlan, ciudad enteramente dependiente de los tributos. La región encabezada por Cempoala quedaba sujeta al poder español, hecho que documentó Diego de Godoy, escribano público y del concejo. Después de ofrecer las máximas garantías, Cortés pidió al señor de Quiahuiztlan que capturara a los *cacalpixques*. Este, superando su miedo, obedeció. Una vez apresados, los enviados de Moctezuma quedaron atados al llamado «pie de amigo», es decir, a unos palos que impedían cualquier posibilidad de huida, y permanecieron confinados y vigilados en una estancia contigua a las ocupadas por el ejército.

Al caer la noche, Cortés puso en práctica una astuta estrategia. Mandó a sus hombres que pusieran en libertad a dos de los recaudadores. Cuando la pareja estuvo cara a cara con Cortés, este fingió desconocer el motivo de su detención. En su respuesta, los *cacalpixques* trazaron un desagradable retrato de los totonacas, gentes desleales y levantiscas. Finalizada la conversación, Cortés dejó marchar a aquellos hombres, con los que envió un nuevo mensaje a Moctezuma, en el que insistía en verse con él. Antes de que los recaudadores partieran, les dijo que velaría por la seguridad de sus compañeros. A la mañana siguiente, el señor de Quiahuiztlan se quejó de la puesta en libertad de los recaudadores. Cortés le replicó con un argumento legal. Aquellos hombres «eran personas enviadas por su señor, y que, según derecho natural, ni tenían culpa ni merecían pena por hacer lo que su señor les mandaba».¹⁸ Cortés, sin embargo, se comprometió a custodiar a los otros tres en uno de sus barcos, que por fin estaban amarrados en el puerto. El enojo del señor de Quiahuiztlan duró poco. Por primera vez se abrió ante él la posibilidad de rebelarse contra el poder mexica, pues aquellos extranjeros habían dado sobradas pruebas de su fuerza y arrojo. Cortés podía ser el caudillo que les guiara. Con ese propósito, le ofreció cien mil hombres.

La llegada a Tenochtitlan de los recaudadores liberados frenó el impulso bélico de Moctezuma, que, de haber lanzado a su ejército sobre los españoles en ese momento, hubiera puesto punto y final a su aventura. Muy al contrario, el emperador siguió mandando emisarios, siempre cargados de regalos, que le informaban de todo lo que acontecía. Entre otras cosas, de la firme decisión de Cortés de descargar de tributos a los totonacas, bajo el argumento de que estos no podían servir a dos señores. También de que el objetivo último seguía siendo entrar en Tenochtitlan. Los siguientes en llegar a Quiahuiztlan, entre ellos dos de sus sobrinos, fueron recibidos por Cortés, que les atendió sentado y flanqueado por sus pajes y su alférez. A este recibimiento se sumó una nueva exhibición de escaramuzas a caballo que impresionaron a los de Moctezuma. Los emisarios trajeron nuevos presentes, entre ellos el casco que tanto había llamado la atención de Teuhtlilli, lleno de oro en grano. A cambio del metal, al que se refirieron como «medicina para la enfermedad del corazón» de los españoles, pidieron la liberación de los que se mantenían cautivos en los barcos. En esta ocasión, la excusa que Moctezuma adujo para no concretar la cita con Cortés eran unas revueltas que debía sofocar en algunos lugares de su imperio. Alojados en unas tiendas españolas, los embajadores recibieron el trato que correspondía a su calidad. La delicada situación aconsejaba contentar, en lo posible, tanto a totonacas como a mexicas, arte en el que Cortés mostró su talento. Dado el enorme poder de Moctezuma, los recaudadores debían ser liberados. Así se lo hizo entender al señor de Quiahuiztlan.

Poco después de la partida de los mexicas desde Cempoala llegó un mensaje del Cacique Gordo. Una guarnición mexica, acantonada en Tizapancingo, había comenzado a hostigarles y a destruir sus cultivos. Cempoala constituía la retaguardia española, por lo que la reacción no se hizo esperar. El ejército pasó por la ciudad e incorporó a algunos indios amigos. Después se dirigió hacia Tizapancingo. Su escarpado emplazamiento limitó mucho el poder de la caballería. No obstante, la plaza cayó con relativa facilidad. La rápida victoria dio paso al saqueo de los cempoaltecas, que fueron reprendidos severamente por Cortés. El capitán les obligó a devolver lo tomado. El saqueo solo estaba permitido cuando una población mostraba hostilidad, cosa que no había ocurrido en este caso, pues Bernal señala que

«los principales y papas», es decir, los caciques y sacerdotes, salieron a Cortés «llorando de los ojos». Recordemos que los españoles actuaban bajo el mandato del rey, por lo que el saqueo de lo hallado en la rendida Tizapancingo suponía robar al monarca. Cervantes de Salazar añadió algunos detalles adicionales: «Los vencedores comieron aquí algunos de los enemigos muertos, y hubo quien con un niño gordo, bien asado, hizo fiesta y banquete a uno de los Capitanes indios. Aquí fue donde la primera vez vieron los nuestros comer carne humana, a los indios».¹⁹

De regreso a Cempoala, los caciques pidieron a los capitanes españoles que se casasen con sus hijas «para hacer generación». La exigencia hispana fue que las ocho mujeres ofrecidas se bautizasen, ocasión que Cortés aprovechó para darle el nombre de Catalina, el mismo de la esposa que había dejado en Cuba, a la poco agraciada sobrina del cacique. La más hermosa fue entregada a Portocarrero, que de este modo se alejó de doña Marina. La ceremonia del bautismo se hizo extensiva al resto de los cempoaltecas, a los cuales se les pidió que dejaran las sodomías, los sacrificios humanos, la antropofagia, la idolatría, algo, esto último, a lo que se resistieron, pues los dioses proveían de salud a los cuerpos y de fertilidad a la tierra. Hechos estos requerimientos, medio centenar de soldados subieron hasta lo alto de un templo y derrocaron los ídolos, entendidos como «dragones espantables». La destrucción de sus dioses conmocionó a los cempoaltecas. Los dioses zoomorfos fueron sustituidos por una imagen de la Virgen y una cruz, que destacaron sobre el fondo encalado y engalanado con flores y ramos, de un adoratorio cuyas paredes habían estado cubiertas de sangre humana. Cuatro sacerdotes totonacas, que trasquilaron sus largas melenas, quedaron al cuidado del templo. Junto a ellos se dejó a un soldado cordobés viejo y cojo, llamado Juan de Torres.

LA ESTRATEGIA DE PAPEL

Las acciones sobre el terreno se vieron acompañadas por una serie de decisiones que nos obligan a regresar al mes de mayo. En esas fechas, en los arenales se hizo evidente la existencia de dos facciones dentro del contingente hispano. Los que habían llegado alentados por los pregones, requirieron a Cortés para que cesaran los rescates y se poblara, algo que la *Instrucción* de Velázquez no aprobaba, pero que tampoco prohibía expresamente. Hemos de recordar que en el documento se hablaba de «inquerir e saber el secreto de las dichas islas e tierras», pero también de que debía hacerse aquello que más conviniera. En ese contexto, a finales de mes, se puso en marcha un plan. Todo parece indicar que Cortés tenía acordada esa acción con un conjunto de notables que se encargaron de excitar los ánimos, alentados por los valiosos regalos de Moctezuma, de gran parte de los que habían desembarcado. Para favorecer el plan y evitar obstáculos, Juan Velázquez de León fue enviado lejos en una operación de reconocimiento y búsqueda de alimentos.

En estas condiciones se pidió a Cortés que poblara y nombrara alcaldes y regidores.²⁰ Era evidente que la intención de gran parte de los hombres, con Cortés a la cabeza, era cortar la relación con Velázquez. Muchos se sentían engañados por los pregones en los que se hablaba de poblar, algo a lo que, por otro lado, no tenían derecho ni el gobernador ni Cortés. La maniobra estaba concertada hasta tal punto que, cuando los velazquistas le recordaron la *Instrucción*, se replegó simulando obediencia a la misma. Incluso mandó anunciar el regreso a Cuba. Inmediatamente sus cómplices reaccionaron. Cortés fue nombrado capitán general y justicia mayor. La idea de poblar se

imponía como un impulso colectivo. Esta delicada decisión se sometió a consulta entre las personas honradas del colectivo. Entre ellos se hallaban Alonso de Grado, Cristóbal de Olid, Bernardino Vázquez de Tapia, Gonzalo de Sandoval, Alonso de Ávila, Juan Gutiérrez de Escalante y Francisco Álvarez Chico, pero también otros hombres respetados como Fernando Trujillo o Cristóbal Flores. Si estos eran favorables, Velázquez de León, Diego de Ordás, Pedro Escudero y Escobar, el paje, se oponían frontalmente a esta decisión, razón por la cual fueron engrilletados y enviados a las bodegas de los barcos durante unos días.

El proceso, que ha hecho correr ríos de tinta, es confuso y no pocos lo han calificado de revolucionario. Manuel Giménez Fernández, que vio en aquellos sucesos un reflejo de las revueltas comuneras castellanas, consideró que el fundamento de las decisiones tomadas se acogió al canon tomista. En definitiva, agotado el móvil de la expedición, se buscó el bien común, aprovechando las vaguedades contenidas en la *Instrucción*. En ausencia de una autoridad efectiva, pero también en atención a la conveniencia de la mayoría, el poder debía regresar a la comunidad que quedaría facultada para designar representantes. El procedimiento, ligado a la idea del *pactum translationis*, se reprodujo a principios del siglo XIX en la América española, y operó en el origen de muchos procesos de cristalización de las naciones hispanoamericanas. Si estas han sido las interpretaciones posteriores de lo allí ocurrido, en su tiempo Diego Velázquez acusó a aquellos, sus compatriotas, de ladrones y reos de lesa majestad. Sea como fuere, mediante ese movimiento, el colectivo quedó desvinculado de la empresa que les había traído hasta allí, para pasar a depender directamente del soberano.

Parece evidente que la fuerza de la decisión, propiciada por la excepcional situación legal en la que se hallaba Velázquez, residió, además de en el interés de Cortés, en el grupo de hombres perjudicados por el gobernador en anteriores viajes. Este colectivo arrastró, por diversos métodos, a los indecisos. Por otro lado, la estrategia legal tenía mucho de emulación del comportamiento que Velázquez había desplegado contra Diego Colón en Cuba, hechos que, sin duda, conocía el de Medellín. Neutralizada la facción velazquista, el escribano Diego de Godoy documentó la decisión de fundar una villa llamada Villa Rica de la Vera Cruz. El primer cabildo estuvo

compuesto por los alcaldes Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero, y los regidores Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid, Alonso de Grado y Alonso de Ávila. Los vecinos disponían de un representante o procurador, Francisco Álvarez Chico, hábil negociador.

Por tierra y mar, los españoles recorrieron las doce leguas que separaban el primer campamento de un lugar llamado Quiahuitzlan, que enseguida se castellanizó y pasó a llamarse Archidona. Con la llegada de la armada, que se retrasó en relación con la infantería, se comenzó el trazado del municipio. Lo primero que se delimitó, a soga y cordel, fue la plaza, en cuyo centro se alzó una picota o árbol de justicia. Las fachadas que cerraron este espacio público correspondieron a la iglesia, las casas del cabildo, la cárcel y las atarazanas. A todo ello debía sumarse un hospital, para cuya construcción se solicitó posteriormente la concesión de un permiso para constituir una cofradía, que debía sufragarse con la escobilla de la fundición, es decir, con los restos de la misma. En los trabajos de construcción se involucró todo el colectivo, incluido Cortés. Conocemos el nombre de algunos albañiles, entre los que figuraron Andrés Farfán y Alonso García, a los que se sumaron canteros y herreros. Poco a poco, las tiendas y chozas fueron dejando paso a viviendas de cal y canto rodeadas de unas tierras y recursos que pasaban a pertenecer a la Corona. Desde ese emplazamiento, cuya fortificación marcaba ya una primera frontera, se establecieron nuevos contactos con los pueblos vecinos. En el horizonte, Tenochtitlan era ya el inequívoco objetivo de Cortés y sus hombres.

Si todo esto ocurría en la costa americana, el 13 de noviembre de 1518, en Barcelona, Diego Velázquez de Cuéllar había obtenido unas capitulaciones por parte del rey, en las que se le reconocía como descubridor y conquistador, y se anunciaba su designación como adelantado de Yucatán, Cozumel y las nuevas tierras, cargo vitalicio que le daba derecho a descubrir y ocupar esos territorios. La noticia de que se convertía en delegado del rey, que en eso consistía formalmente su nueva dignidad, se conoció en Cuba a principios de junio y llegó a los hombres de Cortés gracias al desembarco de Francisco de Saucedo, *el Polido*, que ocurrió a mediados de ese mismo mes. Saucedo, que había sido maestresala del almirante de Castilla, debía su sobrenombre al hecho de que, según Bernal, «en demasía se preciaba de galán y polido».

Saucedo llegó a bordo de la carabela comprada por Cortés a Alonso Caballero en Santiago. El Polido se había demorado para darle carena al barco y comprar abastecimientos. La información que trajo precipitó la confección de una compleja estrategia documental cuya redacción, según Diego de Coria, paje de Cortés, ocupó al metelinense ocho noches enteras.

De aquellas febriles jornadas se conservan tres documentos que reforzaban la acción colectiva, al tiempo que lo hacían con la figura de Cortés, esos testimonios estaban escritos por la mano de un escribano, que podía serle amputada en caso de que alterara los documentos, y debían atenerse a unas estrictas normas establecidas años atrás por los Reyes Católicos, conscientes del valor que tenían los papeles de ultramar. Durante aquellas veladas se elaboró un aparato documental que debía ser llevado, junto al quinto real, a Castilla. Pese al carácter comunitario del cabildo es evidente que la suma de voluntades se vio favorecida por las presiones que realizaron hombres como Escalante, Portocarrero o Francisco de Lugo, que se encargaron de sumar adeptos a la causa.

Registrada por el escribano de la reina Juana y del rey Carlos, el sevillano Pedro Hernández, y acompañada por trescientas cuarenta y cuatro firmas que se estamparon en un pliego de ocho hojas y media de papel, el lunes 20 de junio de 1519, el procurador de la villa, Francisco Álvarez Chico, presentó la *Petición y requerimiento del cabildo de Veracruz*. Hernández leyó el escrito al cabildo, después de hacerlo a los vecinos y estantes de Veracruz. El documento daba cauce a las aspiraciones del común de vecinos, tal y como subrayaba la clásica fórmula, «pro comun de todos», contenida en él, y se dirigía al cabildo por ser una institución vinculada a la Corona, que podía transmitir al rey las aspiraciones de aquel conjunto de hombres.

Conviene reparar en el comienzo de la *Petición*. En él se habla de isla. Concretamente se dice, «En la Villa Rica de la Veracruz desta ysla de Vluacan nuevamente descubiertas»,²¹ volviendo a jugar con una imprecisión geográfica a la que también se había acogido Velázquez en su *Instrucción*. La documentación veracruzana, al igual que la velazqueña, empleó términos geográficos vagos, que cayeron definitivamente en desuso más tarde. En relación al empleo interesado de la palabra «isla» disponemos del testimonio que Juan Ginés de Sepúlveda recogió del propio Hernán Cortés durante su

estancia en España. Este le confesó que era sabedor de que el poder de los jerónimos se limitaba a las islas y el océano. En tal tesitura, la referencia a las islas tenía una clara intención legalista que permitía ganar tiempo. Las palabras del conquistador, pasadas por el equilibrado tamiz de Sepúlveda, no solo exhibían el respaldo legal que amparaba su acción insular, sino que, comprobada la peninsularidad de las tierras, posibilitaban un giro trascendental de la empresa sustanciado en la posibilidad de fundar un cabildo: «A continuación les volvió a hablar diciéndoles que hasta el momento él había desempeñado el cargo de capitán según el derecho y autoridad conferidos por los monjes, que eran quienes tenían el máximo poder de gobierno en la conquista de las islas y el océano. Ahora, cuando se había llegado a un Nuevo Mundo y a otra tierra firme, estimaba que había que iniciar una nueva forma de gobierno y aplicar un nuevo derecho. En consecuencia, que ellos decidieran y vieran qué era preciso hacer».²² La imprecisión que Velázquez había introducido en su *Instrucción* terminó por volverse contra él, pues se convirtió en una coartada para que los partidarios de romper con Cuba se dirigieran a Sus Altezas, ofreciéndoles un mejor servicio.

En la *Instrucción* se habla de Nuevo Mundo, no de Nueva España, denominación que ha sido atribuida a Juan de Grijalva. Aunque se tiene por cierto que fue él, en su viaje de 1518, el primero en llamar Nueva España a aquel territorio, tal designación quedó consignada por escrito el 20 de agosto de 1520, dentro de una diligencia hecha por el escribano Gerónimo de Alanís,²³ con motivo de una probanza promovida por Juan Ochoa de Elejalde en nombre de Hernán Cortés, por el oro perdido en la salida de Tenochtitlan. Cortés usó esa denominación, que ya era común, en su *Segunda Carta de Relación*, escrita en Segura de la Frontera el 20 de octubre de 1520.

En cuanto su contenido, la *Petición*, suplicaba a Su Majestad que a Diego Velázquez no se le hiciera... «

[...] merçed de le encargar nin proveer cosa ninguna en estas partes ni le hazer merçed della, asý por el daño e perjuicio que todos destas partes rreçibyriamos como porque, como es notorio, aviendo dexado de rrescatar e de hazer lo que el dicho Diego Velazques quería, e aviendo poblado e en nombre de Su Magestad señalado justicia e para su Rreal corona ofreçida la tierra, de que el dicho Diego Velazques terná hartto cuidado e trabajará de dañar en todo lo que pudiera a los que en ello entendieran; e sy él viniese a estar partes ninguna persona quedaría a quien no dañase e echase

a perder como personas que no quisieron hazer lo que él quisiera, sy no lo que a servicio de Sus Altezas como sus vasallos debían hazer.²⁴

La intención del escrito, que en todo momento declaraba su lealtad a la Corona, era clara. Se trataba de apartar a Velázquez de aquellas tierras para evitar que este, siempre movido por intereses particulares, dañara a los de Veracruz, que, al cabo, eran vasallos de Sus Altezas. Al tiempo, acusaba a algunos de los allí presentes de estorbar el servicio de Sus Altezas. Por esta razón, esos hombres se hallaban «presos para dellos hazer justiçia», algo que sería imposible si hasta allí llegaba Velázquez, que dejaría a aquellos «delinquentes syn castigo», y haría mucho daño en el resto de personas y haciendas.

Presentada la situación, se pasó a las peticiones, no sin hacer una cerrada defensa de Cortés, cuya mano se adivina tras estas palabras: «Viendo que el señor Hernando Cortés ha venido a estas partes en seruiçio de Sus Altezas para las conquistar, e a gastado muchas sumas de maravedís e dexado la compañía que el dicho Diego Velázques con él avía hecho, de que se pudiera bien aprouechar, e commo vasallo e leal seruidor de Sus Altezas procuró que, para su Rreal corona fuese avmentada, se poblase esta tierra». Expuestos así los hechos, se solicitaba para Cortés, «que su Magestad sea seruido de le encargar el dicho cargo de conquistador e capitán general e justicia mayor destas partes hasta el fin de la paçificación desta isla, e que pueda rrepartyr los indios della perpetuamente e, teniéndola conquistada e apaziguada, le dé la gobernaçón della por el tiempo que Su Alteza fuere seruido». Como se puede observar, la ambición de la petición hecha entre grandes elogios a un Cortés del que se destacaba que había salido de Santiago rodeado de gentes atraídas «por la mucha amistad e amor e buena conversaçón que de los tiempos pasado, que cargos avía tenido, le conosçían», era máxima.

La *Petición* venía precedida de una *Instrucción del cabildo a los procuradores*, compuesta por una treintena de puntos a los que debían ajustarse los procuradores de la villa, Portocarrero y Montejo. Como si de un concejo castellano más se tratara, los dos hombres debían solicitar, entre otras cosas, la concesión de armas, pendón y sello para la villa. Toda una simbología que dotaría de personalidad propia a dicha población, enclavada

en unas tierras «nuevamente descubiertas», expresión que trataba de abrir distancias con las acciones similares llevadas anteriormente a cabo por los hombres de Velázquez. Se pedía también que los indios que algunos tenían en Cuba pudieran ser conservados por estos durante, al menos, cinco años. Lo mismo ocurría con aquellos que habían acompañado a los españoles en su viaje. No acababan ahí las solicitudes. Parece claro que la petición de las escribanías y alguacilazgos era una aspiración de Cortés. El resto de solicitudes tenían que ver con el reparto de solares, la prioridad en el rescate con los indios, el derecho sobre las salinas, la designación de un fundidor de oro al que debía enviársele un cuño real y una serie de ventajas fiscales. Destaca, también, la petición de una bula que absolviera a los españoles que murieran durante la conquista, similar a las que se emitían para aquellos que morían en África, lo cual da cuenta del peso que tenía el componente religioso en unos actos que, bajo el prisma de la leyenda negra, son tenidos como puramente codiciosos. Situados ante unas sociedades consideradas bárbaras en virtud de ciertas prácticas —antropofagia, sacrificios humanos, idolatría—, los miembros del común de Veracruz buscaban privilegios similares a los que en el pasado se habían dado en los asentamientos situados en las líneas fronterizas hispanas.

A los textos ya comentados se sumó la *Carta del Cabildo*, fechada el 10 de julio de 1519. Su contenido abundaba en muchos de los aspectos ya tratados en los dos anteriores documentos. En su inicio, los de Veracruz mostraron hasta qué punto Velázquez, al que llaman «teniente de almirante en la isla Fernandina», desconocía aquellas tierras de las que ellos sí podían dar cuenta. Se ponía así en entredicho el descubrimiento de las mismas por parte del de Cuéllar. Después se relataron las expediciones de Hernández de Córdoba, subrayándose la escasa aportación económica de Velázquez, de quien se añadió que se movía «más a codicia que a otro celo». La *Carta* también mostraba el conocimiento que se tenía de las maniobras hechas por Velázquez ante los jerónimos y del envío a la corte de Gonzalo de Guzmán que, avalado por un poder, trató de patrimonializar los logros de aquel viaje. Posteriormente, y en un mismo tono, se narró con todo lujo de detalles el viaje de Grijalva. Es entonces cuando entra en escena Cortés, a quien se presenta como un leal servidor de la Corona que, además, había corrido con gran parte

del gasto de la nueva armada. Según se dice en la *Carta*, Velázquez «no puso ni gastó él más de la tercia parte». Un gasto hecho con turbias intenciones: «Y sepan Vuestras Majestades que la mayor parte de la dicha tercia parte que el dicho Diego Velázquez gastó en hacer la dicha armada fue en emplear sus dineros en vinos y en ropas y en otras cosas de poco valor para nos lo vender acá en mucha más cantidad de lo que a él le costó, por manera que podemos decir que entre nosotros los españoles, vasallos de vuestras reales altezas, hace Diego Velázquez su rescate y granjea sus dineros cobrándolos muy bien». Todos estos datos podrían verificarse en España, pues junto a los papeles escritos en Veracruz se adjuntaron «las instrucciones y poder que el dicho Fernando Cortés recibió de Diego Velázquez».

La prolija carta daba cuenta de cómo Cortés se había ajustado a la *Instrucción*, buscando a los náufragos para redimirlos y mostrando un gran celo religioso. También relataba el contacto con los caciques y el conocimiento de las riquezas de aquella tierra. Todo había inclinado a sus compañeros a pedirle que «en nombre de Vuestras Reales Altezas, se poblase y fundase allí un pueblo en que hubiese justicia, para que en esta tierra tuviesen señorío, como en sus reinos y señoríos lo tienen, porque siendo esta tierra poblada de españoles, además de acrecentar los reinos y señoríos de Vuestras Majestades y sus rentas, nos podrían hacer mercedes a nosotros y a los pobladores que de más allá viniesen adelante».

Establecida esta ligazón con la Corte, los de Veracruz solicitaron el veto a los posibles pobladores que viniesen más adelante. De entre estos debía excluirse, de manera explícita, a Velázquez. A través de los procuradores solicitaban «que en ninguna manera den ni hagan merced en estas partes a Diego Velázquez, teniente de almirante en la isla Fernandina, de adelantamiento ni gobernación perpetua, ni de otra manera, ni de cargos de justicia, y si alguna se tuviere hecha la manden revocar porque no conviene al servicio de su corona real que el dicho Diego Velázquez ni otra persona alguna tenga señorío ni merced otra alguna perpetua». Más adelante, reiterando los temores ya expresados en la *Petición*, se hizo una relación de la irregular conducta de Velázquez, quien...

[...] ha destruido a muchos buenos trayéndolos a mucha pobreza, no les queriendo dar indios con que puedan vivir y tornándose los todos para sí, y tomando él todo el oro que han cogido sin darles parte de ello, teniendo como tiene compañías desafortunadas con todos los mas muy a su propósito y provecho. Y como sea gobernador y repartidor, con pensamiento y miedo que los ha de destruir no osan hacer más de lo que él quiere, y de esto no tienen Vuestras Majestades noticia, ni se les ha hecho jamás relación de ello, porque los procuradores que a su corte han ido de la dicha isla, son hechos por su mano y sus criados, y tiénelos bien contentos dándoles indios a su voluntad, y los procuradores que van a él de las villas para negociar lo que toca a las comunidades, cúmples hacer lo que él quiere, porque les da indios a su contento.

La *Carta* insistía en la neutralización de Velázquez, hasta el punto de pedir...

[...] tomar residencia y le quitasen el cargo que en la isla Fernandina tiene, pues que lo susodicho, tomándole residencia se sabría que es verdad y muy notorio. Por lo cual a Vuestra Majestad suplicamos manden dar un pesquisidor para que haga la pesquisa de todo esto de que hemos hecho relación a vuestras reales altezas, así para la isla de Cuba como para otras partes, porque le entendemos probar cosas por donde Vuestras Majestades vean si es justicia ni conciencia que él tenga cargos reales en estas partes ni en las otras donde al presente reside.

Hechas todas estas peticiones, la *Carta* realizaba una prolija relación de las riquezas enviadas desde aquel cabildo. La primorosa descripción de los objetos, al tiempo que mostraba la admiración por su belleza, servía para encarecer su valor a los ojos del monarca. El envío, tal y como se ocuparon de subrayar, excedía con creces el valor del quinto real. Tal exceso de generosidad, máxime viniendo de gentes que se habían enrolado en esa nueva aventura después de haber obtenido magros resultados en las anteriores, demuestra hasta qué punto aquellos hombres trataban de consolidar su situación con una buena cantidad de oro. «Dádivas quebrantan peñas», debieron pensar muchos vecinos veracruzanos. Por otro lado, la fe en encontrar grandes riquezas tierra adentro, favoreció el desprendimiento de aquellos tesoros. En el envío, custodiado por los procuradores Portocarrero y Montejo, que hicieron lo propio con la documentación, se incluyeron, además de oro, joyas, piedras, plumajes y gran cantidad de ropa de algodón, las ruedas de oro y plata. Dado que esos dos hombres eran alcaldes, fueron sustituidos por Alonso de Ávila y Alonso de Grado. Estos cambios motivaron que Vázquez de Tapia se convirtiera en regidor.

Se da la circunstancia de que la consumación de la decisión de poblar se vio avalada, tiempo después, por el propio Velázquez. Este, ya con plenos poderes como adelantado, se delató cuando, tras conocerse lo ocurrido en la costa, gracias a la escala en Cuba de los procuradores, dijo que aquellos hombres habían ido «a servir a Sus Altezas e a descubrir tierras e a poblar las tierras e yslas que Juan de Grijalva e los que con él fueron en otra armada que el señor adelantado envió descubrieron».²⁵ Sobre la intención de poblar insistió el propio Velázquez cuando hizo traslado de su *Instrucción* a la Corte española. Narváez, no obstante, tenía una confusa idea de lo que en realidad había ocurrido, de ahí que en ese momento el mayor peso de las acusaciones no recayera sobre Cortés, en quien, al parecer, todavía confiaba, sino precisamente en los hombres que se dirigían a España con el rico presente.

Como se ha dicho, con un nutrido equipaje documental, entre el que se encontraba la *Primera Carta de Relación* de Cortés, hoy perdida, y otros papeles públicos y privados, los procuradores partieron rumbo a España el 26 de julio de 1519 a bordo del *Santa María de la Concepción*, nave pilotada por Antón de Alaminos. Del mismo modo que Velázquez tenía en España a su Benito Martín, Cortés también quiso velar por sus intereses. En este caso, sus representantes eran su propio padre, Martín Cortés de Monroy y el licenciado Alonso de Céspedes, juez de Grados de Sevilla, a quienes envió una serie de peticiones de bastimentos a través del maestro de la nao, su amigo Juan Bautista. Cortés ordenó que el barco se dirigiera directamente a España, sin hacer escalas. Con tal objetivo, Alaminos navegó por el norte de Cuba en pos de la Corriente del Golfo. El hombre de mar conocía bien aquellas aguas desde su experiencia al lado de Ponce de León. La idea era dirigirse hacia las islas Lucayas y desde allí cruzar el Atlántico. El plan, debido a las presiones de Montejo, se vio pronto alterado. El capitán quería pasar por Cuba. Así pues, el 23 de agosto, la nave tocó tierra en la isla para proveerse de alimentos y agua, pero también para que Montejo pudiera hacer ciertas gestiones. Los enviados permanecieron en Marién, cerca del puerto de La Habana, durante tres jornadas, en las cuales algunos de sus habitantes pudieron ver el fabuloso tesoro que iba en la bodega del barco. La llegada del navío propició que el contador Pánfilo de Narváez y el tesorero Gonzalo de Guzmán, elevaran una petición²⁶ a Diego Velázquez. En el documento, redactado por el

escribano Vicente López, se describía la breve escala del barco para aprovisionarse secretamente y se solicitaba una carta que debía entregarse ante la Casa de la Contratación para que enviaran a la isla de Cuba a Portocarrero y a Montejo, donde deberían responder ante la justicia. Para entonces, los hombres habían salido de Cuba «escondida y furtyblemente con el dicho navío, y dice que va lastrado de oro». Dado que el navío iba «por parte donde la navegación es peligrosa», se sospechaba que el propósito de su derrota era defraudar el oro de Sus Altezas. Ante esta situación se requirió la presencia de los testigos de la llegada del barco. De entre los testimonios recogidos, hechos bajo juramento, destacó el de Juan de Rojas, amigo de Montejo. El testigo dijo que había visto cómo los visitantes habían cargado agua, pan y cincuenta puercos. También añadió que durante aquella breve estancia se había reparado el casco de la nave, hecho que avalaría la idea de que la broma, un molusco con forma de gusano que perforaba los cascos de los barcos, había atacado su tablazón. Rojas empleó la expresión «no iba en el navío otro lastre sino oro». La respuesta de Velázquez consistió en enviar a Gonzalo de Guzmán y a Manuel de Rojas a perseguir a la nave veracruzana. El esfuerzo fue en vano, pues el hábil Alaminos, experto en la navegación de aquellas aguas, era ya inalcanzable.

Establecidas una serie de alianzas con los pueblos de la zona, a mediados de agosto, los españoles pusieron rumbo a Tlaxcala, ciudad a la que se encaminaron siguiendo el consejo de los principales de Cempoala. El paso por esta ciudad se desviaba de la línea recta que conducía a Tenochtitlan, sin embargo, la gran enemistad existente entre tlaxcaltecas y mexicas podía resultar muy fértil. Veracruz quedó atrás. En ella se dejó a Juan de Escalante, alguacil mayor de la villa, al mando de una guarnición de unos sesenta hombres, algunos de ellos enfermos y viejos, dedicados a proseguir fortificando la posición. También en ese enclave quedó cierta cantidad de hostias y dos botijas llenas de vino. Ambas fueron reclamadas posteriormente desde Tlaxcala.

Los hechos de Veracruz arrojaron, y aún arrojan, sombras sobre Cortés. A pesar de que la documentación y testimonios posteriores demostraron el carácter colectivo de la decisión tomada en los arenales, las graves acusaciones de las que fue objeto el extremeño solo quedaron disipadas

oficialmente el 12 de octubre de 1522, cuando fue absuelto de los cargos de rebeldía y traición sostenidos por Velázquez y apoyados por Andrés de Duero, su viejo y tornadizo socio. Sepúlveda cierra este asunto dando cuenta de lo duradero de esta polémica. Cuenta el teólogo que, estando en Barcelona, con motivo de la expulsión de los franceses del cerco de Perpiñán, ante las quejas de Cortés por la falta de reconocimiento de sus méritos, el César Carlos le dijo al conquistador: «Deja de jactarte de tus méritos, que no has recorrido una provincia tuya, sino de otro», a lo que el conquistador replicó: «Conoce mejor, Príncipe poderoso, mi situación; si averiguas algo de mí que merezca la pena capital, no voy a suplicar tu perdón».²⁷

QUEMAR LAS NAVES

Antes de proseguir con la narración de los hechos, hemos de detenernos en un episodio que acompañó al complicado proceso documental que se vivió en las playas de Veracruz. El enclave fue el escenario de una poderosa y popular imagen: la de las naves ardiendo. Sin embargo, un repaso por los relatos elaborados por quienes estuvieron presentes en aquellas jornadas, tales como las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, la *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy Ilustre Señor don Fernando Cortés*, de Andrés de Tapia o la *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, de Francisco de Aguilar, desmienten la creencia de un Cortés que hizo arder las naves, negando cualquier posibilidad de regreso a Cuba. Si hemos de hacer caso a estas cuatro versiones de lo ocurrido, que difieren en algunos detalles pero no en lo sustancial, los barcos no fueron incendiados sino hundidos y desarbolados. Las diferentes formas de narrar el episodio, no obstante, ilustran nítidamente las dos corrientes historiográficas que se han ocupado de la conquista del Imperio mexica: aquellas que concentran el heroísmo en la figura de Cortés y las que reparten la gloria de la conquista y, de paso, los réditos de la misma entre sus hombres. Una hueste inicialmente española que pronto se vería enormemente ampliada, gracias a las alianzas con las naciones indígenas dominadas por los mexicas.

A pesar de las riquezas que se adivinaban en la capital mexica, no todos estaban dispuestos a correr los grandes riesgos que se debían asumir para alcanzarlas. En Veracruz convivían dos bandos con objetivos dispares.

Opuestos a Cortés, los afectos a Velázquez eran, en su mayoría, hombres que tenían poderosos intereses en Cuba o estaban ligados directamente al gobernador. Las noticias traídas por Saucedo, que contrastaban con la determinación de seguir adelante expresada por Cortés y su círculo más cercano, hicieron que estos trataran de entorpecer las acciones que buscaban consolidar la legalidad del poblamiento. El objetivo de los velazquistas era regresar a Cuba. Mientras todo esto ocurría, la permanencia de las naves en el puerto les había producido un grave deterioro. A todo ello se sumó el descubrimiento de una conjura días después de la partida de los procuradores. La primera reacción de Cortés fue dejar marchar a los implicados. El permiso estaba perfectamente calculado. Confiado en su regreso, Pedro Morón vendió su caballo, un ejemplar color canela «labrado de las manos», a Juan Ruano. Sin embargo, cuando el grupo se preparaba para el regreso, la fuerza del colectivo conquistador volvió a ponerse de manifiesto. Cuenta Bernal que los compañeros, alcaldes y regidores de la villa pidieron al capitán que impidiera esa salida, pues Su Majestad requería de toda la fuerza del ejército. En el razonamiento se invocaron las leyes militares, que disponían que quien dejara desamparado al capitán y la bandera merecía la muerte. Las batallas libradas reforzaron la interpretación de aquel regreso como si de una deserción se tratara. En consecuencia, el permiso de Cortés fue revocado y los detenidos recibieron condenas «conforme a justicia». Los castigos recayeron sobre los cabecillas de la operación, mientras que los hombres menos relevantes, que seguían siendo útiles, quedaron sin pena. El plan iba mucho más allá de un simple regreso a sus haciendas y había sido urdido por Pedro Escudero, Juan Cermeño, hombres de Velázquez, el piloto Gonzalo Cornejo de Umbría, firmante de la *Petición al Cabildo*, Bernaldino de Coria, también piloto, y el clérigo Juan Díaz. Estos, junto a un grupo de marineros encabezados por el clan de Alonso Peñate, querían regresar a la isla Fernandina, es decir, a Cuba, para informar al gobernador de lo ocurrido en aquel enclave costero. Se pretendía, además, que Velázquez pudiera apresarse a los procuradores en su escala en La Habana, neutralizando de este modo toda la estrategia veracruzana. Todos estos detalles se conocieron gracias al arrepentido Coria, que confesó las verdaderas intenciones de los conjurados. Escudero y Cermeño fueron ahorcados y a Umbría le cortaron los dedos de un pie,

mientras que los marineros recibieron una buena ración de azotes. La dignidad eclesiástica de Juan Díaz le salvó de pasar por tan rigurosos trances. Bernal, en su relato, añade un toque teatral a la conducta de Cortés, quien, al parecer, habría dicho entre suspiros, antes de rubricar la condena: «¡Oh, quién no supiera escribir por no firmar sentencias de hombres!». Junto a los citados, también estuvieron involucrados en la trama Velázquez de León y Diego de Ordás, quienes, libres de su arresto, se convirtieron en hombres leales a Cortés.

Aunque la conjura fue abortada su existencia venía a demostrar que, a pesar del tiempo pasado en aquellas costas, de las batallas vencidas y de la llegada de los emisarios del poderoso Moctezuma, el colectivo distaba mucho de estar cohesionado. Era necesario actuar en consecuencia más allá de los castigos ordenados, pues nada garantizaba que aquellos hechos no volvieran a reproducirse. El desenlace dejó inutilizadas las naves, de las que se extrajeron anclas, cables, velas y todo lo aprovechable, especialmente los bateles. El paso del tiempo y la mitificación de Cortés, al que se le añadieron atributos clásicos, hizo del hundimiento incendio, hasta el punto de que las naves ardiendo en Veracruz son, probablemente, la imagen más popular de la iconografía ligada a la conquista de México. Sin embargo, las distintas formas de narrar la génesis y el desarrollo de aquella acción ofrecen diferentes detalles y perspectivas en función de quién lo contó.

Cortés, en su *Segunda Carta de Relación* escrita en Segura de la Frontera más de un año después de aquellos hechos, relató lo ocurrido con la flota. En su narración, bastante escueta en este punto y siempre hecha en primera persona, habla explícitamente de «echar a la costa» los navíos. El servicio a Dios y a Su Majestad justificaba aquella decisión. Estas fueron sus letras:

Y porque demás de los que por ser criados y amigos de Diego Velázquez tenían voluntad de se salir de la tierra, había otros que por verla tan grande y de tanta gente y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mismo propósito, creyendo que si allí los navíos dejase, se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que de esta voluntad estaban, yo quedaría casi solo, por donde se estorbara el gran servicio que a Dios y a vuestra alteza en esa tierra se ha hecho, tuve manera como, so color que los dichos navíos no estaban para navegar, los eché a la costa por donde todos perdieron la esperanza de salir de la tierra. Y yo hice mi camino más seguro y sin sospechas que vueltas las espaldas no había de faltarme la gente que yo en la villa había de dejar.²⁸

Los hechos narrados por Cortés pueden cotejarse con las manifestaciones hechas por Francisco de Montejo en La Coruña en abril de 1520. El procurador declaró que «todos se echaron al través ecepto los tres, que uno es en el que vinieron los dichos procuradores y los otros dos se quedaron aderezados y algunos dellos se hundieron antes». La declaración aclara que la destrucción de las naves, nunca provocada por el fuego, se hizo en varias fases. Según estas palabras, todo parece indicar que los navíos a los que se refiere Cortés en el párrafo reproducido son los que permanecían a flote, ya deteriorados tras el previo hundimiento de los restantes.

La versión de Cortés es muy similar a la de Francisco López de Gómara, que no se ahorró detalles en su relato. En su narración, el hundimiento se produjo de un modo más elaborado. Dada la trascendencia de la decisión, y con el fin de acallar unas voces discrepantes que podían exceder, incluso, a las que constituían el bando velazquista, se recurrió a argumentos puramente técnicos. Para ello fue necesario urdir una escenificación que tenía por protagonistas a los maestros y pilotos. Estos hombres de mar debían barrenar las naves y alertar de su mal estado, culpando a la broma de su deterioro. Si hemos de creer a Gómara, primero se echaron sobre la costa cinco naves y después otras cuatro, una vez extraído de ellas todo lo aprovechable. La flota desapareció completamente con la quiebra del último navío, que sirvió como señuelo para conocer a aquellos que aún pretendían regresar a Cuba. Su hundimiento ahogó toda esperanza de vuelta:

Y para que le siguiesen todos aunque no quisiesen, acordó quebrar los navios; cosa recia y peligrosa y de gran pérdida; a cuya causa tuvo bien que pensar, y no porque le doliesen los navios, sino porque no se lo estorbasen los compañeros; ca sin duda se lo estorbaran, y aun se amotinarian de veras si lo entendieran. Determinado, pues, de quebrarlos, negoció con algunos maestros que secretamente barrenasen en sus navios de suerte que se hundiesen sin los poder agotar ni atapar; y rogó a otros pilotos que echasen fama cómo los navios no estaban para más navegar, de cascados y roídos de broma, y que llegasen todos a él, estando con muchos, a se lo decir así, como que le daban cuenta dello, para que después no les echase la culpa. Ellos lo hicieron así como él lo ordenó, y le dijeron delante de todos cómo los navios no podían más navegar por hacer mucha agua y estar muy abromados; por eso, que viese lo que mandaba. Todos lo creyeron, por haber estado allí más de tres meses, tiempo para estar comidos de la broma. Y después de haber platicado mucho en ello, mandó Cortés que aprovecharan dellos lo que más pudiesen y los dejasen hundir o dar al través, haciendo sentimiento de tanta pérdida y falta. Y así, dieron luego al través en la costa con los mejores cinco

navios, sacando primero los tiros, armas, vituallas, velas, sogas, áncoras y todas las otras jarcias que pudieran aprovechar. Dende a poco quebraron otros cuatro; pero ya entonces se hizo con alguna dificultad, porque la gente entendió el propósito de Cortés, y decían que los quería meter en el matadero. El los aplacó diciendo que los que no quisiesen seguir la guerra en tan rica tierra ni su compañía, se podían volver a Cuba en el navio que para eso quedaba; lo cual fue para saber cuántos y cuáles eran los cobardes y contrarios, y no les fiar ni confiarse dellos. Muchos le pidieron licencia descaradamente para tornarse a Cuba, mas eran marineros los medios y querían antes marinear que guerrear. Otros muchos hubo con el mesmo deseo, viendo la grandeza de la tierra y muchedumbre de la gente; pero tuvieron vergüenza de mostrar cobardía en público. Cortés, que supo esto, mandó quebrar aquel navio, y así quedaron todos sin esperanza de salir de allí.²⁹

Por su parte, Bernal Díaz del Castillo, siempre dispuesto a corregir al clérigo soriano, enfatizó el papel jugado por la compañía. En su narración tampoco aparece el fuego. Su versión de los hechos señala a los compañeros de Cortés, entre los cuales se cuenta él mismo, como los que le aconsejaron que, para evitar nuevos alzamientos, diera al través los barcos. Un plan que se ajustaba al trazado por el capitán, que al tiempo que engrosaba sus filas con los marineros, evitaba cargar con el coste total de una flota desmantelada. Bernal señala a Juan de Escalante como principal artífice del hundimiento, del que solo se libraron los esquifes y unos pequeños barcos para pescar:

Estando en Cempoal, como dicho tengo, platicando con Cortés en las cosas de la guerra y camino que teníamos por delante, de plática en plática le aconsejamos los que éramos sus amigos, y otros hobo contrarios, que no dejase navío ninguno en el puerto, sino que luego diese al través con todos, y no quedasen embarazos, porque entretanto que estábamos en la tierra adentro, no se alzasen otras personas como los pasados. Y demás desto, que terníamos mucha ayuda de los maestros y pilotos y marineros, que serían al pie de cien personas, e que mejor nos ayudarían a velar y a guerrear que no estar en el puerto. Y según entendí, esta plática de dar con los navíos al través, que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado, sino quiso que saliera de nosotros, porque si algo le demandasen que pagasen los navíos, que era por nuestro consejo, y todos fuésemos en los pagar. Y luego mandó a un Juan de Escalante, que era alguacil mayor y persona de mucho valor, e gran amigo de Cortés y enemigo de Diego Velázquez, porque en la isla de Cuba no le dio buenos indios, que luego fuese a la villa, y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas y cables y velas y lo que dentro tenían de que se pudiesen aprovechar, y que diese con todos ellos al través, que no quedasen más de los bateles; e que los pilotos y maestros viejos y marineros que no eran buenos para ir a la guerra que se quedasen en la villa, y con dos chinchorros que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre había pescado, y aunque no mucho. Y el Juan Escalante lo hizo según y la manera que le fue mandado, y luego se vino a Cempoal con una capitania de hombres de mar, que fueron de los que sacó de los navíos, y salieron algunos de ellos muy buenos soldados.³⁰

La incorporación de los marineros, que se habían sumado a la expedición, tal y como era costumbre, a cambio de un salario, aumentó los efectivos del ejército. Algunos de ellos quedaron, no obstante, en la nueva villa. Era imprescindible mantener cierta cantidad de españoles en Veracruz, pues era previsible que Velázquez enviara una expedición de castigo. Por otro lado, conscientes del riesgo ante el que se hallaban, la villa podía servir como plaza fuerte en el caso de que los indígenas, siempre en aplastante superioridad numérica, atacasen. Más allá de estas consecuencias, y a propósito de la autoría del hundimiento de la flota, años después, durante su juicio de residencia, Cortés declaró que en lo relativo a la quiebra de las naves «todos fuimos en ello».³¹ Por su parte, otro testigo presencial, Andrés de Tapia, dio una versión parecida a la de Bernal en su *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy Ilustre Señor don Fernando Cortés...* La decisión, según narra, fue consultada por Cortés a su círculo más leal.

El relato de Francisco de Aguilar, la *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, reparte los hechos entre la intención de Cortés de barrenar los barcos y la ejecución del barrenado por parte de un «compadre suyo, maestro de un navío, muy su amigo, al cual rogó en secreto que aquella noche entrase en los navíos y les diese a todos barrenos, habiendo mandado salir la gente primero a tierra; y así el dicho maestro entró en los navíos sin que nadie lo viese ni pensase lo que había de hacer y los barrenó, y otro día de mañana amanecieron todos los navíos anegados y dados al través salvo una carabela que quedó».

A pesar de que las crónicas no hablan en ningún momento de la quema de las naves, lo cierto es que la imagen de las naves ardiendo en el mar es la que ha quedado fijada popularmente. Todo parece indicar que esa leyenda se debe a Francisco Cervantes de Salazar. Él fue quien introdujo la quema de los barcos en su *Diálogo de la dignidad humana* (Alcalá de Henares 1546),³² que comienza con una «Epístola al muy illustre señor don Hernando Cortes Marques del valle descubridor y conquistador de la nueva España», en la que se puede leer:

Han sido causa los esclarecidos hechos que por nuestros ojos hemos visto que creamos los que de otros teníamos por fabuloso, por ser grandes, pues estos parecen increíbles; donde demás del

maravilloso esfuerzo con que vuestra señoría desembarcó para la entrada, quemando luego los navíos, en testimonio de su mucho valor, para quitar toda ocasión de arrepentimiento o de esperanza de boluer...

Dentro de su obra, no obstante, encontramos contradicciones, pues en la *Crónica de la Nueva España* titula de un modo explícito uno de sus capítulos: «Del hazañoso hecho de Cortés cuando dio con los navíos al través». En él deja bien claro que Cortés «determinó de dar con los navíos al través cosa cierto espantosa y que pocos capitanes hasta hoy han hecho, aunque Gomara en este lugar cuenta otro semejante hecho de Barbarroxa del brazo cortado, que por tomar a Bugía quebró siete galeones, que comparado por sus partes con el de Cortés, es muy inferior». Pese a tan claro relato, la imagen de la quema se abrió paso.

Muerto el emperador Carlos el 21 de septiembre de 1558, la ciudad de México decidió levantar un túmulo funerario. El monumento, una arquitectura efímera terminada en 1559, contenía una serie de cuadros. En uno de ellos aparecía representado Cortés, junto a unos navíos quemados y echados al través a un tiempo:

En el quadro que cae hazia la capilla desant Joseph, en el mesmo pedestal estaba don Hernando Cortes a caballo con la bandera real en las manos con otros algunos, y los demás a pie marchando la tierra adentro. Los navios en que passo quemados, y echados al través. Dava a entender esta figura, como don Hernando Cortes acometiendo en los dichosos días de Cesar el mas grande hecho que capitán en el mundo emprendio por principio maravillosos en tierra tan larga, tan poblada de gente no conocida, dio con los Navios al través, poniendo animo a los suyos, con quitarles la esperanza de la vuelta.

Dentro del contexto de exaltación del César, del emperador Carlos, la imagen de los barcos ardiendo, que remitía a ejemplos clásicos como el del griego Agatocles, añadía una dosis extra de heroísmo y plasticidad a tal determinación.

Reconstruida la estrategia legal y el bloqueo de cualquier opción de retirada, hemos de regresar a Cempoala. Aquel enclave era el punto de partida del camino que conducía a Tenochtitlan. Allí, Cortés se dirigió a sus hombres. En su discurso, cargado de providencialismo y referencias al mundo romano, dijo que Dios había querido que ellos fueran los primeros en señorear

aquellas tierras en nombre de Su Majestad. Antes de la puesta en marcha, llegó un mensajero enviado por Juan de Escalante, que había quedado en la Villa Rica de Veracruz a cargo de una guarnición de unos ciento cincuenta hombres, dos caballos y un par de arcabuceros. A esa fuerza debía sumarse la de los pueblos aliados, cuyo número de efectivos podía ascender hasta cincuenta mil hombres de guerra. Junto a Escalante, alguacil de la villa, las personalidades más destacadas de Veracruz eran el locuaz Pedro de Ircio y Francisco Álvarez Chico. Ante Cortés, el enviado de Escalante traía una nueva inquietante: varios barcos habían sido avistados. Tras ellos estaba la figura del vizcaíno Francisco de Garay, que trataba de alcanzar las tierras situadas entre La Florida, tierra sobre cuya insularidad se tenían todavía dudas, y Yucatán, territorio que daba pábulo a hipótesis semejantes. Garay llevaba media vida en Las Antillas. Acompañante de Colón en su segundo viaje, fue nombrado alguacil mayor de Santo Domingo, antes de convertirse en gobernador de Jamaica a rebufo de Diego Colón. Conocedor de los viajes de Hernández de Córdoba y Grijalva, cuando obtuvo el cargo de adelantado, organizó su primera expedición hacia Tierra Firme. Autorizadas por los jerónimos, las proas por él auspiciadas se orientaron hacia la incierta región del Pánuco.

Los preparativos de esta empresa ofrecen interesantes conexiones entre dos de los hombres más poderosos del archipiélago, Garay y Velázquez, ambos bien relacionados con el obispo Fonseca. Dadas las dificultades logísticas existentes en Jamaica, la armada de Garay se organizó en Cuba y recibió el favor de Velázquez. Como capitán, escogió al descubridor del Mississippi, Alonso Álvarez de Pineda, máximo responsable de una armada que logró reunir a doscientos setenta hombres a bordo de tres navíos. Antes de alcanzar la costa, los barcos, que ya habían hecho una escala en la que habían rescatado cierta porción de oro y provisiones, fueron avistados desde la costa por los de Escalante. Este mandó que se hicieran señales de humo. Incluso hizo cabalgar por la playa a un jinete con una capa de color grana. Los de las naves, sin embargo, no quisieron acercarse al puerto. Conocida la noticia, Cortés dejó a Pedro de Alvarado y a Gonzalo de Sandoval al cuidado del ejército y se volvió hacia la costa. Cuando llegó, los de Garay se disponían a tomar posesión de la tierra al norte de la Villa Rica, el Pánuco, descubierto

por Grijalva. El encargado de levantar acta de aquel hecho era el escribano Guillén de la Loa, que desembarcó acompañado por tres testigos. Conocemos el nombre de dos de ellos: Andrés Núñez, que era carpintero de barcos o «de ribera», y el valenciano Pedro, *el del Arpa*. Cara a cara con Cortés, el hombre de letras exhibió unas escrituras en las que Garay le requería el reparto de aquellos territorios. La intención de Garay era establecerse en Nauhtla. Con la intención de ganar tiempo, Cortés invitó a Álvarez de Pineda a visitar Veracruz, donde pretendía ofrecerle ayuda. La oferta fue inmediatamente rechazada, a lo que el de Medellín respondió reteniendo a los visitantes.

Cortés quería saber qué tierras habían visitado y, lo que es más importante, si habían tenido contacto con las gentes de Moctezuma.

Era preciso despejar las dudas, por lo que puso en marcha un ingenioso ardid. El capitán ordenó a sus soldados que se disfrazaran con las ropas del escribano y sus compañeros e hicieran señas desde la playa con sus capas, mientras fingía la retirada de su tropa, que quedó acampada durante la noche detrás de un médano. Allí, esperó la reacción de Álvarez de Pineda. La falta de respuesta desde los navíos acrecentó la inquietud, por lo que, a la mañana siguiente, los hombres volvieron a capear. Esta vez, un grupo de marineros se acercó en un batel. Dos de ellos saltaron a tierra. Entonces, los disfrazados fingieron buscar la sombra bajo unos árboles cercanos. Atraídos hasta ese punto, los visitantes fueron capturados, dándose a la fuga el resto, que alertó a Álvarez de Pineda, quien levó anclas y se apartó de la costa.

Mientras todo esto acontecía en el litoral americano, los procuradores, fuera del alcance de Velázquez, cruzaron el Atlántico y llegaron a Sevilla. En España las cosas no iban a resultar fáciles, pues allí estaba fray Benito Martín, representante del gobernador de Cuba, que mandó al contador de la Casa de Contratación, Juan López de Recalde, confiscar el tesoro destinado a Carlos, así como la parte destinada a Martín Cortés. Afortunadamente, la intercesión de Gattinara y del secretario del rey, Francisco de los Cobos, impidió que los procuradores fueran juzgados allí mismo por rebelión. En definitiva, en la Península se reeditó el forcejeo entre la facción velazquista y la cortesiana. Frente a las intenciones de Velázquez, la estrategia de Martín Cortés y de Francisco Núñez, abogado y primo del conquistador, a cuyo lado aprendió de leyes en Valladolid, buscaba que el emperador nombrara a Cortés gobernador

y alcalde mayor de las nuevas tierras, al menos durante el tiempo que durase la conquista. Salvado el primer obstáculo, la decisión del monarca quedó aplazada. En pleno pulso con los representantes de Velázquez, los procuradores veracruzanos llegaron hasta La Coruña, ciudad en la que estaba instalado el Consejo de Castilla. Allí se le entregó a Carlos el tesoro y se le trasladaron las peticiones. En la ciudad gallega, su nombramiento y también su procesamiento quedaron aplazados. El 20 de mayo de 1520, el rey Carlos se hizo a la mar para ceñirse la corona de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en Aquisgrán. Con él llevaba, además de otras joyas mexicas, las ruedas de oro y plata que tanta impresión causaron en Alberto Dürero, que pudo contemplarlas en Bruselas.

GUERRA Y ALIANZA CON TLAXCALA

Con la Villa Rica de Veracruz libre de amenazas, Cortés regresó a Cempoala para reunirse con el grueso de su ejército. A mitad de agosto el contingente, precedido por exploradores a caballo y aumentado por gran número de tamemes, abandonó la ciudad. Un día después llegaron a Jalapa, donde fueron bien recibidos. La siguiente escala se produjo en la fortificada Xicochimalco. El angosto y escalonado acceso a la ciudad impidió que los jinetes entrasen sobre sus monturas. Pese a que Xicochimalco constituía un enclave casi inexpugnable, Moctezuma había ordenado acoger a los extranjeros. Así se hizo. Reanudada la marcha, en las estribaciones de la cordillera de Orizaba, los cristianos se internaron en la sierra a través del puerto de Nombre de Dios. Terminado el ascenso, el ejército, que pasó por el pueblo de Tezuitlan, quedó frente a un frío altiplano salpicado de lagunas salinas y barrido por los vientos del volcán Matlalcueye. Procedentes del Caribe y mal pertrechados para soportar el frío, los españoles sufrieron los rigores de las heladas, las lluvias y el granizo. También los del hambre, pues las provisiones escaseaban, e incluso los de la sed, debido a que el agua que encontraban era salina. Tales fueron las penalidades, que algunos indios de los traídos de Cuba murieron.

Después de pasar por varios despoblados, el ejército viró hacia el sur y atravesó otro paso que fue bautizado como de la Leña, pues allí, al lado de una torre coronada por ídolos, se hallaron muchos rimeros de madera cortada. De la flaqueza en que se hallaba la tropa, son buena prueba las palabras que Cortés dejó escritas a propósito de su encuentro con el señor de Catalmí. El cacique de aquel lugar era Olintecle, al que enseguida apodaron *El Temblador*

por su morbidez. Cortés le preguntó si era vasallo de Moctezuma. El cacique le respondió con otra pregunta: ¿quién no era vasallo de Moctezuma? Consciente de su debilidad en esta ocasión, Cortés rebajó sus habituales exigencias. En su documentación dejó escrito: «Por no escandalizarle ni dar algún desmán a mi propósito y camino, disimulé con él lo mejor que pude y le dije que muy presto le enviaría a mandar Mutezuma que diese el oro y lo demás que tuviese». Una vez aposentados, los españoles vieron por primera vez un *tzompantli*, es decir, una estructura de madera similar a un andamio en la que estaban ensartadas hileras de cráneos de hombres sacrificados. En adelante, la imagen se convirtió en familiar, pues cada recinto sagrado solía contar con su correspondiente *tzompantli*. Gracias a Olintecle se pudieron conocer más detalles acerca de la ciudad imperial, que el cacique dijo haber visitado. Este, sin embargo, trató de disuadirles de la idea de penetrar en la metrópoli. Preguntado por la mejor ruta para ir a Tenochtitlan, Olintecle insistió en que los españoles debían pasar por Cholula. A pesar del consejo, siguiendo las indicaciones de los cempoaltecas, el grupo se encaminó hacia Tlaxcala. El consejo de Olintecle hace pensar que Moctezuma pudiera tener preparada allí una celada.

Durante el descenso por el valle de Apulco, el siguiente enclave en el que se detuvieron fue Iztaquimaxtitlan, al que unos soldados portugueses llamaron Castilblanco, pues les recordaba a Castelblanco de Portugal. Aunque el pueblo se hallaba en un llano, a la vera de un río, la residencia fortificada del cacique desató la fantasía de Cortés, que la comparó «con la mejor fortaleza que hay en la mitad de España». Recibidos por el señor de la ciudad, los barbudos aguardaron el regreso de los mensajeros que habían enviado a Tlaxcala con una carta y un sombrero. Al ver que estos no volvían, se reanudó la marcha, que pronto se detuvo ante un inesperado obstáculo, una potente muralla de tres metros de alto y sección troncopiramidal, con una base de veinte pasos de espesor, que cerraba el valle. El muro, hecho en piedra seca, había sido construido por los de Iztaquimaxtitlan y marcaba la frontera con los dominios tlaxcaltecas, era una prueba elocuente de su bravura. En uno de sus puntos, la muralla tenía una entrada en escorzo por la que los españoles, después de escuchar de labios de Cortés la invocación del lema que flameaba en su estandarte, penetraron en el nuevo reino. Una avanzadilla de hombres a

caballo precedió al ejército que, en perfecto orden de marcha, pisó por primera vez ese territorio.

Tlaxcala era una pieza clave dentro del tablero dominado por Moctezuma. Unida bajo el símbolo de la garza blanca, ave que había jugado un papel fundacional similar al del águila de Tenochtitlan, Tlaxcala, sometida al poder de la Triple Alianza, era una confederación de cuatro estados. Cada uno de ellos tenía su propio *tlatoani*. Estos se distinguían de sus súbditos por ceñir sus cabezas con una cinta torcida de color rojo y blanco. Maxixcatzin era señor de Ocotelolco y jefe militar de la confederación. Le acompañaban el anciano y ciego Xicotécatl, señor de Tizatlán; Temiloctecatl, que lo era de Tepeticpac; y Citlapopocatzin, señor de Citlapopocatzin. Densamente poblada, aquella tierra reunía a tres etnias: la tlaxcalteca, de origen chichimeca e idioma náhuatl; los belicosos otomíes y los pinomes, habitantes primigenios del territorio. La opresión mexica era tal que les estaba prohibido el uso de algodón y de sal, privaciones a las que se unía la exigencia de los tributos humanos.

La llegada de los españoles a las inmediaciones de la ciudad de Tlaxcala despertó el recelo de sus dirigentes. Con el objeto de definir una estrategia, se convocó un consejo de caciques. Este sistema de decisión fue posteriormente alabado por Cortés. La asamblea osciló entre dos posiciones enfrentadas. Por un lado, los más ancianos, con Maxixcatzin a la cabeza, abogaban por recibir hospitalariamente a los forasteros. En contraste con este, Xicotécatl *el Joven* expresó su voluntad de atacar a aquellos hombres. Al hijo del cacique de Tizatlán no le faltaban argumentos, pues era razonable sospechar que los blancos, que habían recibido varias embajadas de Moctezuma, podían haber acordado una alianza con este. Las cautelas de los tlaxcaltecas estaban también justificadas por la presencia, dentro de las filas de los extranjeros, de algunos tributarios de Tenochtitlan. La solución adoptada consistió en organizar un ejército de otomíes que, bajo las órdenes del joven Xicotécatl, atacaría a los españoles.

Un par de jinetes fueron los primeros en tropezar con una cuadrilla de otomíes que, en su huida, arrastraron a los españoles hasta donde estaba apostado el grueso de sus tropas. Aunque el resto de la caballería acudió rauda en su auxilio, los indígenas mataron con sus macanas a dos caballos,

animales que compararon con venados mochos. Tras esta primera refriega, los tlaxcaltecas devolvieron a dos de los emisarios cempoaltecas previamente enviados por Cortés, que tenían retenidos. Los hombres le transmitieron el mensaje de que el ataque se debía en exclusiva a los otomíes, a los que los españoles habían muerto por su loco atrevimiento. De este modo se puso en práctica la estrategia acordada por los de Tlaxcala, que también se ofrecieron a pagar los caballos muertos, algo a lo que el de Medellín, que ordenó enterrar a los animales, se negó, diciendo que no era necesario, pues le enviarían muchos otros desde el lugar en el que habían nacido aquellos. Después del primer encuentro, el ejército acampó en un poblado cercano a un arroyo. A falta de aceite, el unto de un indio sirvió para curar las heridas de los caballos y de los hombres, algunos de los cuales pidieron confesión. Aquella noche cenaron la carne de unos perrillos llamados *pechichis*. Con los caballos ensillados y numerosos centinelas velando, la tropa descansó mientras los tlaxcaltecas retiraron los muertos y heridos, tal y como acostumbraban durante las guerras floridas.

Si los tlaxcaltecas combatían en escuadrones cerrados, cuyo frente era continuamente renovado según caían los guerreros, la hueste española disponía de un orden más complejo. La artillería, los ballesteros y los soldados de a pie actuaban coordinados con los jinetes. Estos, a la voz de «¡Santiago, y a ellos!», entraban y salían en las filas enemigas con las lanzas terciadas, es decir, a media altura, para romper su orden y facilitar las acciones de la infantería.

El siguiente combate se produjo tras el vano intento de Cortés de establecer una alianza. De nada sirvieron los requerimientos, los gestos e incluso la presencia de Godoy, escribano de Su Majestad. Sin prestar oídos a todo ello, los indios, entre alaridos y tambores, atacaron con dardos, piedras y saetas. Cien mil guerreros, según Cortés, cuarenta mil para Bernal, ávidos de capturar forasteros para sacrificarlos a sus dioses, se agrupaban bajo diferentes estandartes. El combate duró varias horas, hasta que los otomíes comenzaron a replegarse, golpeados por la artillería. Separado de los otomíes, el ejército de Xicoténcatl se internó en unas quebradas en las que la caballería española resultaba mucho menos eficaz. Allí le cortaron el pescuezo a la yegua castaña propiedad de Juan Sedeño, que, por hallarse enfermo, se la

había cedido al velazquista Pedro Morón. El animal muerto, del que los españoles recuperaron la silla mientras liberaban a su compañero, se llevó a Tlaxcala. Allí, sus herraduras, junto al chapeo y las cartas enviadas con los emisarios, fueron ofrecidas a los dioses y sus cuartos se exhibieron por varios lugares. Excelente jinete, Morón murió días después a causa de las heridas recibidas. Agotados por el esfuerzo, los españoles salieron de la quebrada mientras los tlaxcaltecas se retiraban. Diego de Ordás, con sesenta soldados, protegió el paso del ejército, que accedió, junto a los trece caballos que quedaban, a una llanura. Con el campo despejado, los españoles recalaron en un pequeño pueblo llamado Tecoatzingo. Allí se asentaron en un templo al que llamaron Torre de la Victoria. Una vez más, hombres y caballos fueron curados. También se repararon las ballestas y se fabricaron saetas. En aquel enclave permanecieron dos semanas, salpicadas de continuas escaramuzas. El día 2 de septiembre se envió una nueva oferta de paz a Xicotécatl. Al día siguiente, mientras se esperaba la respuesta, Cortés salió con la caballería, cien peones y cuatrocientos indios. La expedición de castigo quemó varios pueblos cercanos y regresó con cuatrocientos de sus habitantes hechos cautivos. Tiempo después se cuestionaron los excesos de esa acción. Es de suponer que a Cortés, que pretendía pasar por aquellas tierras dominadas por los enemigos de los mexicas, debía resultarle incomprensible la hostilidad de estos. En medio de tanta tensión, temiendo la muerte, durante la noche, los soldados se confesaron ante el sacerdote Juan Díaz y fray Bartolomé de Olmedo. Finalmente, la respuesta de los tlaxcaltecas llegó. Estos, confiados en el abultado número de guerreros con que contaban, invitaron a los barbudos a visitar su campamento. Allí, afirmaban soberbios, se hartarían de sus carnes y ofrecerían sus corazones a sus dioses. Incluso se permitieron enviar al real español, en el que creían tener a sus seguras víctimas, acaso enviadas por Moctezuma, pavos y tortas de maíz. Los encargados de hacer llegar aquellos víveres fueron unos mensajeros que tomaban buena nota de todo aquello que veían en el campamento español. Al mismo tiempo, en previsión de una derrota que obligara a llegar a algún tipo de acuerdo con aquellos extranjeros, los enviados insistían en aclarar que quienes atacaban eran los bárbaros otomíes.

El 5 de septiembre de 1519 el ejército español, compuesto por unos cuatrocientos hombres, algunos de ellos heridos, contempló la amenazante multitud de guerreros tlaxcaltecas sostenidos por el ruido atronador de conchas, tambores y gritos. Xicoténcatl estaba acompañado por cuarenta mil hombres, repartidos en cinco capitanías, cada una con su estandarte. Frente a un enemigo tan superior en número, solo el mantenimiento de un estricto orden de batalla podía hacer caer la victoria del lado español, favorecido por la forma compacta de combatir de los tlaxcaltecas. Comenzada la batalla, la artillería hizo estragos en los ordenados batallones indígenas. Al factor tecnológico se unió la existencia de ciertas divisiones entre las facciones tlaxcaltecas, motivadas por la rivalidad entre Xicoténcatl y Chichimecatecle. Al caer la tarde, los hispanos pudieron regresar a su campamento con bastantes heridas, pero con tan solo una baja.

Después de sufrir otra fría noche, Cortés, acompañado por el estandarte con la cruz, salió del campamento para quemar y castigar a los pueblos cercanos. Un nuevo ataque tlaxcalteca se saldó sin éxito para los indios, que, impresionados por la fortaleza de los blancos, enviaron a unos mensajeros que dijeron a Cortés: «Señor, si eres dios bravo que comes carne y sangre, cata aquí cinco esclavos que te invía la Señoría de Taxcala para que comas; y si eres dios bueno, ofrescémoste encienso y pluma; y si eres hombre, toma estas aves, este pan y cerezas, que tú y los tuyos comáis».³³ La respuesta del capitán fue clara, los españoles eran hombres mortales que servían a un solo y verdadero Dios. Después de agradecer el envío de los alimentos, Cortés insistió en rogar a los de Tlaxcala que les dejaran pasar por su tierra en dirección a Tenochtitlan.

Con el regreso de los mensajeros, Xicoténcatl volvió a lanzar sus tropas sobre la posición española. El resultado fue idéntico al de anteriores ocasiones. Una y otra vez, los ataques de los otomíes se saldaban con muchas bajas propias y escasas por el lado español. Por ello, los señores pidieron consejo a los adivinos y hechiceros, que respondieron, probablemente influidos por los emisarios cempoaltecas, diciendo que al caer el sol las fuerzas de aquellos hombres decaerían. Era obligado, pues, caer sobre ellos por la noche. Sobre el ataque nocturno se ha escrito mucho. Frente a la opinión común, alineada con la idea de que los tlaxcaltecas creían estar guerreando

contra teules, consideramos, con el historiador mexicano Carlos Pereyra, que en aquella decisión pesaron razones puramente tácticas.³⁴ Prueba de las dudas que asaltaban a Xicoténcatl después de tan continuados reveses fue su decisión de mandar a cincuenta indios con pan, aves, cerezas y copal. Los enviados hicieron entrega de aquellos productos, pero, en lugar de retirarse, se internaron en el campamento para observar las armas, los caballos y la artillería. A pesar de su apariencia, aquellos hombres, que vinieron acompañados de cuatro viejas ofrecidas a los españoles para el sacrificio, no eran esclavos sino espías. Así se lo hizo saber el cempoalteca Teuch a Cortés, que detuvo e interrogó a uno de ellos. Temiendo el tormento, este confesó las verdaderas intenciones de la visita. Habían sido enviados para buscar un lugar por el que prender fuego al campamento, sobre el que estaba previsto lanzar un ataque nocturno. El castigo fue severo. A unos se les cortaron las manos, a otros los pulgares. Así fueron devueltos a su dueño, con la advertencia de que no porfiara más.

El plan de Xicoténcatl, no obstante, siguió adelante. Estaba decidido a probar fortuna bajo la luz de la luna. Sin embargo, dado que el campamento español estaba provisto de un buen número de centinelas, y que los soldados dormían vestidos y armados, cuando aparecieron los primeros guerreros, Cortés salió a su encuentro. En la oscuridad de la noche, a la voz de «¡San Pedro y Santiago!», la caballería, acompañada por el sonido de los cascabeles de los pretales que abrazaban los pechos de los animales, puso en fuga a los asaltantes. A la mañana siguiente, los cadáveres de algunos otomíes yacían sobre los maizales aledaños, abatidos por el acero español. Pese a todas aquellas victorias, el ejército español había sufrido más de cuarenta bajas. Muchos se hallaban heridos y entrapajados, otros sufrían fiebre y agotamiento. Entre ellos, el propio Cortés, que tenía calenturas. Sin noticias de Veracruz, el frío y la escasez de víveres y sal, junto a los esfuerzos del guerrear y el velar constante, habían hecho mella en aquellos hombres.

Los continuos fracasos en el frente tuvieron consecuencias en la retaguardia tlaxcalteca. Maxixcatzin y Xicoténcatl, *el Viejo* o *el Ciego*, comenzaron a sopesar la posibilidad de buscar la paz por medio de una alianza. La iniciativa venía favorecida por el hecho de que el grueso de los guerreros capitaneados por Xicoténcatl, *el Mozo*, habían sido otomíes y

chontales. Tal y como se había previsto, los tlaxcaltecas habían quedado al margen de la ofensa a unos forasteros que seguían ofreciendo su amistad. El consejo de caciques valoró estas ofertas y pensó incluso, como en el caso de los cempoaltecas, en entregarles mujeres para engendrar hijos.

La situación de relativa calma fue aprovechada por los españoles para ampliar el radio de sus exploraciones y obtener provisiones. A medianoche del día siguiente, Cortés, en compañía de sus lenguas, cien infantes y algunos indios, salió del campamento con la mitad de la caballería. La oscuridad se había mostrado más propicia para los españoles que para los naturales. Sin embargo, cuando los primeros habían avanzado una legua, uno de los caballos cayó al suelo y comenzó a tiritar. A este le siguieron otros cinco, entre ellos el del propio capitán. El suceso fue interpretado como de mal agüero. Siempre optimista, Cortés, «considerando que Dios es sobre natura»,³⁵ impidió el regreso de la escuadra diciendo: «Me da el corazón que esta noche habernos de hacer el mayor negocio que hasta ahora habernos hecho, del cual ha de emanar y prosceder el amistad con Taxcala».³⁶ Aunque los dueños de los caballos volvieron a la Torre de la Victoria, el resto de la tropa, medio extraviada, siguió y consiguió tomar dos pueblos. Desde allí se dirigieron a Tzompantzingo, al que llegaron al amanecer. Los españoles irrumpieron en una ciudad que no estaba preparada para semejante visita. Con sus hombres desarmados, las mujeres y los niños corrieron a refugiarse. Viéndose en tan gran peligro, los señores pidieron una clemencia que les fue otorgada. Con la ciudad en calma, Cortés subió a un alto desde el que pudo ver la gran capital de Tlaxcala. Como de costumbre pidió consejo a sus compañeros. Alonso de Grado, viendo la magnitud del enemigo al que se enfrentaban, le sugirió volver a la costa y reclamar refuerzos a Diego Velázquez. No era prudente tentar a Dios... Cortés le reprendió. Si volvían sobre sus pasos, hasta las piedras se levantarían contra ellos. Cuando la expedición volvió al real con las ansiadas provisiones, Cortés pudo comprobar que Alonso de Grado no era el único que pensaba de ese modo. En el campamento había ciertos corrillos. Lo ocurrido a los caballos la noche pasada había aumentado el temor. La idea del repliegue comenzó a tomar cuerpo. Una vez más, el de Medellín usó la palabra para asegurarles que estaban en disposición de ganar los mayores reinos y señoríos del mundo. Además, como cristianos que eran, estaban obligados a hacerlo,

pues quienes se hallaban en frente eran enemigos de la fe católica. Dios, para el que nada es imposible, estaba de parte de sus fieles.

Mientras todo eso ocurría en la posición española, los tlaxcaltecas deliberaban sobre qué decisión era la más prudente. El resultado de los enconados debates fue el envío de una comitiva pacífica. Cuando esta llegó al campamento español, trató de culpar a los otomíes de todas las violencias. Ellos, los tlaxcaltecas, pretendían sellar las paces y establecer un acuerdo que, a la postre, resultó ser clave para la conquista. Tlaxcala no podía ofrecer las riquezas de Tenochtitlan, pero sí una sólida alianza contra los viejos enemigos mexicas. Cautamente, Cortés agradeció el ofrecimiento, mas se mantuvo durante una semana en el campamento antes de trasladarse a la ciudad. Aquella no fue la única oferta de pacto que llegó al real hispano, pues los cristianos también recibieron la visita de los embajadores de Moctezuma, que, tras hacer entrega de una apreciable cantidad de oro y ropas de algodón, felicitaron a Cortés por las victorias y le ofrecieron un tributo anual de plata, piedras preciosas, esclavos, plumería y ropa de algodón para el rey Carlos. La única condición que ponían para establecer el acuerdo era que los españoles no entraran en Tenochtitlan. Como pretexto para impedir su llegada, dijeron que los caminos que conducían a la ciudad lacustre eran ásperos y que la capital era muy pobre. Así hablaron los emisarios, que trataban de ocultar el temor existente en la corte mexicana hacia unos extranjeros que habían dado muestras de su poder militar. El ofrecimiento, sin embargo, no frenó las intenciones hispanas, que no se reducían a la búsqueda de oro y riquezas. Antes al contrario, la oferta se interpretó como una muestra de flaqueza. La propuesta de vasallaje enviada por Moctezuma no solo trataba de frenar el avance hispano, con ella probablemente también se buscaba evitar su alianza con los tlaxcaltecas. Prueba de ello es el hecho de que, junto a los regalos, los embajadores trazaron un desagradable retrato de sus enemigos de Tlaxcala, a los que tildaron de traidores. Una vez escuchado a los embajadores, Cortés los invitó a permanecer algunas jornadas en su campamento. Su estancia podía ser muy útil, pues si los tlaxcaltecas volvían a atacar, aquellos enviados podrían ver la fortaleza del ejército español; por el contrario, si los de Tlaxcala acudían de forma pacífica, Cortés les reprendería y les recordaría todas las victorias que había logrado batallando contra ellos. En ambos casos, los

mexicas quedarían impresionados y se convencerían de que nada podría frenar su llegada a Tenochtitlan. Acaso la visita de los mexicas fuese lo que precipitó otro ataque tlaxcalteca, que fue repelido de nuevo, a pesar de que Cortés se encontraba enfermo.

Esta fue la última vez que españoles y tlaxcaltecas se enfrentaron. Reunido el consejo de la confederación, se acordó enviar al impulsivo Xicoténcatl a rogar el perdón de aquellos hombres aparentemente invencibles. En compañía de cincuenta guerreros, Xicoténcatl entró en el campamento español. Traía consigo plumajes, mantas y algo de oro, así como algunos hijos de señores que ofreció como rehenes. Sentado junto a Cortés y gracias a la labor de los intérpretes, el caudillo militar relató, entre las lágrimas que cubrieron su hoyoso rostro, las penurias que sufría su pueblo, sometido al poder mexica. Cortés los perdonó y aceptó su amistad. Todo ello ocurrió en presencia de los embajadores de Moctezuma.

En su *Segunda Carta de Relación*, Cortés incluyó un párrafo en el que no pudo disimular su satisfacción ante las perspectivas que se le abrían:

Vista la discordia y disconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito y que podría tener manera de más aína sojuzgarlos y que me dijese aquel común decir *de monte*, etc. y aún me acordé de una autoridad evangélica que dice: *Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur*, y con los unos y con los otros maneaba y a cada uno en secreto le agradecía el aviso que me daba y le daba crédito de más amistad que al otro.³⁷

En la misiva, el de Medellín alternó una sentencia bíblica, «todo reino dividido contra sí mismo será devastado», empleada en otras ocasiones, con un verbo, «manear», que puede relacionarse con su afición a los naipes. En las complejas circunstancias en las que se desenvolvió, la natural astucia y habilidad diplomática de Cortés, unida a su capacidad de observación, le permitieron ganar aliados sin desatar la total hostilidad de Moctezuma, quien, ante la firmeza del conquistador, ensayó varias estrategias para frenarle o acabar con él, incluso cuando ya estaba preso de los españoles. La cita bíblica recuerda el clásico *divide et impera*. Aunque las fracturas existían antes de su llegada, el metelinense supo, unas veces con firmeza, otras con sutileza, aprovechar las tensiones existentes entre las diferentes naciones étnicas. Las palabras reproducidas brotaron tras su entrada en Tlaxcala, si bien, casi desde

el primer momento en que pisó las playas continentales, comenzó a desplegar este tipo de estrategias, que complementaron a las puramente bélicas.

El regreso de Xicoténcatl a Tlaxcala fue celebrado con fiestas, bailes y sacrificios. Era preciso preparar la ciudad para la entrada de los nuevos aliados. En el real, los embajadores mexicas trataron en vano de revertir la situación, avisando a Cortés de que, bajo la invitación a entrar en la ciudad, probablemente se escondía la intención de acabar con las vidas de los españoles. Viendo la determinación del capitán español, los embajadores le pidieron que se mantuviera allí una semana, mientras uno de ellos iba a Tenochtitlan para comunicar la noticia. Cortés accedió. Seis días más tarde, el emisario regresó con más riquezas, con las que trató de disuadir a los blancos de unirse a sus enemigos. La reacción de Tlaxcala no se hizo esperar. La confederación redobló sus ofertas de hospitalidad. Finalmente, el ejército español entró en Tlaxcala el 18 de septiembre de 1519. Ante la llegada de aquellos visitantes, la multitud se echó a las calles de una ciudad que se había engalanado con flores. Danzantes y sacerdotes con túnicas blancas y sahumeros de copal dieron la bienvenida a la comitiva, que quedó alojada en las cercanías del templo mayor. Ya instalado, Cortés limitó los movimientos de sus hombres por una ciudad que comparó con Granada, e insistió en la prohibición de tomar nada de los nuevos amigos ni cometer ningún tipo de exceso. La estancia en la ciudad se prolongó durante tres semanas, en las que los españoles pudieron admirar las costumbres de sus habitantes, el rigor de su justicia o la riqueza de su mercado.

En su *Segunda Carta de Relación*, Cortés declaró que entre aquellos hombres había «toda buena manera de buena orden y policía y es gente de toda razón y concierto, tal que lo mejor de África no se le iguala», e incluso añadió: «El orden que hasta ahora se ha alcanzado que la gente de ella tiene en gobernarse, es casi como las señorías de Venecia y Génova o Pisa, porque no hay señor general de todos».³⁸ La comparación con las ciudades italianas muestra hasta qué punto el de Medellín era conocedor de la estructura del poder al que se enfrentaba. Lejos de constituir estados sólidos, aquellas sociedades estaban dominadas por caciques. No por casualidad, Cortés evocó en su epístola el sistema de poder italiano, tan apegado a la figura de los *condottieros*, cuyo poder se traducía en la fragmentación que caracterizó a la

península itálica. Aunque en España algunas familias tenían gran poder y se produjo la revuelta comunera, la fuerza absolutista de la Corona limitó el poder de la nobleza.

Durante la estancia en la ciudad, los mensajeros de Moctezuma permanecieron junto a los cristianos, que, dado lo reciente de la paz alcanzada, dispusieron un sistema de alerta y vigilancia. Tomadas estas precauciones, la tropa se repuso en Tlaxcala, donde obtuvo más datos del dominio mexica y de su capital. Como en los anteriores lugares visitados, se celebraron misas y se hizo prédica de la fe católica. Al igual que en Cempoala, los caciques quisieron entregar a sus hijas a los españoles para forjar un nuevo linaje. Cortés se comprometió a aceptarlas con la condición de que renunciaran a la idolatría y los sacrificios, para los cuales tenían enjaulados y «a cebo» a algunos indios que fueron liberados. La respuesta obtenida fue similar a la escuchada en Cempoala. No era tan sencillo abandonar a los dioses, que protegían sus cosechas y les enviaban lluvia, de una manera tan abrupta. Frente a la vehemencia evangelizadora de Cortés, se impuso la prudencia del fraile mercedario Bartolomé de Olmedo, apoyado por Velázquez de León y Francisco de Lugo, que consideró que la vía didáctica, y no la iconoclasia, sería más eficaz en la conversión de los indígenas. Pese a todo, en uno de los adoratorios, encalado y despejado de ídolos, se colocó una cruz y una imagen de la Virgen. Frente a ella se dijo misa y se bautizó a las mujeres entregadas por los caciques.

Una vez recibidas las aguas bautismales, la hija de Xicoténcatl *el Viejo*, ya con el nombre de doña Luisa, fue dada a Pedro de Alvarado, al que dio un hijo y una hija, llamados Pedro y Leonor. La hermosa doña Elvira, hija de Maxixcatzin, fue para Juan Velázquez de León, mientras las restantes se entregaron a Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid y Alonso de Ávila. No solo los capitanes recibieron mujeres. También lo hicieron algunos soldados. Ese fue el caso del palentino Juan Pérez de Arteaga,³⁹ que recibió una mujer tlaxcalteca con la que tuvo hijos. Su esposa le permitió aprender náhuatl, algo de gran utilidad en aquel contexto. Como en otros casos similares, Arteaga se casó después con una mujer española, lo cual no impidió que legitimara a sus hijos mestizos.

Después de permanecer varias semanas en Tlaxcala, era preciso continuar con el plan establecido, llegar a Tenochtitlan, ciudad que inspiraba a la vez fascinación y miedo. Antes de partir, acaso conocedores de la intención de Cortés, llegaron nuevos embajadores que traían el ofrecimiento del emperador mexica de entrar en su ciudad. La invitación, acompañada de una buena dosis de oro y plumería, suponía un cambio radical de estrategia. Todo parece indicar que el *huey tlatoani*, después de los infructuosos intentos de frenar a los españoles con regalos o tributos, ofrecía ahora como señuelo la capital de su imperio. El objetivo inmediato de Moctezuma era sacar a los españoles de Tlaxcala y debilitar en lo posible su todavía frágil alianza con aquel pueblo. El emperador contaba, además, con la baza de la ciudad de Cholula. Fino observador, Cortés conocía ya las relaciones entre los distintos pueblos del Anáhuac. Si Cholula estaba ligada a Tenochtitlan, su amistad con Tlaxcala facilitaba la restauración de su alianza con Huexotzinco. En estas circunstancias, siempre prudente, Cortés decidió enviar una avanzadilla a la capital. Los escogidos fueron Pedro de Alvarado y el oropesano Bernardino Vázquez de Tapia,⁴⁰ hombre experimentado, que participó en las campañas de Pedrarias y había sido alférez de Grijalva. Para no despertar suspicacias entre los mexicas, la pareja, que hizo el recorrido a pie, descansó durante una jornada en Cholula. Desde la ciudad sagrada, los castellanos partieron hacia la ciudad de los lagos. Ya frente a la calzada de Iztapalapa, Cuitláhuac les impidió el paso. El emperador, dijo, se encontraba enfermo y no podía recibirles.

Antes de su partida de Tlaxcala, que en vano trataron de impedir los que seguían siendo partidarios de volver a Cuba, Cortés, según su propio testimonio, fue informado por los tlaxcaltecas de la existencia un ejército mexica apostado en las inmediaciones de Cholula. El camino que conducía a la ciudad estaba cerrado. Los mexicas pretendían desviar al ejército por otra ruta en la que se habían abierto hoyos, con palos afilados hincados en su fondo, para que los caballos cayesen en ellos y «se mancasen». Se trataba, en suma, de una celada. Para tratar de conocer las verdaderas intenciones de los cholultecas, Cortés envió a unos mensajeros, que invitaron a sus principales a entrar en Tlaxcala. Los caciques, que dijeron hallarse enfermos, rechazaron la oferta. Enojado, Cortés les dio tres días de plazo para acudir y jurar

obediencia a Su Majestad. Si no se presentaban, él mismo iría a la ciudad para acabar con su rebeldía. Todo ello fue plasmado en una carta que don Hernando firmó al pie. La amenaza surtió efecto, pues hasta Tlaxcala llegaron algunos notables cholultecas, que dijeron haberse comportado de ese modo movidos por el temor a quedar en poder de sus enemigos tlaxcaltecas. Después de ofrecerse como vasallos, los de Cholula insistieron en recibir a los españoles. El escribano real, asistido por las lenguas, levantó acta de aquel acatamiento.

Acompañado por los señores de Cholula, el ejército salió de Tlaxcala el 13 de octubre de 1519. Antes de hacerlo, los aliados ofrecieron a sus guerreros para que se integraran en la hueste hispana. Bernal los cifró en mil, mientras Cortés afirmó que fueron cinco o seis mil los hombres de guerra incorporados a su ejército. Los españoles, recelosos de entrar de noche en la ciudad, durmieron junto a un arroyo, a dos leguas de Cholula. Un buen puñado de centinelas y corredores de campo velaron su sueño.

HERODES EN CHOLULA

Una jornada antes de que los españoles llegaran a Cholula, los caciques de la ciudad enviaron al campamento una comitiva con flores olorosas, alimentos y otros regalos. Reanudada la marcha en orden de guerra, al día siguiente fueron los propios mandatarios y sacerdotes los que salieron a recibir a los forasteros. Vestidos con túnicas de algodón que a Bernal le recordaron a las vestimentas moriscas, aureolados por el humo del copal quemado en braseros, los caciques y los hombres de religión, envueltos por el sonido de cánticos, tambores y caracolas, acompañaron a los de Cortés en su entrada a la ciudad. Temerosos de las violencias que pudieran cometer, pidieron que los tlaxcaltecas, que venían armados, se quedaran fuera de la ciudad. La condición impuesta por los cholultecas se presta a interpretación. Por un lado, su exigencia era prudente, pues cabía prever que, una vez instalados en la ciudad, y envalentonados por su alianza con unos hombres que parecían invencibles, los tlaxcaltecas pudieran atacar a sus enemigos naturales; por otra parte, la medida favorecía el aislamiento de los españoles dentro de una ciudad en la que aparecieron preocupantes signos. Sea como fuere, la petición fue aceptada y los tlaxcaltecas acamparon fuera de la ciudad, a la que únicamente accedieron los necesarios para transportar la artillería. Cholula era una gran urbe, tan solo inferior en habitantes a Tenochtitlan. Dividida en seis grandes barrios o *calpullis*, la alianza con los mexicas era relativamente reciente. En ella se alzaban, según Cortés, más de cuatrocientas treinta torres o pirámides. De entre ellas sobresalía el Templo Mayor, con una base de cuatrocientos metros y una altura superior a los sesenta. La ciudad, consagrada al dios

Quetzalcóatl, al que Andrés de Tapia describió como un santo pacificador que «traía una vestidura blanca como túnica de fraile e encima una manta cubierta con cruces coloradas», era el principal centro de peregrinación para los pueblos de Anáhuac. A esta condición ha de sumarse su gran peso comercial. En su mercado o *tianguiz*, se comercializaba plumería, piedras preciosas y la valiosa cerámica rojiza que se usaba en el palacio de Moctezuma. En su carta al rey Carlos, Cortés afirmó que Cholula tenía más de veinte mil casas, rodeadas de varios arrabales. También que su población iba mejor vestida que la de Tlaxcala. El entorno de la urbe estaba formado por labrantías y baldíos que permitían criar ganado, en los que abundaba algo muy valioso, la cochinilla o grana de las Indias, que con la introducción del gusano de seda, alcanzó un altísimo valor. Aquella fertilidad y abundancia no evitaba que por las calles de la ciudad, al igual que ocurría en Castilla, vagaran mendigos.

Con los aliados fuera de una ciudad que a Bernal le recordó a Valladolid, a media legua de Cholula estaba acantonado el ejército de Moctezuma. Veinte mil según el de Medina del Campo, cincuenta mil según Cortés. El ejército mexica debía caer sobre los españoles y conducir a una veintena de ellos a Tenochtitlan, para ser sacrificados en el altar de Huitzilopochtli. Sumados a los que estaban escondidos en los montes de los alrededores, otros mexicas estaban instalados en una ciudad en la que, tras las iniciales cortesías, pronto empezaron a escasear los víveres. A la falta de alimentos se sumaron otras inquietantes señales. Tal y como les habían prevenido sus aliados, los de Cholula habían preparado una emboscada. Pronto se descubrió que en las azoteas había una gran cantidad de piedras y parapetos, y que en las calles, algunas de ellas cortadas con maderos, se habían abierto hoyos para impedir que los caballos pudieran galopar. Finalmente, en unas casas se halló una importante cantidad de cordaje y colleras con las que pretendían maniatar a los foráneos, algunos de los cuales quedarían en Cholula para ofrecer a los dioses sus corazones. También se supo que se habían sacrificado siete víctimas a Huitzilopochtli, cinco de ellas niños.

En la ciudad amiga de Cholula, el ir y venir de los mensajeros de Moctezuma era constante. Los mensajes que transmitían a los españoles seguían buscando detener su avance. Transcurridos tres días en los que las atenciones locales fueron menguando, hasta el punto de ofrecer tan solo agua y

leña, Cortés, que había manifestado su intención de partir inmediatamente hacia Tenochtitlan, fue consciente del grave riesgo que corría de caer en la trampa que le habían preparado. Por otro lado, dejar a sus espaldas a los cholultecas constituía una gran imprudencia. En estas circunstancias, hizo confesar a dos sacerdotes, que desvelaron las instrucciones recibidas desde Tenochtitlan. El propio conquistador incluyó en su *Segunda Carta de Relación* un pasaje que ha alimentado la oscura leyenda de la *Malinche*. Cortés contó que «a la lengua que yo tengo, que es una india de esta tierra, que hube en Potonchán, que es el río grande que ya en la primera relación a Vuestra Majestad hice memoria, le dije otra natural de esta ciudad cómo muy cerquita de allí estaba mucha gente de Mutezuma junta y que los de la ciudad tenían fuera sus mujeres e hijos y toda su ropa y que había de dar sobre nosotros para matarnos a todos y si ella se quería salvar que se fuese con ella, que ella la guarecería».⁴¹

Fuera o no esta filtración la responsable de la sangrienta respuesta de Cortés, en aquel momento convergieron dos estrategias similares por parte del emperador mexica y por la del metelinense. De un modo parecido a como se habían comportado los tlaxcaltecas en relación con los otomíes, los de Tenochtitlan, escondidos en los barrancos cercanos, pretendían emplear a los cholultecas como iniciadores del ataque al ejército cristiano. Ello explica la existencia de las trampas que salpicaban la ciudad. Si los españoles recibían daño en las calles, los mexicas podrían terminar el trabajo. Por el contrario, si la acometida fallaba, el ejército de Moctezuma podía replegarse hacia la capital sin haber hecho ofensa alguna a los españoles. La estrategia adoptada por estos, que Cortés discutió con sus capitanes, la explicó Bernal.⁴² Los españoles anunciarían su partida para la jornada siguiente. Antes, castigarían a los cholultecas en los patios del centro ceremonial. Sabedores de que todo sería relatado a Moctezuma, los barbudos dirían a los embajadores del emperador que aquel era el castigo que merecían los cholultecas, quienes, no contentos con preparar aquella emboscada, pretendían culpar de ella a Moctezuma. Con este pretexto, pidieron a los emisarios que permanecieran en sus aposentos. Perplejos ante esos razonamientos, los hombres de Moctezuma, conscientes de que la reacción española era imparable, dijeron ignorarlo todo.

Un último factor, la sed de venganza de los tlaxcaltecas, obró a favor de aquel castigo.

«Acordé de prevenir antes de ser prevenido», así definió Cortés su acción anticipatoria. Descubierta la celada, reunió a los señores de la ciudad en una sala. Una vez allí, se dirigió a ellos relatándoles las traiciones de las que era conocedor. Debían ser castigados por ello, como «mandan las leyes reales». A la señal de un disparo, «se les dio una mano que se les acordará para siempre», dijo Bernal, casi calcando las palabras que dejó escritas Cortés: «Así se hizo, que después que tuve los señores dentro de aquella sala, dejélos atando y cabalgué e hice soltar la escopeta y dímosles tal mano, que en pocas horas murieron más de tres mil hombres». El castigo, que duró cinco horas, precedió a la entrada de los cempoaltecas y los tlaxcaltecas, que saquearon la ciudad durante varios días. La masacre se vio acompañada por una argucia de carácter diplomático. Ante los embajadores de Moctezuma, la acción se explicó como el justo castigo a una traición de la que se responsabilizó, en exclusiva, a los caciques de Cholula. Tal interpretación desligaba al emperador de las maldades cholultecas. El baño de sangre no solo estremeció a la ciudad de Quetzalcóatl, la violencia concentrada en los patios de Cholula causó una honda conmoción en la nobleza y la casta sacerdotal de Tenochtitlan.

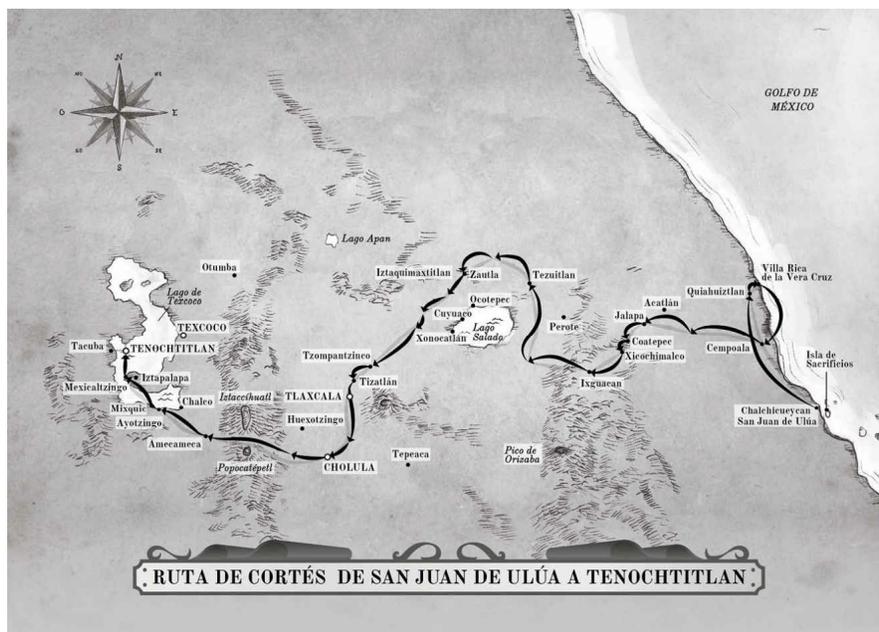
No hay acuerdo sobre las cifras de la matanza acaecida del 18 de octubre de 1519 en Cholula. Cortés afirmó que murieron tres mil, Juan Ginés de Sepúlveda añadió mil más. En cualquier caso, este episodio ensangrentó la figura de Cortés, que fue comparado con Herodes por fray Bartolomé de las Casas. Si Bernal describió los hechos como un ataque preventivo, el dominico llegó a afirmar que mientras se perpetraba la masacre Cortés, subido a un tejado, recitó el siguiente romance: «Mira Nero de Tarpeya/ a Roma cómo se ardía;/ gritos dan niños y viejos,/ y él de nada se dolía». Bernal combatió la versión de Las Casas, que aseguró que el castigo había sido aplicado sin motivo. El soldado cronista percibió hasta qué punto la obra del dominico podía ser pernicioso para los intereses hispanos, como en efecto así fue, al proporcionar tanta materia a lo que se dio en llamar, siglos después, la Leyenda Negra. Estas fueron las palabras que dedicó a Las Casas en su *Historia verdadera*: «Y aun dícelo de arte en su libro a quien no lo vio ni lo

sabe, que les hará creer que es así aquello e otras crueldades que escribe, siendo todo al revés, e no pasó como lo escribe». La versión de Bernal fue posteriormente ratificada por los franciscanos que pasaron por la ciudad, en la que inquirieron sobre lo ocurrido. Fray Toribio de Benavente, *Motolinía*, también detectó el peligro que entrañaban las exageraciones de Las Casas. A pesar de su sometimiento a Tenochtitlan, la unidad de Cholula acusaba ciertas fisuras.

Ello favoreció que antes de abandonar la ciudad, Cortés pusiera por cacique al hermano del anterior gobernante, muerto en los patios. El capitán también trató de que se restableciera cuanto antes la normalidad. Con ese fin, ordenó que se hiciera mercado. Mientras tanto, Moctezuma, inquieto, no dejaba de enviar espías para informarse de la situación. Perdida aquella plaza, les envió otro rico presente, compuesto por diez platos de oro, mil quinientas mantas, alimentos y cacao. El emperador les mostró su pesar por lo ocurrido en Cholula, culpando de toda la traza a sus habitantes. Moctezuma, incluso, trató de desentenderse de los movimientos de sus tropas, que, según comunicó, habrían actuado de manera autónoma, coaligadas con la ciudad. En el final de su mensaje, el emperador insistió en hacer ver la esterilidad de su tierra, razón suficiente para que aquellos extranjeros no prosiguieran con su avance. Si se detenían allí, él les mandaría todo lo que necesitasen. El ofrecimiento tenía mucho de estratégico, pues, tras la caída de Cholula, los españoles, reforzados por la alianza con Tlaxcala, podían hostigar el entorno de la ciudad lacustre y cortar los suministros que continuamente necesitaba recibir desde el exterior. La respuesta de Cortés a tan generosa oferta mantuvo el tono de las anteriores. Él estaba allí para hacer relación a su rey, por lo que era inexcusable su entrada en Tenochtitlan.

Después del intercambio de mensajes, las relaciones entre los dos hombres más poderosos del Anáhuac prosiguieron. Ambos combinaban maniobras bélicas con acciones diplomáticas. En este contexto, las embajadas mexicanas, destinadas a obtener información sobre los pálidos visitantes, siguieron llegando cargadas de presentes. El límite se alcanzó con el ofrecimiento de convertir a Tenochtitlan en tributaria del rey de España. Esta oferta, sin duda muy meditada por Moctezuma, era un mal menor comparado con la posibilidad de que los visitantes tomaran la ciudad. Una opción que

cada vez parecía más posible, dado el paso triunfal de los españoles sobre los campos de batalla. Incapaz de disuadir a los cristianos, Moctezuma cambió finalmente de estrategia y accedió a recibirlos. La invitación permitía la entrada de tan potente ejército en una ciudad que, dadas sus características, podía convertirse en una trampa mortal. El ofrecimiento puede interpretarse también de otro modo. Puesto que, en su penetración desde la costa al altiplano, todos los combates se habían saldado con victorias y alianzas favorables a los invasores, existía el riesgo de que estos siguieran cosechando éxitos hasta dejar totalmente aislada a la capital, tan dependiente de los pueblos circundantes. No cabe duda de que, antes de abandonar Cholula, Cortés valoró todas estas posibilidades. Había sido capaz de llegar hasta allí sin combatir a las tropas imperiales, por lo que cabía pensar en la posibilidad de seducir a la aristocracia mexicana. Por otro lado, el repliegue era impensable.



COSAS NUNCA OÍDAS NI VISTAS

El último tramo del viaje a Tenochtitlan se vio favorecido por la ayuda de los porteadores tlaxcaltecas y la colaboración de algunos pueblos que, secretamente, se fueron aliando con los cristianos. Los totonacas y los cempoaltecas, temerosos de lo que pudiera ocurrir en la gran ciudad, regresaron a su tierra. Incapaz de convencerles para que siguieran a su lado, Cortés les entregó una buena cantidad de mantas en agradecimiento por los servicios prestados. Quienes permanecieron con los españoles fueron los embajadores de Moctezuma, al que mantenían continuamente informado de todo lo que ocurría. En esas condiciones, hubo de escogerse entre un camino que pasaba por Chalco, cuyo inicio estaba despejado, y otro lleno de árboles cortados, por el que finalmente se optó, pues se entendió que la limpieza del primero constituía un señuelo para conducir al ejército a alguna trampa. «Me querían encaminar por cierto camino donde ellos debían tener algún concierto para ofendernos»,⁴³ de esta manera tan intuitiva dejó escrita Cortés su decisión en su *Segunda Carta de Relación*. Bernal confirmó esta idea. Era preciso atravesar la sierra, por lo que la comitiva comenzó el ascenso por la ruta que pasaba entre los volcanes Popocatepetl e Iztaccihuatl, que significa «la mujer blanca». La cercana presencia del Popocatepetl permitió a Diego de Ordás protagonizar una proeza. El leonés, junto a nueve compañeros, entre ellos Gutierre de Casamori, el joven Juan Larios⁴⁴ y algunos indígenas que hicieron de porteadores, subió hasta las cercanías del cráter del volcán, coronado perpetuamente por un «gran bulto de humo». De la existencia de

cumbres blancas tenían alguna noticia los españoles desde antes de su partida de Cuba, pues en la *Instrucción* de Velázquez ya se hablaba de la provincia de Sancta María de las Nieves. Desde aquella cota, que los veteranos de Italia compararon con el volcán Etna de Sicilia, vieron por primera vez la ciudad de Tenochtitlan, los lagos y el camino que conducía a ella. Años después, en reconocimiento a su hazaña, cuando Ordás regresó a España para casarse, se le otorgó un escudo de armas con la figura de un volcán.

En la cumbre de la cordillera, la nieve cubrió el suelo que pisó la hueste hispana. Allí, los embajadores pidieron evitar el paso por la ciudad de Huexotzingo, lugar enemigo de los mexicas. A pesar de sus ruegos, la ruta escogida se mantuvo. El frío de las cumbres no fue lo único que atenazó a los españoles. Como en ocasiones anteriores, el miedo volvió a apoderarse de algunos de ellos, que, amotinados secretamente, trataron en vano de desandar el camino. De nuevo, la prudencia cortesiana, sustentada por el apoyo de la gran mayoría de los hombres, que estaban dispuestos a seguir adelante asumiendo los riesgos que se presentaran, bastaron para disolver la discordia. No faltaban motivos para la inquietud. Si al final del camino se encontraba la gran ciudad lacustre, durante el recorrido se habían percibido una serie de indicios que delataban la presencia de espías que merodeaban por los alrededores. Conscientes del peligro en que se hallaban, durante la noche se volvieron a poner centinelas. En la oscuridad, uno de ellos, Martín López, a punto estuvo de acertar con su ballesta en el cuerpo de Cortés, que también velaba.

Finalizado el descenso, el grupo se adentró en territorio chalca. Informado en todo momento de los movimientos de los extranjeros, Moctezuma volvió a consultar a sus dioses y sacerdotes, quienes le aconsejaron que tratara de impedir por todos los medios que estos entraran en la ciudad. El emperador envió a cuatro señores, cargados con tres mil pesos de oro y mantas. Con ellos reiteró su compromiso de dar oro, plata y *chalchihuis* —piedras verdes semipreciosas— al rey español. Moctezuma no se olvidó de Cortés, al que trató de ganarse con el envío de cuatro cargas de oro y una para cada uno de sus compañeros. Cuando los dignatarios llegaron, comunicaron a Cortés que los tributos serían entregados anualmente en el puerto, esto es, en Veracruz. A cambio, le pedían que no entrara en

Tenochtitlan. La extensión del pago a toda la compañía buscaba comprar la voluntad de unos hombres a los que se informó de que la ciudad estaba en armas. En la carta enviada por Cortés al rey Carlos, se describió el ofrecimiento, si bien se omitió la extensión de este a los soldados, acaso con el propósito de concentrar en sí mismo la renuncia al soborno propuesto por Moctezuma. Los continuos cambios de opinión, las «mudanzas» de Moctezuma, fueron sin duda interpretadas como una muestra de debilidad. Aquella intuición se mezclaba con el miedo. Con su habitual viveza, Bernal describió así los sentimientos de la tropa: «Y como somos hombres y temíamos la muerte, no dejábamos de pensar en ello. Y como aquella tierra es muy poblada íbamos siempre caminando muy chicas jornadas y encomendándonos a Dios y a su bendita madre, Nuestra Señora».⁴⁵

La siguiente escala se hizo en Amecameca. Allí, los españoles fueron acogidos en las estancias de su cacique, que les entregó cuarenta esclavas y tres mil pesos de oro. Junto a los regalos, el señor transmitió sus quejas sobre el trato que recibía de los mexicas, que ya esperaban a los españoles a orillas de la laguna. Aquellas palabras, como tantas otras del mismo tono, agradaron a Cortés, que, cerca de su objetivo final, seguía verificando la división existente en los dominios de Moctezuma. Dos noches después de su llegada, el ejército abandonó Amecameca, dejando atrás nuevos aliados. Al día siguiente, los castellanos, acompañados por un buen número de criados de Moctezuma, pernoctaron a orillas del lago. En la oscuridad de la noche, el campamento español recibió un ataque que fue repelido por disparos de arcabuz. La siguiente noche la pasaron en Ayotzingo. Con la luz del día apareció un lujoso cortejo en el que destacaba Cacamatzin, señor de Texcoco y sobrino de Moctezuma, que venía llevado sobre unas ricas andas de platería y plumas verdes, exhibiendo gran boato o «fausto». Unos sirvientes barrieron el suelo antes de que Cacamatzin lo pisara. El señor excusó la ausencia de Moctezuma, que dijo hallarse enfermo. Una vez más el mensaje varió. Ahora, el emperador ofrecía a los barbudos entrar en la ciudad.⁴⁶ Cortés respondió a la embajada con la entrega de tres perlas o margaritas. A las puertas de Tenochtitlan, un número creciente de curiosos se acercaron a los españoles. Para evitar que se provocara un tumulto, el capitán pidió a sus lenguas que avisaran a los lugareños de que no se entremetieran en la tropa ni tocaran los caballos. La

distancia favorecía la seguridad, al tiempo que mantenía ese halo de fuerza invencible que trataban de preservar.

En compañía de Cacamatzin, los españoles pasaron por la bella y torreada ciudad de Mixquic. La siguiente parada se hizo en Cuitláhuac, pueblo construido sobre el lago, que contaba con unos dos mil hogares dedicados en su mayoría a la pesca. Como en ocasiones anteriores, el señor de aquel poblado mostró su descontento a Cortés por los agravios que recibía del emperador. El ejército, que ya pisaba las calzadas, fue apremiado por el rey de Texcoco para que siguiera hasta Iztapalapa. Pese a que las vías parecían sólidas, Cortés sopesó entrar en la metrópoli a bordo de embarcaciones, sin embargo, carente de clavazón y herramientas, era imposible armarlas. Desestimada esta opción, dos jinetes se adelantaron para avisar de cualquier dificultad que pudiera surgir en el camino. Mientras tanto, el trasiego de mensajeros que iban y venían al palacio de Moctezuma era constante.

El siguiente en aparecer en escena fue el hermano de Moctezuma, Cuitláhuac, que llegó acompañado por otro lujoso séquito en el que destacaba el señor de Culhuacán. Cuando el señor mexica se encontró frente a frente con Cortés, se produjo un nuevo intercambio de regalos. La ciudad, la mitad de ella situada sobre la laguna y la otra sobre tierra firme, tenía, a decir de Cortés, entre doce y quince mil vecinos. Hechas las habituales cortesías, los españoles quedaron aposentados en el gran palacio ajardinado que ocupaba el centro de la urbe. En su estanque pudieron ver garzas y diferentes tipos de peces. Construido con piedra y madera de cedro, el edificio, de planta cuadrada, disponía de un embarcadero propio al que se accedía a través de unas escaleras. En tan suntuosos aposentos pasó el ejército su última noche antes de entrar definitivamente en la ciudad.

El 8 de noviembre de 1519 el ejército español, «con mucho concierto», es decir, en orden de formación, tomó la calzada que llevaba a Tenochtitlan. La anchura de la vía permitía que ocho de a caballo pudieran ir a la par. En los bordes de la laguna brillaban las salinas. Tenochtitlan estaba conectada con la tierra firme por varias calzadas, si bien en la de Iztapalapa moría otro tramo que, partiendo de las inmediaciones de Coyoacán, se unía al ramal principal en un punto fortificado que disponía de dos puertas con las que se controlaba el paso de mercancías y personas. En ese sitio, los españoles

fueron recibidos por otro grupo de notables, que escenificaron una prolongada salutación. El ejército mantuvo en todo momento su estructura. Al frente de la tropa, compuesta por unos trescientos hombres, a lomos de los caballos que hacían sonar a su paso los cascabeles de sus pretiles, se situaron cuatro jinetes cubiertos con sus armaduras: Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid y Juan Velázquez de León. Tras ellos iba el alférez Cristóbal del Corral, que, de tanto en tanto, hacía girar el estandarte. Protegido por caballeros armados con lanzas, le seguía Diego de Ordás al frente de la infantería. Más atrás, los ballesteros, vestidos con sus corazas de algodón prensado. Cerraban el grupo jinetes y arcabuceros. En la retaguardia, Cortés, con más jinetes y sus gentes de servicio. La cola del desfile la formaban los aliados indios, unos seis mil hombres, que, con sus rostros pintados con colores de guerra, que destacaban sobre sus capas rojas y blancas, llevaban la artillería y otros enseres. Es fácil imaginar los murmullos de los soldados, también los de los curiosos que, desde la tierra, las azoteas o sobre las canoas que se acercaban por los costados de la calzada, contemplaban por primera vez a esos hombres venidos del mar, montados sobre extraños animales. Nadie mejor que Bernal para describir la honda impresión que la ciudad causó en las filas españolas:

Y otro día por la mañana llegamos a la calzada ancha y vamos camino de Estapalapa. Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de *Amadís*, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro del agua; y todas de calicanto. Y aun de nuestros soldados decían que si aquello que veían era entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba de esta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuente: ¡ver cosas nunca oídas ni vistas y aun soñadas como víamos!⁴⁷

La fascinación de los visitantes convivía con el recelo que provocaba la presencia, cada cierto tramo de calzada, de cortaduras para el paso de las canoas, sobre las cuales se situaban puentes móviles de madera que, una vez retirados, impedían la salida de la ciudad. Bernal transmitió con su pluma el temor que sintieron los soldados durante su marcha hacia el corazón del Imperio mexica: «¿Qué hombres habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?». Mientras avanzaban por la vía de piedra, muchos recordaron las

continuas advertencias que habían recibido sobre sus anfitriones. Finalmente, al fondo de la calzada apareció el cortejo que traía a Moctezuma, llevado en una fastuosa litera cubierta por un palio de plumas verdes, oro y plata. La litera iba a hombros de nobles que iban descalzos, precedidos por otros que barrían el suelo y por los encargados de portar las insignias imperiales. Los reyes de Tacuba, Texcoco y Tlatelolco, independiente de Tenochtitlan hasta 1473, también formaban parte del séquito imperial. Al ver a los españoles, los señores hicieron el habitual saludo, besándose las manos después de tocar la tierra. En ese momento, Moctezuma, tomado de la mano de Cuitláhuac y de Cacamatzin, descendió de la litera y pisó unas mantas estiradas sobre el suelo, que impedían que sus imperiales pies, calzados con unas sandalias de oro y pedrería, entraran en contacto con la tierra. Ninguno de aquellos hombres miraba a la cara al emperador, al que Cortés, al igual que otros caballeros, correspondió bajándose de su montura y descubriendo su cabeza. De manera instintiva, el capitán español quiso abrazar a Moctezuma, pero los señores que le rodeaban lo impidieron.

Tras el intercambio de los saludos de cortesía, facilitados por las lenguas que acompañaban a los españoles, el de Medellín le entregó el collar de margaritas perfumadas con almizcle, que llevaba al cuello. Un sirviente de Moctezuma dio a Cortés dos collares, uno de caracoles rojos y camarones de oro, que eran las insignias de Quetzalcóatl, y otro de hueso. Cuitláhuac tomó al conquistador de la mano. Después de atravesar un tramo de ciudad ante la atónita mirada de sus habitantes, los españoles llegaron al centro ceremonial y fueron conducidos al palacio de Axayácatl, en el cual se guardaba el tesoro y se aposentaban las sacerdotisas. En su sala principal, se había habilitado un estrado en el que hicieron sentar a Cortés. Moctezuma le pidió que aguardara mientras sus compañeros se instalaban en el palacio, en el que se habían dispuesto esteras a modo de camas, con almohadas de cuero llenas de borra y braseros en los que se quemaban materias olorosas. Antes de que Moctezuma regresara, al tiempo que reponían fuerzas y daban cuenta de los alimentos ofrecidos por sus anfitriones, los españoles examinaron el edificio y la forma de defenderlo. La artillería quedó instalada apuntando a la puerta. Según lo dicho, el *huey tlatoani* volvió más tarde, con joyas de oro y plata, plumajes y muchas piezas de ropa de algodón. Entregados los obsequios, se sentó junto a

Cortés. En aquel escenario se entabló un diálogo del que existen varias versiones. Según el conquistador, el emperador mexica le confesó que desde hacía tiempo, por las escrituras de sus antepasados, sabía que su pueblo procedía de otras tierras. Que eran, en definitiva, extranjeros en ese valle al que habían llegado gracias a un gran señor del que renegaron en su ausencia. Ofendido por el trato que recibió a su regreso, Quetzalcóatl prometió volver y sojuzgar a sus antiguos vasallos. El anunciado regreso se haría desde la parte de donde nace el sol, es decir, desde donde habían llegado aquellos hombres blancos. Moctezuma estaba relatando la leyenda de Quetzalcóatl, cuyos perfiles parecían ajustarse a los del gran rey al que Cortés representaba. En ese momento, siempre según Cortés, Moctezuma propuso obediencia y vasallaje al emperador español, su «señor natural». Dada la lejanía del rey de España, Moctezuma añadió: «Vos sed cierto que os obedeceremos y tendremos por señor en lugar de ese gran señor que vos decís y que en ello no habrá falta ni engaño alguno y bien podéis en toda la tierra, digo que en la que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y hecho y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos en ello quisiéredes disponer. Y pues estáis en vuestra naturaleza y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino y guerras que habéis tenido...».⁴⁸ A estas palabras añadió otras. El representante del rey de España, convertido de facto en un virrey que todavía no podía recibir órdenes desde la Península, debía hacer oídos sordos a todo lo que le habían contado de los mexicas, sus nuevos vasallos. Moctezuma trató también de hacer ver la modestia de su imperio, señalando que las paredes de sus palacios no eran de oro sino de piedra y cal. Incluso alzó su vestimenta para mostrar que era de carne y hueso, «mortal y palpable».

Cortés fue consciente de los réditos que podía ofrecerle la leyenda del dios blanco y barbado, de la que ya había oído hablar durante su viaje a la corte de Moctezuma. Según escribió al emperador Carlos, «yo le respondí a todo lo que me dijo, satisfaciendo a aquello que me pareció que convenía, en especial en hacerle creer que Vuestra Majestad era a quien ellos esperaban». El diálogo fue incluido en la *Segunda Carta de Relación*, fechada en Segura de la Frontera el 30 de octubre de 1520, es decir, casi un año después de que aquella conversación tuviera lugar, por lo que no es de extrañar que el conquistador reelaborara lo escuchado a sus lenguas, que tradujeron las

palabras de Moctezuma. Sea como fuere, en su carta Cortés plantea la entrega o, por mejor decir, la devolución del Imperio mexicana a su legítimo propietario, Quetzalcóatl. Era evidente que el rey Carlos no era el dios mexicana, pero la relativamente reciente llegada de aquel pueblo a unas tierras de las que desplazaron a sus propietarios, muchos de ellos esclavizados, obraba a favor de la legitimidad de la acción española. Por otro lado, a la luz de las palabras de Moctezuma, cualquier levantamiento mexicana podía ser interpretado como un acto de rebeldía. En cuanto a Moctezuma, su actitud sumisa podía esconder el propósito de acabar con sus huéspedes en cuanto estos se relajaran. El señor de los mexicanos no podía permitirse una derrota, pues esta supondría el fin de su hegemonía sobre los pueblos sometidos de los que dependía enteramente. El soberano de Tenochtitlan había fundado su poder en la violencia, pero también en su inmarcesible imagen, razón por la cual no podía mostrarse vulnerable. Todo este juego de intereses se desarrolló sobre el fondo de la leyenda de Quetzalcóatl. La narración de Cortés da en este punto un salto de seis días, tras los cuales, la llegada de una noticia lo alteró todo.

Bernal describió la plática de otro modo. Como de costumbre, el de Medina del Campo empleó el plural para repartir los méritos entre la tropa, unos méritos que incluso extendió a expediciones anteriores, pues, al parecer, Moctezuma se refirió a las de Grijalva y Hernández de Córdoba. El emperador, que veía colmados sus deseos al tener consigo a tan valerosos hombres, dijo estar dispuesto a servirles y darles todo lo que tuviese. Sabedor de sus triunfos en las batallas, de los que tenía noticia por las pinturas recibidas, los reconocía como aquellos que habían de venir desde donde sale el sol para señorear sus tierras. Cortés le respondió dándole las gracias por la acogida. Después, dijo que habían sido enviados por un gran señor, el rey Carlos, que les había mandado a aquellas tierras para rogar a los naturales que se hicieran cristianos y vasallos suyos. La respuesta de Moctezuma consistió en la entrega de nuevas joyas, a las que se sumaron tres cargas de mantas de plumas para los capitanes y dos para cada soldado. Moctezuma quiso también saber si eran todos hermanos y vasallos del soberano, pregunta que adquirió pleno sentido cuando, meses después, llegó Pánfilo de Narváez, rodeado de cristianos vasallos del mismo rey.

Gómara añadió algunos detalles al discurso de Moctezuma. Este se excusó ante sus huéspedes, pues, según dijo, sus maniobras para que no entrasen en la ciudad se debían a que sus súbditos tenían «grandísimo miedo de veros; porque espantabais a la gente con estas vuestras barbas fieras, y que traíais unos animales que tragaban los hombres, y que como veníais del cielo, abajabais de allá rayos, relámpagos y truenos, con que hacíais temblar la tierra, y heríais al que os enojaba o al que os antojaba». Ahora sabía que eran mortales, que los caballos eran como ciervos y los cañones una suerte de cerbatanas. Hecha esta aclaración, relató la leyenda del gran señor, y concluyó reconociendo que siempre habían «creído que algún día vendrían los de aquellas partes a nos sujetar y mandar, y pienso yo que sois vosotros, según de donde venís, y la noticia que decís que ese vuestro gran rey emperador que os invía, ya de nos tenía. Así que, señor capitán, sed cierto que os obedeceremos, si ya no traéis algún engaño o cautela, y partiremos con vos y los vuestros lo que tuviéremos».⁴⁹

Juan Ginés de Sepúlveda también narró la escena. Según el cronista, Moctezuma reconoció que su pueblo no era aborigen de aquellas tierras. Un rey les había llevado hasta allí. Viéndose traicionado, prometió que «uno de su linaje» volvería para someter a los descendientes de aquellos hombres. Gran conocedor de la leyenda, el emperador dijo: «Y como quiera que desde entonces hemos esperado su cumplimiento, ahora estamos convencidos de que ese gran rey de España, que, como dices, te ha enviado, es del linaje de aquel primer rey nuestro, y tanto más al afirmar tú que ya hace tiempo se tenía noticias de nuestra existencia». Ante la evidencia de que aquellos hombres habían accedido a sus dominios desde Oriente, añadió: «No dudes en mandar con tu autoridad lo que estimes conveniente».⁵⁰ Conviene recordar que Sepúlveda, gran rival de Las Casas en la controversia desarrollada en 1550 en la capital castellana, conoció a Cortés en Valladolid en 1542. De sus labios obtuvo los datos de lo ocurrido dos décadas antes en el Nuevo Mundo.

Por último, citaremos lo relatado por Francisco de Aguilar, compañero de Cortés que se convirtió en fraile dominico, abandonando su anterior nombre, Alonso. Su breve obra, escrita cuando ya era octogenario, respondió a la petición de sus compañeros de orden. Aguilar narró de esta forma tan sintética la conversación mantenida en el palacio de Axayácatl:

Y Motecsuma se dio por vasallo del emperador, por ante escribano, y se asentó así que le serviría en todo como a su señor; y dijo que fuesen muy bien venidos, que a su casa venían, y que de sus antepasados tenían y sabían por lo que les habían dicho, que de donde salía el sol había de venir una gente barbada y armados, que no les diesen guerra porque habían de ser señores de la tierra. Teníanos por hombres inmortales y llamábannos teules, que quiere decir dioses, y con estas palabras y otras que callo, este gran señor se fue a otros palacios y aposentos suyos.⁵¹

Pese al cálido recibimiento y las palabras pronunciadas por el emperador, muy parecidas en los cinco relatos, Cortés mandó a sus hombres que no se alejaran de aquellos aposentos. Estas cautelas muestran hasta qué punto la docilidad mostrada por Moctezuma no ofrecía plenas garantías. Además, una excesiva sintonía con Moctezuma podía debilitar la alianza con los tlaxcaltecas que habían entrado con los españoles en la ciudad. No ha de olvidarse que aquellos guerreros compartían alojamiento con los cristianos. No es descabellado pensar que los de Tlaxcala vieran con inquietud los tratos de sus amigos con los de Tenochtitlan, con los que los españoles no se habían enfrentado hasta el momento. Mientras todo esto ocurría en el corazón del Anáhuac, tres días antes de la entrada en Tenochtitlan, al otro lado del Atlántico, habían llegado al puerto sevillano de las Muelas los procuradores, cargados de documentos y tesoros. De manera simultánea, Cortés y sus hombres tenían abiertos dos delicados frentes diplomáticos.

EN LA CORTE DE TENOCHTITLAN

Después de las emociones vividas durante la primera jornada en la ciudad, Cortés y cuatro de sus capitanes, Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Diego de Ordás y Juan Velázquez de León, junto con algunos soldados y los intérpretes, pidieron permiso para ir al palacio de Moctezuma. Era obligado devolver la visita. Hechos los saludos, el emperador, rodeado de su séquito de nobles, tomó de la mano a Cortés y lo sentó a su derecha. El detalle, como tantos otros, se presta a análisis. Recordemos que en la entrada a la ciudad, a Cortés lo había conducido de la mano Cuitláhuac, mientras los señores hacían lo propio con el emperador. Ahora era Moctezuma quien tomaba la mano del español, gesto que acaso pudiera ser tenido como la verificación del vasallaje o, probablemente, como mera cortesía. Sea como fuere, entre los dos hombres comenzó un diálogo en el cual el capitán reprodujo sus habituales argumentos, aquellos que hablaban de su envío por parte de un gran señor, del anuncio de la llegada de la religión católica, gracias a la cual podría erradicarse la idolatría y algunas prácticas inhumanas impropias de alguien de la calidad de Moctezuma. Es fácil imaginar el asombro que tales palabras pudieron producir en el poderoso *huey tlatoani*, el hombre que hablaba con los dioses. Aún más incomprensible le debió de parecer la explicación de la muerte y resurrección de Jesucristo o el dogma de la Santísima Trinidad. Ha de tenerse en cuenta, además, que aquellos relatos llegaban a sus oídos a través de una doble traducción. Moctezuma, que eludió entrar en materia religiosa, preguntó a su huésped, «si todos sois unos», es decir, si los hombres que habían participado en las sucesivas expediciones, desde la primera que tocó la costa yucateca

diez años antes, a las de Hernández de León y Grijalva, tenían un mismo origen y soberano. El emperador trataba de indagar si existían diferentes facciones entre los blancos, grupos incluso enfrentados entre sí. La pregunta cobró pleno sentido con el siguiente desembarco de naves españolas.

Con el paso de las jornadas, los españoles fueron ampliando el radio de sus salidas. Cuatro días después de la llegada, Cortés, según narró Bernal, quiso visitar la pirámide Tlatelolco. La iniciativa solo puede responder a un intento de conocer mejor la ciudad. Para poder hacer aquella visita, el capitán envió a Aguilar y a doña Marina, junto al paje Francisco Ortega, *Orteguilla*, que había adquirido los rudimentos de la lengua náhuatl al lado del Cacique Gordo, a pedir permiso a Moctezuma. Conocedor del comportamiento de los españoles ante las representaciones de sus dioses, Moctezuma quiso acompañarles, precedido por las insignias imperiales. El emperador fue llevado en andas hasta la mitad del camino. Desde allí, para no incurrir en desacato a los dioses, hizo el resto del trayecto a pie.

De camino a Tlatelolco, la comitiva atravesó su gran mercado. Armados y montados a caballo, los cristianos se maravillaron al ver su gran plaza porticada. Una multitud se movía entre los ordenados puestos en los que se vendía una amplia variedad de productos y materias. Cortés aseguró que el espacio era dos veces la Plaza Mayor de Salamanca, que tan bien conocía de sus tiempos mozos. En Tlatelolco, como en otros mercados mexicas, el cacao o las mantas hacían las veces de moneda. Al carecer de unidades de peso, las transacciones se hacían por piezas y tamaños. En el gran *tiánguez* se comerciaba con oro, plata, piedras preciosas, plumas y todo tipo de tejidos. Aunque los hispanos conocían ferias como la de Medina del Campo o ciudades mercantiles como Sevilla, quedaron fascinados con lo que tenían ante sus ojos. Como en España, el mercado estaba dividido según los géneros y mercancías. A esos artículos se añadían peces, aves, conejos, venados y perros; también pan, cerámica, hierbas de todo tipo, tabaco y leña. En Tlatelolco también se vendían esclavos, que iban atados a unas varas largas a modo de colleras. Al ver a aquellos hombres maniatados, Bernal evocó a los negros de Guinea con los que comerciaban los portugueses. Entre los esclavos también existían clases. Su aspecto o habilidades tales como cantar y danzar aumentaban su valor.

Terminada la visita al bullicioso mercado, repleto de olores y gentes venidas de los confines del Imperio mexica, los españoles entraron en los patios empedrados que precedían al templo. Los sacerdotes y nobles que acompañaban a Moctezuma bajaron a recibirles y trataron de coger por los brazos al capitán para ayudarlo a subir. Cortés los rechazó, diciendo «que él ni nosotros no nos cansábamos nunca»⁵² y, altivo, ascendió hasta la plataforma. La repugnancia que causó a los españoles lo que vieron en lo alto de la escalinata, la plasmó perfectamente Bernal en su *Historia verdadera*. En la cúspide de la pirámide, «tenían un espacio como andamios y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponían los tristes indios para sacrificar, e allí había un gran bulto de como dragón e otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día».⁵³ Desde la altura en que se encontraba el adoratorio consagrado a Huitzilopochtli, Moctezuma volvió a tomar de la mano a Cortés y le mostró la ciudad lacustre y sus poblaciones satélites, también las calzadas que comunicaban la isla donde se posó el águila con las orillas del lago. Con esta visión, Hernán Cortés y los capitanes constataron su vulnerabilidad. Bastaba con cortar algunos puentes en las calzadas para quedar aislados.

Una vez más, fray Bartolomé de Olmedo refrenó los impulsos de Cortés, que tenía intención de colocar allí una cruz y una imagen de Nuestra Señora. Disuadido por el fraile, el capitán pidió a Moctezuma que le enseñara las imágenes de sus dioses. Este, consultó a los sacerdotes y accedió a mostrar el interior de los adoratorios. Allí, seguimos en todo momento a Bernal, la primera figura en aparecer entre el humo del copal fue la de Huitzilopochtli, nombre españolizado como Huichilobos. El dios de la guerra tenía su cuerpo cubierto de pedrería y portaba en sus manos un arco y unas flechas hechas de oro. Su rostro estaba enmarcado por un collar hecho de rostros humanos y corazones de plata. Completaban la escena «tres corazones de indios que aquel día habían sacrificado e se quemaban». La oscuridad no impidió que el soldado cronista vislumbrara el resto del recinto, que describió así: «Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañado y negro de costras de sangre, y ansimismo el suelo, que todo hedía muy malamente». A la izquierda de este dios estaba Tezcatlipoca, «espejo que por la noche ahúma», del que dijo que tenía un rostro como de oso, con ojos hechos de espejo. Su cuerpo, también repleto de pedrería, estaba recorrido por unas figuras con colas de

serpientes. Gran cantidad de sangre, «como en los mataderos de Castilla», y cinco corazones, le habían sido ofrecidos durante ese día. Los cristianos todavía pudieron ver otro dios, acaso Quetzalcóatl, cuya representación consistía en un «bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas y la mitad dél enmantado». Su cuerpo estaba hecho de todo tipo de semillas, por ser, así lo refirió Bernal, «el dios de las sementeras y frutas».

Junto a los dioses zoomorfos, precedido por la piedra de los sacrificios, estaba un gran tambor vertical, cerrado por cueros de serpiente, que los sacerdotes tañían con las manos. Después de ver todo aquello, Cortés esbozó una media sonrisa y trató de hacer ver al emperador que aquellos que adoraban no eran dioses sino demonios. Como prueba del poder de su Dios, el extremeño pidió permiso para poner una cruz y una imagen de Nuestra Señora, cuya sola presencia pondría temor a los ídolos. Moctezuma y los sacerdotes negaron, airados, tal posibilidad. La respuesta fue tan tajante que Cortés respondió «pues que así es, perdone, señor». Las espontáneas palabras puestas en los labios de Cortés contrastan con las que Cervantes de Salazar le atribuyó en su relato: «Verdaderamente, me da el corazón que desde aquí se han de conquistar grandes reinos y señoríos, porque aquí está la cabeza donde el demonio principalmente tiene su silla; y rendida y subjectada esta ciudad, será fácil conquistar todo lo de adelante».⁵⁴ Los adoratorios no fueron lo único que sobrecogió a los españoles. En los alrededores del Templo Mayor se alzaba el gran *tzompantli*, en el que Andrés de Tapia aseguró que había ciento treinta y seis mil calaveras ensartadas por las sienes. El del recinto sagrado no era el único, la ciudad contaba con otros cinco altares de cráneos.

A su llegada, los españoles habían construido un humilde altar a base de tablas en el palacio de Axayácatl, por lo que se solicitó permiso para sustituirlo por uno de obra. Moctezuma accedió y envió a algunos albañiles. Mientras se buscaba un lugar para hacer aquel oratorio, el carpintero Alonso Yáñez vio en una pared la huella de una puerta que había sido recientemente tapiada, pues la cal estaba húmeda todavía. Inmediatamente, se acordó echar abajo ese paño. En la estancia que ocultaba, apareció un fastuoso tesoro que rápidamente quedó de nuevo oculto. El hallazgo precedió a una decisión trascendental que analizaremos en el siguiente capítulo: la captura y prisión de Moctezuma. En esa capilla se celebró misa hasta que se acabó el vino. Mucho

de él se había consumido durante la guerra con Tlaxcala, pues era una bebida empleada también con fines médicos. A pesar de que las misas cesaron, los cristianos siguieron rezando ante la cruz, impulsados por sus costumbres, pero también para servir de ejemplo a los mexicas, que debieron de extrañarse al ver a tan poderosos hombres arrodillados frente a un símbolo tan sencillo.

PRENDIMIENTO Y PRISIÓN DE MOCTEZUMA

La detención y prisión de Moctezuma supuso un giro radical en las relaciones entre españoles y mexicas, basadas hasta ese momento en la mutua observación, el cálculo y el despliegue de ceremonias diplomáticas desarrolladas sobre el trasfondo de las exhibiciones de fuerza militar de la tropa española. El episodio, como tantos otros, fue descrito de diferente modo, dependiendo de la óptica del narrador. Todas las versiones, no obstante, coinciden en señalar el motivo de su prendimiento. Al cabo, la captura de un hombre tan distinguido como el emperador solo podía producirse de un modo plenamente justificado, pues, si se acepta la literalidad de la declaración de Moctezuma en el palacio de Axayácatl, este era ya súbdito del rey Carlos. Solo un comportamiento abiertamente rebelde por su parte podía dar lugar a su confinamiento.

El relato más cercano a los hechos fue la *Segunda Carta de Relación*. En aquellas letras, Cortés señaló que el arresto se produjo seis días después de la entrada en Tenochtitlan. Con tan osada medida se buscaba seguridad, pues Moctezuma «enojándose nos podría hacer mucho daño y tanto, que no hubiese memoria de nosotros según su gran poder y también porque teniéndole conmigo, todas las otras tierras que a él eran súbditas, vendrían más aína al conocimiento y servicio de Vuestra Majestad, como después sucedió». ⁵⁵ El riesgo que se asumía era muy alto, pero más peligroso podía resultar que el poderoso señor «mudase el propósito y voluntad que mostraba en servir a Vuestra Majestad». La operación debía hacerse sin escándalo ni alboroto. Consciente de todo ello, Cortés recordó una noticia recibida en Cholula, cuyo

contenido le sirvió de pretexto para detener a Moctezuma. Según contó, estando en aquella ciudad, dos tlaxcaltecas llegaron con una carta que informaba de que Juan de Escalante y seis compañeros, junto con cierto número de totonacas, habían sido asesinados por los mexicanos en la retaguardia. La misiva dejaba claro que quien estaba detrás de aquel ataque no era otro que Moctezuma. Esta revelación muestra hasta qué punto Cortés, conocedor del daño sufrido a sus espaldas, fue capaz de mantener la templanza, a pesar de su inferioridad numérica con respecto a la fuerza mexicana. Quizá, el de Medellín, que no por casualidad había escogido el lema que figuraba en su estandarte, se aferró firmemente en su fe en Dios o, simplemente, confió en sus probadas dotes diplomáticas para salir airoso de aquel trance. Sea como fuere, con la decisión tomada, colocó guardias en las encrucijadas de las calles y se dirigió al palacio de Moctezuma, acompañado por sus capitanes.

Los hechos narrados en aquella carta fueron los siguientes. Todo había comenzado cuando los representantes de Moctezuma exigieron el pago de tributos a los totonacas, asentados en la ciudad que Grijalva había llamado Almería, a unos ochenta kilómetros al norte de Veracruz. Los indígenas se negaron, alegando estar bajo la obediencia española. Con el fin de dar término a estas fricciones, Escalante, que todavía estaba fortificando Veracruz, partió junto a cuarenta soldados, dos tiros de pólvora, tres ballestas, dos escopetas y unos dos mil indios, que huyeron en los primeros compases de la batalla. Tras el combate con los mexicanos, Escalante, gravemente herido, se replegó a Veracruz, donde murió a los tres días. El leonés Rodrigo de Argüello, hecho prisionero, fue sacrificado. Su testa, barbuda y crespa, se envió a Tenochtitlan, donde Moctezuma la contempló horrorizado. La derrota trajo consecuencias inmediatas. La vulnerabilidad mostrada por los blancos, derrotados por primera vez en el Anáhuac mientras trataban de proteger a sus primeros amigos, hizo mella en su imagen, hasta el punto de que incluso los totonacas comenzaron a desampararlos.

El momento en que Cortés recibió estas preocupantes noticias, que alentaron la decisión de prender al emperador, es también objeto de controversia. Francisco Cervantes de Salazar, que aseguró que Cortés conoció el ataque en Cholula, contó que la carta llegó mientras el capitán, preocupado

por la suerte que pudiera correr dentro de la ciudad, dudaba qué hacer. La misiva vendría firmada por Francisco Álvarez Chico o por Pedro de Ircio. Según aquel papel, Cuauhtemoc manifestó su propósito de ser vasallo del rey español. El cacique, no obstante, temía pasar por tierras enemigas, por lo que solicitó el envío de cuatro españoles que debían escoltarle hasta su llegada al enclave hispano, donde pretendía prestar obediencia. Sin embargo, cuando el cuarteto llegó al lado del cacique, este los mandó asesinar. Dos de ellos, heridos, lograron escapar y regresaron para contar lo ocurrido. La reacción fue el envío de cincuenta soldados, con dos de a caballo y dos tiros de pólvora. A ellos se sumaron ocho o diez mil indios. La victoria, pese a que se cobró siete hombres, cayó del lado español. La ciudad fue destruida y quemada, pero Cuauhtemoc logró escapar. La carta se cerraba con estas palabras: «Vuestra Merced verá sobre esto lo que conviene hacer, y mire que, pues esto ha prescedido, que no puede estar en esa ciudad, donde es Rey é señor Motezuma, seguro».⁵⁶

Como de costumbre, Bernal habló en plural de «cómo se acordó prender al Moctezuma». En su relato, la decisión está ligada a la aparición de la puerta que ocultaba el tesoro. Una vez sellada, cuatro capitanes y una docena de soldados alertaron a Cortés del peligro que corrían en una ciudad como Tenochtitlan, fácilmente convertida en «red y garlito», es decir en una trampa de la que sería imposible escapar. En opinión de este grupo, en el que figuraban los habituales Velázquez de León, Ordás, Sandoval y Alvarado, la hospitalidad de Moctezuma había sido una trampa para atraer a los españoles al corazón de su imperio, la inexpugnable ciudad en la que se alojaba su guardia imperial, que, unida al ejército y a la población, podrían aniquilar fácilmente a los extranjeros, atacándolos o dejándolos morir por desabastecimiento. La solución, no obstante, estaba al alcance de la mano. Era preciso capturar a Moctezuma y convertirlo en el más valioso de los rehenes. Cuando Cortés escuchó aquellas razones, respondió: «¿Qué poder tenemos nosotros para hacer tan grande atrevimiento: prender a tan gran señor en sus mismos palacios, teniendo sus gentes de guarda y de guerra?».⁵⁷ Los capitanes insistieron. La detención debía hacerse sin violencia, atrayendo al emperador con buenas palabras, algo para lo que Cortés era la persona idónea. Si el capitán no accedía, le solicitaban permiso para hacerlo ellos mismos. Un día

después, la llegada de la carta de Veracruz ofreció la excusa perfecta para visitar a Moctezuma. Sabedores del riesgo asumido por aquella decisión, los cristianos pasaron la noche rezando.

En su breve *Relación*, Francisco de Aguilar otorgó un papel relevante a Diego de Ordás. Subido a una azotea, el zamorano, en compañía de otros capitanes, había comprobado el peligro en el que se hallaban dentro de una ciudad en la que podían quedar aislados fácilmente. Por todo ello, «convenía mucho que este rey y gran señor ya dicho, estuviese retraído allí en un aposento grande donde estaban los españoles». Cortés en principio fue reacio, pues «no le parecía bien, especialmente habiéndose dado por vasallo de Su Majestad; y por esto fue requerido de los dichos capitanes y señores muchas veces, y no lo quiso hacer». Al igual que en el relato de Bernal, Aguilar señaló a la carta de Escalante como el desencadenante de la captura del emperador.

En estas circunstancias, el 14 de noviembre, después de solicitar audiencia, Cortés, acompañado por Velázquez de León, Francisco de Lugo, Sandoval, Ávila y Alvarado, junto a las lenguas y una treintena de soldados, se dirigió al palacio de Moctezuma, quien probablemente ya estaba prevenido del conocimiento que sus visitantes tenían de lo ocurrido. El emperador les recibió en la sala del trono. Allí, Moctezuma y Cortés bromearon e intercambiaron las cortesías habituales. El mexica ofreció unas joyas y a una de sus hijas, que pretendía casar con Cortés. Para el resto de capitanes tenía preparadas otras jóvenes pertenecientes a la nobleza mexicana. Cortés, dejando a un lado las chanzas, le respondió en un tono severo. Después de rechazar a la princesa por no estar bautizada y porque, según dijo, estaba ya casado en Cuba, cambió radicalmente de tema y comenzó a relatar todos los episodios, especialmente el de Cholula, en los que el emperador había tratado de envolver con sus tropas a los españoles. Los sucesos de Almería, que narró mientras mostraba la carta recibida, cuyo contenido le fue desvelado a Moctezuma por medio de los intérpretes, habían colmado su paciencia. Cortés habló con dureza y le dijo que su comportamiento era más propio de un traidor y hombre bajo que de un rey. El *huey tlatoani* trató de excusarse diciendo que Cuauhpopoca mentía, pues él nada había tenido que ver con aquella acción. De poco le sirvieron aquellas explicaciones. Cortés, seguimos el relato de

Cervantes de Salazar, le respondió de un modo que vuelve a invitar al análisis:

Conviene que vuestra Alteza se vaya conmigo a mi aposento y esté en él hasta que los mensajeros traigan a Qualpopoca, que conmigo será vuestra Alteza muy bien tratado, servido, acatado y reverenciado y mandará como hasta aquí, no solo a sus vasallos, pero a mí y a mis compañeros; e yo con más cuidado miraré por la persona de vuestra Alteza como por la de mi Rey, y perdonadme que lo haga así, porque no me conviene hacer otra cosa, ca de otra manera vuestros reinos se rebelarán y revolverán, y vuestra persona y las nuestras correrán mucho riesgo, y estos mis compañeros que conmigo vienen y los demás se enojarían conmigo.⁵⁸

Según este discurso, que sigue en gran medida el relato de Cortés, el poder de Moctezuma sobre sus vasallos permanecía intacto. Su traslado a los aposentos de los españoles, que debía hacerse con sigilo, garantizaría la seguridad de estos. Moctezuma, sin perder las formas, se resistió en un principio a acompañar a sus huéspedes. No obstante, de nada le sirvieron sus promesas de castigar a los culpables de la matanza. De nada quitarse un brazalete con los símbolos de Huitzilopochtli y dárselo en prenda a un emisario que debía indagar los hechos y traer a los responsables. Cansado de tanta plática, la voz amenazante de Juan Velázquez de León sonó en la sala. Dirigiéndose a Cortés, dijo: «¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? ¡O le llevamos preso o dalle hemos de estocadas! Por eso, tórnele a decir que si da voces o hace alboroto que le mataremos, porque vale que desta vez aseguremos nuestras vidas o las perdamos». El desabrido tono empleado por el cuellarano debió de impresionar al emperador, que pidió a doña Marina que le tradujera sus palabras. La mujer se limitó a aconsejarle que obedeciera las órdenes y acompañara a los españoles. En un último intento de zafarse del cautiverio, por más suave que este fuera, Moctezuma trató de cambiarse por sus hijos legítimos, temiendo perder su poder cuando sus súbditos le vieran en manos de los barbudos. Ni a los españoles ni a Moctezuma les convenía armar escándalo, pues en las nuevas circunstancias, ambos podían quedar a merced de la reacción de los mexicas. Si los hispanos podían provocar una avalancha sobre sí, el emperador no estaba en condiciones de ofrecer una imagen pública de debilidad ante los recién llegados. Por otro lado, el tipo de reclusión propuesto por Cortés parecía más bien una cohabitación. En la carta dirigida

al rey, Cortés contó que le dijo a Moctezuma que «no había de estar como preso sino en toda su libertad». Pese a aquellas garantías, y a la espera de que se resolviese el origen del ataque de Cuauhpopoca, es evidente que Moctezuma se convirtió en el escudo humano que necesitaban los españoles, ya alarmados por los indicios que les hacían temer por sus vidas.

Tratando de excusar el verdadero motivo de su traslado, Moctezuma subió en sus andas y fue llevado a hombros de algunos nobles al palacio de su padre, donde quedó bajo la vigilancia de una guardia a las órdenes de Alvarado. A pesar de que dijo contar con la aprobación de Huitzilopochtli y de los sacerdotes para realizar ese breve viaje, que algunos miembros de su séquito hicieron llorando, no cabe duda de que aquella imagen dañó su prestigio. Instalado en su nuevo aposento, el señor de los mexicas siguió despachando con los principales de la ciudad, a los que trató de apaciguar. En el palacio recibía también a mujeres, capitanes y embajadores. En sus salones, siempre acompañado por dos caciques ancianos, resolvió pleitos y recibió tributos. Su nueva situación tampoco impidió que saliera con regularidad, escoltado por media docena de soldados y un gran número de mexicas, hacia los templos, las casas de placer o para practicar la caza con cerbatana, arco o aves de cetrería.

Mientras el emperador se habituaba a su nueva morada, sus enviados, acompañados por Tapia, Aguilar y Gutiérrez de Valdelomar, viajaron hacia el litoral en busca de Cuauhpopoca. Quince días después, este fue conducido a la ciudad. Llevado en una litera, con él venían su hijo y quince caciques, que fueron interrogados de inmediato. En su primera declaración, Cuauhpopoca dijo ser un servidor de Moctezuma, pues, según sus palabras, no había otro señor de quien pudiese serlo. Sin embargo, añadió que el emperador no había ordenado el ataque, confesión que rectificó durante la ejecución de la sentencia. Cuauhpopoca y sus acompañantes fueron quemados públicamente frente al palacio de Moctezuma. La hoguera que alimentó el ejemplarizante castigo, se hizo con lanzas y escudos mexicas. Mientras tanto, Moctezuma fue engrilletado fugazmente. Consciente de la inestabilidad que podía acarrear su cautiverio, Cortés le quitó los grillos enseguida. Después, dijo a la nobleza mexica que el rey Carlos «era servido que el dicho Mutezuma se estuviese en su señorío». La medida era prudente, pues la sustitución de Moctezuma por un

señor más belicoso como Cuitláhuac podría ser letal para los españoles. En su relato, Cortés afirmó que propuso al *huey tlatoani* el regreso a su palacio, si bien este no accedió. El emperador sabía que su poder se había erosionado irreversiblemente.

El capitán aprovechó el cautiverio del emperador en el palacio de Axayácatl para preguntarle por las minas de donde sacaba el oro. Moctezuma accedió y puso a disposición de los españoles a algunos de sus hombres que, acompañados por soldados, partieron hacia los lugares de donde se extraía, casi siempre con bateas y en ríos, el metal. Gonzalo de Umbría fue enviado a Zacatula. La misión tenía un plazo máximo de cuarenta días. Le acompañaron dos españoles mineros, es decir, propietarios de minas en Cuba. De camino, pasaron por un lugar fortificado que, según Cortés, era más grande y fuerte que el castillo de Burgos. Su población iba mejor vestida que el resto de las tribus. Tututepec fue otro de los lugares señalados por Moctezuma. A él, con un plazo idéntico, se dirigió Diego Pizarro, pariente de Cortés de unos veinticinco años de edad, a quien acompañaron Hernando de Barrientos, Heredia, *el Viejo*, Fernando de Escalona, *el Mozo*, y Francisco Cervantes, *el Chocarrero*, antiguo hombre de Velázquez que había participado en la expedición de Grijalva y había bailado con los indios. Probablemente, la dudosa lealtad de estos dos últimos hacia Cortés fue el motivo de que fueran enviados a esa misión. Pizarro regresó con mil pesos de oro en grano y noticias de aquellos lugares. En su viaje había podido conocer a los chinantecas, indios que usaban largas lanzas con puntas de obsidiana. Se trataba de una tribu enemiga de los mexicas, algo que facilitó que se mostraran favorables a los castellanos. De hecho, dos caciques acompañaron a Pizarro hasta Tenochtitlan para ofrecerse como vasallos. En Tututepec quedaron los acompañantes de Pizarro, que les había pedido que establecieran una granja, idea que desagradó a Cortés, hasta el punto de enviar al soldado Alonso Luis para pedirles por escrito que regresaran.

El metelinense también trató de saber si en la costa existía algún río donde los navíos pudiesen estar seguros. Moctezuma envió inmediatamente a sus pintores, que regresaron con detallados dibujos del litoral. Tal y como se esperaba, en la tela pintada apareció un lugar idóneo, al cual se envió a Diego de Ordás con una decena de hombres, entre ellos algunos pilotos y hombres de

la mar. En su viaje, el grupo llegó hasta la desembocadura del río Coatzacoalcos, lugar en el que también, aunque escaso, había oro. Las mansas aguas del Coatzacoalcos, unidas a la anchura del cauce, hicieron pensar en un principio que se tratara del ansiado paso hacia el mar del Sur, sospecha que se disipó cuando se remontó su curso. Las riberas estaban habitadas por gentes hostiles a Tenochtitlan, razón por la cual a los mexicas no se les permitió el paso. Temeroso del poder de los blancos, Tochel, señor de Coatzacoalcos, se declaró tributario de los hispanos. Cuando todo aquello se conoció en Tenochtitlan, Cortés envió otro grupo para sondar el puerto y asegurarse de su seguridad. Al frente de ellos fue Gonzalo de Sandoval, que marchó seguido por ciento cincuenta hombres, con la orden de hacer la traza de un pueblo y levantar una fortaleza.

Al mismo tiempo que se desarrollaban aquellas expediciones, en el palacio de Axayácatl proseguían las conversaciones entre Cortés y Moctezuma. Este aconsejó al español que gobernara a su pueblo más por temor que por amor. Cortés no era el único que tenía acceso al emperador, cerca de él se mantuvieron soldados, como Andrés de Tapia, y capitanes, como Velázquez de León o Diego de Ordás. Moctezuma estuvo también acompañado por el paje Orteguilla, que destacó pronto por su don de lenguas. El distinguido prisionero, que se divertía jugando al *totoloque* con sus vigilantes, recibió un trato acorde con su calidad, que siempre supo agradecer con regalos para sus custodios.

Muerto Escalante, en Veracruz era preciso restablecer el orden. El escogido para ello fue Alonso de Grado, hombre hostil a Cortés en un principio y cabecilla de los descontentos que en Tlaxcala todavía pretendieron regresar a Cuba. Pese a ello, Grado, que atesoraba una buena formación, recibió la vara de alguacil mayor. Desplazado a la costa y envanecido por su cargo, pronto desatendió las órdenes de seguir fortificando la posición y se dedicó a pedir a los totonacas joyas e indias. También, ante la posibilidad de que llegara algún barco desde Cuba, comenzó a conspirar contra Cortés. Conocidas estas irregularidades en Tenochtitlan, se envió a Gonzalo de Sandoval. Escoltado por Pedro de Ircio, Grado fue devuelto a la gran ciudad. Una vez allí, fue inmediatamente puesto en un cepo del que se libró al cabo de un par de días, después de renovar su lealtad a Cortés.

En ausencia de Alonso de Grado, Sandoval quedó como capitán y alguacil mayor de la Villa Rica de Veracruz, en la que mostró unas grandes dotes de gobierno, al tiempo que llevaba a cabo una importante labor, la de rescatar el hierro, las velas, jarcias y una aguja de marear de los barcos dados al través. Todos aquellos aparejos iban a servir para armar cuatro bergantines que fueron botados en la laguna de Tenochtitlan. El encargado de construirlos fue el carpintero de ribera Martín López, pariente de Ponce de León, que estuvo asistido por los herreros Pedro Hernández y Hernán Martín, los aserradores Diego Hernández y Sebastián Rodríguez, el carpintero Andrés Núñez y los hermanos Pedro y Miguel La Mafla, ebanistas. A este equipo se unieron los carpinteros proporcionados por Moctezuma, que aportaron madera de roble de los bosques cercanos. Pese a que las naves se armaron haciendo creer que eran para recreo, la verdadera intención con la que se hicieron era disponer de un medio de salida alternativo a las calzadas. Los bergantines, que Cortés exigió que tuvieran capacidad para trescientos hombres y varios caballos, es decir, para la práctica totalidad de la tropa española, debían permitir alcanzar la orilla del lago. Teniendo esto presente, en las exhibiciones que se realizaron sobre el agua debemos ver también unas maniobras de entrenamiento ante la posibilidad de tener que abandonar la ciudad de manera apresurada. Las embarcaciones llamaron poderosamente la atención de Moctezuma, que expresó su deseo de ir a cazar a un islote cercano a Iztapalapa. Acompañado por algunos nobles, se embarcó en una de las naves a las que subieron Velázquez de León, Alvarado, Olid, Alonso de Ávila, cierta cantidad de soldados y dos artilleros, el veterano de las guerras de Italia Alonso de Mesa y otro soldado apellidado Arvenga. El emperador era una pieza muy delicada que debía ser protegida, pues garantizaba la vida de los españoles. Aprovechando el viento que soplaba en la laguna, los marineros mostraron todo su talento, haciendo volar las naves sobre la superficie del lago y dejando atrás las canoas mexicas movidas por remos. Sus maniobras obraron el efecto deseado, pues los nobles que viajaron a bordo quedaron muy impresionados por la movilidad de aquellas naves. Ya de regreso, el emperador pidió a Mesa que disparase la artillería, una solicitud que podía responder a la mera curiosidad, aunque no es descartable que Moctezuma quisiera comprobar por sus propios ojos el poder real de esas armas que hasta

el momento no había visto en acción.

Al margen de aquellas actividades recreativas, Moctezuma seguía acudiendo con regularidad al Templo Mayor. En su cima continuaban los sacrificios humanos sin que los reproches de los españoles, probablemente conscientes de la desestabilización que podría acarrear un cese abrupto de esas prácticas, tuvieran efecto. Bernal dejó escrito el ánimo de sus compañeros al comprobar que los sacerdotes seguían abriendo los pechos de algunos hombres para extraerles el corazón: «Y no podíamos en aquella sazón hacer otra cosa sino disimular con él, porque estaba muy revuelto México».

PÁNFILO DE NARVÁEZ

Bajo la extraña atmósfera cortesana del palacio de Axayácatl se estableció una mutua dependencia. En sus salones, Cortés trataba, con escaso éxito, de transmitir al emperador las bondades del catolicismo, mientras los encargados de vigilarle se mostraban zalameros, sabedores de que el buen trato les procuraría ricos regalos de aquel señor, ante el que tenían orden de descubrirse y hacer reverencias. Más allá de intereses particulares, los españoles garantizaban su seguridad manteniendo cautivo a tan distinguido rehén. Por su parte, Moctezuma, concedor de la fuerza de sus captores, sabía que su antiguo e incontestado poder comenzaba a resquebrajarse. La cautela, pero también la inquietud, se impusieron en ambas partes. Había razones para ello, pues pronto se supo que el joven Cacamatzin, señor de Texcoco, que en su momento trató de frenar la entrada hispana en Tenochtitlan, intentó rebelarse al ver cómo su augusto tío permanecía en poder de los extranjeros sin, aparentemente, ofrecer resistencia. Cacamatzin trató de aunar las voluntades de los principales señores de Tacuba, Iztapalapa, Coyoacán y otros pueblos, para dar guerra a los cristianos. El ataque serviría también para deponer a Moctezuma, arrebatándole su autoridad, ya perdida por la vía de los hechos a los ojos de este colectivo. Para llevar a cabo el plan, los conjurados contaban con una quinta columna en el interior de la ciudad. Enterado Moctezuma, a quien le iba su poder en ello, se lo comunicó a Cortés y le aconsejó resolver el levantamiento con discreción, no con violencia. El emperador temía, tanto como los españoles, el desorden. Mientras, en Texcoco, Cacamatzin se lamentaba de no haber atacado a los españoles cuando estos bajaron de la

Sierra, culpando de ello a la cobardía de su tío, a quien, según Bernal, llamó «gallina». Incapaz de disuadir a su sobrino de su propósito, Moctezuma envió a unos emisarios con su sello y la orden de prender al señor de Texcoco, que fue hecho preso en su palacio para ser conducido al de su abuelo Axayácatl, en compañía del señor de Toluca, el de Iztapalapa, el de Tacuba y otros. Cacamatzin, al igual que su tío, y con el mismo fin, el de no armar escándalo, entró al palacio convertido en cárcel, subido a sus ricas andas. Tanto él como el resto de rebeldes fueron atados a las cadenas y anclas de los barcos encallados en Veracruz, que ya habían llegado desde la costa. Con el *tlatoani* de Texcoco confinado en el palacio-cuartel, ocupó su lugar en Texcoco su hermano Coanacochtzin, renombrado como don Marcos al recibir el bautismo.

Alcanzada una nueva y relativa calma, Cortés trató de evitar otros levantamientos. Antes de que Moctezuma perdiera todo su poder, le pidió que llamara a los principales de sus ciudades y señoríos para escenificar la obediencia al rey de España. Convocados los señores, el escribano Pedro Hernández se preparó para levantar acta de una escena que fue dramatizada posteriormente por los cronistas. Testigos de aquella ceremonia fueron, además de los habituales Aguilar y doña Marina, el paje Orteguilla, Juan Jaramillo, Andrés de Tapia, el veterano de las guerras de Granada Alonso de Navarrete, Alonso de la Serna, Francisco de Flores y Juan López de Jimena.⁵⁹ Más allá de ciertas cuestiones formales, el discurso de Moctezuma, que hemos de superponer a las palabras ya pronunciadas durante su recibimiento a los españoles, suponía la entrega de su corona imperial al soberano de sus captores. El emperador comenzó su parlamento apoyado en la leyenda de Quetzalcóatl y en el hecho de ser el señor de unos hombres que no eran «naturales de esta tierra». No es descabellado pensar que la apelación a esa leyenda pudo hacerse con el fin de presentarse como un gobernante sujeto a un fatalismo contra el que nada podía hacer. Al destino y no a sus errores de estrategia, cabía culpar de aquel trágico desenlace. Víctima de un fin contra el que nada podía hacerse, el emperador, habló a los suyos para rogarles que «de aquí en adelante tengáis y obedezcáis a este gran rey, pues él es vuestro natural señor y en su lugar tengáis a este su capitán y todos los tributos y servicios que hasta aquí a mí me hacíades, hacedlos y dadlos a él». La narración corresponde a Cortés, que de este modo habría propiciado la transferencia de

soberanía, al tiempo que se convertía en único representante del monarca español en las tierras ahora incorporadas a sus dominios. El de Medellín añadió un detalle también recogido por Bernal. Moctezuma dijo esas palabras «llorando con las mayores lágrimas y suspiros que un hombre podía manifestar y asimismo todos aquellos señores que le estaban oyendo lloraban tanto, que en gran rato no le pudieron responder».

La escena descrita tuvo importantes consecuencias, pues convertía en recaudadores de los tributos, ya pertenecientes al rey Carlos, a los españoles instalados en Tenochtitlan. En adelante, muchos de los pueblos que llegaron cargados de oro a la capital, no hicieron sino cambiar de señor, en algunos casos con condiciones más favorables, al ver limitadas sus entregas al metal dorado. Al contrario que sus predecesores, el nuevo y lejano señor no exigía una dosis de sangre humana para sus dioses. A partir de aquel momento, a Tenochtitlan llegaron tejuelos y figuras de oro y plata, que fueron desposeídos de sus formas. Con la ayuda de los indios plateros de Azcapotzalco, ciudad poblada por orfebres, famosa por su mercado de esclavos, la mayor parte de las joyas se fundieron para hacer barras, que fueron marcadas con las armas del emperador bajo la supervisión del tesorero Gonzalo Mejía y el contador Alonso de Ávila. Del montante, se extrajo el quinto real, más de 32.400 pesos de oro según el capitán y otro tanto para Cortés, en cumplimiento de lo acordado en los arenales. Ante la posibilidad de que el montón de oro mermara, los soldados urgieron a su reparto. El resto se repartió entre la tropa, no sin controversia, pues Cortés exigió también el pago de la armada hundida. A ello ha de sumarse el oro que se apartó para los procuradores, para los estantes en la Villa Rica y el necesario para indemnizar a los que habían perdido sus caballos. Las tensiones desatadas por el reparto del tesoro se hicieron visibles cuando Juan Velázquez de León y Gonzalo Mejía echaron mano a las espadas y se enzarzaron en una riña por cierta cantidad de oro que, según el tesorero, se había distraído del total. La riña, en la que ambos resultaron heridos, acabó con los hombres recluidos durante dos días en una alcoba contigua a la de Moctezuma. Cuando escuchó las quejas y el ruido que hacían las cadenas que Velázquez de León arrastraba por el piso, el emperador preguntó a Orteguilla por el motivo de su reclusión. Seguidamente, Moctezuma pidió a Cortés que liberara a aquellos hombres, circunstancia que este

aprovechó para desterrarlos durante unos días. Velázquez de León fue enviado a Cholula, mientras que Mejía permaneció algún tiempo más cautivo. El malestar entre estos dos hombres no fue el único. No fueron pocos los decepcionados por los magros resultados económicos obtenidos tras poner en peligro sus vidas. Con aquellas cantidades de metal, algunos encargaron cadenas a los orfebres, mientras otros, gracias a unos naipes pintados sobre cueros de tambores, se lo jugaron.

Con el control político en manos de los españoles, era preciso ocuparse del factor religioso. La idolatría indígena seguía siendo insoportable para los cristianos, especialmente para Hernán Cortés, que vio en el arresto de Moctezuma, cabeza religiosa del Imperio mexicana, la ocasión propicia para llevar a cabo sus planes. No hay descripción más plástica de lo ocurrido en la cúspide de la pirámide de Huitzilopochtli que la que hizo Andrés de Tapia, testigo presencial de los hechos. Según su *Relación*, Cortés le pidió que subiera a la cima de la pirámide acompañado por varios sacerdotes. Un poco después, don Hernando también ascendió, escoltado por su guardia, y entró en el adoratorio de Tláloc, cuya figura estaba manchada de sangre de un sacrificio reciente. En presencia de los sacerdotes, insistió en instalar los símbolos y figuras cristianas y limpiar la estancia. Los religiosos le advirtieron de que no lo hiciera, pues podría provocar el levantamiento de las comunidades, ya que aquellos ídolos les garantizaban la lluvia y la fertilidad de la tierra. La destrucción de las representaciones divinas acarrearía una gran hambruna, aseguraron. Cortés, viendo la esterilidad de sus prédicas, «dijo a un español que fuese a que tuviesen grand recabdo a Muteczuma, e envió a que viniesen treinta o cuarenta hombres allí con él, e respondió e aquellos sacerdotes: “Mucho me holgaré yo de pelear por mi Dios contra vuestros dioses, que son nonada”, y antes que los españoles por quien habie enviado viniesen, enojose de las palabras que oie, e tomó con una barra de hierro que estaba allí, e comenzó a dar en los ídolos de pedrería; e yo prometo mi fe de gentilhombre, e juro por Dios que es verdad que me parece agora que el marqués saltaba sobrenatural, e se abalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo más alto de los ojos del ídolo, e así le quitó las máscaras de oro con la barra, diciendo: “A algo nos hemos de poner por Dios”». Tras este estallido de ira, que el resto de cronistas no relataron con tal violencia, se

levantó un altar en el que se celebraron misas diarias. De nuevo llama la atención el hecho de que Cortés se cuidara de mantener vigilado al Moctezuma que le había entregado su poder entre sollozos.

Si Tapia narró así lo que pasó en el adoratorio de Tláloc, Cortés no incluyó tan visceral reacción. Según su relato, intentó persuadir a los sacerdotes y a Moctezuma, presente en el templo, de que abandonaran la idolatría, el culto a unas imágenes hechas «de cosas no limpias», pues los cuerpos de aquellas figuras de bulto, es decir, con rostro, estaba hecho de una pasta compuesta por semillas y sangre de corazones humanos. Una vez vencidas las resistencias de los sacerdotes, se quitaron los ídolos y se limpiaron aquellas capillas, en las que se instalaron imágenes cristianas custodiadas por un soldado veterano. Cortés pidió de nuevo que cesaran los sacrificios, apoyándose en dos argumentos, uno teológico y otro político: «Demás de ser muy aborrecible a Dios, Vuestra Sacra Majestad por sus leyes lo prohíbe, y manda que el que matare lo maten».⁶⁰ A partir de entonces, según su carta, terminaron los sacrificios, al menos en Tenochtitlan. Las celebraciones cristianas en un lugar tan visible y simbólico provocaron que la casta sacerdotal, junto a los hombres de guerra, comenzaran a conspirar contra los forasteros.

Según contó Bernal,⁶¹ Moctezuma, que no había dejado de despachar con los nobles, hizo saber a Cortés y al capitán de su guardia, Cristóbal de Olid, que los dioses, agraviados, habían dado orden de matarlos. Como medida de gracia, estaba dispuesto a dejarles salir de la ciudad. Para espolear la partida, ofreció más oro, tanto para Cortés como para sus soldados. Moctezuma conocía el descontento de muchos de los miembros del ejército con los resultados del reparto del tesoro. En un principio, Cortés se mostró favorable a esta propuesta. Sin embargo, para abandonar aquellas tierras era necesario construir tres barcos, tarea para la cual se precisaba la colaboración de carpinteros mexicas. A esta solicitud añadió una condición: no saldría de la ciudad sin Moctezuma, pues su propósito era llevarlo a la Corte española. En este tenso ambiente, lleno de violencia contenida, los mexicas, dirigidos por Martín López, comenzaron a cortar la madera. Cortés, esperanzado de que pudiera llegar algún barco desde Cuba, quizá alertado por los procuradores, pidió a López que no se diera mucha prisa haciendo aquellos trabajos. En el

palacio, los soldados volvieron a dormir armados, con los caballos ensillados y enfrenados. Décadas después, siendo encomendero en Guatemala, Bernal todavía se desvelaba y necesitaba pasear un rato bajo las estrellas para conciliar el sueño.

Si esto es lo que ocurría en el continente, en Cuba, Diego Velázquez preparaba su contragolpe. Corriendo esta vez con todos los gastos, comenzó a organizar una armada, para la que se atrajo a la mayoría de los hombres que quedaban en la isla. En esta ocasión, el designado como capitán fue el corpulento Pánfilo de Narváez. Pese a que sus planes contaban con el respaldo del obispo Fonseca, el juez Rodrigo de Figueroa, desde la Real Audiencia de Santo Domingo, exigió que el licenciado Alonso de Zuazo se incorporara a la flota. Conviene advertir que a Zuazo se le había encomendado la tarea de llevar al cabo el juicio de residencia de Velázquez, pues como las de otros muchos, las acciones del de Cuéllar debían ser investigadas y fiscalizadas. La inclusión de este hombre de justicia, amigo de Cortés, trataba de evitar el choque entre compatriotas. Para reforzar su tarea, a Zuazo le acompañó el licenciado toledano, probablemente de origen converso, Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de la Audiencia de Santo Domingo, con jurisdicción sobre todas las Indias descubiertas y por descubrir, que viajó a Cuba para frenar la acción velazqueña. Vázquez de Ayllón pretendía que Velázquez enviara algunos barcos con alimentos y gentes que se encargarían de negociar el regreso de Cortés. Fracasado este intento, con todo dispuesto, el 5 de marzo de 1520 diecinueve navíos soltaron amarras. En la armada, que dejó atrás una isla en la que una epidemia de viruela comenzaba a hacer estragos, viajaban, según las fuentes, entre mil cuatrocientos y novecientos soldados, de los cuales ochenta eran escopeteros y ciento veinte ballesteros. También iban a bordo ochenta jinetes y diez o doce tiros de pólvora, a cargo del artillero Rodrigo Martín, cifras que varían según cada cronista. Ha de tenerse en cuenta que parte de este contingente fue movilizadado contra su voluntad, factor que jugó un importante papel en el desarrollo de los hechos ulteriores.

A principios de abril, la flota había alcanzado el río Grijalva, siguiendo la misma ruta que Cortés y sus predecesores. Hecha esta escala, Narváez emprendió el camino hacia San Juan de Ulúa en medio de una tormenta en la que se perdió el navío capitaneado por Cristóbal de Morante. Varias decenas

de hombres, entre ellos el propio hidalgo de Medina del Campo, murieron ahogados. Otros barcos también sufrieron daños antes de su llegada al puerto a mediados de mes. Ayllón, que iba en su propia nave, se adelantó y pudo entrevistarse con un joven carpintero, Francisco Serrantes, que había venido con Diego Pizarro y que le informó de que Moctezuma obedecía en todo a Cortés. Poco después de la llegada de Ayllón, el resto de barcos quedaron amarrados en el puerto de San Juan de Ulúa. Antes de pisar tierra, Narváez recibió la visita de Francisco Cervantes, Fernando de Escalona y Alonso García, *el Carretero*. El trío le informó de la situación tierra adentro y de la estancia en Veracruz de Gonzalo de Sandoval al mando de una guarnición de soldados. La información facilitada por los recién llegados les sirvió para ganarse el favor del enviado del gobernador de Cuba, que, una vez en tierra, dio una serie de pasos muy similares a los de Cortés. El primero de ellos fue fundar una villa situada a casi cien kilómetros del asentamiento en que se hallaba Sandoval. El nombre escogido fue el de San Salvador. Baltasar Bermúdez fue nombrado alcalde mayor, labor en la que le acompañó Francisco Verdugo, que ya había sido alcalde de La Trinidad en Cuba. El burgalés Gerónimo Martínez de Salvatierra, veedor de la expedición, el veterano capitán Juan de Gamarra y los sobrinos de Velázquez, su tocayo Diego Velázquez, *el Mozo*, y su hermano Pedro, recibieron el cargo de regidores. Como en casos anteriores, los españoles trabaron contacto con los totonacas, pero también con un representante de Moctezuma, en este caso con Huaxtécatl. Narváez, ante el descontento del licenciado Ayllón, trató de presentarse como la contrafigura de Cortés. A partir de entonces, el desencuentro entre ambos fue en aumento, hasta el punto de que el oficial fue aprisionado y enviado a uno de los barcos para ser conducido a Cuba. La misma suerte corrieron sus hombres más cercanos y todo aquel que se mostrara partidario de Cortés. La medida, que daba a Narváez plena libertad sobre el terreno, obró a la larga en contra de la estrategia velazquista y, por ende, fonsequista, en Castilla. Lucas Vázquez de Ayllón, hombre poderoso, fue capaz de desviar la nave rumbo a Santo Domingo, desde donde mandó cartas a Castilla en las que informó de los excesos de Velázquez y Narváez.

En Tenochtitlan, la llegada de aquella flota se conoció pronto, pues Moctezuma conservaba sus redes de información, que le hicieron llegar

dibujos de los barcos. Cortés, en su relación al rey Carlos, dijo que las primeras noticias las recibió de los vasallos de Moctezuma, que le hablaron de la aparición de dieciocho barcos. Poco después, un español le entregó una carta en la que se contaba la llegada de un navío que Cortés creyó que era el enviado a España con los procuradores. Para investigar todo aquello, despachó a varios de sus hombres al mando del veterano artillero Francisco de Orozco. Sus nombres fueron Diego García, Francisco Bernal, Sebastián Porras y Juan Limpias Carvajal,⁶² que partieron por caminos diferentes. Era preciso reagrupar las fuerzas, por lo que el capitán ordenó a Velázquez de León, que se hallaba en Coatzacoalcos, y al veterano Rodrigo de Rangel, que andaba por Chinantla, que estuvieran preparados por si eran requeridos para ir a Veracruz.

Mientras el bando cortesiano tomaba estas medidas, Moctezuma comenzó a maniobrar secretamente. La primera acción consistió en enviar a unos emisarios con la orden de que los pueblos cercanos al puerto dieran comida, oro y ropas a los recién llegados. El ofrecimiento de Moctezuma inflamó los ánimos de Narváez, que se presentó, gracias a las labores de traducción de los tres soldados traidores a Cortés, como un enviado del rey Carlos. Según dijo, estaba allí para poner a Cortés y a sus compañeros, descritos como una partida de forajidos, en manos de la justicia. La captura de los españoles conllevaría la liberación del emperador mexica. De este modo comenzó a cristalizar una alianza que podría ser fatal para los estantes en la ciudad lacustre. Confiado en los vínculos establecidos con Narváez, pero también temeroso de una violenta reacción por parte de Cortés si estos eran desvelados, Moctezuma le mostró los lienzos con los barcos. El taimado Moctezuma, que fingía ignorar el motivo de la inquietud de los españoles, ofreció ayuda a sus captores. El mexicano pretendía saber si en realidad, tal y como afirmaba Narváez, Cortés se había rebelado contra su señor, argumento al que dio la vuelta el de Medellín, estableciendo paralelismos entre las posesiones del rey Carlos y los territorios que había señoreado el propio Moctezuma. Carlos dominaba muchos reinos, por ejemplo el de Castilla, y señoríos, entre ellos el de Vizcaya, del que era originario Narváez. Aunque había nacido en Valladolid, Narváez fue comparado por el extremeño con los otomíes, pues allí, además del castellano, se hablaba vascuence. Entre tanta

diversidad de tierras y gentes, era lógico que se produjeran tensiones, si bien la voluntad del monarca español estaba del lado de los de Tenochtitlan, lugar al que prometió traer preso a Narváez. La explicación de Cortés muestra hasta qué punto era conocedor de las complejas estructuras en las que se asentaba el poder de Moctezuma. Este escuchó todas esas razones y quizá experimentó el mismo regocijo que manifestó Cortés cuando, apelando a las Sagradas Escrituras, escribió aquella sentencia según la cual todo reino dividido sería destruido. Una vez terminada la entrevista, Cortés ofreció una particular versión de la misma a sus compañeros. En ella omitió los datos más preocupantes. Consciente de que si desvelaba que el capitán de aquella armada era un enviado de Velázquez, el grupo volvería a dividirse, se limitó a dar los mínimos detalles y compensó aquellos vacíos informativos con cierta cantidad de oro. Los soldados, creyendo estar a la espera del amparo de sus compatriotas, estaban tan gozosos que llegaron a hacer cabalgar sus caballos y a disparar algunos tiros. Sobre este trasfondo festivo, es fácil adivinar a Cortés con un semblante taciturno. Ante la gravedad de la situación, envió a fray Bartolomé de Olmedo a la costa, con una carta suya y otra de los regidores de Veracruz que se hallaban en Tenochtitlan. En ellas se hacía una prolija descripción de las tierras y ciudades ganadas y pacificadas para la Corona, también de las riquezas obtenidas, pero, sobre todo, se preguntaba a los recién llegados quiénes eran y qué intenciones traían. Cortés trataba de averiguar si aquellos hombres venían con un real mandato para poblar o para estar de paso antes de tomar otro rumbo. La misiva también ofrecía la ayuda que fuese necesaria, incluso en el caso de que se tratase de una expedición no perteneciente a los reinos de Su Alteza. De ser así, les pedía que no desembarcaran o tendría que expulsarlos. En paralelo al viaje del padre Olmedo, Andrés de Tapia se dirigió a Veracruz para dar instrucciones a Sandoval. La villa, de la que fueron evacuados los enfermos y ancianos, constituía el principal objetivo de Narváez, que envió a ella al fraile Ruiz de Guevara, acompañado por Antonio de Amaya, familiar de Velázquez, y el escribano Alfonso de Vergara. Narváez no había descuidado ningún flanco, pues también escribió a Juan Velázquez de León para tratar de atraerlo a su causa, recordándole su parentesco con el adelantado. Leída la carta, Velázquez de León fortaleció aún más su lealtad con sus compañeros. En su *Segunda*

Carta de Relación, gracias a su ejemplo —«el cual dicho capitán, como más obligado al servicio de Vuestra Majestad»—, Cortés ilustró hasta qué punto el colectivo que encabezaba era más leal al soberano que a sus propios lazos familiares.

Apercibido de la llegada de los de Narváez, Gonzalo de Sandoval, discípulo aventajado de Cortés, convocó a sus soldados. Probablemente muchos de ellos, mientras escuchaban al hidalgo de Medellín, recordaron que quien ahora les pedía lealtad era el mismo que les había liberado del autoritario Alonso de Grado. Con sus filas cohesionadas, mandó erguir una horca en un cerro. Uno día después, el trío enviado por Narváez llegó a la villa. Al entrar, hallaron desiertas sus calles. Sandoval se había encerrado en su casa. Su actitud fue seguida por sus soldados. Viéndose solos en aquella población a medio construir, los emisarios se dirigieron a la iglesia. Después del rezo se presentaron en la casa más grande, considerando que debía de tratarse de la del hombre de mayor rango. Los visitantes venían con una buena carga de documentos. Cortés afirmó que portaban más de cien cartas dirigidas a los vecinos de Veracruz, en las que el enviado de Velázquez prometía muchas mercedes si se pasaban a su bando. Hechos los saludos de rigor, Ruiz de Guevara acusó a los españoles de traidores. Sandoval contestó diciendo que ellos eran los mejores servidores de Su Majestad y emplazó al clérigo, que salvó su pellejo por ser de tal condición, a dirigirse a México y entrevistarse con Cortés. En ese momento, el fraile pidió al escribano que leyera los documentos más importantes que traían. Se trataba, según dijo, de un traslado de las provisiones reales, en las cuales se hacía constar que el gobernador de todo lo que fuese descubierto sería Diego Velázquez. La guerra de papel daba así un nuevo giro cuya primera consecuencia afectaba a Sandoval y compañía, a quienes se les daría un buen trato o un gran castigo, dependiendo de si se atenían o no al contenido de los documentos.

Antes de que Vergara comenzara a leer, Sandoval le solicitó que acreditara tanto su condición de escribano del rey como la autenticidad de los papeles que acababa de sacar de su seno. Puesto que este no pudo demostrar ninguna de las dos cosas, Sandoval mandó prender a los visitantes que, envueltos en redes, fueron conducidos a Tenochtitlan a lomos de indios. El encargado de conducir a los arrestados fue el burgalés Pedro de Solís, cuya

habitual indiscreción le procuró el mote de *tras la puerta*. Un mensajero, con una carta de Sandoval, se adelantó a los cautivos, que fueron liberados al llegar a la ciudad, después de entrar en ella a caballo, en atención a su calidad. Una vez dentro, Cortés los recibió y los devolvió al real de Narváez bien untados de oro y joyas. Impresionados por lo que vieron en la capital mexicana, ganados para la causa cortesiana, fueron los primeros en abrir fisuras en la hueste de Narváez, pues, además del testimonio de las grandezas de la capital mexicana, llevaron consigo oro con el que se comenzó la compra de voluntades. En Tenochtitlan existía un doble temor. Por un lado, y dada la superioridad numérica de los enviados por Velázquez, se trataba de evitar un enfrentamiento directo; por otro, existía la posibilidad de un levantamiento indígena provocado por las luchas entre cristianos. Mientras tanto, en el real de Narváez, los mensajes conciliadores llegados desde la metrópoli provocaron ciertas burlas y bravuconadas. Entre ellas destacaron las del veedor de la expedición, el vasco Salvatierra, que prometió comer asada una de las orejas del traidor Cortés. Las exhortaciones de Cortés para buscar un entendimiento entre compatriotas albergaban también duros reproches. Por un lado, se maravillaba de que Narváez no hubiera enviado un mensajero para anunciar su llegada. Al cabo, recordó con cinismo, se trataba de un viejo amigo. Por otra parte, sabía que Narváez, en relación con las cartas que trajo, había tratado de sobornar a algunos de sus hombres, servidores todos del rey, para que se levantasen contra él, «como si fuéramos los unos infieles y los otros cristianos o los unos vasallos de vuestra alteza y los otros sus deservidores».⁶³ Una última petición, de carácter legal, se incluyó en la carta llevada por Ruiz de Guevara. Así se la trasladó Cortés a su soberano en la *Segunda Carta de Relación*:

Porque siendo esta tierra de Vuestra Majestad y estando poblada de sus vasallos y habiendo en ella justicia y cabildo, que no se debía intitular de los dichos oficios, ni usar de ellos sin ser primero a ellos recibido; puesto que para ejercerlos trajese provisiones de Vuestra Majestad, las cuales si traía, le pedía por merced y le requería las presentase ante mí y ante el cabildo de la Vera Cruz y que de él y de mí serían obedecidas como cartas y provisiones de nuestro rey y señor natural y cumplidas en cuanto al real servicio de Vuestra Majestad conviniese.⁶⁴

Ni las llamadas al acuerdo ni las severas advertencias fueron atendidas. Narváez estaba eufórico, confiado en una segura victoria gracias a la potencia de su ejército y al respaldo de Moctezuma. En este ambiente, Ruiz de Guevara transmitió con todo lujo de detalles lo visto durante su viaje y estancia en Tenochtitlan. Dada la grandeza de aquellas tierras, propuso a Narváez que escogiera alguna región en la que asentarse, sin entrar en pugna con Cortés. La idea fue rechazada de plano por aquel. Pese a todo, la descripción de la ciudad y el influjo del oro repartido, que empezó a correr en las partidas de cartas donde se apostaba, hicieron que muchos comenzaran a pensar seriamente en cambiar de bando. En esa tesitura, a Tenochtitlan llegaron noticias confusas que informaron de que Cempoala había establecido una liga con Narváez, lo cual suponía la ruptura de una de las primeras alianzas establecidas por los cristianos. Era preciso intervenir, por lo que Cortés se preparó para salir de la ciudad, que abandonó el 10 de mayo de 1520.

GUERRA ENTRE ESPAÑOLES

En la *Segunda Carta de Relación*, Cortés confesó su temor a que Tenochtitlan se rebelara si él abandonaba la ciudad. En el palacio, que aparece en la carta como «fortaleza», mantenía «preso» a Moctezuma y guardaba un gran tesoro cuya quinta parte debía viajar a España. Y lo que era más importante, tal y como escribió, si se perdía la ciudad, «era perdida toda la tierra». Sin embargo, el cariz que había tomado la situación que se vivía en la costa le obligó a salir. Cuando Cortés dejó el palacio, confiaba en alcanzar algún tipo de acuerdo con Pánfilo de Narváez. Conocedor de su ascendente sobre los naturales, creía poder apaciguar la zona con facilidad. En el palacio, bien abastecido de maíz y agua, quedó una guarnición con varios tiros de pólvora. El capitán salió de la ciudad acompañado por setenta soldados y algunos nobles mexicas. Antes de irse, habló con Moctezuma, al que le recordó que era vasallo de Su Majestad. Después, le contó que iba al encuentro de unas gentes que acaso no fueran vasallos del rey Carlos. Bernal añadió que el señor de los mexicas, inquieto ante el previsible enfrentamiento entre cristianos, prometió a Cortés una fuerza de cinco mil guerreros, contingente que nunca llegó a aportar. Cervantes de Salazar ofreció otra versión de la conversación entre los dos hombres. En ella, Cortés presentó la llegada de los barcos como la oportunidad para abandonar aquellas tierras. Sabedor de que el *huey tlatoani* conocía las amenazas de Narváez, Cortés las justificó como una ficción encaminada a conocer las verdaderas intenciones de los mexicas. Si estos eran hostiles, la gran fuerza que había llegado desde Cuba caería sobre ellos. La respuesta de Moctezuma también contenía una

amenaza: si los españoles no abandonaban pronto aquel reino, los suyos le darían guerra. En tan delicada situación, Pedro de Alvarado, a cargo de algo más de un centenar de hombres, quedó en la ciudad con el encargo de mantener el orden y cuidar del altar cristiano. Para evitar desmanes, era imprescindible mantener contento y en su poder a Moctezuma, que quedó rodeado de aquellos españoles con los que se divertía, que a su vez debían tratar de averiguar los planes que manejaba el emperador.

La salida del ejército de Cortés, que se hizo con el orden habitual, fue muy diferente a la entrada efectuada seis meses atrás. Como en aquella ocasión, la multitud también salió a las calles para contemplar el desfile, si bien la fascinación había desaparecido de sus rostros. Después de recorrer la calzada de Iztapalapa, el capitán mandó recado a Velázquez de León y a Rodrigo de Rangel para que se dirigieran a Cholula, donde las tres columnas se reunieron. Cada uno de ellos llevaba alrededor de ciento treinta soldados. Es muy probable que los espías de Moctezuma siguieran estos movimientos. Ya en la ciudad sagrada, pidió refuerzos a los tlaxcaltecas, si bien estos se limitaron a ofrecerle alimentos. La llegada de otros españoles, hostiles a sus aliados, debió de desconcertar en un principio a los de Tlaxcala. Cortés mantuvo la calma y escribió a Sandoval para que estuviera presto para reunirse con un ejército que fue engrosando con los soldados que había dispersado previamente. Mientras tanto, Narváez había calcado los pasos dados en su día por su antagonista después de su primer contacto con los totonacas. El hidalgo segoviano se asentó en Cempoala, donde, con la anuencia del veedor Salvatierra, arrebató al Cacique Gordo todo el oro y mantas que allí habían dejado los españoles. Su siguiente destino debía ser Tlaxcala. De todo ello informó a Cortés el mercedario Olmedo, que le contó todo lo acaecido en la costa y, lo que era aún más alarmante, que Narváez estaba en tratos con Moctezuma para acabar con ellos. El enviado de Velázquez, en un intento de impresionar al religioso, había hecho alarde de sus tropas y le había mostrado su artillería. Era evidente que contaba con una fuerza muy superior a la de Cortés, que, no obstante, decidió seguir adelante.

Quince leguas antes de Cempoala, llegó hasta el ejército cortesiano una delegación de Narváez encabezada por Alonso de Mata. El enviado, que se decía escribano, debía entregar a Cortés la copia de las provisiones que ya se

le habían presentado a Sandoval. Después de recibir los solemnes saludos de Mata y los cuatro testigos que le acompañaban, Cortés se apeó del caballo. Antes de que el emisario de Narváez comenzara a leer los documentos, el de Medellín le pidió que exhibiera su título de escribano real. De no hacerlo, se negaba a escuchar el contenido de los papeles que Mata tenía en sus manos. Tanto él como sus hombres estaban, según escribió en su *Segunda Carta de Relación*, dispuestos a morir «en defensa de la tierra, pues la habíamos ganado y tenido por Vuestra Majestad pacífica y segura y por no ser traidores y desleales a nuestro rey».⁶⁵ Incapaz de acreditar su condición de escribano real, quedó arrestado, para ser luego liberado, no sin recibir antes cierta cantidad de oro para ganar su voluntad. Ya en el real de Narváez, Mata relató cómo, en el campamento enemigo, muchos compatriotas llevaban joyas y collares dorados sobre sus ropas.

Después de la reagrupación en Cholula, la tropa se movió hasta Tampanequita y siguió hacia Orizaba. Entre los dos ejércitos hubo un intenso intercambio de mensajes. Cortés insistió en pedir a Narváez que desistiera de su intento, pues su propósito, carente del respaldo documental, suponía una rebelión contra el rey, una usurpación de sus tierras. En el mismo delito caerían sus acompañantes si seguían sus órdenes. Confiado en las gestiones que los procuradores pudieran estar haciendo en España, Cortés insistía en su apelación a la legalidad surgida en las playas meses atrás. En ese contexto, Francisco Álvarez Chico y el escribano Pedro Hernández, encargados de llevar las cartas, quedaron prisioneros de Narváez y fueron testigos de un nuevo alarde. Las intrigas entre los dos bandos no terminaron ahí. Desde las filas de Sandoval, un par de españoles «hechos indios», es decir, disfrazados, entraron en el campamento de Narváez para vender ciruelas. Al anochecer lograron robar un par de caballos, uno de ellos propiedad del mismísimo Salvatierra. Desde el lado de Narváez, Andrés de Duero, viejo amigo de Cortés, visitó su posición acompañado por el clérigo Juan de León. Una vez allí, le propuso la celebración de una entrevista entre los dos caudillos, que deberían comparecer asistidos por diez hombres. Temiendo que se tratase de una celada para acabar con su vida, alertado por las informaciones de fray Olmedo, el de Medellín rehusó la invitación.

En vista de la esterilidad de todo intento de alcanzar a un desenlace pacífico, Cortés, reforzado por la incorporación de los hombres de Gonzalo de Sandoval, envió por última vez a Olmedo al lado de Narváez. El clérigo debía entregarle una carta en la que se le daba la posibilidad de escoger una provincia donde asentarse. Si persistía en su propósito, sería atacado. En aquellas letras, insistía en que debía mostrar los originales de las provisiones reales, en el caso de que estas existieran, y lanzaba una gravísima acusación: su conducta para con el oidor Vázquez de Ayllón constituía un crimen de lesa majestad. En compañía de Olmedo viajó un soldado llamado Bartolomé de Usagre, hermano de uno de los artilleros de Narváez. Olmedo y Usagre portaban otras misivas y oro, con el que continuaron erosionando la unidad de las filas enemigas. Además de con Usagre, y con idéntica intención, entraron en contacto con el artillero Rodrigo Martín. También fue sondeado Duero, al que se le pidió que cambiara de bando. Aquellas maniobras no pasaron inadvertidas para Narváez, que trató de prender al religioso. Una vez más, su dignidad y la oportuna intervención de Duero le salvaron de caer preso. El fraile, para asegurarse su libertad, se entrevistó con Narváez, fingiendo serle leal. Durante la charla, le dijo que traía una carta firmada por los soldados, llena de necesidades.⁶⁶ Cortés, aseguró, había comenzado a desvariar. Cuando Narváez pidió ver el papel, Olmedo, que lo llevaba consigo, le dijo que lo había dejado en su posada. Salvatierra, Duero y otros, convocados en casa de Narváez, escucharon el contenido de la misiva. El relato fue interrumpido por constantes burlas. Agustín Bermúdez, también presente, puso orden y sugirió que Salvatierra y Duero fueran al real de Cortés para tratar de evitar el enfrentamiento. Entonces, el fanfarrón Salvatierra dijo sentirse indispuerto. También, que no iría a ver a un traidor. Sus palabras dejaron el camino libre a Andrés de Duero, que pudo pasar al lado de Cortés.

Aunque, de momento, la pugna era dialéctica, Cortés no se había descuidado. En cuanto supo de la llegada de Narváez a la costa, había enviado al soldado Tobilla a las tierras de los chinantecas, en las que estaba instalado Barrientos, acompañado por un español llamado Nicolás Heredia. La riqueza de Chinantla era el cacao, que se usaba como moneda. Allí, el veterano de las campañas del Gran Capitán, modificó las largas lanzas —*tepoztopilli*— de los indios, para convertirlas en una suerte de picas rematadas en dos puntas de

cobre. Después, acompañado por dos centenares de indios, se desplazó al campamento español, donde enseñó a los soldados el uso de las trescientas armas, preparadas para repeler a la caballería de Narváez. Con todo dispuesto, se hizo alarde. Según Bernal, participaron en él doscientos sesenta y seis soldados, incluidos el tambor Canillas y el pífano Benito de Vejer, cinco de a caballo y dos artilleros, a los que se sumaban varios escopeteros y ballesteros.

Cuando Andrés de Duero se reencontró con Cortés, le informó de que Amador de Lares había fallecido. Después le recordó los tratos que habían tenido en Cuba. En definitiva, Duero reclamaba una parte de la riqueza alcanzada. Cortés le prometió gobernar a medias la Nueva España y dividir el tesoro entre ambos. Para ello era preciso derrotar antes a Narváez, propósito para el cual era imprescindible atraerse a Bermúdez. Duero, después de comprometerse a conseguirlo, regresó a su campamento seguido por dos indios cubanos cargados de oro. Era el día de Pascua del Espíritu Santo. En su despedida, Cortés le advirtió de que, si en tres días no derrocaban a Narváez, él sería el primero al que apuntaría con su lanza. No contento con todo aquello, Cortés quiso emplear uno de sus habituales recursos teatrales. Acompañado por Juan del Río, mozo de espuelas del metelinense, Juan Velázquez de León debía visitar el real de Narváez luciendo dos cadenas de oro. La primera, llamada *la fanfarrona*, iría sobre uno de sus hombros, mientras que la otra le daría dos vueltas al pecho. En un primer momento, los castellanos creyeron que el enjoyado Velázquez de León venía para pasarse a sus filas. Enterado de su llegada, Narváez le abrazó y le hizo sentar a su lado. Fue entonces cuando conoció su verdadero propósito. Estaba allí para intentar que Cortés y Narváez sellaran las paces. Airado, Narváez llamó traidor a Cortés. Inmediatamente, Velázquez de León salió en defensa de su capitán, provocando la reacción de los capitanes Juan de Gamarra, Juan Yuste, Juan Bono de Quejo y Salvatierra, que pidieron su detención. La mediación de Duero, Bermúdez y Olmedo, que se movía con gran libertad por los dos campamentos, lo impidió. Un banquete, tras el cual se hizo alarde y se disparó la artillería, sirvió para apaciguar los ánimos.

Al día siguiente, la comida incluyó un nuevo invitado. Se trataba de Diego Velázquez, tocayo y sobrino del adelantado. Este volvió a llamar traidor

a Cortés. Al escuchar aquello, Velázquez de León se levantó de la silla y exigió a Narváez que no consintiera tales palabras. Diego Velázquez, sin embargo, se reafirmó y Velázquez de León echó mano a su espada, para retarle a duelo. La riña se saldó con la salida de Cempoala de los fieles a Cortés. Montado en su yegua *Rabona*, Juan Velázquez de León se despidió de Narváez y del lenguaraz Diego de Velázquez, al que emplazó a medirse en el campo de batalla.

Velázquez de León, Olmedo y Juan del Río hallaron a sus compañeros acampados cerca de un río. El trío, recibido con júbilo, informó de todo lo que habían visto en Cempoala. Después, Cortés pronunció un nuevo discurso ante sus hombres, que lo escucharon en medio de un gran silencio. En su alocución, el hidalgo de Medellín hizo un repaso de todas las penurias y acciones heroicas que les habían llevado hasta allí. También recordó que todo lo realizado se había hecho en servicio del rey de España. Ahora, Pánfilo de Narváez, sin haber mostrado provisión alguna, se lanzaba contra ellos y les llamaba traidores. La victoria, así lo narró Andrés de Tapia, les convertiría en nobles, mientras que, de salir derrotados, serían criados de Narváez. Siempre apegado a la formalidad jurídica, terminada la arenga, Cortés mandó a Sandoval, alguacil mayor de la villa de Veracruz, prender a Narváez y a los alcaldes y regidores que había designado.⁶⁷

La hueste quedó dividida en cinco capitanías. Cada una de ellas estaba compuesta por unos sesenta soldados con una misión concreta. Una de ellas, dirigida por Diego Pizarro, debía desactivar la artillería que protegía los aposentos de Narváez, situados en lo alto de un templo. El encargado de capturar a Pánfilo de Narváez sería el grupo capitaneado por Sandoval, al que se le dieron instrucciones por escrito. Entre sus hombres se repartió la mayoría de las picas chinantecas. Para estimular a los soldados, la detención de Narváez fue tasada en tres mil pesos, que recibiría el primero que pusiera su mano sobre él, recompensa que bajaba gradualmente para los siguientes captores. Velázquez de León debía hacer lo propio con el joven y altanero tocayo del Gobernador de Cuba. Así podría vengar las ofensas recibidas durante su visita a Cempoala. A Ordás le correspondería hacerse con Salvatierra. Todas las operaciones estaban coordinadas por Cortés, que, consciente de que peleaba contra un número de soldados cuatro veces

superior, confiaba en el factor sorpresa. Repartidas las tareas, el de Medellín, que se cuidó de hacer saber que tenía gentes leales en las filas enemigas, inflamó el ánimo de sus hombres con una sentencia: «¡Más vale morir por buenos que vivir afrentados!».

Narváez también comenzó a desplegar su fuerza. En las afueras de Cempoala, emplazó la artillería, apoyada por la caballería, los escopeteros y los ballesteros. Allí, bajo una continua lluvia, sus hombres aguardaron la llegada de los enemigos. Calados y cansados de esperar, los capitanes dieron orden de regresar a la ciudad, dejando a cuarenta hombres de a caballo y a unos cuantos espías sobre el terreno. Entre ellos estaban Gonzalo Carrasco y el criado de Narváez, Alonso Hurtado. Al anochecer, la ropa clara del primero, le delató. Al verle, los centinelas de Cortés cayeron sobre él. Sus recias voces pusieron en fuga a Hurtado, que pudo regresar a Cempoala. El interrogatorio a Carrasco sirvió para confirmar que Narváez se hallaba plenamente confiado en la superioridad numérica de sus fuerzas. Si la cabeza de Narváez tenía un precio, las de Cortés y Sandoval se habían valorado en dos mil pesos. A pesar de la suficiencia con la que se movían los de Narváez, se dispusieron centinelas. La voz elegida para dar la alerta fue «¡Santa María, Santa María!».

Ya en la oscuridad de la noche del 28 al 29 de mayo de 1520, las tropas de Cortés, después de oír misa y hacer confesión general ante el padre Olmedo, avanzaron con el pífano y el tambor mudos. Si los de Narváez invocaban a la Virgen, sus oponentes acordaron usar otra contraseña, «¡Espíritu Santo, Espíritu Santo!», probablemente por coincidir con el día de Pascua del Espíritu Santo. Alertado por Hurtado, Narváez, que creía que el ataque se produciría al amanecer, comenzó a vestirse en su habitáculo iluminado por una lumbre. Para entonces, Pizarro y sus hombres, entre ellos Bernal Díaz del Castillo, se habían hecho con la artillería que defendía su residencia. Los cañones cayeron en manos de los artilleros Mesa, Usagre, Arvega y Juan Siciliano, que orientaron las piezas hacia el lugar en que se hallaba Salvatierra. Cervantes de Salazar contó que algunos de esos cañones no pudieron ser empleados contra los asaltantes por hallarse inutilizados. Con los artilleros sobornados, tan solo dos soldados de Cortés murieron bajo el fuego.

Sin dar tiempo para que Narváez reaccionara, Sandoval y Tapia ascendieron por la escalinata, ahora sí, acompañados por el ruido del tambor. En los inclinados planos de la pirámide mostraron su utilidad las picas, que permitieron atacar a sus defensores desde abajo. Al pie del templo, con la intención de repeler cualquier ayuda que pudiera llegarle a Narváez, quedó Cortés. Ya en la plataforma del templo, Sandoval pidió al enviado de Velázquez que se entregara, pero este se resistió y comenzó a pelear en la oscuridad. De repente, en medio de la confusión, se escuchó la voz hueca, como de bóveda, de Narváez, que gritó: «¡Santa María, váleme, que muerto me han e quebrado un ojo!». Aunque herido por la pica de Pedro Gutiérrez de Valdelomar, Narváez continuaba forcejeando. En aquel momento, la noche quedó iluminada por las llamas, que comenzaron a crecer cuando Martín López prendió fuego a la techumbre de paja del aposento. Las llamas y el humo hicieron que Narváez y su guardia tuvieran que salir del habitáculo. Con su rostro bañado en sangre, cayó en manos de Pedro Sánchez Farfán, que luego reclamó la recompensa ofrecida. Caído Narváez, que fue entregado a Cortés, rendido también su alférez Fuentes, la noticia corrió entre sus filas, que poco a poco se fueron replegando y rindiendo. Gómara, Cervantes de Salazar y Bernal, no así Cortés ni Sepúlveda, incluyeron en sus obras una conversación entre Narváez y Cortés, en la que el primero aparece como un hombre altanero que se ve burlado. Según estas versiones, Narváez dijo: «Señor Cortés; tened en mucho la ventura que hoy habéis habido en tener presa mi persona»; a lo que Cortés replicó: «Lo menos que yo he hecho en esta tierra es haberos prendido». Fuera cual fuera el contenido de la conversación, Cortés ordenó echar pregones en los que pidió a todos que se colocaran bajo su bandera, que era la de Su Majestad. De negarse, serían considerados rebeldes y lo pagarían con sus vidas. La lluvia había cesado y en su lugar las luciérnagas horadaban la cálida noche y centelleaban como mechas de arcabuz. Cautivo Narváez, Salvatierra, Gamarra y Diego Velázquez, *el Mozo*, desoyendo las advertencias, todavía resistieron un tiempo en lo alto de los templos antes de rendirse, después de que Mesa hiciera varios disparos con la artillería de Narváez.

Para completar la victoria, Olid y Ordás, a lomos de caballos tomadas a los de Narváez, buscaron a los cuarenta jinetes rivales, entre ellos Andrés de

Duero y Bermúdez, que permanecían al acecho fuera de aquel recinto. Con la luz del día, Cortés mandó hacer alarde. Fue entonces cuando muchos de los que habían venido con Narváez comprobaron el limitado número de soldados, precariamente pertrechados, de la fuerza que les había vencido. Reunidos los dos ejércitos, se contaron los muertos. Cortés había perdido a dos hombres, mientras que Narváez tuvo once bajas. Entre ellas se contaron los nombres del capitán Diego de Rojas y el de Alonso García, *el Carretero*, que había abandonado las filas de Cortés. Otros muchos recibieron heridas, entre ellos cuatro de Cortés, que finalmente murieron. También resultaron dañados Escalonilla, Cervantes, *el Loco*, y Velázquez, *el Mozo*. Por el lado indígena, el herido más destacado fue el Cacique Gordo, que se había coaligado con Narváez. Cortés, sabedor de la importancia de contar con aliados, ordenó que se le curara y tratara con las mayores atenciones. Con los capitanes rivales engrilletados, sentado en una silla de caderas, el capitán paladeó su victoria mientras anunciaba medidas de clemencia para los derrotados. Meses después, cuando, en octubre de 1520, escribió su *Segunda Carta de Relación*, Cortés se extendió sobre las intenciones de Pánfilo de Narváez y las consecuencias que pudiera haber acarreado su victoria. El enviado de Velázquez pretendía ahorcar al capitán...

[...] y a muchos de los de mi compañía, porque no hubiese quien del hecho diese razón. Y según de los indios yo me informé, tenían acordado que si a mí el dicho Narváez prendiese, como él les había dicho, que no podría ser tan sin daño suyo y de su gente, que muchos de ellos y los de mi compañía no muriesen. Y que entre tanto ellos matarían a los que yo en la ciudad dejaba, como lo acometieron y después se juntarían y darían sobre los que acá quedasen, en manera que ellos y su tierra quedasen libres y de los españoles no quedase memoria. Puede vuestra alteza ser muy cierto que si así lo hicieran y salieran con su propósito, de hoy en veinte años no se tornara a ganar ni a pacificar la tierra, que estaba ganada y pacífica.⁶⁸

La mayor parte de los prisioneros, excepto Narváez y Salvatierra, enfermo del estómago, fueron liberados de inmediato. Cortés ordenó devolver las armas y caballos incautados a sus antiguos propietarios, medida que fue criticada, pues, como algunos le recordaron, se trataba de un botín de guerra, de unos bienes ganados en el campo de batalla. Bernal contó que tuvo que entregar «un caballo que tenía ya escondido, ensillado y enfrenado, y dos

espadas e tres puñales e una adarga». ⁶⁹ Debido al malestar reinante, Alonso de Ávila y fray Bartolomé de Olmedo hablaron con Cortés, cuya generosidad para con los derrotados les parecía propia de Alejandro. La queja tenía sentido, pues el de Medellín, para contentar a los capitanes de Narváez, también les entregó joyas. Cortés se excusó y apeló al alto número de vencidos, que podían convertirse en una seria amenaza. La explicación no convenció a Ávila, que elevó el tono de sus quejas. Cortés le respondió con contundencia, diciéndole que «quien no le quisiese seguir, que las mujeres han parido o paren en Castilla soldados». ⁷⁰ Ávila no se arredró y le recordó que, además de soldados, Castilla también daba capitanes y gobernadores. Como en tantas otras ocasiones, la templanza de Cortés permitió reconducir la situación. Sin embargo, a partir de entonces, el capitán mantuvo a distancia a Alonso de Ávila, al que encomendó diferentes misiones.

Derrotado Narváez en tierra, era preciso ocuparse de su flota. La misión le fue confiada a Francisco de Lugo, hombre experimentado que ya había participado en la expedición de Grijalva. Hijo bastardo de Álvaro de Lugo, *el Viejo*, don Francisco había operado a favor de Cortés durante su nombramiento como capitán general y justicia mayor, por lo que su lealtad estaba fuera de toda duda. El encargo consistía en traer hasta Cempoala a los pilotos y maestros, acompañados de las velas, timones y agujas de marear de los barcos que permanecían anclados en San Juan de Ulúa. Debían, asimismo, respetarse las pertenencias de Diego Velázquez y de Narváez. Con tal objeto, Pedro de Maluenda, mayordomo de Velázquez, recogió todo lo que correspondía a su amo y a su enviado. Con la adopción de esas medidas se trataba de impedir que nadie regresara al lado de Diego Velázquez, quien ya tenía dispuestas para zarpar otras dos naves. Cortés también nombró almirante y capitán de la mar al maestro Pedro Caballero, miembro de una familia de conversos sanluqueños, que había venido a cargo de uno de aquellos barcos, y cuya obediencia se vio favorecida por la entrega de algunos tejuelos de oro.

En cuanto a los hombres de tierra, Cortés quiso integrarlos en su ejército, no sin hallar reticencias por parte de algunos como Carrasco. Un centenar de ellos le fueron entregados a Juan Velázquez de León, al que se le dieron otros veinte soldados pertenecientes al grupo de los primeros conquistadores, que debían instruir, cada uno de ellos, a cinco noveles. Con esa tropa, fue enviado

al Pánuco para conquistar y poblar. Para alcanzar aquellas tierras se le dieron dos navíos. A Diego de Ordás se le entregó la misma cantidad de tropa, con idéntica estructura. Con los dos barcos que se le asignaron, debía ir a Jamaica para comprar gallinas, ganado y yeguas «para multiplicar la tierra». Aunque la gran mayoría de los que vinieron con Narváez se sumaron al ejército de Cortés, otros, en concreto los regidores del asentamiento de San Salvador, tuvieron peor suerte. Gerónimo Martínez de Salvatierra, Pedro de Aguilar, Antonio de Amaya, Juan de Ayllón, Juan de Gamarra y Juan de Casillas fueron enviados a Tenochtitlan. El camino de aquel grupo, en su mayoría hidalgos, se haría a pie, detalle que puede entenderse como una medida de escarmiento. En un lugar llamado Tepeaca, fueron masacrados por los mexicas.

La fuerza aportada involuntariamente por Narváez fortaleció al ejército español. Sin embargo, algo incontrolable y casi imperceptible llegó también con él desde Cuba. El portador de lo que se reveló como un arma devastadora fue un negro, Francisco de Eguía, que venía enfermo de viruela, mal ante el que los naturales se mostraron extremadamente vulnerables. Gómara fue el primero en señalar a la expedición de Narváez como la responsable del primer brote de viruela.⁷¹ Según el clérigo, el nombre que los indios dieron a la enfermedad fue el de *huizautl*, que significa lepra. «Paréceme que pagaron aquí las bubas que pegaron a los nuestros». Con este vengativo comentario cerró el capítulo dedicado a la epidemia. Antes de que los virus comenzaran a apoderarse de los cuerpos, llegaron inquietantes noticias desde Tenochtitlan.

LA MATANZA DEL TEMPLO MAYOR

Cuando todavía se saboreaba la victoria, llegaron unos emisarios tlaxcaltecas procedentes de Tenochtitlan. Los indios contaron que la guarnición que había quedado bajo el mando de Pedro de Alvarado estaba sitiada en el palacio, al que habían tratado de prender fuego por varios sitios. Siete soldados habían sido asesinados y otros estaban heridos. Al primer mensaje le siguió una carta de Alvarado que verificaba lo dicho por los indios. También llegó otra embajada enviada por Moctezuma, cuyos integrantes contaron, entre lágrimas, que, estando los nobles de la ciudad celebrando a Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, el español lanzó a sus hombres, aparentemente sin motivo, matando a muchos y perdiendo a seis de sus soldados. Era preciso partir hacia Tenochtitlan. Narváez y los enfermos se quedarían en Veracruz a cargo del veterano hidalgo Rodrigo Rengel, hombre de confianza de Cortés, pues no en vano era natural de Medellín y había estado a su servicio en Cuba. Aunque salvó su vida, el resentimiento de Narváez nunca se disipó. En principio, estuvo vigilado por Francisco de Saucedo, Juan Rodríguez de Escobar y Francisco de Terrazas.⁷² En 1523 regresó a España. Según el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, dos años después, ya instalado en la ciudad de Toledo, en la que se hallaba el emperador, seguía acusando a Cortés de traidor y de haberse «alzado con la tierra».

Como se recordará, Cortés había dejado a Pedro de Alvarado con un centenar de soldados bien provistos de pólvora. En el palacio de Axayácatl habían quedado acuartelados ochenta soldados, catorce escopeteros, ocho ballesteros y cinco caballos, a los que se sumaba cierto número de

tlaxcaltecas. En su mayoría eran hombres sospechosos de permanecer fieles a Velázquez. Entre ellos estaban el religioso Juan Díaz y Alonso de Escobar, capitán de uno de los barcos que partieron de Cuba, que quedó al cuidado del tesoro. También permanecieron en la ciudad Bernardo Vázquez de Tapia y Francisco Álvarez Chico. Antes de su partida, Cortés había autorizado la celebración de la fiesta del *tóxcatl*. El festival duraba varias jornadas, durante las cuales se sucedían las danzas o areitos. Su culminación llegaba con el sacrificio de un bello joven, el *tlacauēpan*, que había sido cuidadosamente escogido y preparado durante todo el año. El *tlacauēpan* encarnaba al voluble y burlón dios Tezcatlipoca, cuyo emblema era un espejo de obsidiana. Antes de su sacrificio, al muchacho se le cortaba el cabello y se le vestía con ropas de guerra. Varias mujeres le rodeaban mientras era preparado para el último trance, que tenía lugar en el templo de Tlacochealco, en la isla de Tepeluco, cerca de Iztapalapa,⁷³ hasta donde era conducido a bordo de una canoa. Una vez allí, el *tlacauēpan*, con la cabeza emplumada y el cuerpo pintado, subía por su propio pie la escalinata. Ya en la plataforma, debía romper la flauta que portaba antes de ser sacrificado. En ese momento, el sonido de las nuevas flautas era la señal para que comenzara una gran danza en el Templo Mayor. Los bailarines, todos hombres pertenecientes a los más distinguidos estratos de la sociedad mexicana, iban ricamente vestidos y adornados con joyas de oro, jade y turquesa. Con las cabezas ceñidas por penachos de plumas, danzaban cogidos de la mano, formando círculos concéntricos, envueltos por cánticos sagrados y por el sonido de atabales, flautas, caracolas y huesos horadados. El baile principal era el *macehualixtli*, que, según Gómara, quiere decir «mercedimiento con trabajo». Un término, *macehualixtli*, derivado de *macehual*, es decir, «labrador», que denota el carácter de esta fiesta celebrada en mayo.

Aunque contaba con la aprobación de Cortés para celebrar la fiesta, Moctezuma consultó a Alvarado. Este, según Gómara, le dio su aprobación «con tal que en el sacrificio no interviniese muerte de hombres ni llevasen armas»,⁷⁴ condiciones que desvirtuaban por completo la ceremonia, pero que eran plenamente coherentes con las coordinadas religiosas y militares del capitán español. En medio del baile, en el que participaban seiscientos nobles, Alvarado y sus hombres irrumpieron en el patio y masacraron a lo más

granado de la nobleza mexicana. Cada una de las tres puertas del recinto quedaron bloqueadas por una decena de españoles. Entonces, Alvarado entró en la plaza con cincuenta hombres. Allí, «sin duelo ni piedad cristiana los acuchilló y mató, y quitó lo que tenían encima». Las palabras pertenecen también a Gómara, que, no obstante, añadió esta reflexión sobre tan sangrientos hechos: «Si fue de su cabeza o por acuerdo de todos no lo sabría decir; más de que unos dicen que fue avisado que aquellos indios, como principales de la ciudad, se habían juntado allí a concertar el motín y rebelión que después hicieron; otros, que al principio fueron a verlos bailar baile tan loado y famoso, y viéndolos tan ricos, que se acodiciaron al oro que traían a cuestras». Cervantes de Salazar, que sigue a Gómara, consideró que aquella carnicería vino motivada por la sospecha que tuvieron los españoles de que los mexicas, aprovechando la celebración de aquella fiesta, conocedores de la flaqueza de la guardia española y envalentonados por la ausencia de Cortés, pretendían rebelarse. Es muy posible que los tlaxcaltecas, ansiosos de vengarse de los mexicas, excitaran los ánimos de los españoles. A ello hay que unir el hecho de que las indias entregadas a los españoles para su servicio habían puesto muchas ollas al fuego para cocer los cuerpos de sus amos. Ellas fueron las que, al parecer, confesaron que los danzantes tenían escondidas muchas armas cerca del templo, con las que pretendían atacar a los blancos. Cervantes concluyó su capítulo con esta afirmación: «Fue digno castigo de que el sueño se les volviese al revés y pagasen por la pena del talión».

Bernal, siempre favorable a Alvarado, contó que cuando Cortés llegó a la ciudad indagó sobre lo ocurrido. Alvarado explicó que los mexicas, inducidos por Huitzilopochtli, agraviado por la presencia de la Virgen y la cruz en su templo, habían tratado de liberar al emperador. Impulsados por esa furia, habían intentado quitar la imagen de su altar. Además, dijo que Narváez había enviado decir a Moctezuma que le liberaría y prendería a sus captores. A pesar del incumplimiento de su palabra, el *huey tlatoani*, que daba por segura la victoria de Narváez, había decidido acabar con la guardia que le mantenía cautivo. Alvarado añadió que, gracias a la información de un sacerdote y dos nobles, sabía que, al terminar la fiesta del *tóxcatl*, los mexicas les atacarían, razón por la cual «se adelantó a dar en ellos». La frase recuerda poderosamente a la empleada por Cortés en su *Segunda Carta de Relación*,

cuando, al hablar de la matanza de Cholula, dijo «acordé de prevenir antes de ser prevenido». Según Bernal, Alvarado introdujo en su testimonio hechos prodigiosos. Durante los combates, dijo, recibió la ayuda de la Virgen, que lanzó polvo a los ojos de aquellos infieles. También contó que un cañón les disparó sin necesidad de ponerle fuego. Además, y esto lo corroboraron otros soldados, cuando se les terminó el agua potable, excavaron un pozo en el patio del palacio, del que manó agua dulce. En los enfrentamientos con los mexicas también cayeron españoles. Peña, el encargado de atender a Moctezuma, Juan Martín Narices, un tal Valdivia⁷⁵ y otros tres soldados murieron en aquellas jornadas, mientras que Alvarado resultó herido en la cabeza.

Los hechos, que causaron una profunda conmoción en la ciudad, se han interpretado de varios modos. No cabe duda de que, durante las jornadas previas a la matanza, en Tenochtitlan se vivieron momentos de gran tensión. Algunos indicios alimentaron la inquietud. Entre ellos, según el testimonio que Alvarado dio en su juicio de residencia, la presencia de unas estacas clavadas en el suelo y otra en lo alto del templo que, según le comentó un tlaxcalteca, estaban dispuestas para sacrificar a los cristianos. Descartado el gratuito baño de sangre o el intento de robar las joyas de los nobles, lo más probable es que la danza se interpretara como el prelude de un ataque. En consecuencia, Alvarado habría realizado una acción preventiva que tenía mucho de emulación con respecto a lo ocurrido en Cholula. Si el desencadenante del ataque, que se extendió por algunas calles de la ciudad, sigue siendo objeto de controversia, es incuestionable que a partir de aquel momento todo cambió. La hostilidad de la ciudad obligó a los españoles a recluirse en el palacio, en el que Moctezuma quedó acompañado por otro príncipe que apodaron *el Infante*.

Cuando se tuvo noticia de todo aquello, desde Cempoala se enviaron cartas en las que se informaba a Alvarado de la victoria sobre Narváez y se le pedía que tuviera muy vigilado a Moctezuma. Con Cortés a la cabeza, el ejército, en el cual iban muchos que no habían pisado Tenochtitlan, voló en ayuda de aquel al que los indios llamaban *Tonatiu*, es decir, *el Sol*. A la espera de auxilio, los españoles se hallaban hostigados en la capital, con escasez de víveres y limitados en sus movimientos, pues les habían quemado los bergantines botados en la laguna, imposibilitando así esa posibilidad de huida. Las alarmantes noticias recibidas impusieron una reestructuración de

los planes previstos. Diego de Ordás y Velázquez de León fueron llamados para que se reintegraran con el grueso de sus tropas en el ejército que puso rumbo a Tenochtitlan. La reagrupación impidió, quizá, un resultado diferente de la implantación hispana en el Anáhuac. Con Cortés en Tenochtitlan y Sandoval en Veracruz, el dominio del Pánuco y Coatzacoalcos por parte de esos dos capitanes podría haber dado lugar a una estructura señorial semejante a la de las tierras de las que muchos procedían, marcadas por la presencia de las órdenes militares. Además de la implantación de un nuevo orden político, era preciso hacer lo propio en el terreno religioso, pues los idólatras indígenas constituían, desde la óptica de los españoles de la época, una suerte de remedo de los musulmanes. La urgencia de socorrer a sus compañeros abortó estas posibilidades. Era preciso concentrar las fuerzas, por lo que los que vinieron con Narváez se integraron en un colectivo en el que destacaban los que Bernal llamó «verdaderos conquistadores». La idea de hacerse ricos, estimulada por Cortés, empujaba a los recién llegados, que ignoraban la verdadera situación que se vivía en el corazón del Imperio mexicana.

Hernán Cortés encabezó la vuelta del grueso de la tropa, que se hizo por sitios despoblados. Lastrado por el peso de la artillería, Gonzalo de Alvarado cerraba la caravana. Juan Juste y Alonso Rascón, con un puñado de soldados, avanzaban más despacio, ocupados de guardar a los que se hallaban enfermos y heridos. El viaje se hizo en son de guerra. El capitán, que temía una emboscada, dejó escrito que «toda la gente de la tierra estaba junta esperándome en algún paso o parte donde ellos se podrían aprovechar mejor de mí». El lugar escogido para el encuentro entre las diferentes columnas, que según Bernal, sumaban mil trescientos efectivos de a pie, noventa y seis caballos, ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros, fue Tlaxcala. Alonso de Ojeda y Juan Márquez se adelantaron para pedir alimentos a los de la ciudad leal. Con mayor urgencia, Diego Moreno y el portugués Magallanes se dirigieron a Tepeaca, desde donde regresaron con comida. La tropa, hambrienta y exhausta, había perdido el orden durante la travesía. Este fragmento de la crónica de Cervantes de Salazar muestra lo dramático de la situación:

Caminó Ojeda como le era mandado, el cual de ahí a poco topó con un soldado que se decía Sanctos Fernández, el cual le dixo cómo la gente toda a trechos venía ya muy hambrienta y nescitada, tanto que si no se daba priesa morirían algunos de sed. Con esto, dándose mucha priesa Ojeda, topó con un Cristóbal, pregonero, y con su mujer, que era gitana; hallólos medio muertos en el suelo, echóles agua en él rostro, dióles a beber y de un ave que traía cocida, con que volvieron en sí.⁷⁶

Después de atravesar la tierra de los otomíes, el ejército entró en Tlaxcala. En la ciudad amiga se supo que la situación en Tenochtitlan se había apaciguado, al conocerse la quiebra de Narváez. A pesar de aquellas tranquilizadoras noticias, fray Bartolomé de Olmedo fue enviado a la ciudad para pedir a Moctezuma que tratara de mantener la paz. Tlaxcala no solo procuró alimentos, también aportó dos mil indios de guerra. Todos juntos, se dirigieron a Texcoco, desde donde trataron de comunicarse con sus compañeros. Estando allí, el escribano Pedro Hernández y el tasador Bernardino de Santa Clara⁷⁷ rompieron el cerco mexica y llegaron hasta Cortés montados en una canoa. En la orilla del lago, contaron que los mexicas llevaban dos semanas sin atacar. Con ellos también llegó un mensaje de Moctezuma, en el que decía sentir lo ocurrido y se desentendía de las acciones de sus súbditos. Cortés celebró aquellas nuevas. Probablemente pensó que la llegada del astuto fray Bartolomé de Olmedo, unida a la fuerza bélica con la que había partido de Tlaxcala, de la que sin duda tuvieron noticia en Tenochtitlan, había favorecido el cese de las hostilidades. Confiado, escribió a Cempoala y a los que todavía estaban en camino, para mandarles palabras tranquilizadoras. Se equivocaba.

Desde Texcoco, la tropa rodeó el lago por el norte e hizo su entrada por la calzada de Tepeyac. Al pasar por Tepeaquilla, el caballo de Solís, *Casquete*, metió una pata entre dos vigas de un puente y se partió la mano. El accidente fue interpretado como un mal augurio. Después de oír misa, a mediodía del día de San Juan, Cortés entró en Tenochtitlan. La entrada en la gran ciudad se hizo bajo una tensa quietud. Frente al multitudinario recibimiento que muchos de ellos habían vivido siete meses antes, la metrópoli apareció sin apenas gente en las calles ni en las canoas. Cortés, tratando de tranquilizar a sus hombres, explicó la ausencia de habitantes, diciendo que probablemente estos, avergonzados por su comportamiento y temerosos de la fuerza española, se habían recluido en sus viviendas. Al

contrario de lo ocurrido en aquel memorable 8 de noviembre, ningún hombre notable salió a ellos. En medio de este silencio, solo roto por el ruido de los cascos de los caballos, el ejército llegó al palacio de Axayácatl, en el que fueron acogidos por Alvarado y recibieron la felicitación de Moctezuma, que seguía acomodándose al discurrir de los hechos. Cortés, sabedor del papel que el antiguo emperador había jugado, apenas le prestó atención. Dado el aumento del número de soldados que había que alojar, algunos fueron enviados a las dependencias del Templo Mayor.

Ya aposentado, el de Medellín trató de averiguar lo ocurrido durante su ausencia y las causas del alzamiento indígena. Según relató Bernal, Alvarado dijo que la intención de los mexicas era liberar a su señor, aprovechando el corto número de la guarnición española. La sustitución de Huitzilopochtli por la imagen de la Virgen era una ofensa intolerable, acaso agitada por los sacerdotes, que había que vengar. A este factor religioso se unía la probable derrota de Cortés en la costa, que debía ser completada con la aniquilación de los españoles que habían quedado en la ciudad. Preguntado por la matanza, Alvarado dijo que interpretó los bailes y sacrificios como el prelude de un ataque, dato que le había transmitido un «papa», es decir, un sacerdote. Cuando terminó su narración, Alvarado recibió una severa reprimenda por parte de Cortés, que sabía que nada volvería a ser lo mismo en la Nueva España.

A pesar de todo, se trató de forzar la vuelta a la normalidad. Era necesario restituirla por la seguridad del grupo español en general y la del propio Cortés en particular, pues su pérdida de autoridad sobre los mexicas podría cuestionar su mando entre algunas facciones de su hueste. En semejante tesitura, Moctezuma, de quien se había conocido su complicidad con Narváez, seguía siendo útil, pues su traición era la prueba de que aún mantenía mucho poder. Por ese motivo, se le pidió, a través de doña Marina, que ordenase el restablecimiento de los mercados. Con esta iniciativa se trataba de recobrar la normalidad en la ciudad y garantizar el abastecimiento de los acuartelados. A Moctezuma le agradó esa idea, pero dijo no poder impulsarla desde allí, por lo que sugirió que su hermano Cuitláhuac fuera liberado, a lo que Cortés accedió. La elección de Cuitláhuac no parece casual. El señor de Iztapalapa se había mostrado contrario a la entrada de los españoles en la ciudad. Es

posible que Moctezuma lo eligiera para que se comportara del modo en que lo hizo. Una vez suelto del poder español, Cuitláhuac comenzó a organizar la fuerza bélica mexicana. Con relación a la sucesión de Moctezuma, Cortés, en su *Segunda Carta de Relación*, contó que durante la campaña de Tepeaca supo, por boca de un prisionero herido, que tras la muerte del hijo del emperador durante la Noche Triste Cuitláhuac quedó como único candidato al trono, pues los otros hijos de Moctezuma «el uno dicen que es loco y el otro perlático». ⁷⁸ A esas circunstancias añadió la fundamental: la subida al poder de Cuitláhuac se debía a que dio guerra a los cristianos. Firme partidario de evitar cualquier entendimiento con los españoles, el nuevo emperador mexicana ejecutó a Azoacatzin, hijo de Moctezuma. Probablemente, los otros hijos citados por Cortés corrieran la misma suerte. Mas no adelantemos acontecimientos.

Con el mismo fin normalizador, se envió al soldado Antón del Río a Cempoala para que trajese unas adargas con las que se pretendía celebrar un juego de cañas. Además de su uso lúdico, aquellas armas serían muy útiles en caso de nuevos ataques. Cuando el soldado se alejó del centro ceremonial, comenzó a escuchar los gritos de los indios, que le dispararon flechas y piedras. Pronto, del Río quedó rodeado y hubo de empuñar la espada y romper con su caballo por entre los indios para abrirse paso y regresar al palacio. Cortés reaccionó enviando a cinco o seis jinetes para reconocer las vías de salida de la ciudad. A su regreso, los caballeros le informaron de que a los puentes les habían quitado la mitad de las vigas, para que los animales no pudieran cruzarlos. El ataque sobre Antón del Río no fue el único. En una de sus salidas para buscar alimentos, Alonso de Ojeda y Juan Márquez también fueron hostigados. Desorientados entre las calles de la ciudad, solo la ayuda de un tlaxcalteca, que supo salir de aquel laberinto, les libró de ser conducidos al sacrificio.

La tensión se elevó aún más cuando un soldado, que había quedado a cargo de una hija de Moctezuma y de varias indias tras la salida de Cortés en busca de Narváez, se presentó en el palacio de Axayácatl para anunciar el levantamiento de Tacuba. Es probable que con aquella medida de separar a Moctezuma de su hija Cortés tratara de buscar seguridad. Sea como fuere, los mexicas habían atacado al grupo y se habían apoderado de las muchachas, hiriendo a su cuidador, que, afortunadamente, pudo salvar su vida y dar aviso

de lo ocurrido. El encargado de sofocar la revuelta fue Diego de Ordás, al que se le dieron doscientos soldados, algunos ballesteros y escopeteros y un grupo de jinetes. La elección de este capitán para una misión tan importante muestra hasta qué punto la matanza del Templo Mayor dañó la confianza que Cortés tenía depositada en Alvarado. En cuanto Ordás salió de la residencia española, fue atacado en la calzada que llevaba a Tacuba. El capitán recibió tres heridas. Dieciocho soldados, entre ellos uno llamado Lizcano, diestro en el manejo del montante, murieron en el ataque y otros muchos resultaron heridos. Ayudado por Cortés y otros de a caballo, el grupo pudo retroceder para refugiarse en el palacio. Antes de regresar a sus aposentos, el capitán se dirigió a la calzada de Iztapalapa, donde también se peleaba. En un lance, Andrés de Duero fue derribado de su caballo y cayó en manos de los indios. Viendo el gran peligro que corría Duero, Cortés se lanzó con su corcel sobre sus atacantes. En plena pelea, Duero, que se defendió de sus captores con una daga, logró liberarse y subir a su montura, con la que regresó al palacio. Alrededor del edificio, bajo el ruido atronador de caracoles, trompetas y tambores, los mexicas seguían lanzando una lluvia de flechas, lanzas y piedras, que hirieron también a Cortés en dos dedos de la mano izquierda, que quedaron inutilizados. Los atacantes también prendieron fuego al edificio, obligando a los españoles a derrumbar algunos muros para apagar el incendio. Alcanzada una relativa calma, durante la noche se atendió a más de ochenta heridos, doce de los cuales murieron. Además de las heridas, también se cerraron los huecos abiertos en los muros. El suelo de los patios era un tapiz de varas y flechas. Los enfrentamientos, marcados por la gran superioridad numérica de los mexicas, continuaron durante varios días. Para mejorar su seguridad, los españoles trataban diariamente de quemar o hacerse con las construcciones más cercanas. Aquellas salidas causaron mucha mortandad entre los mexicas, a los que hacía mucho daño la artillería, hábilmente manejada por Mesa. Los mexicas, sin embargo, renovaban continuamente sus tropas, sustituyendo de inmediato a los muertos. Viendo que el número de heridos crecía entre sus filas, Cortés decidió salir con la caballería para impedir que los mexicas cercaran con albarradas los alrededores del palacio. Era preciso despejar el entorno de los aposentos para poderlos defender mejor. La furiosa acometida, hecha al grito de «¡Santiago, y a ellos!», tan solo

sirvió para comprobar la multitud de indios que tenían cercado el palacio. Después del repliegue se analizó la situación. Los mexicas no cedían en su asedio y los alimentos comenzaban a escasear, por lo que se acordó dejar la ciudad en un par de días. La salida no iba a ser sencilla, por lo que se comenzaron a confeccionar cuatro torres portátiles o manteletes, capaces de albergar a unos veinte hombres entre escopeteros, ballesteros y soldados con picos, azadones y varas de hierro, con las que debían echar abajo las albarradas.

Mientras los carpinteros trabajaban en la construcción de las torres de asalto, Moctezuma volvió a cobrar protagonismo. Aunque fuera de los palacios se había reconfigurado el poder militar y, previsiblemente, los nobles muertos en la matanza del Templo Mayor habrían sido sustituidos, Moctezuma continuaba siendo el emperador. Como en otros pasajes de nuestra historia, existen varias versiones sobre lo ocurrido. Según Cortés, fue el propio Moctezuma el que pidió que lo sacaran a la azotea del palacio para pedir a los capitanes mexicas que cesase la guerra. Así se hizo, pero, cuando el *huey tlatoani* apareció ante su pueblo, los suyos le dieron varias pedradas, una de ellas en la cabeza, que le causó la muerte tres días después. Otros narradores añadieron detalles, e incluso contaron aquel suceso de un modo diferente. Gómara dice que fue Cortés quien pidió a Moctezuma que se dirigiera a los mexicas para que terminaran los ataques. A cambio, se comprometía a abandonar la ciudad. Bernal sumó otros matices a la escena. Refractario a escuchar a Cortés, que tanto le había desairado desde su regreso de Cempoala, el de Medellín recurrió a Cristóbal de Olid y a fray Bartolomé de Olmedo para ablandar la voluntad del soberano mexica. Este, casi a regañadientes, aceptó, si bien dijo que no creía que sus palabras tuvieran ya peso, pues sus compatriotas tenían alzado otro señor, en referencia a Cuitláhuac. Moctezuma, además, estaba convencido de que todos los españoles morirían en Tenochtitlan.

Sobre la muerte de Moctezuma se ha especulado mucho. Junto a las versiones expuestas, hay que añadir otras, como la de fray Francisco de Aguilar, testigo de los hechos, que afirmó que la pedrada le produjo la muerte y que después Cortés mandó ejecutar a los otros mandatarios que tenían cautivos. Como variante a la muerte por el impacto de la piedra, Olmedo

afirmó que Moctezuma en realidad se suicidó, al tomar una sustancia paralizante, un veneno. Fuentes indígenas sostuvieron que Moctezuma fue sacado ya muerto a la azotea, versión que convertiría a los españoles en asesinos del emperador. Pese a la existencia de esta versión, parece lógico pensar que no fueron los españoles quienes causaron su muerte, pues desde su entrada en Tenochtitlan, e incluso después de su sustitución al frente de la fuerza militar, Moctezuma todavía podía ser muy útil como rehén. En cuanto a su fe, Moctezuma no murió como cristiano. Aunque Francisco López de Gómara afirmó que el emperador pidió el bautismo en su último aliento, Cervantes de Salazar dijo que este, cuando Cortés puso a su disposición a Olmedo para que evitara entrar en el infierno, «le respondió que quería morir en la ley e secta de sus antepasados». Aunque un Moctezuma muerto como cristiano ofrecía un relato redondo, pues en su persona confluían el poder político y el religioso, Cortés no escribió nada con relación a una última conversión al cristianismo. Herido en su cuerpo pero también en su orgullo, Moctezuma, que se negó a comer, murió días después de recibir la pedrada. Cortés contó que entregó su cadáver a dos indios presos, acaso nobles, que incineraron su cuerpo.

La agonía y muerte de Moctezuma, a la que se sumó la ejecución de los señores que le acompañaban, entre ellos Itzquauhtzin, que lo era de Tlatelolco, no varió la situación que se vivía en Tenochtitlan. Antes al contrario, los ataques se recrudecieron. Ello no impidió, tal y como contó Cortés, que se mantuvieran algunas conversaciones entre los dos bandos. Las pláticas tenían siempre un mismo final. Los españoles debían abandonar la tierra, de lo contrario serían aniquilados. Cortés, que trataba de mantener su imagen para ganar tiempo, les respondió diciendo que si pedía la paz era por el pesar que le causaba el daño que les podía hacer y porque no deseaba destruir una ciudad tan majestuosa como aquella. En vista de la esterilidad de aquellas conversaciones, se intentó hacer una salida. De amanecida, después de escuchar misa, los soldados sacaron los tres manteletes del palacio de Axayácatl. El objetivo era tomar uno de los puentes de la calzada de Tacuba. Cubiertos por la caballería, cuatro cañones tirados por tlaxcaltecas, y un buen puñado de ballesteros y rodeleros, los ingenios se desplazaron hacia una de las cortaduras. Los soldados también llevaban escaleras de mano para poder

acceder a las azoteas próximas. Cuando los españoles se hallaban cerca del puente, una multitud de mexicas lanzó una rociada de piedras y flechas que dañaron los manteletes. Un español murió y otros muchos resultaron heridos. A mediodía, «con harta tristeza», los españoles se retiraron a la fortaleza, asediada ahora con más ánimo.

El siguiente objetivo fue el templo de Xopico⁷⁹ consagrado a Xipe Tótec, dios de la fertilidad al que se ofrecían las pieles de los sacrificados con las que aparece vestido en sus representaciones. Dada su altura y proximidad a los aposentos de los españoles, el edificio constituía un peligro, pues desde allí los enemigos podían lanzar piedras y proyectiles sobre los españoles. En su cumbre se hallaban los guerreros mexicas, armados con largas lanzas con las que podían repeler cualquier ataque. Protegidos por los ya reparados manteletes, los españoles trataron de tomar la torre. Mientras en su base, los cascos de los caballos resbalaban en las losas de los patios, Cortés, con una rodela atada a su brazo izquierdo herido, subió hasta la plataforma. Varios españoles se dejaron la vida en la escalinata. Arriba, la pelea, muy igualada, duró más de tres horas. Obtenida la victoria, Cortés mandó poner fuego a la torre e hizo rodar los ídolos por las escaleras. La victoria, que se obtuvo al alto coste de la vida de dieciséis infantes, no podía ocultar la gran precariedad en que se hallaba el ejército. De vuelta al palacio, cada vez más desabastecido y amenazado por los escuadrones mexicas, los que habían venido con Narváez comenzaron a mostrar su descontento. Habían dejado atrás la costa en pos de riqueza y ahora se hallaban sitiados. Durante una tensa noche, se curó a los heridos y se dio tierra a los muertos.

En vista de la gravedad de la situación, Cortés cambió de estrategia. Decidió hacer una salida nocturna, en la que incendió numerosas casas. Al amanecer, regresó a la calzada de Tacuba. De sus ocho puentes, ganó la mitad, que quedaron cegados con adobe y tierra de las albarradas y escombros de las casas aledañas. Durante la noche, aquellos pasos quedaron vigilados. Al día siguiente se ganaron los siguientes. Con la vía despejada, un grupo de jinetes llegó hasta tierra firme. A sus espaldas, la fortaleza se vio de nuevo atacada. En su exterior, algunos señores mexicas reclamaron a Cortés, que acudió a su llamada acompañado por dos caballeros. Según narró, sus interlocutores le propusieron retornar a la obediencia de Su Majestad, a cambio de salvar sus

vidas. Cortés los escuchó y accedió a que un religioso mexicana saliera de la fortaleza. Después de aquel parlamento, la paz llegó momentáneamente. No obstante, pasadas unas horas, unos soldados trajeron la noticia de que los indios habían vuelto a tomar los puentes ganados ese día y habían matado a algunos soldados.

Cortés reaccionó de inmediato. Montado sobre su caballo, arremetió sobre los mexicas y recuperó las posiciones. Cuenta el capitán que, como los peones estaban cansados y heridos, en un momento dado, llevado por la inercia del ataque, dejó atrás a sus compañeros. Pasados los puentes, en su intento de retroceder, se encontró con que los pasos habían sido abiertos y ahondados. Los mexicas se hallaban sobre la calzada, pero también a los costados de esta, subidos en canoas desde las que no dejaban de disparar piedras y lanzas. Con gran trabajo, el capitán, al que creyeron muerto, consiguió alcanzar al puente más cercano a la ciudad. Allí, encontró caídos a los jinetes junto a un caballo suelto. Cortés, que iba muy protegido, al igual que su montura, peleó en aquel punto y permitió la retirada hacia el lado español. Aunque en su *Segunda Carta de Relación* no figuran los nombres de aquellos jinetes, Bernal identificó a Gonzalo de Sandoval, Lares, *el buen jinete*, Gonzalo Domínguez, Juan Velázquez de León y Francisco de Morla.

Esa misma noche, en el palacio, se tomó la decisión de abandonar la ciudad. Cortés dice que ordenó hacer...

[...]una puente de madera que llevaban cuarenta hombres y viendo el gran peligro en que estábamos y el mucho daño que los indios cada día nos hacían y temiendo que también deshiciesen aquella calzada como las otras y deshecha era forzado morir todos y porque de todos los de mi compañía fui requerido muchas veces que me saliese y porque todos los más estaban heridos y tan mal que no podían pelear, acordé de hacerlo aquella noche y tomé todo el oro y joyas de vuestra majestad, que yo en su real nombre tenía señalados y a los alcaldes y regidores y a toda la gente que allí estaba, les rogué y requerí que me ayudasen a sacarlo y salvarlo y di una yegua mía para ello...⁸⁰

Alonso de Ávila y Gonzalo Mejía, oficiales del rey, acompañados por el escribano Hernández, supervisaron el proceso. Apartado el quinto real, Cortés mandó pregonar que los que quisieran llevar consigo oro, plata y joyas tomaran la cantidad que desearan. Así lo hicieron muchos, especialmente los que habían pasado con Narváez, que, lastrados por las barras de oro fundidas

por el tasador Antonio de Benavides, perecieron en las quebraduras de la calzada. Si los españoles hicieron acopio del oro, los tlaxcaltecas se repartieron las valiosas plumas de quetzal.

Bernal, siempre expresivo, dijo que la decisión de abandonar la ciudad se tomó por la falta de comida, agua y pólvora⁸¹ y porque «víamos nuestras muertes a los ojos». Para ganar tiempo, el de Medina del Campo contó que enviaron a un sacerdote o «papa» a decir que les permitieran marcharse en ocho días. A cambio, se comprometían a devolver el tesoro. No falta en su relato un elemento esotérico, proporcionado por el excéntrico hidalgo montañés Blas Botello de Puerto Plata, que tenía fama de astrólogo e incluso de nigromante. Los compañeros de Botello creían que tenía «familiar», es decir, que tenía un pacto con el Diablo, y el historiador mexicano Juan Miralles⁸² especula con que pudiera tratarse de un brujo huido de España por temor a la Inquisición, lo cual explicaría su estancia en el Nuevo Mundo. De él contó Francisco de Aguilar que, recién vencido Narváez, le dijo a Cortés que se apresurara en volver a Tenochtitlan, pues Alvarado se encontraba en gran peligro. En esta ocasión, aquel soldado, que sabía latín y había estado en Roma, aseguró que si aquella noche no salían de México nadie conservaría la vida.

Para facilitar la salida de la ciudad, se construyó un puente portátil con vigas del palacio de Axayácatl. Como en otras ocasiones, aquella estructura contaba con un precedente en las guerras de Italia. En efecto, en diciembre de 1503, los pontones articulados ideados por el marino guipuzcoano Juan de Lezcano sirvieron a las tropas del Gran Capitán para cruzar el río Garellano.

LA NOCHE TRISTE

Fuera del palacio llovía. Un par de horas antes de la partida, Alonso de Ojeda se encargó de comprobar que nadie se quedaba en los aposentos por hallarse dormido o enfermo. Con todo el ejército preparado,⁸³ se dispuso que en la delantera fueran Sandoval, Ordás, Francisco Acevedo, Francisco de Salcedo, Antonio de Quiñones, Tapia y Lugo, con doscientos soldados armados con lanzas y rodelas. Con ellos iban doña Marina y doña Luisa, además de los religiosos Díaz y Olmedo. En el medio de la formación se situaron Cortés, Ávila y Olid, custodiando el tesoro, tarea para la que fueron designados Alonso de Escobar y Cristóbal de Guzmán. Más atrás, los tlaxcaltecas, con los que iban Chimalpopoca, hijo de Moctezuma, Coacatzcatzin, rey de Texcoco, y dos hijas del emperador, doña Ana y doña Leonor. En la retaguardia, encabezando un grupo de sesenta jinetes, quedaron Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León.

Con el mayor sigilo, a medianoche del 1 de julio de 1520, el grupo comenzó a moverse por la calzada de Tacuba. Al llegar a la primera cortadura, Francisco Rodríguez Magariño, que había sido escogido para mover la tablazón, colocó el puente con la ayuda de sesenta hombres. El primer paso se saldó con éxito. A partir de ahí, los relatos de lo ocurrido transmiten el caos que se vivió en la calzada. Según relató Cortés, en ese punto se habían apostado unos centinelas mexicas que dieron la voz de alarma. Súbitamente, alrededor de la caravana aparecieron guerreros por tierra y multitud de canoas sobre la laguna. El capitán pudo cruzar el segundo puente acompañado por cinco de a caballo —Olid, Sandoval, Ávila, Morla y Domínguez— y cien

peones. A partir de ahí, cuenta que tuvo que pasar todas las brechas a nado hasta llegar a tierra. Desde el borde de la laguna, en el que dejó a Jaramillo, regresó acompañado por sus jinetes y peleó para que sus compañeros siguieran pasando hasta Tacuba. En un momento dado, Cortés cayó al agua y fue rodeado por guerreros mexicas, si bien el auxilio de Antonio de Quiñones y de Cristóbal de Olea impidió que el caudillo fuera llevado al sacrificio.

Bernal añadió más detalles. Según escribió en su *Historia verdadera*, la lluvia hizo resbalar a un par de caballos, que cayeron al agua junto con sus jinetes. El puente móvil, debido al peso de la gente y a la humedad de la tierra, quedó encajado en la primera cortadura, en la que, con la estructura dislocada por el ataque mexica, se amontonaron caballos e indios muertos, escopetas, ballestas y fardaje. Mientras la mayor parte del grupo trataba de avanzar, algunos, presas del pánico, intentaron volver al palacio para buscar refugio. La mayoría de ellos perdieron la vida. Otros, como Gonzalo Carrasco, Diego de Peñalosa, Sopena y el padre Juan Díaz, tuvieron más suerte, al ser arrancados de las manos de los mexicas gracias a la acción heroica de Juan González Ponce de León, que, cubierto de la sangre que manaba de sus heridas, peleó bravamente. La confusión en aquel trance lleno de oscuridad y gritos fue total. Bernal se permitió incluso criticar el comportamiento de Cortés. «Porque Cortés y los capitanes y soldados que pasaron primero a caballo por salvarse y llegar a tierra firme y asegurar sus vidas agujaron por la calzada adelante, y no la erraron; también salieron en salvo los caballos con el oro y los tascaltecas. Y digo que si aguardáramos, así los de a caballo como los soldados, unos a otros en las puentes, todos fenesceríamos, que no quedara ninguno a vida».⁸⁴ Más adelante, con la acción situada en las inmediaciones de Tacuba, puso en boca de Sandoval y Olid estas palabras: «Señor capitán, aguardemos, que vamos huyendo y los dejamos morir en las puentes, tornémoslos a amparar, si algunos han quedado, y no salen ni vienen ninguno». Cortés replicó diciendo que era un milagro que aquellos hombres hubieran escapado con vida de la calzada. Dicho esto, regresó a la vía y vio llegar a Alvarado, que, acompañado por cuatro soldados y ocho tlaxcaltecas, alcanzó la orilla herido, sin su yegua y con una lanza en la mano con la que, según la leyenda, hizo su célebre salto. Para algunos, aquella acción fue considerada una proeza; sin embargo, otros la interpretaron como un

intolerable abandono de sus hombres. Una vez a salvo y con lágrimas en los ojos, Alvarado contó que Juan Velázquez de León había muerto en un puente junto a ochenta españoles. Él y sus compañeros, dijo, habían logrado cruzar pasando por encima de los muertos y los caballos. Otros, todavía vivos, fueron subidos a las canoas para afrontar el terrible final del sacrificio.

En Tacuba tampoco hubo tiempo para el descanso, pues los ataques de los escuadrones mexicas no cesaron. De entre los altos maizales, aparecían mexicas para capturar o matar españoles, que se refugiaron en el templo de Otoncalpuco, en el que construyeron un altar dedicado a Nuestra Señora de los Remedios.⁸⁵ Reagrupados en el patio del templo y sin alimentos, curaron a los heridos a la luz de las hogueras. El recuerdo de los compañeros muertos acompañó a las quejas de los soldados, que fueron entrapajados con retajas de mantas. En los puentes habían quedado muchos hombres. No hay acuerdo sobre las bajas españolas durante la Noche Triste. Aunque, según Cortés, murieron «ciento cincuenta españoles, cuarenta y seis yeguas y caballos y más de dos mil indios»; se admite que los hispanos muertos oscilaron entre los cuatrocientos y los seiscientos, a los que hay que sumar más de dos mil tlaxcaltecas. En la calzada, además de Velázquez de León, cayeron Francisco de Salcedo, *el Polido*, Francisco de Morla, Lares, Terrazas y Alonso de Escobar, que desapareció, al igual que la yegua que portaba el oro del rey. También se dejó allí la vida Botello. Bernal contó que, tras su muerte, se halló una petaca con «unos papeles como libro con cifras y rayas y apuntamientos y señales que decía en ellas: “¿Si me he de morir aquí en esta triste guerra en poder de estos perros indios?”. [...] Y también se halló en la petaca una natura como de hombre, de obra de jeme, hecha de baldrés, ni más ni menos, al parecer de natura de hombre, y tenía dentro como una borra de lana de tundidor».⁸⁶ En los puentes también se dejaron la vida Cacamatzin y los hijos de Moctezuma. Por el contrario, gente humilde sobrevivió, como el zapatero Hernando de Santillana, que perdió a su hijo esa noche. A las pérdidas humanas han de sumarse las de las bestias. Después de aquella sangrienta velada, tan solo quedaron en pie veintitrés caballos. En cuanto al armamento, se perdieron ballestas y quedaron inutilizados los cañones y las armas de fuego, debido a que la pólvora se mojó.

La situación del templo de Otoncalpuco, cuyos alrededores estaban despejados, proporcionó seguridad a los españoles. Algunos subieron a lo alto de la pirámide, a la que llamaron Templo de la Victoria, para vigilar. Gonzalo Domínguez, junto a cuatro de a caballo, campeó y mató a algunos indios que trataban de continuar con los ataques. Siguiendo el rastro de los muertos, algunos españoles fueron llegando. Entre ellos, el piloto muguereño Diego de Sopena que, aunque había recibido muchos flechazos, se hizo el muerto y escapó con vida.

En tan complicada situación, toda la esperanza del maltrecho ejército era el amparo de los de Tlaxcala. Afortunadamente, doña Luisa, hija de Xicotécatl, y sus hermanos habían sobrevivido, circunstancia que favoreció la persistencia de la alianza con los enemigos de los mexicas, a los que, no obstante, debían sondear, pues por primera vez desde que desembarcaron los españoles habían sido derrotados. Por el momento, los tlaxcaltecas que habían salvado la vida continuaron siendo leales. De hecho, ellos fueron quienes guiaron a los de Cortés, que reordenó la caravana. Después de hacer alarde, dividió a los soldados en capitanías. La vanguardia quedó a cargo de Diego de Ordás, mientras que él mismo tomó la retaguardia. En el centro de la formación quedaron los heridos y los que tenían dificultades para caminar, algunos de los cuales fueron cargados a lomos de los caballos. La salida hacia Tlaxcala, que se hizo de noche y en completo silencio, tenía la dificultad añadida del desconocimiento del terreno. Recordemos que los españoles entraron en Tenochtitlan por Iztapalapa y ahora debían salir por Tacuba, rodeando el lago por el norte. Un tlaxcalteca hizo de guía.

Mientras muchos mexicas, singularmente los principales, regresaron a Tenochtitlan para honrar a sus muertos, otros se ocuparon de robar a los cristianos muertos. Las escaramuzas, no obstante, continuaron. El ejército pasó por un pueblo llamado Tepozotlan, dedicado a criar patos para obtener plumería para mantas. El lugar, en el que los españoles descansaron durante dos días, fue llamado Pueblo de los Patos. Aunque ese par de jornadas hicieron mucho bien al golpeado ejército español y a sus aliados, solo en Tlaxcala podían reorganizarse y contraatacar, que ese era el propósito manifestado por Cortés en cuanto terminó la que ha pasado a la historia como la Noche Triste. Desde aquel lugar hasta la ciudad de Tlaxcala, el viaje duró

ocho días durante los cuales fueron continuamente atacados por los enemigos, si bien lo que más daño causó a los soldados fue el hambre, que, según Cervantes de Salazar, fue tal que un español que encontró a uno de sus compatriotas muerto «comió de sus hígados, de lo cual pesó tanto a Cortés, que le mandó luego ahorcar. No le pesaba al español mucho dello, por no verse morir de hambre, pero a ruego de algunos se dexó de hacer la justicia».⁸⁷ Cuenta Cortés que, después de un combate en el que recibió dos pedradas en la cabeza, se alimentaron del caballo de Cristóbal Martín de Gamboa, «sin dejar cuero ni otra cosa de él, según la necesidad que traíamos; porque después que de la gran ciudad salimos ninguna otra cosa comimos sino maíz tostado y cocido y esto no todas veces ni abasto y yerbas que cogíamos del campo».⁸⁸ Cortés, con las heridas «atadas», insistía en mantener el orden. Alonso de Ávila se aplicó con tal rigor en el cumplimiento de ese mandato que cuando un soldado llamado Hernando Alonso, aquejado por el hambre, se apartó para comer unas cerezas, le tiró una lanza que le pasó el brazo, dejándolo manco. Durante aquel penoso viaje, el hambre no fue la única adversidad a la que debieron enfrentarse los castellanos. Antes de llegar a Tlaxcala tuvo lugar la batalla de Otumba.

OTUMBA

Yendo por mi camino, salieron al encuentro cantidad de indios y tanta, que por la delantera, lados ni rezaga, ninguna cosa de los campos que se podían ver, había de ellos vacía. Los cuales pelearon con nosotros tan fuertemente por todas partes, que casi no nos conocíamos unos a otros, tan revueltos y juntos andaban con nosotros y cierto creíamos ser aquel el último de nuestros días, según el mucho poder de los indios y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir, como íbamos, muy cansados y casi todos heridos y desmayados de hambre. Pero quiso Nuestro Señor mostrar su gran poder y misericordia con nosotros, que, con toda nuestra flaqueza, quebrantamos su orgullo y soberbia, en que murieron muchos de ellos y muchas personas muy principales y señaladas; porque eran tantos, que los unos a los otros se estorbaban que no podían pelear ni huir. Y con este trabajo fuimos mucha parte del día, hasta que quiso Dios que murió una persona tan principal de ellos, que con su muerte cesó aquella guerra.⁸⁹

Con este párrafo, preñado de providencialismo, despachó Cortés la batalla de Otumba, cuyo nombre ni siquiera consignó en su *Segunda Carta de Relación*. Gómara, que no ahorró elogios para el de Medellín, se extendió algo más:

Cortés, que andaba a una y otra parte confortando los suyos, y que muy bien veía lo que pasaba, encomendose a Dios, llamó a San Pedro, su abogado, arremetió con su caballo por medio los enemigos, rompiolos, llegó al que traía el estandarte real de México, que era capitán general, y dióle dos lanzadas, de que cayó y murió. En cayendo el hombre y pendón, abatieron las banderas en tierra, y no quedó indio con indio, sino que luego se derramaron cada uno por do mejor pudo, y huyeron, que tal costumbre en guerra tienen, muerto su general y abatido el pendón.⁹⁰

Bernal Díaz añadió más emoción a su relato:

¡Oh qué cosa era de ver esta tan temerosa y rompida batalla, cómo andábamos tan revueltos con ellos, pie con pie, y qué cuchilladas y estocadas les dábamos y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos! Y los de a caballo, como era el campo llano, ¡cómo alanceaban a su placer entrando y saliendo, y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones!⁹¹

El día 7 de julio de 1520 el ejército de Cortés, que había pasado entre las por entonces ruinas perdidas de Teotihuacan y el monte Aztacuemecan, se aproximó a la ciudad de Otumba. Antes de llegar, los corredores de campo avisaron de la presencia de una multitud de guerreros sobre las faldas del monte. Tantos eran que Cervantes de Salazar dijo «como andan vestidos de blanco, parecía que había nevado por toda aquella tierra». El ejército de Tenochtitlan estaba dirigido por el *cihuacóatl* Matlatzincatzin, a quien Cuitláhuac había enviado para aniquilar a los españoles antes de que alcanzaran Tlaxcala. El estandarte y la suntuosa vestimenta de Matlatzincatzin destacaban sobre el resto de las capitanías. A pesar de la abrumadora ventaja de la fuerza mexicana, aumentada por el atronador sonido de los gritos, las caracolas y los tambores, los cristianos se dispusieron a entrar en combate. Diego de Ordás quedó al mando de la infantería, Cortés se encargaría de dirigir las operaciones de la caballería, decisiva a campo abierto. Los heridos debían quedar protegidos dentro de la tropa de a pie, mientras que los jinetes, agrupados en quintetos, se moverían con libertad, entrando y saliendo en la hueste enemiga con el caballo a media rienda y las lanzas terciadas, abriendo hueco para los peones. Dadas aquellas instrucciones, Cortés lanzó una arenga que los sucesivos cronistas estilizaron. En ella no faltaron las invocaciones a la divinidad. Bernal añadió que Cortés les pidió que trataran de atacar a señores señalados, distinguidos por sus grandes penachos y joyas. La avalancha mexicana hizo retroceder a la caballería, que, sin posibilidad de ser cubierta por los arcabuces, dada la carencia de pólvora, se replegó dentro de la compacta fila de infantes. Después de contener aquella embestida, los jinetes, entre los que destacaban Sandoval, Olid, Ávila, Gonzalo Domínguez, Juan de Salamanca y, por supuesto, Cortés, comenzaron a hacer daño en el ejército enemigo. Transcurridas varias horas de lucha, en las que la sevillana María de Estrada destacó por su bravura, el *cihuacóatl* seguía dirigiendo a sus guerreros subido en una rica litera. En su mano llevaba una bandera con la que

daba órdenes. Otra señera, que le identificaba, iba atada a su espalda. Cortés, seguido por Juan de Salamanca, que montaba una yegua color canela, espoleó a su caballo, se abrió paso hacia su posición y lo derribó. A Juan de Salamanca le cupo el honor de matar de una lanzada al caudillo caído, al que quitó el penacho para entregárselo a Cortés, quien de inmediato se lo devolvió. Cuando Cortés alzó el estandarte del *cihuacóatl* muerto, los mexicas se retiraron desordenadamente. En plena desbandada mexicana, muchos fueron fácilmente abatidos por el acero español o la obsidiana tlaxcalteca. La victoria supuso un verdadero golpe de efecto. No ha de olvidarse que, cuando Cortés escribió sobre esa batalla, confesó que al ver el gran ejército mexicana «cierto creíamos ser aquel el último de nuestros días».

CONVALECENCIA EN TLAXCALA

A pesar del gran comportamiento de los aliados en Otumba, Cortés recelaba del recibimiento que pudieran tener en Tlaxcala, pues el antaño poderoso ejército español regresaba muy desbaratado. Su temor era que, viendo su debilidad, pudieran ser atacados dentro de la ciudad «por cobrar la libertad que antes tenían».⁹² Antes de la entrada en la ciudad, con el ánimo de sondear a sus gobernantes, los cristianos se detuvieron en el pueblo de Hueoyotlipan, ya perteneciente a Tlaxcala. Cortés rogó a sus hombres que no tomaran nada ni ofendieran a nadie. El recibimiento fue bueno, si bien los cristianos hubieron de comprar las provisiones. Allí recibieron la visita de Xicotécatl, Maxixcatzin, Chichimecatecle y otros señores que, informados de lo ocurrido en Tenochtitlan, renovaron su hospitalidad. Antes de conducirlos a su ciudad, Xicotécatl recordó a Cortés las advertencias que le había dado sobre los mexicas. El de Medellín, que entregó gran cantidad de joyas y el estandarte, penachos y armas del general mexicano muerto en Otumba, fue aposentado en la casa de Maxixcatzin, y Alvarado en la del propio Xicotécatl. La llegada de aquella comitiva provocó sentimientos encontrados. Había tristeza por la desaparición de muchos de guerreros locales, pero también alegría al comprobar que doña Marina y doña Luisa habían sobrevivido. En la persona de Maxixcatzin coincidió el dolor por la muerte de tlaxcaltecas y españoles, pues había casado a su hija, doña Elvira, con Juan Velázquez de León. Ambos murieron en Tenochtitlan. A estas muertes se sumó la de otro hijo, que cayó camino a Tenochtitlan, mientras formaba parte de la tropa capitaneada por Juan Yuste y Francisco de Morla. En estas circunstancias, la tropa española

convaleció en Tlaxcala, donde todavía perdió algunos efectivos a causa de las heridas recibidas.

Según refirió Cervantes de Salazar, en la ciudad permanecía Juan Páez, que fue duramente reprendido por no acudir a socorrer a sus compañeros de Tenochtitlan con su guarnición y los guerreros que le ofreció Maxixcatzin. Paralizado por el miedo, Páez respondió que tenía órdenes de mantenerse en la ciudad. En Tlaxcala también se supo que el oro que allí se había depositado, el correspondiente a los estantes en Veracruz, había desaparecido, pues los mexicas habían asesinado a Juan de Alcántara, *el Viejo*, que llegó desde la costa para recaudar la parte que les correspondía. La emboscada, que tuvo lugar en el llamado Pueblo Morisco, también había coincidido con los ataques mexicas. Comprobaron así los españoles que la ofensiva contra ellos había sido total, que se había buscado su total aniquilación. La situación era extremadamente grave, pues no se tenían noticias de la situación de los que permanecían en Veracruz. A pesar de la victoria en Otumba, la amenaza mexica seguía gravitando sobre todos. Por otro lado, como se había demostrado con la llegada de Narváez y su poderosa armada, Cuba seguía siendo hostil. En ese contexto, la alianza con Tlaxcala era la única baza que se podía jugar. Pese a todo, no fueron pocas las voces que pidieron regresar a Veracruz, desde donde se podría pedir socorro a las islas españolas. Entre ellas destacaba la de Andrés de Duero. La posibilidad de que los tlaxcaltecas se confederaran con los mexicas, latía bajo esa solicitud de regreso. Aquel sentir quedó reflejado en un requerimiento que trasladó al papel el escribano del rey. Cortés se negó a bajar al puerto. Recordando que «siempre a los osados ayuda la fortuna», convencido de que Dios estaba de su parte y consciente de que mostrar poco ánimo podía provocar el desastre final, decidió quedarse en Tlaxcala. Existía, además, la obligación legal de permanecer allí. Todos debían seguir sirviendo a Dios y al rey. Él era, además, el representante del Soberano en unas tierras ya incorporadas a la Corona, razón por la cual no podía quedar desamparadas en tiempo de guerra. Ante estos argumentos, los tornadizos se comprometieron a pelear con la condición de volver a sus casas en la primera ocasión favorable que se diera.

Al tiempo que se restañaban las heridas, entre ellas una pedrada recibida por Cortés que le produjo varios desvanecimientos, se trató de reconstruir la

situación. Era preciso saber qué suerte habían corrido los de Veracruz, por lo que se envió a tres tlaxcaltecas para obtener información y pedir que, si era posible, se enviaran los soldados sanos que hubiera y las armas de que se dispusiera, especialmente ballestas y pólvora. Hay que recordar que en la Villa Rica permanecían cautivos tanto Narváez como Salvatierra. Dada la debilidad en que se encontraban los hombres de Cortés, este ordenó que dieran al través los dos barcos que todavía se mantenían a flote. La tarea fue encomendada a Alonso Caballero, maestro de la armada de Narváez. Se trataba así de impedir cualquier posibilidad de retirada en la que participaran españoles descontentos o aterrados ante lo ocurrido en la capital mexicana. También se extremó la vigilancia sobre Narváez, pues podía excitar los sentimientos y plantear el retorno al archipiélago.

El regreso de los mensajeros fue tranquilizador. Veracruz no había sido atacada. Con ellos llegaron los refuerzos solicitados, limitados a siete debilitados hombres capitaneados por un soldado apellidado Lencero, que, finalizada la conquista, se hizo ventero antes de ingresar en la Orden de la Merced, en la que terminó sus días. Pese a la lealtad mostrada por los señores de Tlaxcala, Xicotécatl, *el Mozo*, seguía cultivando el resentimiento acumulado tras las derrotas sufridas a manos de esos españoles con los que se había aliado su padre. Conocedor de la debilidad de estos, trató de reestructurar sus tropas para tomarse venganza. Su objetivo último era sellar un pacto con el nuevo señor de los mexicanos, Cuitláhuac, que probablemente vio en esta oferta un modo de incorporar a Tlaxcala a la Triple Alianza, dando así fin a las seculares hostilidades entre ambas partes. Descubierta su plan, el joven Xicotécatl hubo de comparecer ante el consejo de caciques. Frente a la idea de estos, consistente en mantener la amistad con los españoles y contragolpear a los mexicanos, el guerrero expuso, sin éxito alguno, las ventajas de firmar las paces con los mexicanos. La llegada de los embajadores de Cuitláhuac, cargados de ricos presentes, entre los que se incluía una buena cantidad de sal, resultó estéril. Después de forcejear con Maxixcatzin, hasta el punto de que este le hizo rodar gradas debajo de un empujón, Xicotécatl quedó preso.

Transcurridas tres semanas de recuperación en Tlaxcala, llegó el momento de pasar a la ofensiva. Una vez resuelto el conato de retirada, se

planteó efectuar un primer castigo sobre Tepeaca, ciudad tributaria de Tenochtitlan. Con las armas de fuego inutilizadas por la falta de pólvora, casi todo el ejército, compuesto por cuatrocientos veinte soldados armados con ballestas, espadas y rodelas, y diecisiete jinetes, partió en esa dirección. Atrás quedaron Alonso de Ojeda y Juan Márquez, encargados de adiestrar a los guerreros que aportó la ciudad, que se unieron a Cortés tres jornadas más tarde. En Tepeaca, enclave fortalecido de gran valor estratégico, habían sido asesinados más de una decena de españoles, entre ellos los capitanes de Narváez. La ciudad estaba ahora protegida por tropas mexicanas. La primera escaramuza posterior a Otumba tuvo lugar en Zacatepec. Después de este encuentro, la tropa se detuvo en Acatzinco. Siguiendo su proceder habitual, Cortés ofreció su amistad a los de Tepeaca. Para ello se sirvió de unos indios que hizo prisioneros para que llevaran su oferta a la ciudad. Debían expulsar a los mexicas, de lo contrario, caería sobre ellos. Conocedor del efecto que la palabra escrita provocaba en los indios, «admirándose de que el papel supiese hablar», escribió Cervantes de Salazar, envió una carta, que recibió un no rotundo, seguido por amenazas. Según cuenta Bernal, la rebeldía de Tepeaca, que a los crímenes cometidos sumaba ahora su incorporación a las filas mexicas, dio lugar a la elaboración de otro documento. El escribano, que dio fe de todo lo ocurrido, incluyó en su auto la reducción al estado de esclavitud de todos aquellos que, habiendo matado españoles, se aliaran con los de Tenochtitlan. El documento, acompañado por nuevas ofertas de paz que trataban de quebrar la cohesión indígena, también se envió a Tepeaca. La respuesta fue la misma.

Terminados los parlamentos, se entró en combate. Sobre un campo de maizales y magueyales, los caballos, en un número similar a los que cabalgaron por primera vez en Centla, volvieron a ser decisivos. La hueste hispano-tlaxcalteca, a la que se habían sumado guerreros de Cholula y de Huexotzingo, apenas sufrió tres bajas, a las que se añadió la pérdida de un caballo. Después del combate, «hubo aquella noche para los tlaxcaltecas gran banquete de piernas y brazos, porque sin los asadores que hacían de palo, hubo más de cincuenta mil ollas de carne humana».⁹³ Aunque la cifra se antoja desproporcionada, es de suponer que Cortés supo de aquel banquete humano, que no fue el único celebrado durante el contraataque contra Tenochtitlan.

Durante algunos días, los españoles comieron carne de caza y de los perrillos de la tierra, que se acercaban para alimentarse de los cuerpos insepultos.

Decepcionados por la limitación de la fuerza mexicana, los tepeaqueños enviaron una embajada al campamento de los cristianos en la que se comprometieron a aceptar la obediencia del rey español. Al conocer el pacto, los mexicanos se replegaron. El día 4 de septiembre, los españoles fundaron, dentro del recinto fortificado, una villa de elocuente nombre, Segura de la Frontera, que tenía un precedente homónimo en Andalucía. Su situación, en la ruta que conducía a Veracruz, garantizaba su abastecimiento y permitía la comunicación con el puerto, al tiempo que yugulaba la vía de entrada de alimentos a la ciudad de Tenochtitlan. Con la plaza tepeaqueña tomada, una vez celebrada la ceremonia fundacional, se eligieron los cargos públicos. Pedro de Ircio y Luis Marín fueron nombrados alcaldes, mientras que Francisco de Orozco, Cristóbal Corral, Francisco de Solís y Cristóbal Millán de Gamboa se convirtieron en regidores. El primer escribano de la ciudad fue Alonso de Villanueva.⁹⁴ Como complemento a esta villa, Cortés ordenó a Sandoval la fundación de otra próxima al pueblo de Tlapanequitlan, que recibió el nombre de Medellín. Fue en Segura de la Frontera donde se elaboraron los hierros con la letra G que sirvieron para marcar a los esclavos. El significado de esa letra explicaba el motivo, legítimo en la época, del herraje de hombres. Con ella comenzaba la palabra «guerra». A partir de entonces, y al precio de diez pesos, se abrió el mercado de esclavos, de aquellos hombres reconocibles por llevar en su mejilla la quemadura con la forma de la letra referida. Francisco López de Gómara se extendió a propósito de los motivos que llevaron a tomar tan drástica medida:

Cortés les convidó con la paz otras muchas veces, y como no la quisieron, dioles guerra muy de veras [...] y porque estuvieron muy rebeldes, hizo esclavos a los pueblos que se hallaron en la muerte de aquellos doce españoles, y de ellos sacó el quinto para el rey. Otros dicen que sin partido los tomó a todos, y castigó así aquellos en venganza, y por no haber obedecido sus requerimientos, por putos, por idólatras, porque comen carne humana, por rebeldía que tuvieron, porque temiesen otros, y porque eran muchos, y porque, si así no los tratara, luego se rebelaran. Como quiera que ello fue, él los tomó por esclavos, y a poco más de veinte días que la guerra duró, domó y pacificó aquella provincia, que es muy grande.⁹⁵

Gonzalo Fernández de Oviedo, dejó escrito que las marcas españolas no fueron las primeras que se vieron en el continente. En su *Sumario de la natural historia de las Indias*, publicado en 1526 y rápidamente volcado al italiano y al inglés, el cronista, que participó en la expedición de Pedrarias, dijo:

Las diferencias sobre que los indios riñen y vienen a batalla son sobre cuál tendrá más tierra y señorío, y a los que pueden matar matan, y algunas veces prenden y los hierran, y se sirven de ellos por esclavos, y cada señor tiene su hierro conocido; y así, hierran a los dichos esclavos, y algunos señores sacan un diente de los delanteros al que toman por esclavo, y aquello es su señal.⁹⁶

La fundación de Segura de la Frontera respondió a una medida de prudencia. A pesar de las pruebas de hospitalidad de los tlaxcaltecas, los españoles, teniendo presente la experiencia de Tenochtitlan, prefirieron instalarse en esa nueva población. Muchos de ellos, máxime viendo el belicoso ánimo que mantenía Xicotécatl, *el Mozo*, recordaban todavía los combates pasados con la nación tlaxcalteca. Desde Segura de la Frontera se lanzaron algunas campañas de castigo sobre los pueblos cercanos. Al mando de la mitad de la tropa hispana, Diego de Ordás atacó varias veces Tecamachalco hasta conseguir tomarlo. Mientras todo esto ocurría en el entorno de Tepeaca, Cuitláhuac murió de viruela en Tenochtitlan. Su sustituto fue Cuauhtémoc. Hijo de Ahuítzotl, al que había sustituido Moctezuma en 1502, Cuauhtémoc, «Águila que cae», de unos veinticinco años de edad, pertenecía a la casta sacerdotal y estaba casado con Tecuichpotzin, hija de Moctezuma. Su pertenencia a ese colectivo explica que antes de tomar el poder se cortara sus largos cabellos, que nunca entrara en combate y que dirigiera los sacrificios de prisioneros en Tlatelolco. Desde su nueva posición, Cuauhtémoc ordenó a los pueblos tributarios cercanos a Tepeaca, a los que alivió su carga impositiva, fortalecerse y tratar de contener el avance hispano, que se vio favorecido una vez más desde el mar. En efecto, estando en la región de Tepeaca, se recibieron cartas desde Veracruz que hablaban de la llegada de un pequeño barco capitaneado por un hidalgo llamado Pedro Barba, el mismo que había vendido pan a Cortés antes de su salida de Cuba.

Teniente de Diego Velázquez en La Habana, Barba, que ya había navegado por aquellos mares con Grijalva, venía con trece soldados, un

caballo y una yegua. Había salido de Cuba para entregar unas cartas a Narváez. Velázquez creía que Narváez había vencido a Cortés y reclamaba, si es que todavía estaba con vida, su envío a Cuba, desde donde partiría preso a Castilla, para ser entregado a Fonseca. Con su nave anclada en Veracruz, Pedro Barba recibió la visita del sanluqueño Alonso Caballero, que se acercó en un batel. Caballero le hizo creer que Cortés había huido con veinte de sus compañeros y que Narváez se había enriquecido. Terminada la conversación a bordo del navío, los visitantes fueron invitados a bajar al pueblo para cenar y pasar la noche. Ya en tierra, Barba y los suyos fueron hechos presos en nombre de Hernán Cortés. De la nave se sacó el pan cazabe que traía, pero también las velas, la brújula y el timón. Una vez más se trataba de impedir cualquier posibilidad de regreso. Los antillanos fueron enviados a Tepeaca. Allí, Cortés recibió calurosamente a Barba, al que nombró capitán de ballesteros. Integrado en el ejército, Barba informó de que en Cuba permanecía otro pequeño barco con bastimentos dispuesto para partir. La nave, capitaneada por el medinés Rodrigo Morejón de Lobera, al mando de ocho soldados y seis ballesteros, llegó días después. El navío corrió la misma suerte que el anterior y aportó una yegua y gran cantidad de hilo para cordaje, que se empleó para fabricar ballestas. Uno tras otro, todos los envíos que hacía Velázquez a una tierra que creía en su poder, servían para fortalecer la posición de los acantonados en Segura de la Frontera, lugar al que siguieron llegando mensajeros de los pueblos que estaban siendo objeto de la rapiña de las tropas de Cuauhtémoc. En su socorro acudió Cristóbal de Olid, al mando de la caballería, los ballesteros y un buen número de tlaxcaltecas. Estas operaciones sirvieron para ir integrando a algunos de los recién llegados, que en principio rehusaban entrar en combate.

Los barcos de Diego Velázquez de Cuéllar no fueron los únicos en tocar la costa continental. A ellos han de sumarse los que fletó Francisco de Garay, que organizó una nueva armada en Jamaica. El viaje estuvo marcado por la hostilidad de los indios, que llegaron, esta vez sí, a quemar los navíos. Durante el mismo, después de permanecer nueve meses navegando y costeano, perdió la vida el capitán Alonso Álvarez de Pineda. Su sustituto fue el exdominico Diego de Camargo, quien, moribundo, se unió a Cortés en compañía de unos sesenta hambrientos supervivientes, que, después de ser

rescatados, fueron apodados los *panciverdetes*. Para socorrer a Pineda, Garay envió al aragonés Miguel Díaz de Aux, que también fue atacado por los indios y buscó auxilio en el mismo lugar que Camargo. El resultado fue la incorporación de cincuenta nuevos soldados y siete caballos a la tropa cortesiana. A diferencia de los hombres que habían venido con Camargo, macilentos y panzudos por la falta de alimentos, estos venían bien nutridos, razón por la que fueron motejados como *los de los lomos recios*. A Díaz de Aux le siguió un nuevo barco de Garay, que, al igual que Velázquez, se convirtió en involuntario benefactor de Cortés. En esta ocasión, a las playas arribó la nave capitaneada por Francisco Ramírez, *el Viejo*; en ella llegaron cuarenta y dos soldados, con diez caballos y un buen número de ballestas. Puesto que estos hombres vestían unas armaduras de algodón de gran espesor, el mote elegido para el grupo fue el de *los de las albardillas*.

A los barcos de Garay les siguieron otros. Después de la llegada de *los de las albardillas*, poco antes de que el ejército dejara Tlaxcala en dirección a Tenochtitlan, apareció un navío cargado de mercancías, armas, pólvora y tres caballos. El encargado de hacer llegar aquella oportuna novedad hasta la ciudad aliada fue un soldado cuyo nombre no se ha conservado, que viajó a pie desde la costa, moviéndose de noche por territorio enemigo. El capitán de aquel barco era el mercader Juan de Burgos, que había salido desde España con el piloto Francisco de Medel al timón y trece soldados. De nuevo el puerto proporcionó nuevos socorros, pues todo lo que traía el de Burgos, que se incorporó a la hueste hispana junto con sus compañeros, fue comprado por Cortés. Entre los pasajeros de aquel barco venían dos hombres de Medellín, Juan del Espinar y Francisco de Sagredo. También un vizcaíno, Monjaraz, tío de Andrés y Gregorio de Monjaraz, y padre de la hermosa *Monjaraza*, que, terminada la conquista, pasó a la Nueva España desde Cuba.

También desde Veracruz partieron Alonso de Ávila y Francisco Álvarez Chico con una flota de cuatro barcos, probablemente incautados a sus rivales, que pusieron rumbo a Santo Domingo para abastecerse de ballestas, caballos, pólvora y hombres. Con ellos envió Cortés una carta dirigida a Rodrigo Figueroa. En ella ofrecía a la Audiencia un relato de lo ocurrido hasta la fecha y pedía a los oficiales del rey todo el favor y ayuda posibles. El metelinense, según dejó escrito, estaba convencido de poder restaurar el poder español.

Los que partieron a La Española no fueron los únicos hombres que salieron de Veracruz. Francisco de Solís partió hacia Jamaica para comprar yeguas.

En Segura de la Frontera las acciones bélicas se vieron completadas con la redacción de varios documentos. Allí, en octubre de 1520, se escribió la *Carta del ejército de Cortés al emperador*. En ella, bajo el influjo de Cortés, los soldados que se hallaban en Tepeaca cerraron filas en torno a su capitán y acusaron a Pánfilo de Narváez y, en último término, a Velázquez del desastre vivido en Tenochtitlan. Según consta en la carta, Narváez...

[...] nombrándose e intitulándose de teniente, e gobernador, e capitán general en estas partes por el dicho Diego Velázquez, en mucho perjuicio de su jurisdicción real, e alborotando e escandalizando a los Indios naturales de estas partes, diciéndoles, como les decía e hacía entender a todos los que lo iban a ver, que él era el capitán e justicia mayor, e no el dicho Hernando Cortés; e no contento con lo susodicho, dijo e publicó a muchos Indios señores de tierras que venían a verlo de las dichas ciudades, que venía a prender al dicho capitán general Hernando Cortés e a muchos de nosotros que con él estábamos, e a soltar a Motuezuma.⁹⁷

Los firmantes señalaron a Velázquez y a Narváez, por este orden, como causantes de la rebelión indígena en la que habían muerto más de quinientos españoles. El documento, de una estructura parecida a los redactados en las playas de Veracruz, sirvió para consolidar las acciones encabezadas por Cortés, que obtuvo su definitiva victoria legal con la *Real Provisión de nombramiento de Hernán Cortés como gobernador y capital general de la Nueva España*, fechada en Valladolid el 15 de octubre de 1522. También en la villa de la Frontera se escribió la *Segunda Carta de Relación*, la más larga de las escritas por Cortés, que fue impresa por Cronberger en Sevilla dos años más tarde y dio fama a su autor en toda Europa, desde que Pietro Savorgnani de Forli, secretario del obispo de Viena, la tradujo al latín para el papa Clemente VII. La carta partió de la Nueva España en marzo de 1521 en manos del metelinense Alonso de Mendoza. El aparato documental se completó con dos documentos escritos por el escribano guipuzcoano Juan Ochoa de Elizalde. En ellos se hablaba de los gastos realizados por Cortés, pero también del celo con que se había tratado de salvaguardar el oro del rey.

Con Tlaxcala, Cholula y Huexotzingo leales al ejército español, Cortés buscó ampliar el radio de acción de su poder y hacerse con una posición

dominante entre la costa y la ciudad lacustre. Ávila, Ordás, Sandoval y Olid barrieron el territorio y tomaron esclavos en algunos lugares. Durante esas campañas, muchos caciques juraron obediencia a Su Majestad. Por entonces comenzaron a percibirse los estragos de la viruela, que acabó con muchos señores, razón por la que Cortés hubo de administrar justicia en numerosas ocasiones e incluso nombrar sucesores de los caciques muertos. Así ocurrió en la fortificada Itzocan, lugar en el que gobernaba un señor casado con una familiar de Moctezuma, a cuyo hijo, cuestionado por ciertos nobles, se le dio el gobierno de la ciudad por mandato del capitán. Tanto en Itzocan como en otras poblaciones, los españoles se encontraron con ciudades de las cuales habían sido evacuados los niños y las mujeres. Convertidas en fortines al servicio de Cuitláhuac, vieron cómo muchos de sus señores, colocados en el poder desde Tenochtitlan, corrieron a refugiarse en la metrópoli en cuanto se vieron amenazados. Todas estas circunstancias determinaron que a finales de 1520 en el Anáhuac existieran dos núcleos de poder, el de Tenochtitlan y el de Segura de la Frontera.

Con la región pacificada, en la villa se herró a todos los muchachos y mujeres capturados, pues los hombres quedaron descartados. De nuevo la letra G quemó las mejillas de aquellos desdichados. Allí se separó el quinto real y otro tanto para Cortés. La asignación a Cortés de una cantidad idéntica a la destinada al emperador Carlos provocó grandes suspicacias, especialmente entre los de Narváez, que lo entendieron como prueba de que en aquellas tierras existían dos reyes. La acusación la formuló el guipuzcoano Juan Bono de Quejo, hombre cercano al obispo Fonseca, antiguo piloto en el cuarto viaje de Colón y maestro en la expedición de Ponce de León a La Florida. Rico encomendero, Bono de Quejo también se había dedicado al tráfico de esclavos y a la búsqueda de perlas. El del tesoro no fue el único problema. A él se añadió el de las indias. Ante el descontento de muchos, que creían poder quedarse con las que escogieran, Cortés ordenó que los esclavos se sacaran en almoneda, es decir, en subasta, para favorecer un reparto más equitativo. Esta polémica quedó en un segundo plano cuando volvió a aflorar la cuestión del oro y su reparto. En Segura de la Frontera, el metal andaba en el juego, por lo que Cortés mandó pregonar, anunciando graves penas, que se entregara el oro, de cuyo total devolvería un tercio. Hemos de recordar que la yegua con el

tesoro del rey se había perdido durante la Noche Triste. La decisión, que causó una larga polémica y un intercambio de acusaciones, provocó reacciones contradictorias. Muchos de los soldados se negaron a darlo, por lo que el capitán se lo incautó.

Aprovechando la situación de relativa calma, muchos de los del bando de Narváez pidieron poder regresar a Cuba. Cortés accedió, a pesar de que muchos mostraron su contrariedad al ver que la fuerza española se debilitaba. Del grupo que volvió a la isla, podemos citar, entre otros, a Andrés de Duero, los hermanos Bermúdez, Juan Bono de Quejo, Bernardino de Quesada, Francisco Velázquez *el Corcovado*, pariente del gobernador de Cuba, Gonzalo Carrasco, Melchor de Velasco, Leonel Cervantes, comendador de la orden de Santiago, el metelinense Maldonado, que estaba enfermo, y Vargas, *el Galán*.⁹⁸ También se marchó un piloto llamado Luis de Cárdenas, que se había sumado a la acusación de los dos reyes. Ello no fue inconveniente para que Cortés enviara con él trescientos pesos de oro destinados a su mujer, Catalina Suárez, que se hallaba en Cuba. Pedro de Alvarado se encargó de supervisar el embarque en el puerto.

Al igual que ocurrió en su día en Veracruz, en Segura de la Frontera se dejó a una veintena de soldados heridos y enfermos. A su cuidado quedó el capitán Francisco de Orozco. El resto del ejército, unos quinientos infantes y alrededor de cuarenta jinetes, se desplazó a Tlaxcala para preparar la ofensiva final sobre Tenochtitlan. Adelantándose a la tropa, Martín López llegó a la ciudad aliada. La primera orden que dio fue la de cortar madera.

BERGANTINES ENTRE VOLCANES

La epidemia de viruela no distinguía entre enemigos y aliados. Así, cuando los españoles llegaron a Tlaxcala, conocieron la noticia de que Maxixcatzin había muerto debido a la enfermedad. En señal de duelo, Cortés, sus capitanes y algunos soldados llevaron luto. Pese a aquella muerte, la supervivencia de Xicotécatl, *el Viejo* y de Chichimecatecle garantizaban la vigencia de la alianza hispano-tlaxcalteca. La crisis abierta por la muerte de Maxixcatzin fue rápidamente resuelta por el capitán, que dio el poder al hijo de este. Se trataba de un niño de doce años al que, después de ser armado caballero y bautizado, «llamáronle don Lorenzo Magiscacin, no poniéndole otro apellido de nuestra nasción, teniendo respecto a la nobleza e virtud de su padre».⁹⁹ Las aguas del bautismo también cayeron sobre las testas de los dos viejos caciques. A partir de entonces, Xicotécatl comenzó a llamarse don Lorenzo de Vargas. Bautizados los señores, Tlaxcala entró en el orbe cristiano, hecho que fue reivindicado años más tarde para obtener el favor de la Corona. No en vano se habían convertido en los primeros cristianos del Anáhuac, dando repetidas muestras de su lealtad.

En Tlaxcala comenzó a prepararse la toma final de la capital mexicana, diseñada como una operación anfibia en la que debían jugar un importante papel trece bergantines. La idea no era nueva. Ya en 1502, el Gran Capitán, por consejo de Pedro Navarro, empleó una veintena de pequeñas embarcaciones, transportadas por tierra, para la conquista de la insular Tarento, ciudad que tenía algunas similitudes con Tenochtitlan. No hemos de olvidar que en el ejército español iban algunos veteranos de las guerras de

Italia que bien pudieron rememorar aquella audacia de Gonzalo Fernández de Córdoba.

Los bergantines tenían dos palos, poco calado y fondo plano. A la acción de las velas se sumaba la de los remos. Esas características los hacían idóneos para navegar por la laguna, como se había podido comprobar en los ya lejanos días de convivencia con Moctezuma. El encargado de armarlos fue de nuevo Martín López, que construyó una nave capitana de unos veinte metros de eslora, y una docena con una longitud de unos diecisiete metros. Años más tarde, en 1539, su trabajo quedó reconocido en su escudo, en el cual figuraron dos bergantines sobre aguas de mar. Cuatro décadas después de su construcción, tal y como señaló Cervantes de Salazar, los barcos permanecían «enteros y sanos en las atarazanas de México, guardados, con razón, en memoria de tan notable hecho». Con la ayuda de Andrés Núñez, Diego Ramírez, *el Viejo*, y mano de obra indígena, López cortó la madera y la señaló, es decir, la numeró, para ser ensamblada posteriormente. De Veracruz, a cuyo puerto fue enviado el burgalés Santa Cruz, se trajeron la clavazón, las velas y las jarcias y anclas recuperadas de los navíos dados al través. En aquel astillero improvisado tierra adentro, probablemente trabajaron carpinteros, como Alvar López, Diego Hernández, Martín Alabés, Clemente de Barcelona o Francisco Rodríguez, pero también herreros, como Lázaro Guerrero, Andrés Martínez, Hernán Martín, Pero Hernández, Antón de Rodas, Andrés Núñez y Hernando de Aguilar, que fue apodado *Majayerro*. Por último, también se hicieron pegueras para obtener brea, sustancia desconocida hasta entonces por los tlaxcaltecas. Juan Gómez de Herrera fue quien se encargó de emplearla para calafatear los bergantines.¹⁰⁰

Entretanto, Cuauhtémoc no perdía el tiempo. Además de tratar de buscar nuevas alianzas, con algunos reveses como el recibido por parte de los tarascos, que no solo rechazaron su oferta, sino que incluso sacrificaron a sus embajadores, Tenochtitlan se preparó para el regreso de los barbudos, a los que los espías mexicas observaban. En el suelo de la ciudad se habían abierto trincheras y en muchas de sus calles se habían levantado albarradas. Con aquellas medidas, el nuevo emperador repetía de algún modo la estrategia de Moctezuma, que nunca llegó a batallar fuera de su ciudad. Consciente de su impotencia a campo abierto, Cuauhtémoc mandó preparar canoas y lanzas

largas para atacar a los caballos. También concentró en la ciudad todas las provisiones de los pueblos circundantes, a fin de que los españoles no tuvieran con qué alimentarse en sus inmediaciones.

Si los bergantines eran imprescindibles para entrar en Tenochtitlan, el mantenimiento del orden, acaso el factor principal de la conquista, era también esencial. Por tal motivo, el día 22 de diciembre de 1520, ante el escribano Juan de Ribera, se dictaron las *Ordenanzas militares y civiles*, que se hicieron públicas el miércoles 26, día de San Esteban, gracias a los pregones de Antón García. Las *Ordenanzas*, que tuvieron por testigos a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, Alonso de Grado, contador, y Rodrigo Álvarez Chico, veedor de Su Majestad, llevaban la impronta de Cortés, «capitán general y justicia mayor en esta Nueva España del Mar Océano, por el muy alto, muy poderoso e muy católico Don Carlos, nuestro señor, electo rey de Romanos, futuro emperador semper augustus, rey de España e de otros muchos grandes reinos e señoríos». Las normas, que se inspiraban en modelos clásicos, se redactaron para enfrentarse a «la más belicosa y astuta gente en la guerra, e de más géneros de armas que ninguna otra generación, especialmente por ser tanta que no tiene número, e nosotros tan pocos y tan apartados y destituidos de todo humano socorro». En cuanto a su contenido, las *Ordenanzas*, redactadas en primera persona por Cortés, comenzaban por hacer una declaración de intenciones que señalaban directamente a la idolatría de los naturales. La erradicación de esas y otras prácticas había movido al de Medellín, que hizo vocear los motivos de su acción: «Mi principal intención e motivo en hacer esta guerra e las otras que hiciere, por traer y reducir a los dichos naturales al dicho conocimiento de nuestra santa fe e creencia, y después por los sojuzgar e supeditar debajo del yugo e dominio imperial e real de su sacra Majestad, a quien jurídicamente el señorío de todas estas partes».

Las *Ordenanzas* también prohibían la blasfemia y castigaban duramente el juego, al que tan aficionados eran Cortés y Alvarado. No obstante, el de Medellín dejaba, nunca mejor dicho, la puerta abierta a ciertas salvedades: «Pero por cuanto en las guerras es bien que tenga la gente algún ejercicio, y se acostumbra y permítese que jueguen porque se eviten otros mayores inconvenientes; permítese que en el aposento donde yo estuviere se jueguen naipes e otros juegos moderadamente, con tanto que no sea a los dados; porque

allí excusarse han de no decir mal, e a lo menos si lo dijeren serán castigados». Quedaban también prohibidos, bajo pena de duros castigos, los enfrentamientos internos y las burlas. Por encima de todo, se incidía en la debida obediencia a cada una de las capitanías. El objetivo era incorporar una férrea disciplina dentro de unas filas cuya estructura quedó perfectamente definida «por cuanto cada capitán tenga mejor acaudillada su gente, mando que cada uno de los dichos capitanes tenga sus cuadrillas de veinte en veinte Españoles, y con cada una cuadrilla un cuadrillero o cabo de escuadra, que sea persona hábil y de quien se deba confiar, so la dicha pena». Cada capitán, al mando de unos cien hombres, debía llevar también su tambor y bandera. El modelo era el ya ensayado con éxito en Italia. En cuanto a las acciones de guerra, se insistía en el mantenimiento del buen orden, tanto en las marchas como en los ataques. También se prohibía el pillaje y se insistía en la obligación de acumular los tesoros para poder extraer de ellos el quinto real. El primero en probar los rigores de las *Ordenanzas* fue un soldado, Polanco, al que, por tomar cierta ropa a un indio, se le administraron cien azotes. Peor lo pasó otro apellidado Mora, que robó una gallina a un indio. Condenado a la horca, cuando ya le habían quitado la escalera y pataleaba en el aire, Alvarado cortó la soga del condenado, que salvó la vida, aunque durante un mes apenas pudo tragar.

El 28 de diciembre de 1520, día de los Santos Inocentes, el ejército abandonó Tlaxcala y tomó el camino hacia Tenochtitlan. Concretamente, se dirigió a Texcoco. Cortés pidió a Xicoténcatl diez mil indios, que le fueron concedidos. Como de costumbre, una vez abandonada la ciudad, una cuadrilla de corredores de campo marchó por delante del grueso de la tropa, en cuyo seno viajaba la artillería. Al igual que en el primer viaje hacia la capital, algunos pasos estaban obstruidos por árboles cortados. De nuevo, el frío mordió las carnes de los españoles durante la noche que pasaron alrededor de las hogueras, en la cima de la cordillera que los separaba del valle en que esperaba Tenochtitlan, lugar en el que, gracias a las señales de humo, pronto se supo del regreso de los cristianos. La bajada del puerto se hizo con las mayores cautelas posibles. La caballería iba por delante de los ballesteros y escopeteros, que antecedieron a los peones y a los guerreros tlaxcaltecas. Dos jornadas después de su salida de Tlaxcala, el grupo descansó en Coatepec,

lugar perteneciente a Texcoco, que hallaron despoblado. Allí recibieron la visita de Ixtlilxóchitl, hermano del ya fallecido Cacama y de Coanacochtzin, que selló una sólida alianza con Cortés, en quien probablemente vio la opción más realista de acceder al trono de Texcoco, ciudad a la que llegaron el último día de 1520. Antes de que la tropa entrara, cuatro indios salieron enarbolando una bandera de oro que Cortés entendió como señal de paz. Aquellos hombres, uno de los cuales era conocido, dijeron venir de parte de Coanacochtzin, quien rogaba que no se hiciera daño a su reino, al tiempo que acusaba en exclusiva a los de Tenochtitlan de todo lo ocurrido. La embajada, así lo contó Cortés, ofreció el vasallaje de Texcoco. El capitán se mostró receptivo a las ofertas, si bien les recordó que le habían matado a cinco de a caballo, cuarenta y cinco peones y trescientos tlaxcaltecas, que iban cargados de mucha plata y oro. Aunque eran dignos de ser ejecutados por haber matado a cristianos, Cortés, movido por su afán de lograr la paz, les pidió que les devolvieran aquellos metales. Los embajadores respondieron diciendo que el oro había sido llevado a Tenochtitlan, pero que buscarían de dónde sacarlo para devolvérselo. Fueron ellos quienes se ocuparon de habilitar el alojamiento de los españoles en Texcoco.

Cuando el ejército llegó a la ciudad, sus calles estaban vacías. Bajo una inquietante atmósfera, los soldados se alojaron en el palacio de Nazahualpilli, hijo de Nezahualcóyotl. Alvarado y Olid, al mando de un grupo de escopeteros, subieron a lo alto de una pirámide, desde donde vieron cómo se evacuaba la ciudad, tanto a pie como en canoa. La población civil no fue la única en huir, también lo había hecho Coanacochtzin. Aunque Cortés mandó pregonar que nadie, so pena de muerte, abandonara los suntuosos aposentos, la ciudad fue saqueada, y las escasas personas, mujeres y niños, que en ella permanecían fueron esclavizadas. Tres días después de instalarse en Texcoco, llegaron los señores de Coatlinchan y Huexotla, que pidieron perdón por los hechos del pasado y se ofrecieron como vasallos de los españoles. Cuauhtémoc reaccionó ofreciendo mejores condiciones para aquellos caciques que, firmes en su convicción, capturaron a los emisarios mexicas y los entregaron maniatados a Cortés. El capitán mandó que se les quitaran las ligaduras y los envió —«que lo pasado fuese pasado»— de regreso a la ciudad con una oferta de amistad.

Una semana después de instalarse en Texcoco, Cortés salió de la ciudad junto a doscientos españoles, entre los que había dieciocho de a caballo, treinta ballesteros y diez escopeteros, a los que se sumaron tres mil indios. Mientras Sandoval quedó en el real texcocano junto a unos trescientos cincuenta soldados, el contingente se dirigió hacia Iztapalapa en busca de alimentos. Tapia y Olid flanquearon a Cortés en una operación que también buscaba hostigar aquella posición y alejar a los tlaxcaltecas de Texcoco, para así evitar enfrentamientos entre recientes enemigos. Durante el avance hacia la zona meridional del lago, algunos guerreros salieron al paso del ejército. Cuando la tropa hispana se acercó a Iztapalapa, los mexicas abrieron una brecha en la calzada de Nezahualcóyotl, que dividía las aguas dulces de las saladas. Aunque el agua manaba con ímpetu, los soldados entraron en la ciudad, que también hallaron desierta. Cortés afirmó que en aquella jornada murieron más de seis mil ánimas entre hombres, mujeres y niños, muchos de ellos a manos de los tlaxcaltecas, sedientos de venganza. Al anoecer, antes de la retirada hacia Texcoco, que se hizo con las ropas empapadas, los soldados quemaron algunas casas. En la cortadura murieron ahogados algunos tlaxcaltecas, se perdió gran cantidad de las provisiones recogidas en la ciudad y la pólvora quedó inutilizada. Bernal Díaz del Castillo recibió un golpe con la punta de una lanza, del que conservó, hasta el fin de sus días, una cicatriz a la altura de la garganta. Cortés, en su *Tercera Carta de Relación*, dijo «y certifico a vuestra majestad que si aquella noche no pasáramos el agua o aguardáramos tres horas más, que ninguno de nosotros escapara, porque quedásemos cercados de agua, sin tener paso por parte alguna».¹⁰¹ A las bajas en las filas tlaxcaltecas ha de sumarse la muerte de un español, cuyo cadáver se llevó a Texcoco para darle sepultura en secreto. El primer encuentro en Iztapalapa sirvió a los cristianos para comprobar que la toma de la metrópoli no iba a ser sencilla. Sus defensores, aunque no llevaban la iniciativa, habían empezado a entender y prever los recursos tácticos de los españoles. Pese a todo, Texcoco continuaba siendo una posición muy sólida.

A pesar del revés de Iztapalapa, varios pueblos visitaron el real de los españoles para pedir la paz. Entre ellos estaban Otumba y Tepecoculco, pero también Mixquic y Venezuela, población situada dentro del agua, al sur del lago, que ofrecía atractivas posibilidades estratégicas. Alertados por estos

movimientos, los mexicas atacaron Coyoacán, en la calzada sudoeste, y Tepeyac, al norte. Con este doble golpe trataban de hacer una pinza sobre los barbudos y controlar las tierras de labor, provocando el desabastecimiento de estos. Era preciso garantizar el suministro de maíz, por lo que Cristóbal de Olid y Pedro de Alvarado salieron con veinte de a caballo, doscientos soldados, trece ballesteros y diez escopeteros, para despejar de mexicas los cultivos, que quedaron vigilados. A partir de entonces, los españoles pudieron disponer de unos alimentos que les fueron negados a sus adversarios, siempre dependientes de la llegada de grano desde el exterior de la laguna.

Si las embajadas recibidas eran importantes, mucho más lo fueron las que enviaron los señores de Chalco y Tlamalco, que mostraron su intención de unirse a los españoles para sacudirse la presión mexica. Consciente del valor de aquella oferta, Cortés envió hacia aquellos lugares a parte de su ejército. La vanguardia la ocuparon Sandoval y Francisco de Lugo, a la cabeza de dos compañías de hombres. Chalco garantizaba las comunicaciones con Tlaxcala, donde se seguía labrando la madera de los bergantines. De camino a la ciudad, la retaguardia de la comitiva, compuesta por cinco jinetes y otros tantos ballesteros inexpertos, fue atacada. Dos de estos últimos resultaron muertos y el resto, tanto hombres como animales, quedaron heridos. Antes de llegar a su destino, los españoles fueron nuevamente atacados. Las largas lanzas, o *tepoztopilli*, hirieron a media docena de cabalgaduras y a sus jinetes. Pese a todo, Sandoval salió victorioso de aquellos encuentros y entró en Chalco, donde fue recibido con júbilo. Allí pudo comprobar el avance de la epidemia, pues el cacique había muerto de viruela. Su última voluntad fue que sus herederos se acogieran al poder de los españoles. Así se hizo. Sandoval, acompañado por los hijos del monarca fallecido, regresó a Texcoco. Allí, Cortés los nombró nuevos señores de Chalco, Tlamanalco y Ayotzingo. Con ellos vinieron también algunos prisioneros mexicas, que fueron enviados a su ciudad para pedir a Cuauhtémoc que la entregara y evitara su destrucción y la de sus moradores, pues las riberas del lago estaban ya en gran medida controladas por los españoles. El emperador dio la callada por respuesta.

Una vez coronados aquellos señores, que entregaron trescientos pesos de oro, regresaron a Chalco escoltados por Sandoval, que había conseguido controlar las comunicaciones entre el campamento castellano y las ciudades de

Chalco y Tlaxcala. Texcoco también mantenía un contacto continuo con Veracruz. Los de Chalco no fueron los únicos señores colocados en el poder por los españoles. Puesto que Coanacochtzin no regresó de Tenochtitlan, en Texcoco se impuso un nuevo y manejable rey. La persona en la que recayó tal dignidad fue un muchacho, hermano ilegítimo de Coanacochtzin, que fue cristianizado con el nombre de don Hernando Cortés, a quien se hizo venir de Tlaxcala. De su tutela se encargaron Antonio de Villarreal y Pedro Sánchez Farfán, esposo de la valerosa María de Estrada. En Texcoco, Cortés mandó a los suyos que se vistiesen con ropas de guerra y que se tocasen trompetas y tambores. El capitán salió a un patio acompañado por el chico, al que sentó a su lado. Hecho el silencio, Cortés habló a los nobles de la ciudad para presentarles a su nuevo rey, al que condujo después a sus aposentos.

Además de traer a don Hernando, Sandoval fue también el elegido para conducir la madera de los bergantines ya preparada en Tlaxcala. Antes de llegar a la ciudad aliada, se desvió para pasar por Calpulalpan, renombrado como Pueblo Morisco. Cortés le había pedido que castigara a sus habitantes por la matanza cometida sobre los hombres conducidos por Juan de Alcántara. Cuando entraron en el lugar, los españoles se horrorizaron al ver la sangre de sus compatriotas en las paredes de los adoratorios. También pudieron contemplar en un altar dos barbudas caras desolladas y curtidas, vestimentas, y pieles y herraduras de cuatro caballos. Para completar la escena, aparecieron unas letras que un caballero venido con Narváez había escrito con unos tizones: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste con otros muchos que traía en mi compañía». A pesar de la crudeza de aquellas imágenes, el castigo no se ejecutó. Bernal expresó así lo ocurrido: «¿Qué remedio había ya que hacer sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo y no aguardaron, y llevaron sus mujeres e hijos, y algunas mujeres que se prendían lloraban por sus maridos y padres?». ¹⁰² Tras capturar a cuatro caciques, se les pidió que ordenaran a la población regresar. A partir de entonces, el pueblo Morisco quedó sujeto a los españoles.

Antes de entrar en Tlaxcala, Sandoval se topó con una larga hilera de hombres, ocho mil, que traían a cuestas la tablazón con la que habían de confeccionarse los bergantines, y dos mil tamemes encargados de llevar alimentos y agua. La fila, dirigida por Martín López, al que acompañaban

Ojeda y Márquez, protegida por los guerreros comandados por Chichimecatecle y los caciques Teuctepitl y Ayotecatl, tenía una longitud de diez kilómetros. Protegida por los hombres de Sandoval, repartidos por toda la caravana, el extremeño dejó la retaguardia para los tlaxcaltecas. Para ello hubo de doblegar la voluntad de Chichimecatecle, que se empeñaba en ir en vanguardia y asumir el mayor peligro. En esta disposición, la madera atravesó la sierra, cuyos caminos estaban nuevamente llenos de obstáculos. A mediados de febrero la caravana se presentó en Texcoco. Al compás de tambores y cornetas y de gritos de «¡Castilla, Castilla!» y «¡Tlaxcala, Tlaxcala!», los porteadores, encabezados por los principales tlaxcaltecas, que se engalanaron con mantas y penachos, entraron en Texcoco, donde Cortés y sus capitanes los recibieron.

Toda la madera quedó acopiada al lado de un canal de tres kilómetros de longitud que se excavó en la tierra para servir de astillero. Los bergantines debían ser montados lejos de las orillas del lago por motivos de seguridad, pues a la desembocadura del canal acudían de tanto en tanto canoas mexicas, que trataban de entorpecer las labores. Con los trabajos supervisados por Martín López, en el borde del canal se improvisaron unas fraguas, en las que se escuchó el martillar de Hernando de Aguilar y el del converso *Majayerro*, que acababa de perder a su esposa, Beatriz de Ordás, a causa de unas fiebres. El viejo Ramírez, cojo de una pierna, y el aserrador Diego Hernández, también trabajaron a las órdenes de López. Conocedor de aquellas actividades, con el recuerdo de los bergantines que habían surcado las aguas del lago, Cuauhtémoc trató de incendiarlos hasta en tres ocasiones. Mientras en Tlaxcala se supo de la llegada a Veracruz de una nao en la que venían treinta o cuarenta españoles, entre ellos algunos ballesteros, ocho caballos y escopetas y pólvora, además de la tripulación. Ignorantes de lo que ocurría tierra adentro, no se atrevían a abandonar el puerto.

EL ASEDIO DE TENOCHTITLAN

Desde Tenochtitlan, que comenzó a prepararse para repeler el asalto, Cuauhtémoc trató de atraerse la fidelidad de muchos pueblos con la exención del pago de tributos como reclamo. El armamento mexica también cambió. A la obsidiana le acompañó el acero. Las largas lanzas fueron rematadas con las espadas que habían obtenido de los españoles. Estos, por su parte, necesitaban ganar espacio, por lo que trataron de acordar las paces con los pueblos cercanos. Fracasadas las gestiones de sus emisarios, Cortés, acompañado por Alvarado y Olid, lanzó un ataque de castigo con veinticinco jinetes, trescientos infantes, seis piezas de artillería y los aliados tlaxcaltecas. En el real de Texcoco quedó Sandoval. Después de enfrentarse a algunos escuadrones mexicas y pasar la noche fuera del campamento, los españoles pusieron sus ojos en el pueblo insular de Xaltocán. Sabedores del daño que causaba la caballería, sus ocupantes llevaron el enfrentamiento hacia unos esteros, sin embargo, la maniobra no dio el resultado esperado y el pueblo, en su mayoría construido sobre palafitos, fue tomado y quemado, método que se empleó con frecuencia en adelante.

Un día más tarde, el objetivo fue Guautitlán, sitio que al hallarse desierto sirvió de aposento. Al amanecer, la tropa se dirigió a los pueblos ribereños de Teneyuca, lugar consagrado a Quetzalcóatl que llamaron «pueblo de las sierpes», y Azcapotzalco, el «pueblo de los plateros». Desde allí tomaron el camino hacia la ciudad tepaneca de Tlacopan o Tacuba. Con Texcoco en su poder, Cortés sabía del valor de Tacuba, miembro menor de la Triple Alianza. En aquella ciudad la táctica cambió. Fingiendo huir, sus defensores hicieron

entrar a los españoles en la calzada. Una vez allí, izaron un puente a sus espaldas. Sin espacio para la retirada, la tropa hispana fue atacada desde las canoas, la calzada y las azoteas. Cortés llegó a ser apresado, pero se zafó y salvó la vida. Mientras peleaba, el alférez de Pedro de Ircio, Juan Volante, cayó al agua y se sumergió con el estandarte en el que figuraba la imagen de la Virgen, logrando escapar de forma milagrosa. Enfrentado con él por un asunto de faldas, Ircio recogió el estandarte y le lanzó un grito que dejaba entrever el origen converso de aquel hombre: «¡Oh, traidor, crucificaste al Hijo y quieres ahora ahogar a la Madre!». De vuelta a tierra firme, se contabilizó la muerte de cinco soldados en aquella acometida. La toma de Tacuba se llevó a término después de numerosas escaramuzas y combates, que se prolongaron durante cinco días. En ellos se perdieron también dos caballos. Conseguida la victoria, la tropa se alojó en unas grandes casas, en las que permaneció seis días durante los cuales Cortés se dirigió a sus enemigos, tratando de disuadirles, bajo amenaza de ser destruidos. Cuando el capitán preguntó si entre los guerreros había algún señor principal, le respondieron que todos eran señores. De entre las filas españolas, una voz se elevó para advertir a los mexicas que morirían de hambre. Estos respondieron diciendo que, cuando la tuviesen, comerían las carnes de los españoles y de los tlaxcaltecas. Uno de ellos, incluso, se permitió arrojar unas tortas de maíz a los pies de los cristianos, diciendo: «Tomad y comed, si tenéis hambre, que nosotros ninguna tenemos».¹⁰³ A esa bravuconada le siguió una nueva pelea.

En sus escritos, Cortés dijo que la entrada en Tacuba la había hecho con el fin de hacer plática con los de Tenochtitlan. Al ver que sus intentos habían resultado estériles, resolvió volverse a Texcoco para agilizar los trabajos de liga, es decir, de ensamblaje, de los bergantines. Por el camino se sucedieron los combates, en los que la caballería volvió a mostrar su poder. De vuelta al campamento, el ejército hizo noche en Acolman, lugar hasta el que se acercó Gonzalo de Sandoval acompañado por sus hombres y varios caciques de Texcoco, incluido don Hernando. Todos juntos regresaron a Texcoco, donde los tlaxcaltecas, enriquecidos con los despojos de las batallas, pidieron licencia para regresar a su ciudad. El permiso les fue concedido, quedando un escaso número de ellos junto a los españoles.

En Texcoco, las labores de construcción de los bergantines iban a buen ritmo. Mientras se trabajaba con la madera, se recibieron visitas de pueblos que venían en son de paz. Entre estos destacaron Tuxpan, Maxcaltzingo y Nauthla, que se ofrecieron como vasallos del rey de España, culpando en exclusiva al ajusticiado Cuauhtemoc del ataque a Escalante. Cortés, más por conveniencia que por convicción, admitió esas excusas y aceptó el vasallaje, si bien por falta de efectivos no pudo garantizar la protección que solicitaban aquellos pueblos. Muchos de los soldados se hallaban heridos, otros, hasta ocho, habían muerto «de dolor de costado y de echar sangre cuajada revuelta con lodo por la boca y narices; y era el quebrantamiento de las armas, que siempre traíamos a cuestas, y de que a la continua íbamos a las entradas, y del polvo que en ellas tragábamos»,¹⁰⁴ aclaró Bernal. A los pueblos citados se sumaron los de Chalco y Tlamalcalco, que, hostigados por los mexicas, pidieron una mayor protección. Incapaz de socorrer a todos sus nuevos aliados, Cortés envió cartas en las que les pedía resistir. Papeles que, aunque eran ilegibles para aquellos hombres, causaban un fuerte impacto sobre ellos, haciendo que se sintieran respaldados.

De entre todas las posiciones ribereñas del lago, la de Chalco era la más importante, pues estaba situada en el camino que conducía a Tlaxcala y Veracruz. Por ese motivo, se envió una potente guarnición a las órdenes de Sandoval, que llevó consigo al capitán Luis Marín, veinte de a caballo, doscientos infantes, doce ballesteros y diez escopeteros. Dada la escasez de tlaxcaltecas, los guerreros texcocanos completaron el grupo. Al llegar a Tlamalcalco, sus habitantes los dirigieron hacia Huaxtepec. Antes de llegar, hicieron noche en Chimalhuacan. Allí se libró una áspera batalla, en la cual los caballos fueron atraídos hacia unas quebradas. Sobre la tierra quedó el cadáver del gran jinete Gonzalo Domínguez, combatiente en Tabasco, que murió aplastado bajo su caballo. En Huaxtepec, quince mil mexicanos volvieron a atacar, si bien la llanura del terreno favoreció a la caballería. Ya en el interior de la ciudad, mientras comían, los españoles fueron nuevamente atacados. Temiendo un nuevo asalto, los soldados pernoctaron en las huertas de la ciudad, que causaron admiración por la cantidad de hierbas medicinales y legumbres que en ellas se cultivaban. Pacificado Huaxtepec, donde la tropa descansó un par de días, Sandoval se dirigió hacia Acapistla, lugar fortificado

donde se había hecho fuerte una guarnición mexicana. Sandoval dudó si atacar, pero Marín le aconsejó que no pasara de largo, pues de hacerlo, los enemigos se envalentonarían. Iniciado el ataque, desde las alturas cayó una lluvia de lanzas, flechas y piedras. Un disparo de honda impactó en la cabeza de Sandoval, haciendo brotar su sangre. A pesar de las dificultades, aquella posición también fue tomada. En su narración, Cortés llegó a decir que, «despeñados de lo alto, que todos los que allí ese hallaron afirman que un río pequeño que cercaba casi aquel pueblo, por más de una hora fue teñido en sangre, y les estorbó de beber por entonces, porque como hacía mucho calor tenían necesidad de ello».¹⁰⁵

Aprovechando la ausencia de Sandoval, Cuauhtémoc lanzó sobre Chalco veinte mil guerreros a bordo de dos mil canoas. Cortés hizo regresar a Sandoval, a quien reprendió por no dejar asegurada aquella ciudad, en socorro de los de Chalco. Al llegar encontró que desde la ciudad se había pedido ayuda a Huexotzingo. La coalición había derrotado a los mexicas, que, a las bajas, unieron la certeza de que muchos de sus pueblos antaño tributarios, se habían convertido en enemigos que se atrevían a combatirles incluso en ausencia de los españoles. Sandoval regresó al real con los cuarenta caudillos capturados y con cierto número de esclavos, que fueron marcados con el hierro de Su Majestad. El joven capitán, dolido en su orgullo, se retiró a sus aposentos. Enterado Cortés de lo ocurrido, le hizo saber que todo se debía a un malentendido. Pronto, la relación entre aquellos vecinos de Medellín se restableció. En Texcoco, la presencia de los indios capturados generó una polémica. Según los conquistadores, aquellos hombres debían formar parte del botín de guerra y, por ende, debían ser valorados para su venta y reparto, una vez apartado el quinto real y el de Cortés. Descontentos, algunos de los soldados hicieron pasar a esclavos por siervos o naborías.

Mientras todo esto ocurría alrededor de la laguna, a la costa llegaron los barcos que trajeron a los de las «albardillas» y al rico y veterano Miguel Díaz de Aux, a los que ya nos referimos con anterioridad. Todos ellos sirvieron para aumentar la fuerza hispana. La llegada de otro navío vino a alterar el aspecto económico de la conquista. A bordo de aquel barco, procedente de España, vino el tesorero del rey, Julián de Alderete, vecino de Tordesillas, acompañado por su paisano Francisco de Orduña, *el Viejo*. A ellos hemos de

sumar al franciscano sevillano Pedro Melgarejo de Urrea; Antonio de Carvajal, hijo de una pescadera y un clérigo, a decir de Cortés; Jerónimo Ruiz de la Mota, que matrimonió con una de las cinco hijas que trajo Orduña tras la conquista; y Alonso Díaz de la Reguera. Junto a estos hombres también llegó gran cantidad de armas y pólvora, y la noticia del eclipse del obispo de Burgos en la Corte. El forcejeo que se mantenía en Castilla entre los representantes de Cortés y los de Velázquez comenzaba a decantarse a favor del conquistador. En la nave también vino el salmantino Pedro de Briones, que tenía cortados los lóbulos de las orejas. Según dijo, los había perdido durante las guerras de Italia, si bien muchos sospechaban que las amputaciones habían sido el castigo por la comisión de algún delito. Años más tarde, Briones, después de amotinarse en Guatemala, fue ahorcado.

A pesar de haber sido repelidos, los mexicanos volvieron a atacar Chalco. De nada sirvió el envío, el 27 de marzo de 1521, Miércoles Santo, de dos de los señores mexicas que permanecían en poder de los españoles. Los dos mandatarios pidieron llevar la oferta de paz en una carta. Cortés accedió y los hombres, escoltados por cinco jinetes hasta el borde de la laguna, marcharon hacia Tenochtitlan montados en canoas. Su envío fue estéril, pues el Sábado Santo unos mensajeros procedentes de Chalco avisaron de la llegada de varios escuadrones mexicas. Era preciso consolidar definitivamente esa posición, por lo que Cortés en persona, al mando de trescientos soldados, treinta jinetes, escopeteros y ballesteros, se dirigió hasta allí asistido por Alvarado, Tapia y Olid. A la comitiva, engrosada por tlaxcaltecas y texcocanos, se sumaron el tesorero Alderete, que sorprendió por su destreza con la ballesta, y fray Pedro Melgarejo, que se enriqueció años más tarde, gracias a la venta de unas bulas que los conquistadores compraron para limpiar los más oscuros episodios vividos en las tierras ya pacificadas. Los recientes desencuentros entre Cortés y Sandoval determinaron que este se quedara al resguardo de los bergantines. La tropa, en la que también estaban incluidos doña Marina y Jerónimo de Aguilar, hizo noche en Tlalmanalco. Allí, Cortés recurrió de nuevo a sus dotes de persuasión. Era fundamental ampliar el radio de sus alianzas y garantizar una zona segura antes de botar los bergantines. Texcoco, Chalco y Huexotzingo se sumaron a los tlaxcaltecas que permanecían leales a los españoles. Bernal señala la sed de venganza, pero

también de carne humana y de despojos, que empujaba a los aliados, comparándolos con la macabra imagen que se pudo ver algunas veces en Italia, cuando bandadas de cuervos seguían a las tropas a la espera de carroña humana.

Desplegado sobre el campo, el ejército llegó hasta un paraje dominado por un peñol cercano a Yautepec, en cuya cúspide se habían hecho fuertes los hombres de Cuauhtémoc. El valeroso alférez Cristóbal del Corral encabezó la ofensiva y comenzó a ascender entre una lluvia de proyectiles y piedras —las galgas de las que habla Bernal— que hicieron mucho daño en las filas españolas. El primero en caer fue el valenciano Martínez, al que de nada le valió la celada que cubría su cabeza. En el peñol también murieron Gaspar Sánchez, quizá el gaditano Cristóbal Bravo, maestro de uno de los navíos de la armada inicial, Alonso Rodríguez y otros dos soldados de los que no nos ha llegado su nombre. Corral, con su rostro bañado en sangre y la bandera rota, estuvo a punto de retroceder, justo en el momento en que acudió en su auxilio Pedro Barba, capitán de ballesteros, asistido por un par de soldados. Una nueva andanada de piedras acabó con uno de ellos e hirió al propio Barba. La escena, contemplada desde la llanura por Cortés y su tropa, se cerró con el repliegue de los hombres que se hallaban entre los riscos, que retiraron a los ocho compañeros muertos con los que se saldó la acometida.

Mientras se recuperaban, los españoles comprendieron la estrategia de los mexicas. Los del peñol habían intentado fijar la hueste enemiga en torno a ese hito, para permitir la llegada de más fuerzas que rodearan a todo el ejército enemigo. La llanura del lugar jugó, no obstante, a favor de los cristianos, que pudieron hacer galopar a sus corceles. Puestos en fuga los mexicas, la sed obligó a buscar agua. Creyendo encontrarla a los pies de otro risco, una lluvia de lanzas y flechas les recibió. Los mexicas, protegidos por unos mamparos en lo alto de la roca, disparaban sin que los arcabuces y las ballestas pudieran causarles daño. Tras los dos fracasos en los peñascos, los soldados pasaron la noche bajo unas moreras, sin agua que beber. En la oscuridad, tan solo rota por las hogueras, se acordó tratar de tomar una posición elevada para, desde allí, atacar el peñol. Los designados para esta misión fueron Barba, Alderete y Verdugo. En esta ocasión fue la sed, que también atacaba a los mexicas, la que decantó el breve combate, pues los

mexicas, incapaces de soportarla por más tiempo, pidieron la paz. Unas mujeres, agitando mantas y otras haciendo gestos como de amasar tortas, expresaron el deseo de que el ataque cesara. Quietas las armas, cinco caciques bajaron para acordar las paces. Los españoles las aceptaron pero solicitaron que los indios pidieran lo mismo a los del anterior peñasco. Mientras los indios regresaban con la respuesta, el alférez Corral y los capitanes Juan Jaramillo y Pedro de Ircio subieron a la planicie fortificada.

Desde aquella posición, después de descansar de nuevo en el vergel de Huaxtepec, el ejército pasó a Jilotepec. El siguiente destino fue Cuernavaca, ciudad protegida naturalmente por barrancos, a la que solo se podía entrar por unos puentes que sus habitantes rompieron antes de la llegada de los españoles. En vista de que el paso no era franco, se comenzó a buscar otro acceso. Subidos a unos árboles, algunos trataron de pasar al otro lado de una gran zanja inundada de agua. En el acrobático lance, uno de ellos se partió una pierna en su caída. Finalmente, treinta de ellos, incluido Bernal, lo consiguieron.

Mientras tanto, Olid y Tapia habían encontrado el modo de entrar a caballo. Viéndose rodeados, los defensores de la ciudad huyeron y muchos de ellos se despeñaron antes de que Cortés acudiera con el resto de la caballería. Alcanzada la victoria, el ejército se hizo con un gran despojo de indias y mantas. Como en anteriores ocasiones, tras la desbandada inicial, los señores, entre ellos el *tlatoani*, miembro de la familia real mexicana, regresaron con presentes e intenciones pacíficas, señalando a Cuauhtémoc como único responsable de su hostilidad. Ganada Cuernavaca, el siguiente lugar al que se dirigieron fue la ciudad lacustre de Xochimilco, repleta de palafitos. De camino a Xochimilco, después de atravesar unos pinares y un puerto, la sed hizo presa en los españoles, hasta el punto de que un soldado viejo y enfermo y algunos indios murieron deshidratados. Media docena de caballeros, entre ellos Cristóbal de Olid, Diego de Valdenebro y Pedro González de Trujillo, fueron enviados en busca de agua. Finalmente, esta se encontró en una casa de Xochimilco, donde tanto los jinetes como los animales bebieron hasta saciarse, antes de regresar a la fila con un cántaro, que alivió a sus compañeros.

La aparentemente apacible Xochimilco fue el escenario de una batalla más encarnizada de lo que cabía prever. La población, en la que se había concentrado un gran número de hombres de guerra, estaba preparada para resistir el ataque. Con la calzada quebrada y muchos mamparos dispuestos, los guerreros habían añadido a sus armas las de los españoles muertos. El ejército de Cortés atacó frontalmente y a punto estuvo de caer en una emboscada en el paso del puente roto, en el que muchos combatieron incluso desde el agua. Superado ese obstáculo, mientras el ejército entraba en la ciudad, a los xochimilcas se les unió la fuerza mexicana, unos diez mil hombres. En ese trance, *Romo*, el caballo de Cortés, se desplomó agotado, haciendo caer al de Medellín, que fue prendido por los mexicanos. Es fácil imaginar los gritos de júbilo de estos al capturar a Cortés. Sin embargo, las voces fueron de inmediato ahogadas, pues Cristóbal de Olea, junto a un tlaxcalteca, liberaron al capitán. Herido, pero ayudado por Olea, que recibió tres cuchilladas, el capitán volvió a subir a su caballo. Salvado Cortés, sus hombres se concentraron a su alrededor. El centro del ejército español quedó constituido por la caballería, protegida por la infantería. De este modo, tanto el capitán como Olea, favorecidos por la llegada de Andrés de Tapia y Cristóbal de Olid, que traía el rostro velado por la sangre y el caballo herido, pudieron retraerse para ser curados. Mientras se cauterizaban las llagas en un patio de la ciudad, se recibió otro ataque, al que se respondió con una cabalgada que permitió gozar de una cierta tranquilidad.

El ejército quedó concentrado en el centro ceremonial de Xochimilco, desde cuyas pirámides se veía la ciudad de Tenochtitlan. Desde las alturas, los vigías vieron que la laguna estaba cuajada por más de dos mil canoas. Cargadas de guerreros, sus proas apuntaban a los cristianos. A la flota se sumaba otra hueste, superior a los diez mil hombres, que avanzaba por tierra. El objetivo era cercar a los españoles en la ciudad, es decir, seguir una estrategia muy similar a la que propició la caída final de la capital mexicana. Con los caballos enfrenados y ensillados, los centinelas sintieron el desembarco de las canoas durante la noche. Alertado, Cortés se acercó sigilosamente y a punto estuvo de recibir una pedrada de Bernal y de un portugués llamado Gonzalo Sánchez, que velaban. La situación en el campamento español era muy comprometida, pues se había agotado la pólvora

y los ballesteros apenas tenían saetas, por lo cual, durante la noche, bajo la supervisión de Pedro Barba se fabricaron todas las posibles, empleando cobre para sus puntas ante la carencia de acero. De amanecida, los españoles pudieron comprobar que estaban cercados por sus enemigos. Era preciso reaccionar, por lo que lanzaron un furioso ataque que rompió el sitio. En él mataron a tres capitanes mexicas y prendieron a otros cinco, de los que se obtuvo valiosa información. Por ellos se supo que Cuauhtémoc tenía previsto realizar una serie de ataques en oleadas para agotar a los españoles, tratando de vencerlos apoyado en su superioridad numérica.

Xochimilco era una de las joyas de la Triple Alianza, por lo que algunos se entretuvieron en obtener un valioso botín compuesto principalmente por ropa y oro. En pleno saqueo, la flota mexica atacó, hiriendo a muchos y capturando a varios soldados. Conocemos el nombre de dos de ellos: Juan de Lara y Alonso Hernández, que fueron sacrificados en la pirámide de Huitzilopochtli. Una vez extraídos sus corazones, sus cabezas, brazos y piernas se enviaron a los pueblos que se habían aliado con los españoles, como prueba del poder mexica.

Durante cuatro días, la flota y la infantería mexica siguieron acosando a los españoles, que se movieron buscando un lugar más seguro. Dado que los caciques de Xochimilco no regresaron para prestar su juramento de vasallaje, Cortés ordenó incendiar la hermosa ciudad. Con el recuerdo vivo de lo ocurrido durante la Noche Triste, también pidió a sus hombres que anduvieran ligeros de equipaje y que renunciaran a algunas de las ganancias con las que cargaban. La petición causó cierto malestar entre una tropa que no estaba dispuesta a dejar atrás algunas de las riquezas que habían logrado con grave riesgo de sus vidas. Con Xochimilco reducido a cenizas, se reanudó la marcha, con el fardaje y los heridos en medio de la columna y la caballería en los extremos. En esta disposición se repelió otro ataque después del cual la caravana se movió hacia el despoblado Coyoacán. Después de descansar en aquel lugar, se reemprendió el viaje hacia Tacuba. Durante el trayecto fueron nuevamente atacados. En el intento de tender una trampa a los mexicas, Cortés se apartó con diez de a caballo, maniobra que los mexicanos aprovecharon para asaltarle. En aquella pelea perdió a dos de sus mozos de espuelas, Francisco Martín, apodado *Vendaval*, y Pedro Gallego, que corrieron la

misma suerte que Lara y Hernández. Las bajas pudieron ser mayores de no ser por los otros dos mozos de espuelas, Monroy y Tomás de Rijoles, que corrieron hasta la posición de Alvarado y Olid, con el fin de pedir socorro para su amo.

Ya a salvo, bajo un fuerte aguacero, la tropa, con muchos de los caballos heridos, entró en Tacuba. Traía el capitán una gran tristeza en su rostro por la muerte de los muchachos, que el bachiller Alonso Pérez, venido con Narváez, trató de aliviar con suaves palabras: «Señor capitán, no esté vuestra merced tan triste, que en las guerras estas cosas suelen acaecer, y no se dirá por vuestra merced: Mira Nero de Tarpeya a Roma cómo se ardía».¹⁰⁶

Mientras se disponían los aposentos, Alderete y Melgarejo subieron a la pirámide, cuya cúspide les sirvió de otero. Desde allí, fuertemente impresionados, vieron por primera vez la ciudad de Tenochtitlan y la laguna, plena de canoas. A su lado, Cortés se mantenía taciturno, hasta el punto de que su actitud dio lugar a estos versos:

En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado, triste
estaba y muy penoso, triste y con
gran cuidado, una mano en la mejilla
y la otra en el costado...

LA CONJURA DE VILLAFAÑA

Cesados los combates en las riberas del lago, cuando los soldados llevaban dos días descansando en Texcoco, se descubrió una conjura que buscaba acabar con Cortés, pero también con Sandoval, Alvarado y Tapia, entre otros. El cabecilla de la operación era el zamorano Antonio de Villafaña, gran amigo del gobernador de Cuba, que había sido tesorero en la expedición de Grijalva. Su habilidad contable le había llevado a administrar también los bienes de los que fueron muriendo en la Nueva España. Unas posesiones que algún día debían ser entregadas a sus herederos en Castilla.

Cortés solía comer con sus capitanes. Aprovechando una de esas comidas, se le haría entrega de una supuesta carta remitida por su padre, que habría llegado con el último navío venido de Castilla. Confiados en que la impaciencia por conocer el contenido de la misiva hiciera a don Hernán concentrarse en el papel, los traidores habían previsto acuchillarle a él y a sus capitanes. Consumados los asesinatos, el poder se entregaría a Francisco Verdugo, cuñado de Diego Velázquez, que, al parecer, era ajeno a aquellas intrigas. El plan tenía su eco en la costa. Narváez debía ser liberado en Veracruz, para regresar a Cuba a bordo de una carabela del comerciante de origen converso Pedro de Maluenda.

El complot fue descubierto gracias a la confesión de uno de los conjurados, un soldado apellidado Rojas, hermano de Juan de Rojas que murió en Cempoala. Rojas filtró a Cortés un plan probablemente pergeñado por Julián de Alderete. Después de escuchar aquella confesión, el capitán, tan protocolario como templado, llamó a su alguacil mayor, Gonzalo de Sandoval,

y le ordenó prender a Villafaña. Este guardaba en su pecho un papel, que se echó a la boca cuando estaba a punto de ser detenido. Antes de que se lo tragara, sus captores le apretaron la garganta hasta casi estrangularle. Cuando expulsó el billete, todavía podían identificarse trece o catorce nombres de personas relevantes involucradas en la conspiración. Ni siquiera el tormento logró que Villafaña confesara la identidad de otras personas implicadas en aquel negocio, más de trescientos si hemos de seguir a Cervantes de Salazar. La lista, según dijo, la había confeccionado él mismo, sin que los que en ella figuraban supieran nada. Cortés, que no quería debilitar su fuerza, no quiso seguir adelante con las averiguaciones. Concluido el juicio sumarísimo, acompañado por los alcaldes ordinarios, Luis Marín y Pedro de Ircio, y el maestro de campo Olid, Cortés, justicia mayor de la Nueva España, dictó la sentencia de muerte. Villafaña se confesó con el padre Juan Díaz y, aunque era hidalgo, fue ahorcado en una ventana de su propia casa, ante la mirada de sus cómplices y de quienes permanecían leales a Cortés.

Al día siguiente, después de asistir a misa, el capitán reunió a todos sus soldados y se permitió, incluso, elogiar a algunos de los integrantes de la lista incautada. En su discurso, encareció la lealtad e hidalguía de muchos de sus hombres, pero también advirtió de que quien tomara el camino de Villafaña hallaría un mismo final.

Se ha especulado mucho con respecto a las personas involucradas en aquel episodio. Junto a Alderete pudieron estar Pedro Barba y García de Holguín. También un Taborda al que se atormentó, sin que la tortura lograra arrancarle nombre alguno, antes de recibir una severa condena de destierro. Aquellos hechos, sin embargo, hicieron mella en el carácter de Cortés. Cervantes de Salazar anotó que «de ahí adelante se recató tanto, que jamás se quitó cota y jubón fuerte, y cuando sus muy amigos pensaban que dormía le hallaban velando, y cuando creían que estaba echado le hallaban que andaba mirando lo que los suyos hacían, de manera que de sueño ni de reposo tenía hora cierta para ser de repente salteado. Andaba de noche y de día con alguna guarda de los más amigos, cuyo Capitán era un Fulano de Quiñones».¹⁰⁷ Desde aquel suceso, Antonio de Quiñones y media docena de soldados escoltaron a Cortés en todo momento.

LA GUERRA ANFIBIA

Superada la crisis, se volvió al estado anterior, es decir, a rearmar a la tropa, tarea en la que colaboraron los pueblos aliados, que aportaron cobre para las puntas de las flechas de las ballestas. Tomando como modelos algunas unidades de las venidas de Castilla, aportaron más de cincuenta mil casquillos y saetas, que fueron supervisados por el capitán de ballesteros Pedro Barba. Junto a los proyectiles, se trenzaron muchas cuerdas para las ballestas, hechas con el hilo de Valencia, es decir, bramante, que había venido desde Veracruz. Desde la Villa Rica también llegó herraje para los caballos, que, una vez calzados, cabalgaron y maniobraron con mayor soltura. Era preciso acelerar estos trabajos, pues los bergantines ya disponían de jarcias, velas y remos. El canal navegable, en el que se insertaron esclusas para controlar su caudal, estaba preparado para la botadura de las embarcaciones.

Francisco Cervantes de Salazar,¹⁰⁸ que tuvo acceso a los escritos de Martín López, ofreció la descripción más precisa de lo que ocurrió en aquel muelle. El domingo 28 de abril de 1521, frente a los barcos ya terminados, fray Bartolomé de Olmedo, con todo el ejército destocado y arrodillado, «después de haber invocado el socorro y favor de la Virgen sin mancilla», los bendijo y los roció con agua bendita. Abierta la presa, los bergantines se adentraron en la laguna, mientras el sacerdote, hincado de rodillas y con sus manos alzadas al cielo, entonó el *Te Deum laudamus*. Dirigido por un capitán, en cada bergantín se embarcaron doce ballesteros y escopeteros, liberados del remo, del cual se hizo cargo una docena de hombres de mar, que en esta ocasión no recibirían paga, como era costumbre, sino una parte del botín. A

pesar de su condición, algunos hidalgos hubieron de empuñar los palos. La tripulación quedó completada con la inclusión de los artilleros, ocupados de los falconetes que se emplazaron en las proas de unas naves que fueron adornadas con banderas reales y propias. También gracias a Cervantes de Salazar, que obtuvo la información de Ruiz de la Mata, conocemos el nombre de los primeros capitanes: Juan Rodríguez de Villafuerte, Francisco Verdugo, Francisco Rodríguez Magariño, Cristóbal Flores, García de Holguín, Antonio de Carvajal, Pedro Barba, Jerónimo Ruiz de la Mata, Pedro Briones, Rodrigo Morejón de Lobera, Antonio de Sotelo y Juan de Portillo. Como capitán de la flota se hallaba Hernán Cortés. Durante el asedio se produjeron cambios en las capitanías, debido al fallecimiento de algunos de ellos. En la laguna murieron Barba, Portillo y Flores.

Ese mismo día se pasó revista a las tropas en los patios de la ciudad de Texcoco. Según Bernal, el recuento arrojó estas cifras: ochenta y cuatro jinetes, seiscientos cincuenta infantes de espada, rodela y lanceros, y ciento noventa y cuatro ballesteros y escopeteros. Tres cañones de hierro y quince tiros pequeños de bronce completaban el armamento, que se pronto se vio reforzado, pues Alonso de Ojeda se desplazó a la Villa Rica de Veracruz para traer dos tiros de artillería de hierro grueso incautados a las naves que habían llegado anteriormente. Terminado el alarde, se pregonaron las ordenanzas militares. En ellas se recordó que estaba prohibida la blasfemia y el maltrato o robo a los aliados indígenas. Los soldados, que en todo momento, incluso mientras dormían, debían ir armados y protegidos por sus armaduras acolchadas, no podían abandonar el real sin permiso. También se hizo especial insistencia en el rigor con que debían hacerse las vigilancias nocturnas. Por último, se advirtió de que la desertión estaba castigada con la muerte.

Con su ejército ordenado, Cortés envió cartas a Xicotécatl, *el Viejo*, y a Chichimecatecle. En ellas se les informaba de que, pasado el Corpus Christi, comenzaría el asedio de Tenochtitlan.

Las misivas contenían la petición de un envío de veinte mil hombres de guerra, que debían reunirse con gentes de Huexotzingo y Cholula. En aquellas letras se les recordó que en todas las batallas habían obtenido despojos, en alusión a las riquezas, pero también a los prisioneros, susceptibles de ser devorados por los de Tlaxcala. Estas ciudades no fueron las únicas a las que

se enviaron peticiones de ayuda. Chalco y Tlamanalco también recibieron mensajes parecidos. Como en anteriores ocasiones, los aliados respondieron. Al saber de su llegada, Cortés, acompañado por Alvarado y otros capitanes, salió a recibirles fuera de Texcoco. Capitaneada por Xicoténcatl, *el Mozo*, la tropa tlaxcalteca, vistosamente ataviada, volvió a rugir a los gritos de «¡Castilla, Castilla!» y «¡Tlaxcala, Tlaxcala!». Mientras el ejército tlaxcalteca se aposentaba en Texcoco, los de Huexotzingo y Cholula se instalaron en Chalco. No fueron estas las únicas fuerzas que llegaron a las riberas de la laguna. A Texcoco llegó por sorpresa una carta procedente de Segura de la Frontera, reenviada por Pedro de Ircio. Su autor era Hernando de Barrientos, del que nada se sabía desde el regreso de Tobilla. Por ella se supo que Barrientos seguía con vida y se había convertido en el jefe militar de los chinantecas. A los conocimientos tácticos, Barrientos unía su astucia. La anécdota la consigna también Cervantes de Salazar. En una ocasión, recelando de una traición, esparció pólvora por el suelo de su tienda y convocó allí a los señores. Mientras estos escuchaban en cuclillas las palabras de reproche del español, este, con una varilla prendida por uno de los extremos, les dijo que tal era su poder que podía quemar a todos con solo tocar el suelo con aquella vara. Así fue, en cuanto el fuego entró en contacto con la pólvora mezclada con la arena, la explosión quemó las nalgas de los indios, que quedaron espantados. Anécdotas al margen, lo cierto es que Barrientos se convirtió en el caudillo de las tropas chinantecas, con las que fue capaz de frenar las embestidas lanzadas por los mexicas después de la Noche Triste. Fortalecido de este modo, en la carta preguntaba por Cortés y solicitaba el envío de veinte o treinta españoles para garantizar la recolecta del cacao. Hecho esto, él iría con dos principales, dispuestos a sellar una alianza con los cristianos.

Con toda aquella fuerza bélica concentrada en Texcoco y la flota ya operativa, el primer objetivo previsto era el bloqueo de las calzadas. Para ello, el grueso del ejército se dividió en tres columnas. Pedro de Alvarado fue nombrado capitán de ciento cincuenta infantes, treinta de a caballo y dieciocho escopeteros y ballesteros, y veinticinco mil tlaxcaltecas al mando de Xicoténcatl. A Alvarado le asistían su hermano menor, Jorge, Gutierre de Badajoz y Andrés de Monjaraz, que llevaba a su lado a su hermano, el blasfemo Gregorio, que quedó sordo durante la toma de la ciudad. Esta terna,

de total confianza, quedó al mando de las tres compañías en las que se dividió la tropa. Cada una de las cuales contaba con cincuenta de a pie y seis hombres para disparar. Alvarado quedó a cargo de la caballería. Según su propio testimonio, en esta capitania combatió Bernal Díaz del Castillo, que, años después, pasó a Guatemala junto a su capitán. A este contingente se le encomendó la misión de sitiar Tacuba. La segunda capitania estaba encabezada por Cristóbal de Olid. Su estructura y número de efectivos era similar a la de Alvarado. Treinta y tres jinetes, ciento setenta y cinco soldados y veinte escopeteros y ballesteros, a los que se unieron veinte mil indígenas. Al frente de las compañías iban Andrés de Tapia y Francisco de Lugo. Una vez organizados, los hombres de Olid debían dirigirse a Coyoacán. La última de las capitancias correspondió a Gonzalo de Sandoval, al que se le entregaron veinticuatro caballos, catorce escopeteros y ballesteros y ciento cincuenta infantes, acompañados de los hombres aportados por Cholula y Huexotzingo. Sus capitanes fueron Luis Marín y Pedro de Ircio, que se repartieron la tropa, dejando la caballería a Sandoval. El destino de esta capitania fue la calzada sur, la de Iztapalapa, si bien su partida debía coordinarse con el avance de Cortés por el agua. Con las fuerzas divididas, tan solo quedaba libre para los de Tenochtitlan la calzada norte, la de Tepeyac, por la que durante un tiempo entraron las magras provisiones con que la ciudad resistió un asedio que dio comienzo el primero de junio.

Mientras se desplegaba la ofensiva, ocurrió algo inesperado. Con la misión de despejar el camino, los indígenas fueron enviados por delante. Fue entonces cuando en las inmediaciones de Tacuba se echó en falta al tornadizo Xicotécatl, *el Mozo*, que había decidido regresar a Tlaxcala para tomar el poder de la ciudad, aprovechando la ausencia de Chichimecatecle. Su ausencia fue interpretada como un acto de desertión, pues no en vano Tlaxcala estaba sujeta a la Corona española. Enterado de la traición, Chichimecatecle regresó a Texcoco para informar a Cortés, que ordenó detener al desertor. El rebelde, que trató de sobornar a Ojeda para que le dejara escapar, fue ahorcado en las ramas de un gran árbol, después de que hasta su propio padre renegara de él. El 13 de mayo, las capitancias de Olid y Alvarado partieron juntas en dirección a Acolman. Cuenta Bernal que Alvarado tenía previsto alojarse en algunas viviendas de aquella población; sin embargo, cuando llegó

vio que estas las había reservado Olid. Las casas habían quedado señaladas con ramos verdes que se colgaron de sus azoteas. Este hecho, que dio pie a un amago de enfrentamiento entre las respectivas tropas, hizo que entre los capitanes naciera una enemistad que se mantuvo en el tiempo. Cuando Cortés fue informado de aquella pugna, envió a fray Pedro Melgarejo y a Luis Marín para apaciguar los ánimos. El rifirrafe de los ramos verdes da cuenta de la tensión que reinaba en los prolegómenos del sitio de Tenochtitlan. Como en anteriores ocasiones, las tropas hallaron la población desierta. De igual manera encontraron Tenayuca y Azcapotzalco. La siguiente parada llevó a ambas capitanías a las inmediaciones de Tacuba, desde donde oyeron el griterío, los insultos y provocaciones nocturnas de los mexicas, que con sus canoas o por la calzada se acercaban a las posiciones españolas. Sabedores de que se trataba de una artimaña, estos se mantuvieron inmutables, pues el objetivo que les había llevado hasta allí era quebrantar el acueducto de Chapultepec, que proveía de agua a la ciudad, algo que sospechaban o intuían los mexicas, pues colocaron guerreros para proteger esa vital estructura. La fuerza indígena fue, no obstante, insuficiente. Puesta en huida, los soldados rompieron los caños. La carencia de agua, unida al hacinamiento y la escasez de alimentos, favoreció la propagación de las epidemias, que mermaron decisivamente a los que permanecieron dentro de la ciudad. Destruído el acueducto, la tropa hispana trató de llegar hasta el primer puente de la calzada de Tacuba. Los mexicas, que repelieron el ataque por tierra y agua, querían que los españoles pasaran esa primera cortadura para bloquear su retirada y dejarlos aislados en una vía que tenía ocho pasos de anchura. Sin posibilidad de maniobra para la caballería, hostigada por largas lanzas, con unos arcabuces y ballestas que apenas causaban daño, pues las canoas habían incorporado paramentos de madera que repelían los proyectiles, esta primera entrada española fracasó. La tropa, entre el júbilo mexicana, se retiró a Tacuba dejando muertos en aquel paso a ocho hombres y un caballo. Aunque Alvarado le rogó que permaneciera junto a él, Olid partió hacia Coyoacán al día siguiente.

Mientras tanto, Sandoval se había desplazado a Iztapalapa. En cuanto llegó a la ciudad, comenzó a incendiar sus casas, de las cuales solo dejó en pie los palafitos. El incendio hizo que los guerreros se retiraran en sus canoas

y le permitió asentarse en aquel lugar. Poco después, Cortés comenzó a navegar por la laguna. El primer objetivo de la armada fue el peñón de Tepepolco, en el que se hallaba el templo dedicado al dios Xóloc, hermano gemelo de Quetzalcóatl. Aquel era un enclave estratégico próximo a la calzada de Iztapalapa, en cuya cumbre se había resguardado un gran número de mexicas que pidieron auxilio por medio de señales de humo. Aunque desde su cumbre tiraban gran cantidad de piedras y flechas, Cortés logró desembarcar y ganó aquel enclave, en cuyas fortificaciones se instalaron varios cañones que permitían cubrir el avance de las tropas de Sandoval por tierra. A pesar de aquella toma, las señales de humo hicieron que la flota mexica comenzara a moverse. Al ver tanta multitud de embarcaciones, Cortés regresó a los bergantines y ordenó que los barcos se mantuvieran quietos. Cuando las canoas se acercaban a las naves detenidas en el agua, el viento, que comenzó a soplar con fuerza, hinchó las velas y permitió que las proas españolas las embistieran, volcando muchas de ellas y poniendo en fuga a otras tantas, que se refugiaron entre los postes de las casas emplazadas en el agua. La acometida de Cortés espoleó a los hombres de Sandoval, que penetraron en la calzada. Desde Iztapalapa, donde los combates continuaron durante varios días, Cortés acudió en apoyo de Olid. En esta ocasión los falconetes resultaron decisivos. Sin embargo, en un descuido, la pólvora se quemó, por lo que una de las naves hubo de volver al lugar de Sandoval para traer toda la que le quedara. Días más tarde, el joven capitán, herido en un pie por una lanzada, logró hacerse con el punto en el que se bifurcaba la calzada, que tomó con veintitrés caballos y ciento once peones.

Cortés y sus capitanes no fueron los únicos que participaron en estas operaciones. A ellos se sumó Ixtlilxóchitl, que, convertido en *cihuacóatl*, lideró las tropas de don Hernando, soberano de Texcoco. El joven capitán, al mando de treinta mil texcocanos, salió en ayuda de Cortés. No hay duda de que la visión de aquellos guerreros combatiendo al lado de los españoles y encabezados por un príncipe perteneciente a la nobleza de Texcoco debió de afectar profundamente a los de Tenochtitlan.

El siguiente movimiento correspondió a Alvarado, que se internó en la calzada de Tacuba con mayor orden que en la anterior ocasión. Esta vez los caballos se quedaron en tierra, mientras los escopeteros y ballesteros

avanzaban. Se trataba de evitar otra emboscada, cubriendo la retaguardia. Con cada tramo que se ganaba, se rellenaban con madera y escombros los hoyos abiertos por los mexicas, si bien estos los volvían a abrir por la noche para impedir la entrada de la caballería. El paso de las jornadas demostró que el avance solo sería posible gracias a una ofensiva anfibia. Por ello, los bergantines se dividieron. Cuatro cubrirían a Alvarado, seis a Olid y dos a Sandoval. El bergantín más pequeño, llamado *Busca Ruido*, dada su endeblez, quedó descartado. Su tripulación se repartió entre el resto de barcas. Con aquella reordenación se buscaba desencadenar una ofensiva total, simultánea, que atacara por tres sitios y alcanzara el corazón de la ciudad. La estrategia dio momentáneamente los resultados apetecidos. Alvarado, protegido por un par de barcos en cada flanco, logró avanzar en la vía de Tacuba. La penetración se hizo no sin grandes esfuerzos, pues los mexicas se relevaban constantemente en el frente de batalla. A los escuadrones de refresco se incorporaron incluso mujeres. El desgaste era enorme, porque cada puente ganado durante el día se perdía por la noche, pues el limitado número de soldados no permitía guardarlos en la oscuridad. Mientras los mexicas aprovechaban para entorpecer la circulación de los bergantines, en el campamento español se atendía a los heridos. Allí, entre el rumor de salmos, las heridas se quemaban con aceite y se entrapajaban. En estas tareas se mostró muy diestro el artillero Juan Catalán, pero también la piadosa Isabel Rodríguez y la mulata Beatriz de Palacios, esposa de Pedro de Escobar, a quien en ocasiones relevaba en las guardias nocturnas. Francisco de Aguilar sumó a estos nombres los de dos italianos que curaron a muchos con lana de escocia.

Si las embarcaciones constituyeron un factor decisivo en la entrada en la ciudad, hasta el punto de que Cortés se refirió a ellos como «la llave de toda la guerra», los caballos resultaron menos operativos, pues no podían moverse con la facilidad con la que lo hacían en campo abierto. Además, en las estrechas calzadas, los animales eran blanco fácil de los mexicas, que los herían con flechas y piedras, pero también con largas lanzas en las cuales habían engastado las armas de acero perdidas durante la Noche Triste. Pese al gran esfuerzo, los españoles iban ganando terreno lentamente. Prueba de ello es el hecho de que Cuauhtémoc trasladó su cuartel general desde el centro de

la ciudad a un lugar más alejado de la entrada de las calzadas, concretamente a Tlatelolco, lugar al que se llevó la figura de Huitzilopochtli.

Cansados de ganar y perder terreno, de abatir empalizadas en peleas cuerpo a cuerpo, de rellenar los huecos para luego retroceder y ver que estos amanecían abiertos, los barbudos decidieron cambiar su estrategia. Era preciso instalarse dentro de la laguna. En el caso de la columna de Alvarado, el lugar escogido fue una plaza donde se alzaban unos templos. Hasta allí pasó solamente la infantería. Los caballos y los aliados permanecieron en Tacuba. En adelante no se limitarían a consolidar la posición en la calzada, sino que comenzarían a demoler edificios para despejar el incierto frente de combate. Para hundir las casas se descartó el uso del fuego, pues, como estaban asentadas sobre el agua, era muy difícil que este se propagara. Esta vez, el avance debía ser definitivo, por lo que, asumiendo grandes riesgos, se organizó una potente guardia, compuesta por cuarenta soldados que velaban de día y de noche para evitar que los mexicas recuperaran terreno. En la retaguardia de Tacuba también se pusieron velas cuando se supo que Cuauhtémoc tenía la intención de hacer caer sobre ese punto a sus aliados del contorno del lago.

A pesar de la destrucción del acueducto, los mexicas recibían agua y comida gracias a las canoas. Era preciso yugular esta vía de abastecimiento. Con ese fin, dos bergantines comenzaron a patrullar por la noche para interceptar las canoas. Los alimentos que se incautaron en la laguna enriquecieron la dieta de los españoles, que hasta ese momento apenas se alimentaban de las tortillas elaboradas por las mujeres tlaxcaltecas y por algunas verduras y frutas, especialmente higos. Viendo el gran daño que los bergantines producían, los mexicas escondieron treinta grandes piraguas en un cañaveral. Antes de anochecer, varias de ellas, cargadas con provisiones, llamaron la atención de los españoles. En realidad se trataba de un cebo que estos mordieron, pues las barcas condujeron a los bergantines al lugar donde estaban hincadas las estacas. Allí, las naves encallaron y recibieron el ataque del resto de piraguas. Entre aquellos cañizos, los capitanes Juan Portillo, experimentado soldado de las guerras de Italia, y Pedro Barba, que no pudo superar las heridas recibidas, perdieron la vida.

Si esto es lo que ocurría sobre el agua, el asedio, con el derrumbamiento y la quema de los edificios, continuaba en tierra. Los escombros de las casas servían para cegar las aberturas en el suelo, labor encomendada a los de Tlaxcala. Eliminadas las viviendas, parte de la caballería, que había sido anteriormente atacada desde las azoteas, pudo entrar en la calzada. Viendo el peligro que esto suponía, los mexicas abrieron una gran zanja en la calzada de Tacuba, en la que colocaron una albarrada. La cortadura estaba, además, protegida lateralmente por estacas que impedían el acercamiento de los bergantines. Con aquellas trampas preparadas, los mexicas enviaron tres grandes escuadrones sobre Alvarado. Después de esa acometida, los de la ciudad fingieron replegarse. Creyendo tener a su alcance la victoria definitiva, Alvarado lanzó un profundo ataque en la calzada, con el que trataba de adentrarse hasta el mercado de la ciudad. En su ímpetu, dejó atrás un paso muy ancho, que no cegó convenientemente. Volviendo sobre los pasos de su fingida retirada, los mexicas envolvieron a los españoles, que iniciaron un atropellado repliegue. Puestos en retirada, a sus espaldas aguardaba una gran cantidad de canoas. Aterrorizados, algunos se tiraron al agua, rompiendo el orden que garantizaba la seguridad del grupo. La caballería trató de repeler el ataque, si bien el mal estado del suelo dificultó mucho sus acciones. Allí murieron un animal y su jinete. En cuanto a los de a pie, cinco soldados fueron apresados y llevados a las pirámides para ser sacrificados. Asimismo Bernal fue apresado, aunque pudo zafarse a cuchilladas de sus captores. Los bergantines, bloqueados en las estacas, también recibieron daño. Dos remeros perdieron la vida y otros muchos quedaron heridos. Con gran dificultad, la columna de Alvarado regresó a su real. Allí, la artillería frenó definitivamente la ofensiva indígena. Así terminó en Tacuba la jornada del domingo 24 de junio de 1521, día de San Juan. Enterado del desastre, Cortés envió un mensaje desde su bergantín, en el que insistió en la importancia de taponar todos los hoyos de la calzada. Además ordenó que los caballos pasaran a la vía y permanecieran en ella día y noche, siempre ensillados. Los centinelas debían, también, extremar su alerta.

Si esto ocurría en Tacuba, la flota mandada por Cortés no descansaba. Las dos naves seguían haciendo sus batidas nocturnas. Ellas fueron las que interceptaron una canoa en la que viajaban dos señores. Por ellos se supo que

estaba preparada otra emboscada similar a la de las piraguas. La valiosa información sirvió a los españoles para tomar la iniciativa. Replicando la acción anterior de los mexicas, uno de los bergantines se acercó al lugar donde aguardaban las piraguas. Una vez allí, se dio a la fuga bruscamente, desencadenando la persecución de estas, que acabaron encontrándose de frente con el resto de la armada. Los bergantines, con su carga de fuego, destruyeron las piraguas. La demostración de fuerza naval determinó que los pueblos ribereños de Iztapalapa, Mixquic o Culhuacán solicitaran el perdón de Cortés, a quien aseguraron que guerreaban obligados por Cuauhtémoc. A partir de entonces, los bergantines estuvieron asistidos por las canoas que aportaron estas poblaciones. Reforzada la fuerza naval, las tres columnas de tierra rivalizaban en sus entradas en la ciudad, uniéndose en las salidas como medida de seguridad.

En vista de que las emboscadas, tanto por tierra como por agua, no daban los frutos esperados, Cuauhtémoc cambió de estrategia. Su idea era atacar de noche los tres campamentos españoles con el grueso de su ejército, apoyado por la flota de canoas. Los bergantines poco podrían hacer, pues se hincaron más estacas para limitar sus movimientos por la laguna. Los ataques, sin embargo, no causaron el efecto esperado, por lo que Cuauhtémoc condujo a su ejército. Al alba, toda su fuerza se concentraría en la calzada de Tacuba. La acometida fue repelida a duras penas. En ella perdieron la vida ocho soldados y resultaron heridos otros muchos, entre ellos Alvarado, que recibió una pedrada en la cabeza. A pesar de la violencia de aquel encuentro, la fuerza española se impuso. Muchos guerreros mexicas murieron y otros, algunos muy valiosos, fueron hechos prisioneros. Después de tantas jornadas de lucha, el agotamiento se hacía sentir, pues durante la noche no había descanso. El esfuerzo que suponían los continuos turnos de vigilancia y la cantidad de hombres heridos que dejaba cada enfrentamiento, por victorioso que este fuera, comenzaban a debilitar al ejército. En estas circunstancias, Cortés propuso a sus capitanes entrar hasta Tlatelolco y establecer allí un campamento. Concertado el plan, las angostas calles de Tlatelolco terminaron por constituirse en una tela de araña en la que quedaron atrapados los españoles.

EL DÉDALO DE TLATELOLCO

La decisión de atacar Tlatelolco fue muy discutida. Algunos se mostraron partidarios de seguir demoliendo e incendiando casas, pues, de entrar en esa zona de la ciudad, los mexicas podrían recuperar las calzadas, romper los puentes y dejar aislado al ejército español. El recuerdo de la Noche Triste pesaba en el ánimo de los que así se manifestaron. Pese a las reticencias, se tomó la decisión de entrar en Tlatelolco para ganar su gran centro ceremonial. Entre los partidarios de hacer aquella entrada estaba Alderete. Sus poderosos contactos en Castilla le otorgaban autoridad, máxime teniendo en cuenta que no se tenían noticias del resultado de las gestiones para las que fueron enviados los procuradores desde Veracruz. Frente a la impaciencia de algunos, Cortés prefería ralentizar los movimientos, pues todavía creía posible que Cuauhtémoc reconsiderara su posición y cesara la violencia. No obstante, una vez se tomó la decisión de atacar, mandó recado a Gonzalo de Sandoval para que acudiera al campamento de Alvarado con diez de a caballo, cien peones y quince ballesteros y escopeteros. En una maniobra coordinada, todas las columnas, seguidas por los aliados indígenas y cubiertas por los bergantines, se desplazaron hacia el norte. Tres calles permitían acceder a Tlatelolco. Por ello, los españoles se dividieron en tres partes.¹⁰⁹ Una, encabezada por Alderete, llevaba sesenta soldados, veinte mil indios, ocho caballos y doce azadoneros y gastadores para cegar las acequias y derribar las casas; por otra calle habían de entrar Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado con ochenta españoles, ocho de a caballo y más de diez mil indios. Cortés debía internarse por una calle angosta, seguido por cien peones, entre ellos veinticinco

ballesteros y escopeteros, y ocho de a caballo. Un gran número de indios debía llegar hasta la boca de la calle, con la orden de mantenerse allí hasta el momento en el que se les ordenara entrar. Antes de iniciar la operación, Cortés insistió en la importancia de cegar todos los puentes que fueran tomados.

Todo transcurría según lo previsto hasta que ocurrió el desastre. A la cabeza de sus hombres, el capitán avanzó por una calzada enlodada. Como en otras ocasiones, los mexicas alternaban los ataques con las huidas, tratando de atraer a sus enemigos. Fue entonces cuando, impulsados por el ansia de victoria, los hombres de Cortés dejaron cegada deficientemente, con madera y carrizo, una cortadura a sus espaldas. Dando la réplica a su entrada, los escuadrones mexicas cayeron con inusitada furia sobre la tropa. Desatado el pánico, la formación se rompió en su repliegue. En el puente fueron apresados un buen número de españoles y ocho monturas. No hay acuerdo sobre las cifras. Las bajas oscilan entre los sesenta y seis soldados referidos por Bernal y los treinta y cinco o cuarenta que consignó Cervantes de Salazar, apoyándose en el dato ofrecido por Cortés. En plena confusión, el de Medellín, que, herido en una pierna, trataba de contener el miedo de sus hombres, fue apresado. Cuando ya lo arrastraban, llegó de nuevo Cristóbal de Olea, ayudado por Hernando de Lerma, que recibió una lanzada en la garganta. Según Motolinía, en el rescate también participó un indio llamado Bautista. Entre todos lograron liberar a Cortés, si bien Olea pagó con su vida su acción heroica. Tenía veintiséis años.

Avisado del gran riesgo que en ese lugar se corría, Olid acudió hasta el puente. Allí, Antonio de Quiñones, jefe de la guardia personal de Cortés, logró retirar al capitán, que quería seguir peleando. Entre todos lo montaron en un caballo traído por su mayordomo, Cristóbal de Guzmán, que también fue abatido. Su muerte fue muy sentida por Cortés.

Con la tropa de Cortés en fuga, los mexicas introdujeron en escena algunos efectistas recursos destinados a minar la moral de los españoles. La columna de Alvarado, que había partido de Tacuba, se topó con los escuadrones mexicas que, entre un ensordecedor griterío, lanzaron las ensangrentadas cabezas de cinco españoles. «Así os mataremos como hemos muerto a Malinche y Sandoval», fue su mensaje. Otras tres cabezas desfiguradas fueron arrojadas a la columna de Alderete.

El rumor de que Cortés había sido asesinado corrió por todo el ejército. Aquellas imágenes impresionaron a los españoles, pero aún más a los tlaxcaltecas, que empezaron a dudar de sus aliados. Asustados, los tlaxcaltecas se retiraron, temiendo que, de continuar apoyando a los vulnerables extranjeros, tras su derrota recibirían aún mayores castigos.

Pese a la fe que el ejército, salvo excepciones, siempre tuvo en Cortés —«pusiéramos la vida por él», dice Bernal—, la inquietud hizo presa en la columna de Alvarado, pues no tenían noticias de él ni de Sandoval. La situación era crítica, máxime cuando se vio cómo uno de los bergantines fue asaltado por los mexicas, que no se hicieron con él gracias a la reacción de Juan Jaramillo. La flota española estaba seriamente amenazada. Los dos bergantines que guardaban en la calzada de Tenayuca entraron por un canal de agua hasta cerca del templo. En su avance, el de Flores quedó atrapado en una calle, desde donde pudo ver el sacrificio de algunos compañeros. En plena refriega, los mexicas le arrojaron unas calzas y un jubón desde una azotea. La nave en la que iba Juan de Limpias, que en aquel trance perdió el oído, también pasó por serias dificultades y solo pudo salvarse gracias al esfuerzo titánico de sus remeros, que consiguieron impulsar el barco con tanta fuerza como para romper la estacada en la que estaban atrapados.

A pesar de los rumores, Cortés seguía vivo. Ya en su campamento, recibió cuatro cabezas de españoles. Dos de ellas, a decir de los enemigos, pertenecían a Alvarado y a Sandoval. Era necesario conocer la situación de sus capitanes, por lo que envió a la posición del primero de ellos, a Andrés de Tapia, acompañado por los jinetes Guillén de Loa, Juan de Cuéllar y Diego de Valdenebro. Mientras trataba de reestructurar su ejército, cuenta Bernal que el capitán no pudo reprimir las lágrimas. Cortés, que hubiera querido entregar la joya del Imperio mexica, Tenochtitlan, al emperador Carlos, sabía que la victoria se haría al coste de la destrucción total de la ciudad y de gran parte de sus habitantes.

Si las filas de Cortés y Alvarado andaban muy castigadas, la situación de Sandoval era diferente, pues había sido capaz de ganar algunas calles. Por ello, asediado Cortés, los mexicas se lanzaron en pos del joven capitán, al que infligieron tres heridas en el muslo, la cabeza y el brazo izquierdo. También le mataron a seis de sus hombres e hirieron a muchos. Poniendo en escena el

mismo recurso antes empleado, los mexicas lanzaron seis cabezas, diciendo que pertenecían a Cortés, Alvarado y otros capitanes. La macabra escena no erosionó el ánimo de los de Sandoval, que continuaron peleando bravamente, poniendo mucho cuidado en mantener el orden, del cual dependía su supervivencia. Para evitar el colapso de la vía, Sandoval ordenó a los tlaxcaltecas que salieran de la calzada. Así pudo regresar a su campamento escoltado por los dos bergantines y cubierto por el fuego de los escopeteros. Roto el cerco mexica, junto a Luis Marín, que iba herido, y escoltado por dos hombres, galopó hasta llegar a la posición de Cortés. Cuando llegó junto a su paisano, le preguntó por la causa del desastre. Este repartió su culpa con el tesorero, Julián de Alderete, pues a él se le había encomendado la tarea de cegar el paso donde cayeron los españoles. En descargo del tesorero, el de Medellín se refirió a él diciendo que no era «acostumbrado a guerrear ni a ser mandado de capitanes». Alderete, presente en la conversación, cargó entonces contra Cortés. Según dijo, este había arengado a sus hombres apremiándoles a seguir, pero olvidándose de ordenar el correcto taponado de la zanja. La llegada de los dos bergantines de su compañía que habían conseguido salir de la zona de estacas interrumpió la discusión. Sus tripulantes venían heridos y solo habían podido salvar las vidas gracias a un recio viento que les permitió escapar de las canoas mexicanas. Sosegados los ánimos, desde aquel enclave, Sandoval y Francisco de Lugo fueron enviados en ayuda de Alvarado, que seguía batallando en Tacuba. Los indígenas, después de hacer encallar un bergantín, habían acabado con dos de sus tripulantes. Metidos en el agua hasta la cintura, Bernal, junto a diez compañeros, trataba de impedir la captura de la embarcación. Coordinados con los de las canoas, los guerreros mexicas, que hirieron en la cara a Sandoval de una pedrada, seguían combatiendo con fiereza en tierra. Ante lo delicado de la situación, era obligado retirarse. Repitiendo una acción casi mecánica, los tlaxcaltecas abandonaron la calzada, momento en el cual los españoles, cubiertos por la artillería del bachiller Pedro Moreno Medrano y por los escopeteros y ballesteros, asistidos por otros que cebaban sus armas, retrocedieron, sin volver la cara a los enemigos. Temeroso de perder los caballos, Sandoval se abrió paso entre la infantería. En aquella maniobra fue nuevamente herido.

Seguros en el campamento de Tacuba, en la oscuridad de la noche vieron cómo sacrificaban a sus compañeros. Nadie mejor que Bernal para transmitir la conmoción y la impotencia que provocaron aquellas escenas:

Y tornó a sonar el atambor muy doloroso de Huichilobos, y otros muchos caracoles y cornetas y otras como trompas, y todo el sonido de ellas era espantable. Y mirábamos al alto del cu en donde las tañían: vimos que llevaban por fuerza las gradas arriba a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban a sacrificar. Y desque ya los tuvieron arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos de ellos les ponían plumajes en las cabezas y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichilobos; y desque habían bailado, luego les ponían de espaldas encima de unas piedras algo delgadas que tenían hechas para sacrificar y con unos navajones de pedernal los aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo y se los ofrescían a los ídolos que allí presentes tenían, y lo cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo. Y estaban aguardando abajo otros indios carniceros, que les cortaban los brazos y pies y las caras desollaban, y las adobaron después como cuero de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chilmole. Y desta manera sacrificaron todos los demás y les comieron las piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrescían a sus ídolos, como dicho tengo; y los cuerpos, que eran las barrigas e tripas, echaban a los tigres y leones y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas.¹¹⁰

Las cabezas de los soldados, y también las de los caballos, fueron incorporadas al macabro andamiaje del *tzompantli*. Después del sacrificio en el Templo Mayor, los mexicas atacaron de nuevo, entre amenazas de conducir a los soldados al altar de Huitzilopochtli. Para aumentar el espanto, varias piernas y brazos fueron lanzados al lugar donde estaban los tlaxcaltecas.

Fortalecido por la victoria de Tlatelolco, Cuauhtémoc trató de contragolpear. Para ello era preciso recuperar la confianza de los pueblos circundantes, a los que envió pies, manos y rostros de los barbudos, como prueba de que los extranjeros podían ser vencidos. Por el bando español, una vez estabilizado el frente de Tacuba, Sandoval, Lugo, Tapia, Cuéllar y Valdenebro volvieron a sus posiciones iniciales. Castigados por tantos días de lucha, los campamentos recibieron la orden de mantenerse a la defensiva. Los soldados, protegidos de noche por una gran cantidad de centinelas, quedaron en las calzadas. La caballería se dividió en dos grupos: uno permanecía en tierra firme para garantizar el abastecimiento de alimento, mientras el resto se mantuvo junto a la infantería. Sobre el agua, los bergantines protegían los

flancos de la vía. En esta disposición estuvo el ejército varias jornadas durante las cuales los mexicas siguieron sacrificando cautivos, cuyas siluetas se recortaban en la noche, entre la luz de las hogueras y el ruido de los tambores. Aterrorizados, gran parte de los aliados indígenas se retiraron. Con Cortés quedó Ixtlilxóchitl, que, una vez bautizado, recibió el nombre de don Carlos. Al lado de Sandoval permaneció el cacique de Huexotzingo, con una cincuentena de hombres, mientras que con Alvarado se mantuvieron los hijos de don Lorenzo de Vargas y Chichimecatecle, con su guarnición tlaxcalteca. Para abortar cualquier posibilidad de restablecimiento de las alianzas de los mexicas, Tapia fue enviado a repeler los ataques que estaban recibiendo las gentes de Cuernavaca. Para aquella campaña, que se saldó con una victoria, el capitán contó con ochenta españoles de a pie y diez de a caballo. Una misión similar le fue encomendada a Sandoval, que partió hacia Matlalzingo para proteger a los otomíes. El alguacil mayor lo hizo acompañado por dieciocho de a caballo y cien peones. La salida de aquellas tropas debilitaba momentáneamente a Cortés. No obstante, el capitán sabía que debía asumir ese riesgo, pues no podía exponerse en dos frentes concéntricos. Cuando Sandoval regresó a la ciudad, los combates continuaban, alternados con algunas acciones diplomáticas. En efecto, en una ocasión, los indios llamaron a Cortés, que acudió a un puente acompañado por Juan Pérez de Arteaga,¹¹¹ que ya dominaba el náhuatl. Los de la ciudad, fortalecidos por su reciente victoria, ofrecían paz a cambio de que los españoles se retiraran. Los parlamentos se sucedieron durante algunos días en aquel paso. Los mexicas trataban de ganar tiempo e incluso se permitieron poner en escena un nuevo elemento teatral. Hasta el lugar se acercó un anciano que, parsimoniosamente y a la vista de todos, sacó de su mochila pan y otros alimentos, y comenzó a comerlos para dar a entender que no había hambre. A su espalda, la realidad era muy otra.

LA OFENSIVA FINAL

En medio de la relativa parálisis que acusaba el ejército de Cortés, la determinación de Chichimecatecle supuso un verdadero revulsivo, pues el tlaxcalteca decidió atacar con sus propias fuerzas. Para ello, introdujo en la ciudad a cuatrocientos arqueros. Después, entró con sus guerreros. Estos, tras simular un repliegue, atrajeron a los mexicas hacia una zanja a la que se arrojaron. Fue entonces cuando las flechas hicieron blanco y sembraron el suelo de cadáveres. Aquella acción elevó el ánimo de los españoles, hasta el punto de que Cortés narró la acción en su *Tercera Carta de Relación*. Reanudada la ofensiva, se puso buen cuidado en cegar las zanjas ganadas en la recuperación de las calzadas. El mismo Cortés se involucró en unos trabajos que se hicieron bajo los constantes ataques enemigos, con el ruido nocturno de los tambores de fondo y la dosificación en el sacrificio de españoles. Si esto ocurría sobre la tierra, sobre el agua también se extremaron las precauciones, especialmente después de un fiero ataque que estuvo a punto de acabar con la vida de Juan Rodríguez de Villafuerte. A partir de entonces, las embarcaciones navegaron de cuatro en cuatro.

Animados por la reacción hispana, regresaron muchos hombres de Tlaxcala, capitaneados por Tepanécatl. También lo hicieron los de Huexotzingo y, en menor número, los de Cholula, que en adelante combatieron a las órdenes de Sandoval. A todos ellos se dirigió Cortés, que, junto a la promesa de grandes éxitos y ganancias, les reprochó su abandono en el momento más crítico. Asimismo, y en concordancia con lo ya relatado anteriormente, reiteró que su intención era tomar la ciudad con la menor

violencia posible. En plena reorganización, Ojeda y Márquez fueron enviados una vez más a Tlaxcala para traer bastimentos. Los hombres, corriendo un gran peligro, dieron un rodeo por el norte de la laguna y llegaron hasta la ciudad, de donde regresaron con quince mil cargas de maíz y mil de gallinas, a las que se añadió cierta cantidad de carne de venado. La mercancía fue entregada a Pedro Sánchez Farfán y a María de Estrada,¹¹² que se mantuvieron a la espera en Texcoco por mandato de Cortés.

A pesar de que los ataques mexicas se solían hacer en tromba, con gran número de guerreros integrados en escuadrones, de entre el colectivo, a veces, destacaban algunos hombres que peleaban de un modo individualizado. Como ejemplo de estas luchas singulares podemos citar el que protagonizó un mexica que, subido a una azotea, ricamente vestido de verde y armado con una espada española, retó a los castellanos. A sus gestos y bravuconadas respondió Hernando de Osma, quien, tras repeler con su rodela un fuerte golpe, hundió su acero en el estómago de su oponente, que cayó muerto a sus pies. Con el penacho de plumas de quetzal y la espada ganadas en el combate en su poder, Osma se reintegró en las filas hispanas. Allí, se lo ofreció a Cortés, que de inmediato se lo devolvió.

La guerra comenzaba a exigir todos los recursos de los de la ciudad. Por ello, hasta las mujeres y los niños fueron movilizados para combatir en la medida de sus posibilidades. Aunque mejor abastecidos, el asedio desgastaba también a los españoles. Por este motivo, Cortés reunió a sus capitanes y les propuso lanzar un ataque simultáneo por tierra y agua. La ofensiva fue total. Pedro de Ircio tomó varias zanjas, mientras Juan de Limpias disparaba el cañón de su bergantín sobre unas torres. Ávila, Alvarado y Sandoval avanzaron y Cortés llegó hasta el lugar en el que había sufrido el desastre. Después de aquella acción todos regresaron a sus campamentos. Reunidos de nuevo, se decidió lanzar otro ataque por dos lugares, dividiendo en dos el ejército y los bergantines. Cortés iría con Sandoval, Tapia y Olid, mientras que a las órdenes de Alvarado estarían Pedro de Ircio, Alonso de Ávila y su hermano Jorge. La operación no se desarrolló con la facilidad esperada. Más de ochenta españoles cayeron o fueron sacrificados en una jornada en la que Pedro de Ircio destacó por su valentía. En las líneas enemigas, las bajas se contaron por miles. Si esto ocurría en el bando de Alvarado, en el de Cortés

volvió a destacar el jinete Cristóbal Martín de Gamboa, que acudió en socorro de su capitán cuando este estaba ya cercado. En los bergantines, Ginés Nortes se distinguió por su bravura. Durante el combate recibió siete heridas y cayó al agua. Hombre de mar, sus grandes dotes de nadador le salvaron la vida. Como en anteriores ocasiones, al anochecer, los españoles se recogieron en su campamento. Allí, Cortés deliberó con sus capitanes. Era preciso cambiar de táctica, por lo que se determinó que, para afianzar el avance, la ciudad debía ser asolada. A partir de entonces comenzó el derrumbe sistemático de los edificios. Mientras se preparaba la ofensiva, al puerto de Veracruz llegó un barco perteneciente a la expedición de Juan Ponce de León, procedente de La Florida. Con él venía una gran cantidad de pólvora y ballestas, que enseguida llegaron a la ciudad. Viéndose tan fortalecido, Cortés hizo un último intento de pactar con Cuauhtémoc, a quien mandó llamar desde detrás de una empalizada. Después de una larga espera, el *huey tlatoani* no compareció, e hizo enfurecer a Cortés, que, encolerizado, golpeó de nuevo y llegó hasta el centro ceremonial, cuyo suelo halló lleno de piedras esparcidas para impedir que los caballos pudieran galopar. Ese día se celebró otro combate singular. Como en la anterior ocasión, un guerrero mexica pidió a Cortés medirse con su mejor soldado. El escogido para la ocasión fue un joven paje llamado Juan Núñez Mercado. Contrariado por la escasa entidad de su oponente, el indio finalmente aceptó. Frente a frente, el muchacho lo mató de una estocada y, entre el júbilo de sus compañeros, regresó a las filas con los plumajes ganados en el duelo.

Aquel episodio constituyó una fugaz pausa dentro de los planes trazados. Subido al Templo Mayor, Cortés contempló cómo los gastadores continuaban echando abajo las casas, mientras los soldados peleaban. Desde allí podía dirigir las operaciones, al tiempo que se hacía visible para sus enemigos. Las entradas en la ciudad se sucedieron durante cinco o seis días. Tras cada incursión, la tropa de a pie se retraía y permitía que los jinetes alancearan a muchos enemigos en los espacios abiertos. Después de aquellas jornadas, Cortés envió a Sandoval al campamento de Alvarado para solicitar quince de a caballo. Con aquellos jinetes y otros veinticinco procedentes de Coyoacán integrados en su columna, atacó a la mañana siguiente. El golpe debía ser secundado por todos los peones y los bergantines. Así se hizo. Cortés, que

volvió a situarse en lo alto del templo, escondió a treinta caballeros en unas grandes casas próximas al centro ceremonial e hizo entrar en la ciudad al resto de su fuerza. Fingiendo una retirada, la infantería atrajo a los mexicas hasta el punto acordado. A la señal de un tiro de escopeta y el grito de «¡Santiago!», los españoles contraatacaron, dejando sobre la plaza más de quinientos muertos. Cortés anotó lo siguiente en su *Tercera Carta de Relación*: «Aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos, porque todos los que se mataron, tomaron y llevaron hechos piezas para comer».¹¹³ Aquella tarde, la ciudad, en la cual se sacrificaron algunos esclavos, quedó en silencio, conmocionada por la muerte de algunos de sus mejores guerreros. Pese a la victoria española, un jinete fue abatido durante la retirada. Herida por las flechas, la yegua que montaba volvió hasta el campamento, donde murió.

Dentro de la ciudad, el hambre causaba estragos y obligaba a muchos a salir a pescar y a buscar leña y raíces en las orillas de la laguna. Dos de ellos, que se acercaron en exceso al campamento español, fueron capturados. Después de negar ser espías, verificaron la gran penuria que sufría la ciudad. A pesar de las extremas estrecheces por las que pasaban, incluida la necesidad de beber de la laguna por la ausencia de agua dulce, los mexicas, o al menos su casta dirigente, habían decidido morir antes que entregarse. Espoleados por aquella información, los españoles reanudaron sus acometidas. En esta ocasión, Cortés confesó que quiso hacer todo el daño posible, probablemente con el objetivo de obtener la rendición, pues en muchas ocasiones manifestó su pesar por el alto coste del asedio. Al alba, los bergantines zarparon. El capitán, con quince jinetes y buen número de peones e indios, entró en la ciudad en cuanto recibió la señal de los espías que había enviado por delante. El ataque se hizo sobre mujeres y niños que salían a buscar de comer. Aquel día murieron ochocientas personas y otras muchas, incluso algunas que estaban pescando en sus canoas, fueron hechas prisioneras.

Un día después se tomó la calzada de Tacuba en su totalidad. A partir de entonces, Alvarado y Cortés quedaron conectados por tierra sin necesidad de dar rodeos. Poco después se quemaron las casas de Cuauhtémoc. Los mexicas quedaron confinados en una cuarta parte de la superficie de Tenochtitlan. El día de Santiago se lanzó un nuevo ataque, en el que, sin embargo, no se pudo dejar cegada una gran zanja tomada por los soldados. A la mañana siguiente se

logró, si bien lo que pudieron contemplar cuando la dejaron atrás les causó gran espanto. Se trataba de un *tzomplantli* en el que estaban ensartadas las cabezas de sus compañeros y las de algunos caballos. Bernal dijo haber reconocido a tres de los soldados, con las barbas y cabellos más largos de lo acostumbrado. Doce días más tarde, aquellos cráneos fueron cristianamente enterrados en un lugar en el que se alzó una iglesia llamada de los Mártires.

Mientras en el campamento de Cortés se preparaban para hacer otra entrada, los centinelas vieron dos columnas de humo que se elevaban desde el templo de Tlatelolco. Se trataba de una señal. Alvarado había conseguido llegar hasta allí, pero hubo de retirarse. Bernal Díaz del Castillo, que pertenecía a la columna de Alvarado, contó con detalle lo sucedido. En el espacio abierto de la plaza ceremonial, con los mexicas fortalecidos en lo alto de los templos, los caballos, muchos de ellos heridos, causaron gran daño. En pleno combate, Alvarado mandó a Gutierre de Badajoz que subiera con sus hombres por las gradas de la pirámide. Allí pelearon contra los guerreros y sacerdotes, y quemaron los ídolos. Francisco Montaña, cuya acción le procuró un escudo de armas en el que figuraba un templo, llegó a plantar la bandera en su cúspide. En la siguiente acción, los dos capitanes se coordinaron para tratar de ganar la plaza del gran mercado de Tlatelolco. Una cortadura, al pie de una torre y unas albarradas, era el único obstáculo que debía salvar la tropa de Cortés. En un rápido movimiento, en el que varios españoles se echaron al agua, se pudo cruzar la zanja, que se comenzó a rellenar al mismo tiempo que irrumpía Alvarado con cuatro de a caballo. Los capitanes, junto a sus jinetes, pudieron pasear con sus monturas por aquella explanada porticada. Cortés subió a la pirámide. En su plataforma, vio las cabezas de sus compañeros y las de algunos tlaxcaltecas, ofrecidas a los dioses. Desde ese macabro otero, lanzó una nueva mirada sobre la ciudad. De ocho partes, había conquistado siete. En su tránsito por las calles, habían visto roídas las raíces y cortezas de los árboles, razón por la cual Cortés decidió aflojar el asedio, con la esperanza de que se produjera la rendición.

Durante aquella pausa, se puso en marcha una idea que salió del veterano Luis de Sotelo, soldado que había peleado en Italia a las órdenes del Gran Capitán. Sotelo planteó construir una máquina de guerra que aliviaría a los soldados de los trabajos de demolición que se seguían desarrollando. El

artefacto serviría también para ahorrar pólvora. Se trataba de construir un trabuco o catapulta, con la que se podrían lanzar grandes piedras. Venciendo su escepticismo, «y aunque yo tuve pensamiento que no habíamos de salir con esta obra, consentí que lo ficiesen», Cortés autorizó su confección. En la plaza del mercado se hizo acopio de cal, piedra, tablazón. El capitán autorizó la huida de muchas mujeres y niños, que salían «traspasados y flacos», antes de atacar un barrio en el que, según aseguró, acabó con la vida de doce mil ánimas. Armado el trabuco, se efectuó el primer disparo. La piedra, tras elevarse en vertical, cayó a plomo, cerrando de tan infausto modo el ensayo poliorcético.

El fracaso obligó a retomar la táctica que se había mostrado más eficaz: ataques y demoliciones, interrumpidos por ofertas de paz. En una ocasión, Cortés fue requerido para hablar junto a una albarrada. Con cierta desgana, el capitán se acercó hasta una empalizada. Allí escuchó las voces de unos hombres que, desesperados dentro de una ciudad tomada por el hambre y la pestilencia, le pidieron que acabara de una vez con ellos. Cortés respondió enviando a un noble a la ciudad, que fue inmediatamente ejecutado. Un día después, Cortés se paseó con su caballo frente a una empalizada y gritó a los señores que se hallaban detrás, requiriéndoles que llamaran a Cuauhtémoc para sellar la paz. Transmitido el mensaje, Cuauhtémoc dijo que acudiría al día siguiente, pues ya era tarde. Con el fin de darle solemnidad al encuentro, se aderezó un estrado. Con su guardia apercebida en previsión de un ataque, Cortés esperó la llegada del caudillo mexicana, que, en vez de comparecer, envió a cinco nobles en representación suya, pues dijo encontrarse malo. Cortés los recibió bien y, cargados de alimentos, los devolvió con un mensaje de concordia. Dos horas después, los señores regresaron con mantas de algodón y con un mensaje: Cuauhtémoc se negaba a parlamentar. Cortés insistió en su propósito y devolvió a esos hombres con el mismo mensaje. A la mañana siguiente regresaron y dijeron al capitán que se dirigiera hacia el mercado de Tlatelolco para hablar allí con Cuauhtémoc, que le pedía que no dejara entrar a sus indios amigos. Hasta allí se llegó Cortés. Durante tres o cuatro horas esperó, pero una vez más fue en vano, por lo que llamó a Alvarado y a los aliados. Simultáneamente, Sandoval entró con los bergantines por la retaguardia del lugar en el que estaban confinados los últimos

resistentes de Cuauhtémoc, que se hacinaban dentro de una atmósfera cargada por el hedor de los cadáveres. Según Cortés, el ataque causó cuarenta mil bajas. En su carta al rey también efectuó un crudo retrato de la población y de los esfuerzos que hizo para contener a los tlaxcaltecas en aquella jornada:

Y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no había persona a quien no quebrantase el corazón, y ya nosotros teníamos más que hacer en estorbar a nuestros amigos que no matasen ni hiciesen tanta crueldad que no en pelear con los indios; esta crueldad nunca en generación recia se vio, ni tan fuera de toda orden de naturaleza, como en los naturales de estas partes. Nuestros amigos hubieron este día muy gran despojo, el cual en ninguna manera les podíamos resistir, porque nosotros éramos obra de novecientos españoles, y ellos más de ciento cincuenta mil hombres, y ningún recaudo ni diligencia bastaba para estorbarles que no robasen, aunque de nuestra parte se hacía todo lo posible.¹¹⁴

A la mañana siguiente se hizo otra entrada, en la cual se emplearon tres cañones. Sandoval volvió a navegar del mismo modo. Una vez más, un disparo de escopeta sería la señal para acometer. En esta ocasión se trataba de echar a los enemigos al agua, donde los bergantines mostrarían todo su poder. Cortés dijo que quería vivo a Cuauhtémoc, pues así terminaría la guerra. En un último intento de encontrar un final pacífico, se subió a una azotea y, por medio de algunos señores que conocía, trató de enviar un último mensaje a Cuauhtémoc. Al rato, los emisarios regresaron acompañados por el jefe militar de los mexicas, que, pese a la insistencia del español, se negó a aceptar la rendición. Cortés le dejó marchar. Durante las cinco horas que, según Cortés, duró la conversación, muchos hombres, mujeres y niños huyeron de la ciudad, pasando por encima de los muertos o arrojándose al agua, donde algunos encontraron la muerte. Cincuenta mil murieron a causa de la epidemia que se declaró, que fue aún más virulenta debido al hacinamiento. Reanudadas las hostilidades, los españoles dispararon la artillería al atardecer. La estampida en dirección a las canoas fue seguida por la acción de los bergantines. Entre los que huían iba Cuauhtémoc, que tenía preparadas medio centenar de piraguas. En una de ellas se embarcó junto a su familia y algunos tesoros que quiso salvar, acaso por su connotación sagrada. Descubierta la maniobra, la flota española comenzó a perseguir a las piraguas. Fue al capitán García de Holguín a quien le cupo el honor de prender a Cuauhtémoc. Neutralizado Cuauhtémoc, sobre la laguna se desató un forcejeo cuando García de Holguín, desobedeciendo las órdenes de

Sandoval, quiso hacer entrega del señor de los mexicas. Cortés contó cómo ese capitán le trajo a Cuauhtémoc hasta la azotea desde la que había dirigido las maniobras. Una vez allí, le hizo sentar a su lado. El mexica, ricamente ataviado, puso su mano en el puñal que Cortés llevaba en su cintura y pidió que le matase. Cortés le consoló. Era el 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito. Bajo la tormenta, la ciudad quedó por fin en silencio.

EL BANQUETE Y EL BOTÍN

Después de la toma de Tenochtitlan, los soldados, como era costumbre, saquearon la ciudad, con ventaja para los que iban en los bergantines, pues gracias a ellos podían acercarse a los cañaverales, donde los mexicas habían escondido muchos objetos de valor. Para evitar que la pestilencia siguiera diezmando a sus compatriotas, Cuauhtémoc pidió a Cortés que les dejase abandonar la ciudad. El capitán accedió. Durante varios días, filas de hombres famélicos avanzaron por las calzadas y dejaron atrás la escombrera en la que se había convertido la antaño magnífica ciudad de Tenochtitlan. Algunos, sin fuerzas para salir, siguieron moviéndose como espectros entre los muertos, buscando algo con lo que mantenerse con vida.

Ganada la ciudad, llegó el momento de celebrar la victoria. Cortés hizo traer el vino y los puercos que tenía en Veracruz, llegados en un barco procedente de Cuba. El banquete se celebró en Coyoacán, lugar en el que estuvo el primer asentamiento posterior a la conquista. Cortés invitó a los capitanes y a los soldados que consideraba más importantes. Sin embargo, cuando estos se dirigieron hacia aquel lugar, observaron que no había suficiente cantidad de mesas y asientos para todos. Aquella confusión preludió el catastrófico final de la fiesta. Cuando el vino, pero también lo que Bernal llamó «planta de Noé»,¹¹⁵ comenzó a correr, algunos hombres anduvieron por encima de las mesas. Otros, borrachos, eran incapaces de salir del patio en que estaban. No faltó quien dijo que compraría caballos con sillas de oro. De ese mismo metal harían sus saetas los ballesteros. Alzados los manteles, algunas mujeres salieron a bailar con los hombres, que lo hicieron armados.

Entre ellas estaban María de Estrada, Francisca de Ordás, *la Bermuda*, Mari Hernández, una apellidada Gómez, esposa de Benito de Vejer y varias más, incluida la viuda de Portillo, que por tal motivo no fue sacada a bailar. Mientras se danzaba, el fraile Olmedo murmuraba contrariado a Sandoval. Cuando Cortés le vio, le reprendió y le pidió que celebrara una misa y una procesión. También le sugirió que en su prédica dijera a los soldados que no robaran indias ni riñeran entre ellos. Así se hizo cuando los vapores del alcohol se disiparon. Fray Bartolomé encabezó una procesión abierta por las banderas y las cruces, en la que se cantaron letanías. Durante la misa, el clérigo predicó y dio la comunión a los hombres, comenzando por Cortés y Alvarado.

Ajenos a las fiestas españolas, los aliados regresaron a sus tierras cargados de oro y de otras materias que Bernal detalló: «Y aun llevaron harta carne cecinada de los mexicanos que repartieron entre sus parientes y amigos como cosas de sus enemigos: la comieron por fiestas».¹¹⁶ Mientras se desarrollaban estas celebraciones, la ciudad comenzó a reconstruirse. A Cuauhtémoc se le pidió que ordenase la reparación del acueducto de Chapultepec y que se retiraran los muertos de las calles. Como contrapartida, se devolvieron las mujeres a la nobleza, si bien algunas se resistieron a regresar con sus padres o sus antiguos esposos. Sobre la laguna, terminada la rebusca, los bergantines quedaron custodiados por Villafuerte y una guarnición de ochenta soldados, pues existía el temor de que las naves volvieran a ser quemadas. Con la ciudad sosegada, se rehicieron los puentes y se comenzó con la asignación de solares de una urbe que se dividió en cuatro barrios, San Juan, Santa María, San Sebastián y San Pablo, para cuyo trazado reticular se siguieron los patrones ya habituales en la Península.

Faltaba llevar a cabo una delicada operación, el reparto del tesoro, lo que se hizo en medio de grandes tensiones. El montante total ascendió a ciento ochenta y cinco mil seiscientos pesos. De ellos se apartaron treinta y siete mil, correspondientes al quinto real, al que se añadieron los objetos que se consideraron excepcionales. Cortés recibió veintinueve mil seiscientos; el resto se dividió entre el ejército, si bien esto se hizo atendiendo a la jerarquía de cada hombre. Montejo recibió seis mil pesos, Alderete y Ávila, tres mil; Ordás, Quiñones y el licenciado Céspedes, que velaba por los intereses de

Cortés en España, dos mil; mil quinientos fueron para Juan de Ribera y fray Pedro Melgarejo; mientras que Alvarado, Sandoval, Olid y Martín López recibieron cuatrocientos.¹¹⁷ El reparto dejó para los soldados unas cantidades exiguas. En vista del descontento de la tropa, Olmedo, Alvarado y Olid pidieron a Cortés que se favoreciera a los que habían quedado mutilados, sordos o tuertos. En ese contexto, pronto empezaron a surgir las murmuraciones en torno a Cortés y a Alderete. El tesorero se exculpó y señaló a Cortés, pues este había recibido un quinto de las barras de oro, suma a la que se añadió la correspondiente a los caballos muertos y otros gastos. Las quejas quedaron escritas sobre los muros de la residencia de este en Coyoacán. Un tal Tirado, velazquista, un Villalobos y un Mansilla escribieron con unos tizones graves acusaciones. El capitán les respondió con un «pared blanca, papel de necios». A la frustración del reparto se añadían otras complicaciones. Entre los soldados existían deudas, algunas contraídas, por ejemplo, con un cirujano llamado maestre Juan y con un boticario y barbero apellidado Murcia. Ante aquel caos, se designó a Santa Clara y a García de Llerena, personas de buena conciencia, como árbitros para tratar de introducir algo de equilibrio en aquellas pugnas.

La escasez de oro hizo volver los ojos sobre Cuauhtémoc, ante la sospecha de que el último rey mexica hubiera arrojado el tesoro a la laguna. Junto al rey de Tacuba, Cuauhtémoc fue atormentado por los oficiales de la Real Hacienda. A ambos se les quemaron los pies con aceite hirviendo, sin obtener respuesta alguna, más allá de la ya clásica, debida a López de Gómara. Según narró el clérigo, ante las quejas de Tetzlepanquétzatl, Cuauhtémoc pronunció la ya clásica respuesta: «¿Estoy yo en algún deleite o baño?», que ha dado materia a tantos relatos románticos.

Distribuido el oro entre el ejército, llegó el momento de hacer llegar a España el quinto real. El encargado de llevarlo fue Juan de Ávila. Con Ávila viajaron Juan de Ribera, Alonso de Quiñones y Julián de Alderete, que falleció antes de llegar a La Habana. El tesorero no fue el único que murió durante la travesía. En la escala en Las Azores, involucrado en un lance de faldas, una cuchillada terminó con Quiñones. Cuando la flota dejó atrás el archipiélago, sufrió el ataque del corsario francés Jean Fleury de Honfleur. Florín, así llamado por los españoles, al mando de seis barcos pilotados por

Jean Ango, se apoderó de la nave en la que viajaba Ávila, que quedó preso en Francia. Un lustro más tarde, en 1527, el pirata fue apresado por una flota vizcaína. Traído a España, mientras se le conducía a la Corte fue ahorcado por orden del rey en la localidad toledana de Mombeltrán. Además de oro, a Castilla se llevaban perlas y piedras preciosas y varios pedazos de grandes huesos encontrados en Tlaxcala, que creyeron pertenecientes a gigantes. También se embarcaron tres jaguares vivos.

A pesar del ataque de Fleury, Juan de Ribera pudo llegar a España con la *Segunda Carta de Relación* y otra que Cortés envió a su padre. Allí comenzó a trabajar en favor de la causa cortesiana. Como contrapartida a unas riquezas de las que la Corona se hallaba muy necesitada, se solicitó el envío de hombres de religión, también que los cargos de tesorero, factor, contador y las escribanías se quedaran en poder de los conquistadores y de sus descendientes. Se trataba así de configurar un colectivo similar al de los hidalgos de Castilla.

MÁS ALLÁ DE TENOCHTITLAN

La caída de Tenochtitlan entregó a los españoles el poder sobre un imperio que, durante la ofensiva final, mostró sus grandes desequilibrios y fisuras. Con la ciudad pacificada, era preciso imponer el nuevo orden en los límites de los antiguos dominios de Moctezuma. El impulso expansionista se vio favorecido por la insatisfacción de muchos hombres que, después de la victoria, habían obtenido escasos beneficios. Lejos de la ciudad lacustre existían otros reinos desde los que llegaban noticias de grandes riquezas. Aquellas nuevas oportunidades quedaron confirmadas con la llegada a Tenochtitlan de dos embajadores de Catzontzin, soberano de Michoacán. Los emisarios fueron recibidos por Cortés con grandes muestras de hospitalidad e incluso de cierto exhibicionismo de su poder. Como en otras ocasiones, varios jinetes impresionaron a los indios con sus habilidades sobre las monturas. Cuando aquellos hombres abandonaron la ciudad, dos españoles los acompañaron y llegaron hasta las costas del mar del Sur. En aquellas arenas, después de una ceremonia de toma de posesión, plantaron cruces. A su regreso, trajeron piezas de oro que fueron enviadas al emperador Carlos. Tanto el metal como las posibilidades de emprender la ruta hacia las Molucas, suponían un poderoso acicate para aquellos que apenas dos meses antes habían tomado la ciudad imperial. Existían, no obstante, algunas dificultades logísticas. Entre ellas la escasez de pólvora. En ausencia de Ordás, enviado a España, Francisco Montaña,¹¹⁸ que ya había subido al Teide, se ofreció voluntario para ascender al Popocatepetl. En un acto que quedó para la memoria, acompañado por Francisco de Mesa, Diego de Peñalosa y Juan de Larios, Montaña ascendió

hasta la boca del volcán y, atado con una cuerda, se descolgó para llenar varios canastos de azufre. Una vez fabricada la pólvora, comenzaron las campañas expansivas.

La primera de ellas se inició el 30 de octubre de 1521. Sandoval, al mando de treinta y cinco de a caballo, doscientos soldados y un buen número de guerreros mexicas, partió hacia Tuxtepec. Allí vengó la muerte de sesenta castellanos que habían venido con Narváez. Capturado el cacique principal, se le abrió causa y fue condenado a la hoguera. El resto de hombres principales obtuvo el perdón. Con Tuxtepec tomada, mandó mensajes de paz a los pueblos cercanos. Viendo que estos no respondían, envió a Briones, que fue atacado por los fieros zapotecas. Armados con largas lanzas, los indios hicieron mucho daño a los españoles e incluso dieron un flechazo a Briones, que se refugió en Tiltepec. Reagrupada la tropa, se enviaron ofertas de paz a Xaltepec, cuyos caciques acudieron con joyas y unos canutillos llenos de pepitas de oro. Su atuendo, unas túnicas claras que les llegaban hasta los pies, recordaban las vestimentas de los moriscos. A cambio de la alianza, solicitaron ayuda contra los enemigos mixes. A pesar de que sus fuerzas habían quedado mermadas tras el descalabro de Briones, Sandoval cedió diez soldados, que fueron apercebidos para que indagaran sobre los yacimientos de oro. Gracias a ellos, supieron que el metal se sacaba de los ríos mediante bateas. Pacificada la región, se hicieron repartos. Luis Marín recibió Xaltepec. Después de fundar una villa llamada Medellín, Sandoval se movió hacia Coatzacoalcos, cuya pacificación había sido iniciada por Diego de Ordás. Allí erigió la villa de Espíritu Santo, en recuerdo de la contraseña empleada durante el ataque a Narváez. Entre los primeros pobladores de aquella villa, además de Sandoval y Marín, estuvieron Diego de Godoy, Francisco de Medina, Francisco Marmolejo, Francisco de Lugo, Juan López de Aguirre, Hernando de Montes de Oca, Juan de Salamanca, Diego de Azamar, Mansilla, Mejía Rapapelo, Alonso de Grado, el licenciado Ledesma, Luis de Bustamante, Pedro Castellar, Briones y Bernal Díaz del Castillo. Entre los nombrados y el resto de la tropa, Sandoval repartió la tierra.

En febrero de 1522 Pedro de Alvarado marchó hacia la calurosa región de Tututepec. Al parecer, se trataba de una tierra rica en minas. Alvarado salió con ciento ochenta soldados, treinta y cinco de ellos de a caballo. Por el

camino, Francisco de Orozco debía entregarle otros veinte infantes. Cuarenta días después, llegó a Tututepec, donde fue recibido en son de paz. Durante su estancia comprobó que la abundancia de oro era cierta, por lo que pidió que le confeccionaran unos estribos de ese metal. Poco después supo, por boca de los de Tehuantepec, que tras aquellas muestras de hospitalidad anidaba el propósito de poner fuego a las casas donde se aposentaban los cristianos, para acabar con ellos. Alvarado detuvo de inmediato al cacique, que perdió la vida durante el cautiverio. No faltaron españoles que atribuyeron su causa a la codicia de Alvarado, ansioso de conseguir oro. Cerca de aquel sitio se fundó una villa llamada Segura, homónima de la de Tepeaca. Conocida la noticia del robo de Fleury, Cortés reclamó el oro a Alvarado, por lo que los soldados se vieron privados del reparto. Aquella circunstancia dio pie a una conjura que tenía por objeto acabar con los hermanos Alvarado. Cuando don Pedro conoció la trama por la confesión del soldado salmantino Trevejo, fingió un dolor de costado y pidió un médico para que le sangrase. Una vez en sus aposentos, llamó a sus hermanos, así como a los alcaldes y regidores, a los que informó del plan urdido contra ellos. Prendidos los instigadores, Juan de Salamanca y un tal Bernaldo fueron ahorcados. Con aquellas ejecuciones la rebelión se desvaneció, si bien muchos regresaron a México al comprobar las escasas oportunidades que ofrecía una tierra infestada de mosquitos y murciélagos.

Casi un año más tarde, Alvarado volvió a abandonar la capital. En esta ocasión partió con trescientos soldados, entre ellos, ciento veinte escopeteros y ballesteros, y ciento treinta y cinco de a caballo. El artillero Usagre también viajó, al cuidado de cuatro piezas de artillería y gran cantidad de pólvora. Mil indios tlaxcaltecas, cholultecas y mexicanos completaron su fuerza. Una vez más, las instrucciones de Cortés fueron claras. Se trataba de atraer a la paz a los pueblos y predicarles la fe católica, objetivo para el cual se integraron en la tropa algunos clérigos. Debían impedirse los sacrificios, las sodomías y los robos. En el caso de encontrar hombres cautivos para ser comidos, se les liberaría. El 6 de diciembre de 1523 el ejército salió de la ciudad. Su primera escala se produjo en la accidentada provincia de Tehuantepec, donde tenía una encomienda un español llamado Huélamo. Desde allí se dirigieron a Zapotitlán, en cuyo camino, cerca de un puente, fueron atacados. Dos soldados

y un caballo murieron en ese paso. La victoria, lograda después de tres combates, cayó del lado español. En Quetzaltenango y Utlatán, los combates se repitieron. De aquellos encuentros resultaron heridos muchos soldados. También se perdieron tres caballos. Durante su travesía, el ejército ascendió a un puerto en cuya cumbre se hallaron sacrificados un perro y una india gorda. Algo más adelante, aguardaba un gran ejército que pretendía aprovechar un terreno en el que los caballos no podían galopar. Como ya era habitual, la táctica de los indios consistía en atacar en bloque y fingir huidas para envolver a los barbudos. Pese a los grandes aprietos por los que pasó Alvarado, de nuevo se alzó victorioso. Replegado en Quetzaltenango, recibió un contraataque que pudo repeler en los llanos cercanos. Viendo la esterilidad de aquellos combates, los caciques le enviaron peticiones de paz. Alvarado aceptó las paces y accedió a desplazarse hasta el pueblo fortificado de Utlatán. La invitación era una emboscada, pues, según pudo saber, la idea de los zapotecas era incendiar el pueblo durante la noche y acabar con los indeseados visitantes. Anticipándose, Alvarado prendió al cacique que con él venía y lo mandó quemar, dando el poder a su hijo. Vencidos los de Utatlán, sus enemigos, los guatemaltecos, enviaron una embajada para acatar la obediencia de los cristianos. Alvarado accedió y pidió a estos que aportaran dos mil guerreros. Con los guatemaltecos integrados en su hueste, combatió a los de Atitlán y Escuintla y logró pacificar la región, que quedó integrada en la Nueva España. El 25 de julio de 1524, Pedro de Alvarado, gravemente herido en una pierna a causa de un flechazo, fundó Santiago de los Caballeros, en Iximché, capital del reino de los cakchiqueles.

Las noticias que se tenían de Michoacán motivaron el envío de Cristóbal de Olid, que en el verano de 1522 inició su expedición al mando de setenta de a caballo y doscientos peones. La llegada de Olid a la región aterrorizó a Zinzicha Tangaxoan, señor de los tarascos,¹¹⁹ que huyó. La tropa, como ya ocurriera en su día en Tenochtitlan, se aposentó en el palacio de Tzintzuntzan. Allí, Olid quemó los aparejos de los dioses y se quedó con el tesoro, que fue conducido hasta Coyoacán, viaje en el que les acompañó el noble Cuinierangari, que fue bautizado como don Pedro. De Michoacán siguió llegando riqueza. Cortés, consciente de que el reparto del tesoro de Moctezuma había despertado fuertes críticas, después de extraer el quinto real

distribuyó el de Michoacán con más generosidad. Esta vez renunció al quinto que le correspondía, e incluso añadió diez pesos extras entre los peones. Además del oro, Michoacán ofrecía la posibilidad de explorar el mar del Sur. Con tal propósito, Cortés hizo construir un astillero en Zacatula. Allí comenzó a armar dos carabelas y dos bergantines, cuyas anclas fueron transportadas por los tarascos, a los que escoltó un capitán español del que Cortés no desveló su nombre. Dicho capitán, a pesar de no tener licencia para ello, se desvió hacia Colima, de donde se retiró después de perder a tres españoles y a muchos aliados. En su *Cuarta Carta de Relación*, Cortés dijo que el español regresó preso a México, donde fue castigado por su desobediencia. Aunque Gómara afirmó que el capitán fue Cristóbal de Olid, es posible que se tratase de Juan Rodríguez de Villafuerte, pues sería extraño que, tras un desacato semejante, Cortés encomendara a Olid una misión tan importante como la de Las Hibueras. Sea como fuere, aquel territorio quedó definitivamente pacificado gracias a una campaña dirigida por Sandoval, que el 25 de julio de 1523 fundó la villa de Colima. En la relación que escribió para Cortés, habló de un buen puerto y de la existencia de una isla que le permitió dejar volar su imaginación. La pluma dio cuenta de «una isla toda poblada de mujeres, sin varón alguno y que en ciertos tiempos van de la tierra firme hombres, con los cuales han acceso y las que quedan preñadas, si paren mujeres las guardan y si hombres los echan de su compañía».

La búsqueda de riquezas no era lo único que impulsaba a los españoles. Como señala Bernal,¹²⁰ Rodrigo de Rangel, que había estado ausente en la toma de Tenochtitlan, fue hacia Oaxaca, tierra dominada por zapotecas y mixes, en busca de «fama». Según contó el soldado cronista, Rangel se encontraba enfermo de bubas.¹²¹ A ello hay que añadir cierta inseguridad, pues en aquella misión se hizo acompañar por Pedro de Ircio. Cortés, que conocía a Rangel, se resistió a autorizar la misión, pues aquellas sierras estaban siempre envueltas en nieblas y por sus laderas culebreaban caminos angostos. En estas condiciones, los caballos resultarían poco útiles, por lo que Cortés le asignó soldados veteranos procedentes de Coatzacoalcos. Entre ellos iba Bernal Díaz del Castillo, conocido por Rangel desde los tiempos de Cuba, que se dirigió hacia unas montañas cuyos habitantes se comunicaban mediante silbidos. Ya en camino, Rangel, muy enfermo, hubo de volverse a Coatzacoalcos, mientras

Pedro de Ircio lo hizo a Veracruz. En cuanto Rangel se repuso un tanto, retomó sus proyectos. La provisión dada por Cortés le facultaba para conquistar Cimatlan y Talatupán. Cien soldados le acompañaron a unas tierras cenagosas a veces salpicadas de arenas movedizas. En uno de aquellos cenagales los indios, parapetados, atacaron, matando siete caballos e hiriendo a otros tantos soldados. Rangel recibió un flechazo en el brazo izquierdo. Tras aquel percance, el mermado capitán se echó a un lado y cedió el mando a los hombres más experimentados. Uno de ellos era Bernal. Siete flechas quedaron clavadas en el chaleco de algodón prensado del de Medina del Campo, que recibió una herida en una pierna. Un día más tarde, los naturales trataron de atraer a los caballos hacia los lodazales. Rangel, que hizo oídos sordos a los consejos recibidos, quedó atascado en el barro. Allí, los zapotecas le mataron el caballo y a punto estuvieron de llevarlo al sacrificio. Herido en la cabeza, en la que también tenía bubas, consiguió salir con vida de aquel trance. Terminada la batalla, los mosquitos y los murciélagos, que infestaban aquellos humedales, le mordieron durante la noche. Muy debilitado, don Rodrigo, al que los soldados más jóvenes habían pedido que desistiera de la conquista, pidió consejo a Bernal. Este, apelando a la honra, le quitó la idea de regresar: «¿Qué dirán de vuestra merced, estando junto al pueblo de Cimatán y quererse volver?». ¹²² Con el ánimo recobrado, el vocinglero Rangel alcanzó su propósito y ganó la fama que anhelaba, si bien aquella conquista solo quedó consolidada cuando, dos años después, se hizo una nueva campaña.

Las escaramuzas con las naciones más retiradas de Tenochtitlan no fueron el único frente en el que tuvieron que batirse los conquistadores. En el inicio de las conquistas descritas, en diciembre de 1521, se supo que a la Villa Rica habían llegado dos navíos. En ellos venía el veedor de Santo Domingo, Cristóbal de Tapia, que trajo unas provisiones y cartas de Juan Rodríguez de Fonseca, que de este modo reapareció, aprovechando que el rey Carlos se hallaba en Flandes. En ellas, Tapia, casado con doña Petronila de Fonseca, figuraba como el designado para gobernar la Nueva España. Gonzalo de Alvarado fue el primero en ver los documentos. Tal y como era costumbre, los puso sobre su cabeza en señal de acatamiento, aunque dijo que los alcaldes debían reunirse para ver de qué modo se obedecían. Desde Veracruz, Tapia escribió a Cortés, que le respondió con su habitual gentileza y astucia, y envió

a Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Diego de Soto, Andrés de Tapia y Diego de Valdenebro. A ellos se unió fray Pedro Melgarejo. Mientras tanto, Cristóbal de Tapia ya se había puesto en camino, por lo que, para alejarlo de Cortés, le hicieron retroceder hasta Cempoala. Allí le pidieron que mostrara las provisiones, para verificar si traían la firma del rey. Tapia accedió. Al igual que había ocurrido en Veracruz, los hombres las besaron y se las pusieron sobre la cabeza. Sin embargo, en cuanto a la designación de Cristóbal de Tapia como gobernador, tenían serias dudas. Ante aquella escenificación, Tapia montó en cólera, si bien su enojo se aplacó cuando llegaron unos tejuelos de oro. Deslumbrado por el metal, el apocado Tapia, que les vendió sus esclavos negros, tres caballos y un navío, regresó a Santo Domingo. La posterior llegada de la nave de Juan Bono de Quejo, que trataba de seguir al que creía nuevo gobernador de la Nueva España, resultó estéril.

Neutralizado Tapia, Rodrigo de Rangel sustituyó a Gonzalo Alvarado en Veracruz. Debido a la inestabilidad que causaba la presencia de Narváez en aquel puerto, Cortés pidió que fuera enviado a Coyoacán. Cuando llegó, fue recibido con honores. Ante Cortés, Narváez se arrodilló y trató de besar su mano. El de Medellín, que no accedió, le hizo levantar y le abrazó delante de todos. A pesar de la victoria sobre los mexicas, alcanzada cierta estabilidad entre las facciones españolas, la seguridad no estaba garantizada en el vasto territorio que dominaba la ciudad de los lagos. De hecho, no tardó en producirse el primer conflicto. En el Pánuco, los naturales habían matado a algunos españoles. Para poner orden, Cortés se desplazó en persona con una fuerza a la que se habían unido gentes venidas con Cristóbal de Tapia. Acompañado por sus lenguas, desplazó ciento veinte jinetes, trescientos peones, artillería y miles de guerreros mexicanos, que por primera vez engrosaron las filas hispanas. En ausencia de Cortés, Diego de Soto quedó como máxima autoridad militar de la ciudad. Los primeros enfrentamientos los tuvo con los huastecos, que destacaron por su agresividad. De ellos dijo Bernal que «todos eran sométicos y se embudaban por partes traseras».¹²³ La campaña, en la que murieron tres españoles y se perdieron cuatro caballos, resultó, una vez más, victoriosa. Aquel éxito se acompañó con el envío a unas zonas pantanosas de mensajeros provistos de ofertas de paz. Cuando llegaron, fueron asesinados. Decidido a pacificar definitivamente la región, Cortés

reunió todas las canoas que pudo y confeccionó unas barcas con la madera de los navíos de Garay para cruzar con ellas el río Chila. Con esa improvisada flota, ciento cincuenta soldados y cincuenta de a caballo, pasaron durante la noche, a bordo de canoas atadas de dos en dos. La siguiente batalla también cayó del lado español, en el que se sufrieron las bajas de dos soldados y tres caballos. Alcanzada la victoria, la tropa pasó la noche en un pueblo despoblado. Al amanecer, mientras recorrían la población, llegaron hasta el centro ceremonial. Allí vieron «muchos vestidos y caras desolladas e adobadas como cuero de guantes, y con sus barbas y cabellos, que eran de los soldados que habían muerto e los capitanes que habían enviado Garay a poblar el río Pánuco».¹²⁴ Aquellas caras eran conocidas por algunos soldados, que las recogieron y enterraron. Aunque en los combates, los del Pánuco dieron pruebas de su bravura, Cortés continuó afianzando su posición. Así, pobló con ciento veinte vecinos una villa que llamó de Santisteban del Puerto. En ella, Pedro Vallejo, antiguo embajador de Garay ante Cortés, quedó como capitán de un colectivo compuesto por veintisiete jinetes y treinta y seis escopeteros y ballesteros. Como medio de vida, se les dieron en encomienda los pueblos circundantes. Aquel sistema ligó a los encomenderos a Cortés. Cuando desde la Corte se intentó limitar su transmisión, todos salieron en defensa de quien les había procurado aquellos repartimientos. En la exaltación del conquistador les iba, en gran medida, la continuación de sus explotaciones.

Por diversos motivos, los periodos de relativa calma duraban poco en la Nueva España. Si hasta el momento Garay se había limitado a mandar armadas, después de tantos proyectos fallidos se incorporó personalmente a una poderosa expedición formada por once naves, más de ochocientos hombres y ciento cuarenta y cuatro caballos. La armada, que salió de Jamaica el día de San Juan, se dirigió a Cuba. En la isla fueron informados de que Cortés tenía ya pacificada la región del Pánuco y fundada una villa. A pesar de ello, Garay se hizo a la vela y desembarcó en las playas continentales el 25 de julio de 1523. En su compañía venían algunos notables de Cuba como el licenciado Zuazo. Después de recalar en el río Palmas, la flota quedó anclada en el río Pánuco. Allí Garay exigió un juramento de lealtad a sus hombres, prueba de la falta de confianza que tenía en ellos. Sellado el compromiso, fundó la villa de Garayana y nombró alcaldes y regidores. Como había hecho

en su día Cortés, Garay se movió por tierra con los soldados y los caballos, mientras sus barcos costeaban. Sin embargo, su travesía resultó muy complicada. Moviéndose entre cenagales, perdió cinco caballos. Cuando llegó al Pánuco, halló numerosos pueblos despoblados y sin víveres. Por un español huido de la justicia, supo que no había noticia de los barcos. Aquel hombre también les contó las maravillas de México, por lo que muchos abandonaron la disciplina de Garay y se lanzaron a saquear pueblos o partieron en dirección a la gran ciudad. En tales circunstancias, Garay mandó al capitán Gonzalo Ocampo a la villa de Santisteban, para verse con Pedro de Vallejo. Con Ocampo viajó una carta en la que Garay le informaba de que traía provisiones del rey para gobernar y convertirse en adelantado de aquella provincia. Cuando Vallejo leyó los documentos, escribió a Cortés y este envió primero a Rangel en una misión informativa y luego a Alvarado, Sandoval y a Diego de Ocampo, hermano de Gonzalo, con unos cuarenta hombres. Cuando llegaron, Garay ya sabía que se le habían perdido dos barcos durante una tormenta. El resto de la flota, ya en la boca del puerto, se había pasado al lado de los de Cortés. Como ocurriera en Veracruz, la mayoría de los barcos fueron dados al través. Viéndose perdido, Garay pidió que se le devolvieran los navíos, con el compromiso de ir a poblar al río Palmas. Los de Cortés aceptaron, sin embargo, muchos de los que debían acompañar a Garay, después de amotinarse, se habían dispersado, por lo que comenzaron a echarse pregones para reclamar su presencia. Los fugitivos no estaban dispuestos a mantener la palabra dada, pues las circunstancias habían cambiado. Ante la inutilidad de los pregones, Garay tomó la pluma y escribió a Cortés para pedirle ayuda. El triunfo de este era absoluto. Cortés accedió y le invitó a ir a México, viaje para el cual le envió caballos de fresco. La llegada de Garay se celebró con un banquete en Texcoco. Ya en la ciudad, Cortés le salió a recibir. Días más tarde, aquellos poderosos hombres llegaron a acordar la boda del hijo mayor de Garay con Catalina, hija de Cortés. Su estancia en la ciudad coincidió en la ciudad con la de Narváez, que obtuvo el permiso para regresar a Cuba al lado de su rica mujer, María de Valenzuela. Garay se mantuvo en México, donde era muy bien tratado. Pese a todo, la noche de Navidad, después de compartir mesa con Cortés, sintió un fuerte dolor de costado y mucha fiebre. De nada sirvieron las sangrías y purgas del doctor

Ojeda y el licenciado Pedro López. Francisco de Garay, después de confesar y hacer testamento, murió a los cuatro días. Su muerte agitó las sospechas de un envenenamiento. En descargo de esta acusación, que apuntó a Cortés, y de la que no existieron pruebas, se sabe que este acogió en su casa al hijo de don Francisco, a quien llamaba *Amadorcico*.¹²⁵

Mientras todo esto ocurría en México, el Pánuco se hallaba convulso. Ausente Garay, sus hombres pugnaban por desalojar del poder a su primogénito. Juan de Grijalva, Gonzalo de Figueroa, Alonso de Mendoza, Lorenzo de Ulloa, Juan de Medina *el Tuerto*, Juan de Ávila, Antonio de la Cerda y, sobre todo, Taborda se lanzaron a robar pueblos y mujeres, «como si estuvieran en tierra de moros», afirma Bernal. Cuando los indios percibieron la división, mataron a más de quinientos españoles. Envalentonados, atacaron incluso la población de Santisteban. En ella murió Vallejo de un flechazo, junto a cuarenta españoles y quince caballos. Cuando Cortés conoció la matanza, quiso ir a vengarla en persona. Sin embargo, como estaba convaleciente de una lesión en un brazo, tuvo que enviar a Sandoval con cien infantes, cincuenta de a caballo, dos piezas de artillería y quince escopeteros. Ocho mil tlaxcaltecas y mexicanos completaron el plantel. Tras los primeros combates, Sandoval llegó hasta Santisteban. Allí le aguardaban algunos vecinos enfermos, heridos y hambrientos. Entre ellos estaban viejos conocidos, como el granadino Alonso de Navarrete. Herido en un muslo y en la cara, Sandoval descansó tres días en la villa y preparó el contragolpe. Caídos en desgracia desde la llegada de Sandoval, los antes citados se arremolinaron alrededor del hijo de Garay, tratando de alzarse, apoyados en el hecho de que aquel muchacho era el hijo del adelantado. Sandoval, que esquivó aquellas intrigas, pacificó la región e hizo relación de todo a Cortés, al que dirigió una carta. El conquistador celebró aquel éxito y envió al alcalde mayor, Diego de Ocampo, para que hiciese justicia. Así se hizo. Tras la apertura de un proceso contra los caciques que habían encabezado las revueltas, quemaron a los culpables.

LAS HIBUERAS

Tututepec, Oaxaca o el Pánuco no fueron los únicos territorios que llamaron la atención de los españoles. Según se dijo, en una región llamada Las Hibueras, se había visto a unos indios pescando con redes cuyos pesos estaban hechos de oro. Si aquella imagen era atractiva, más lo era la sospecha de que allí podía hallarse el estrecho que comunicara el Atlántico con el mar del Sur. La existencia de aquel paso acortaría sensiblemente la ruta abierta por Magallanes y Elcano. Para verificar todo aquello, Cortés escogió a Cristóbal de Olid. El viaje se haría por mar, a bordo de cinco navíos y un bergantín provisto de artillería, en los que embarcaron cerca de cuatrocientos hombres, entre ellos cien ballesteros y escopeteros y veintidós jinetes. Olid, según las instrucciones que Cortés le entregó, debía hacer escala en La Habana para aprovisionarse. Allí, Alonso de Contreras, que había sido enviado a Cuba con ocho mil pesos de oro para adquirir caballos, cazabe, cerdos y carne salada, le haría entrega de esa compra. Desde La Habana, Olid debía dirigirse al golfo de Las Hibueras. Una vez desembarcado, buscaría un buen puerto para poblar una villa. Consolidado el asentamiento, se comenzaría la búsqueda del oro y del anhelado paso entre los mares. El aspecto religioso de la misión no se descuidó. Los dos clérigos que acompañaron a Olid, provistos de numerosas imágenes de Nuestra Señora, debían predicar la fe católica y liberar a los hombres que estuvieran cautivos para ser sacrificados.

Cuenta Bernal que algunos de los soldados aconsejaron a Olid que, una vez asentado en una tierra que se suponía rica, se alzase. No faltaban hombres revoltosos en aquella expedición, entre ellos el conflictivo Briones, quien, al

parecer, maniobró para que el capitán estableciera contacto con Diego Velázquez. La idea de convertirse en dueño de una tierra de difícil control, dada su lejanía y desconocimiento, fue prendiendo en el ánimo de Olid, que, una vez en suelo cubano, escribió a Velázquez, Andrés de Duero y el bachiller Parada para informarles de sus intenciones y obtener su apoyo. Velázquez conservaba cierta autoridad sobre Olid, pues este había sido su criado durante su mocedad. En esas circunstancias, Olid levó anclas y desembarcó en el Puerto de Caballos el 3 de mayo de 1524. Allí tomó posesión de la tierra en nombre de la Corona y fundó una villa llamada Triunfo de la Cruz, a la que dotó de alcaldes y regidores. Tratando de ocultar sus verdaderos propósitos, dio esos cargos a las personas a las que Cortés, en cuyo nombre tomó aquel lugar, le había mandado que favoreciese. Olid no tenía la certeza de que Las Hibueras albergaran todas las riquezas que se le suponían. Por otro lado, en México le esperaba su esposa, la portuguesa doña Felipa de Arauz, y disponía de una rica hacienda. Convenía actuar con cautela. Cortés conoció pronto los movimientos de su enviado. La noticia le llegó en una situación complicada, pues la Corona había mandado a una serie de funcionarios reales para limitar su poder. Los hombres escogidos fueron el tesorero Alonso de Estrada, que se decía hijo natural de Fernando el Católico; el contador Rodrigo de Albornoz, sustituido después por Gonzalo de Salazar; el factor Alonso de Aguilar y el veedor Pedro Almídez Chirinos. Su llegada a la Nueva España introdujo grandes tensiones, que aumentaron cuando Albornoz mandó cartas cifradas muy críticas con Cortés, de cuyas verdaderas intenciones se recelaba. Los oficiales trajeron consigo una cédula, firmada el 26 de junio de 1523 en Valladolid, en la que se insistía en el deber de adoctrinar a los indios en la fe católica. En ella se pedía a Cortés que favoreciera que estos pudieran «bivir política y ordenadamente en sus pueblos» y que aumentara la cabaña ganadera para evitar la antropofagia. Esta última orden habla a las claras de que aquella no era una práctica considerada como un fenómeno puramente ritual, sino algo cotidiano e incompatible con la idea de ‘persona’ manejada en el mundo católico. Por último, se hacía énfasis en la importancia del fortalecimiento de los puntos costeros y en la búsqueda del estrecho que condujera hacia la mar del Sur. La carta decía, literalmente:

Y por que soy ynformado que en la costa abaxo de essa tierra ay un estrecho para passar de la mar del norte a la mar del sur e por que a nuestro servicio conbiene mucho savello yo os encargo y mando que luego con mucha diligencia procureis de saver si ay el dicho estrecho y enbieis personas que lo busquen e os traigan larga e berdadera Relacion de lo que en ello allaren, y continuamente me escribireis e enbiareis larga Relacion de lo que en ello se hallare porque como beis esto es cossa muy ynportante a nuestro servicio.

En cuanto Cortés supo que Olid se había soltado de su obediencia, envió a su primo Francisco de las Casas con cinco navíos bien artillados y cuatrocientos hombres. Las Casas se dirigió a Cuba para verse con Alonso de Contreras y, desde allí, con sus bodegas llenas, puso rumbo a Las Hibueras, a cuyas playas llegó después de sufrir un naufragio.

Alarmado por la gravedad de la situación, Cortés abandonó Tenochtitlan el 15 de octubre de 1524, fecha escrita al pie de su *Cuarta Carta de Relación*,¹²⁶ enviada a Castilla junto a 60.000 pesos de oro. Los encargados de entregarla fueron Diego de Ocampo y Francisco de Montejo. En la misiva, el conquistador daba muestras de que su ambición no había hecho sino crecer. A la búsqueda del paso en Las Hibueras añadió otro proyecto. Cortés pretendía:

[...] poner en ejecución y efectuar el deseo que yo al real servicio de Vuestra Majestad tengo, viendo que otra cosa no me quedaba para esto sino saber el secreto de la costa que está por descubrir entre el río Pánuco y la Florida, que es lo que descubrió el adelantado Juan Ponce de León y de allí la costa de la dicha Florida, por la parte del Norte, hasta llegar a los Bacallos, porque se tiene cierto que en aquella costa hay estrecho que pasa a la mar del Sur y se hallase, según cierta figura que yo tengo del paraje adonde está aquel archipiélago, que descubrió Magallanes por mandado de Vuestra Alteza, parece que saldría muy cerca de allí y siendo Dios Nuestro Señor servido que por allí se topase el dicho estrecho, sería la navegación desde la Especería para esos reinos de Vuestra Majestad muy buena y muy breve y tanto, que sería las dos tercias partes menos que por donde ahora se navega y sin ningún riesgo ni peligro de los navíos que fuesen y viniesen, porque irían siempre y vendrían por reinos y señoríos de Vuestra Majestad, que cada vez que alguna necesidad tuviesen se podrían reparar, sin ningún peligro, en cualquiera parte que quisiesen tomar puerto, como en tierra de Vuestra Alteza.

Con el fin de garantizar la legalidad de sus acciones, Cortés dejó la ciudad acompañado por Salazar y Chirinos. No hemos de olvidar que el metelinense había ordenado y financiado con cuarenta mil pesos la empresa de Olid, vinculada a esa Corona que en octubre de 1522 le había reconocido

como gobernador y capitán general de la Nueva España. En Tenochtitlan, a cargo de la justicia y gobernación, quedaron Estrada y el licenciado Alonso de Zuazo, defendidos por piezas de artillería y con los bergantines preparados para navegar.

La extravagante composición del séquito que siguió a Cortés contrasta con la austeridad con la que dejó Cuba en 1518. En esta ocasión llevó doscientos cincuenta soldados, ciento treinta de a caballo y tres mil mexicas. A ellos han de sumarse capitanes veteranos, como Gonzalo de Sandoval, Luis Marín, Pedro de Ircio, Juan Jaramillo, Diego de Godoy, Juan Herrada y Jerónimo Ruiz de la Mota; y otros menos expertos, como Diego de Mazariegos y Francisco de Montejo, *el Mozo*; e incluso familiares, como los hermanos Juan de Ávalos y Álvaro de Saavedra. En el viaje no faltaron religiosos, como fray Juan de Tecto y fray Juan de Ayora. Tal y como hiciera en el pasado, llevó consigo a señores indígenas. En este caso, Cuauhtémoc, Tettlepanquétzal y dos caciques de Michoacán. Caído en desgracia Jerónimo de Aguilar, solo doña Marina viajó como intérprete. A los citados han de añadirse: un mayordomo, Carranza; un botillero, Serván Bejarano; un repostero, San Miguel; un dispensero, un tal Guinea; un maestresala, Juan de Jaso; el médico Pedro López y el cirujano Diego de Pedraza; varios camareros; un volteador, un prestidigitador y un titiritero. La comitiva la completaron sus pajes, ocho mozos de espuelas y dos halconeros. Vajillas de oro y plata, chirimías, sacabuches y dulzainas darían lustre a los banquetes, garantizados por la presencia de una piara de cerdos que seguiría a los hombres por unos caminos que Cortés creía buenos. Se equivocaba.

Ya de camino, en un pueblo perteneciente a Alonso de Ojeda, *el Tuerto*, se celebró la boda entre Juan Jaramillo y doña Marina. La marcha, al menos hasta los límites de los antiguos dominios de Moctezuma, se antojaba triunfal. En cada villa se levantaban arcos y se hacían fiestas para recibir a la lujosa procesión. La euforia duró poco. Pronto se supo que la capital estaba agitada por las desavenencias entre Estrada y Zuazo. Con ánimo apaciguador, Salazar y Chirinos fueron enviados de regreso, provistos de un poder que les habilitaba para indagar e incluso castigar los excesos. También se volvió a la ciudad Hernán López de Ávila, tenedor de bienes de difuntos que estaba tullido y enfermo de bubas. Después de aquella partida, Cortés escribió a su

mayordomo, Simón de Cuenca, pidiéndole que preparara dos navíos con provisiones, vino, aceite y herraje, y que se dirigiera a la desembocadura del río Tabasco. Aunque el criado cumplió el encargo, las ciénagas que se interponían entre Cortés y el puerto impidieron el acceso a los bastimentos. Aquellas primeras dificultades anticiparon otras mayores. Rebasado Coatzacoalcos comenzó una sucesión de ríos desbordados. El Ayagualulco se cruzó en canoas, con los caballos nadando, conducidos por sus riendas. El siguiente, dentro de la provincia que Cortés llamó Cupilcon, fue imposible de pasar, por lo que hubo de construirse un puente, el primero de una cincuentena, de casi mil pasos de longitud. Antes de llegar al pueblo fluvial de Zaguatán, Cortés envió a dos hombres a Tabasco en busca de provisiones. Cerca del pueblo, la espesura de la selva rodeó a los españoles, que, bajo continuos aguaceros, remontaron el curso del río por su ribera, sin que los mapas y las brújulas que llevaban pudieran resultar útiles. A pesar de todo, Cortés siguió empleando su cajita magnética para impresionar a los nativos. Zaguatán les recibió vacío. Mientras los soldados comenzaban a sentir los efectos del hambre, el capitán, a cuyo plato llegaba la carne de los puercos, seguía atrapado en una extravagante atmósfera, amenizada por sus músicos y hombres de placer. Conocemos estos detalles gracias a Bernal Díaz del Castillo, pues el de Medellín no los incluyó en su *Quinta Carta de Relación*.¹²⁷ Antes al contrario, en su carta empleó la palabra «hambre» con frecuencia, sin hacer distinguos entre sus soldados y su persona. Tres semanas después, la expedición continuó. Para librar una de las ciénagas, se construyó otro puente de trescientos pasos de longitud. Cruzado el río Chilapa, en el que se ahogó un esclavo y se perdió fardaje, el cieno llegaba hasta las cinchas de los caballos. Todas las poblaciones con las que toparon se hallaban quemadas y abandonadas. En Tepetitán, pueblo asentado en la falda de una sierra, encontraron algo de maíz con el que se alimentaron seis días. Desde ese enclave, un par de soldados se adelantaron hasta Iztapán, donde hallaron maíz y yuca. Ya en aquel lugar, Cortés se reunió con los caciques, ante los que pronunció su habitual discurso. Estando allí, un español sorprendió a un mexica comiendo un pedazo de carne de un indio. Cortés mandó quemar al antropófago. Desde Iztapán, se comenzó a remontar un río con los enseres a bordo de canoas y la tropa andando por la ribera. Los guías tomados en

Iztapán, desconocedores del terreno, condujeron a los españoles hacia nuevas ciénagas. Haciendo memoria de las indicaciones recibidas, Cortés recurrió a su aguja de marear y logró conducir a sus hombres hasta un poblado. Fue tanta la alegría de estos al ver las casas que corrieron hacia ellas, dando en un nuevo lodazal, en el que quedaron atrapados junto a sus monturas. Zaguatépán, desierto y quemado, les ofreció algún alimento y pasto para los caballos. Nada se sabía de las canoas, si bien una flecha clavada en el suelo hizo temer el desastre. Hechas algunas pesquisas, se averiguó que los cristianos habían esperado dos días antes de reanudar la marcha, llevando consigo a uno de los caciques del lugar. El sitio al que pretendía llegar Cortés era Acala, región en la que se comerciaba con miel, cacao, ropa de algodón, tintes para teñir tejidos y cuerpos, teas, resina de pino para incensarios, cuentas de caracoles y esclavos. En pos de aquel próspero lugar, trató de seguir la ruta de los mercaderes, aunque el camino le condujo a un estero. Nadie mejor que el conquistador para describir lo que allí pasó:

Púsome en tanto estrecho este estero o ancón que sería imposible podello sinificar, porque pasar por él parecía imposible a cabsa de ser tan grande y no tener canoas en que pasarlo. Y aunque las tuviéramos para el fardaje y gente los caballos no podían pasar, porque a la entrada y a la salida había unas grandes ciénagas y raíces de árboles que si volando no, de otra manera era escusado pensar de pasar los caballos. Pues pensar de volver atrás era muy notorio perecer todos por los malos caminos que habíamos pasado y las muchas aguas que facía, que ya teníamos por cierto que las crecientes de los ríos habían robado las puentes que dejábamos fechas. Pues tornarlas a hacer era muy dificultoso, porque ya toda la gente venía muy fatigada. También pensábamos que habíamos comido todos los bastimentos que había por el camino y que no hallaríamos de comer porque llevaba mucha gente y caballos, porque demás de los españoles venían conmigo más de tres mill ánimas de los naturales.¹²⁸

Después de sondar el río, se supo que su profundidad era de cuatro brazas, pero su fondo contenía otras dos de limo. Sin posibilidad de volver atrás, Cortés ordenó construir un nuevo puente. A sus espaldas, los murmullos de unos hombres que se alimentaban ya de raíces volvieron a crecer, por lo que decidió construirlo con la única ayuda de los indios de la región, a los que hizo algunas promesas. Cuatro días más tarde, quedó levantada una estructura compuesta por más de mil vigas. Más allá del río, otra ciénaga les esperaba. En ella se sumieron los caballos hasta las orejas.

Cerca de Acala, el hijo de un cacique los visitó. Al verlo, Cortés le puso al cuello un collar de cuentas de Flandes. Mientras se establecían esas relaciones, se enviaron cartas a las poblaciones españolas y se grabaron cruces en algunas ceibas para informar de los pasos dados. Fue en aquella tierra donde Cortés situó la ejecución de Cuauhtémoc. Según narró, fue alertado por un indio llamado Cristóbal, que le avisó del propósito que el antiguo *huey tlatoani* tenía de acabar con él y precipitar una sublevación en Tenochtitlan. El plan alcanzaba también los puertos. Allí se situarían guarniciones para impedir cualquier desembarco español. Al amanecer, Cortés mandó prender a todos los involucrados en la conjura. Empleando las confesiones de unos y otros, se dictó sentencia sobre Cuauhtémoc y Tetzlepanquétzal. Ambos fueron ahorcados. En tan severas circunstancias, Cortés introdujo uno de aquellos efectos a los que era tan aficionado. Con la aguja y carta de marear en sus manos, dijo que aquellos objetos le servían para descubrir todas las cosas. Bernal Díaz reflejó el sentir de la tropa después de las ejecuciones: «Y fue esta muerte que les dieron muy injustamente dada e pareció mal a todos los que veníamos en aquella jornada».¹²⁹ En cuanto a Cortés, dijo que este estuvo «mal dispuesto y aun muy pensativo», hasta el punto de padecer insomnio.

El siguiente destino fue Mazatlán. Por el camino, los españoles pasaron por el que llamaron Pueblo Cercado, antes de atravesar el puerto de Alabastro, tras el cual vieron una laguna con una isla dentro. Se trataba de una modesta Tenochtitlan en la que mandaba el cacique Canec. Cuando este compareció ante Cortés, el extremeño mandó celebrar una misa cantada e hizo tocar a los músicos. Según averiguó doña Marina, Canec sabía, gracias a unas gentes de Tabasco, que tiempo atrás habían llegado unos hombres que les habían vencido tres veces. Cortés se apresuró a decirle que el capitán de aquellos soldados era él mismo. Impresionado por las conquistas de su visitante, Canec quiso colocarse bajo su obediencia y aún dijo más. El cacique sabía del paso de unos compatriotas de aquellos barbudos. Por fin se tenía una pista del paradero de Olid o Gil González de Ávila, a quien había enviado Pedrarias de Ávila con doscientos hombres a bordo de un bergantín y cuatro navíos. En prueba de su vasallaje, Canec invitó a Cortés a visitar el pueblo y ver cómo destruía sus ídolos. Contra la opinión de la tropa, el capitán accedió

y llegó hasta los templos, protegido por una veintena de ballesteros. Antes de abandonar Mazatlán, entregó a Canec un caballo morcillo que estaba herido en un pie.

Lejos de las ciénagas, la expedición llegó al altiplano, en el que se abatieron dieciocho venados, al precio de la muerte de dos caballos, que cayeron agotados. No fueron estos los únicos animales que vieron, pues los corredores de campo capturaron a cuatro indios que traían muerto un jaguar y varias iguanas. Al fondo de aquella llanura se alzaba una sierra áspera, repleta de piedras afiladas, en la que la lluvia incesante hizo caer a los caballos, sesenta y ocho de los cuales murieron despeñados. En una de las caídas, un sobrino de Cortés, Palacios Rubios, se partió la pierna. Sus apellidos muestran los lazos familiares del conquistador con el doctor Palacios Rubios, autor del célebre requerimiento.

El 15 de abril de 1525, los españoles llegaron a un pueblo llamado Tenciz, después de burlar el hambre durante diez días a base de palmitos cocidos y algo de carne de cerdo. Más adelante, además de comida, hallaron noticias de sus compatriotas. Un mercader les contó que los blancos habían asaltado la ciudad de Nito un año atrás. Siguiendo esta pista, llegaron a Taniha, lugar al que accedieron después de atravesar una sierra en la que Juan de Ávalos rodó con su caballo y se partió un brazo. Un mal menor comparado con lo que hubiera podido ocurrirle de no ir cubierto por su armadura. Cerca de Nito, Cortés se preparó para reencontrarse con los cristianos, ignorante de si estos eran los que habían llegado con Olid, Francisco de las Casas o Gil González de Ávila. Prudentemente, envió a Sandoval con quince españoles para que indagara sobre la identidad de aquellos. Dos días después, aquella partida capturó a cuatro españoles que estaban pescando. Presentados ante Cortés, dijeron ser hombres de González de Ávila. El cuarteto informó de que formaban parte de un grupo de sesenta hombres y veinte mujeres hambrientos y enfermos, a los que de inmediato se les envió una carta. Días después Diego Nieto, justicia de aquel asentamiento, recibió a Cortés, que trató de evacuar a sus compatriotas, si bien no le fue posible hasta la llegada de un navío procedente de las islas, que trajo treinta hombres, marinería, trece caballos, setenta y tantos puercos, pan y doce botas de carne salada. Cortés lo compró

todo, incluso el navío. En Nito supo que Francisco de las Casas había dejado en el pueblo de Trujillo a otro grupo de españoles.

El siguiente contacto se estableció con los indios de Leguela, que confirmaron la cercanía de Naco. Por ellos supieron que allí habían estado los tres capitanes españoles y que Cristóbal de Olid estaba muerto. Cortés, que quedó con sus criados y los enfermos para llevarlos hasta la bahía de San Andrés y tratar de embarcar, envió a uno de sus capitanes para indagar sobre lo sucedido y apaciguar la zona. En San Andrés se supo que González de Ávila había remontado el río con un bergantín y unas barcas. En vista de la debilidad de los hombres que le acompañaban, algo que desaconsejaba hacerse a la mar, Cortés ascendió por el río en busca de alimento hasta alcanzar una ciudad maya. Así lo narró el conquistador: «Y con mi gente junta salí a una gran plaza donde ellos tenían sus mesquitas y oratorios, y como vimos las mezquitas y aposentos alrededor dellas a la forma y manera de Culúa púsonos más espanto del que traíamos». En aquella ciudad obtuvieron maíz seco, cacao, frijoles, sal, gallinas, faisanes, perdices y perros. Conseguidos los alimentos, Cortés construyó unas balsas con las que se dejó arrastrar por el caudaloso río. Fue en esa travesía, realizada después de que cayera «la mayor agua que nunca se vido, y con la mayor pestilencia de mosquitos que se podía pensar», cuando el de Medellín se sintió enfermo. Démosle de nuevo la palabra a don Hernando: «Yo me quité la celada que llevaba y me recosté sobre la mano porque iba con gran calentura».¹³⁰ En aquel estado, no pudo evitar que la balsa en la que viajaba se saliera del curso del río y diera en la orilla, donde los indios les aguardaban para atacarles. Repelido el asalto, durante la noche, las barcas siguieron río abajo, hasta llegar, con la mercancía mojada, al puerto donde aguardaban los barcos.

Ya a salvo, Cortés fundó en la bahía de San Andrés la villa de Natividad de Nuestra Señora, que recibió vecinos de Naco. La villa quedó provista de alcaldes y regidores, un clérigo, un herrero, un carpintero, un calafate, un barbero y un sastre, protegidos por veinte de a caballo, algunos ballesteros y cierta artillería y pólvora. Desde Natividad, Cortés envió un navío a Trujillo. Allí, el alcalde y el capitán dejados por Las Casas, se habían alzado con un navío y cincuenta hombres, que habían levado anclas con todas las armas y el herraje, dejando a otro medio centenar de españoles en extrema necesidad. La

llegada de un barco procedente de La Española, capitaneado por el bachiller Pedro Moreno, no sirvió para aliviar su situación, pues este les negó el auxilio al no poder obtener oro o esclavos a cambio. De nada sirvieron los ofrecimientos de dos mercaderes y de un vecino de la isla de San Juan, llamado Gaspar Troche, que iban a bordo y quisieron adelantar el dinero de los víveres. El codicioso bachiller desatendió a sus compatriotas que, desesperados e inducidos por Juan Ruano, se vieron obligados a nombrar a Moreno capitán y a capturarlo esclavos. Este, envanecido por su poder, sustituyó el nombre de la villa por el de Ascensión. En ella dejó a su cómplice Ruano como capitán, que fue apresado y enviado a las islas en cuanto Moreno faltó.

Para ir a Trujillo, Cortés dividió a sus hombres. Por tierra fueron veinte jinetes y diez ballesteros, mientras él, acompañado por sus criados y dos franciscanos, lo hizo en barco. Los hondureños le recibieron con júbilo. Después de celebrar una misa, un clérigo le dio cuenta de todo lo ocurrido. También le informó de que cuando Olid supo de la llegada de Gil González de Ávila, armó dos carabelas para ir en su contra. Sin embargo, antes de su partida, llegó Francisco de las Casas. Olid le recibió a cañonazos, ignorando las banderas de paz que este había alzado. Tras aquel violento encuentro, Las Casas desembarcó en medio de una tormenta en la que se ahogaron más de treinta españoles. Olid hizo prisioneros a los que sobrevivieron y les hizo jurar sobre los Evangelios que no le combatirían. Confiado en aquel compromiso, los soltó. Gil González de Ávila también fue capturado en el puerto de Choloma. Reunidos los tres capitanes en Naco, Olid, seguro de sí mismo, invitó a su mesa a Las Casas y a González de Ávila. En un descuido, Francisco de las Casas agarró a Olid de las barbas...

Y con un cochillo de escribanías —que otra arma no tenía— con que se andaba cortando las uñas paseándose le dio una cuchillada, diciendo: ya no es tiempo de sufrir más este tirano. Y luego saltó con el dicho Gil González y otros criados de vuestra merced y tomaron las armas a la gente que tenían de su guarda, y a él le dieron ciertas heridas y al capitán de la guarda y al alférez y al maestro de campo y otras gentes que acudieron de su parte los prendieron luego y tomaron las armas sin haber ninguna muerte. Y el dicho Cristóbal Dolid con el ruido se escapó huyendo y se escondió, y en dos horas los dos capitanes tenían apaciguada la gente y presos a los principales de sus secuaces. Y hicieron dar un pregón que quien sopiese de Cristóbal Dolid lo veniese a decir so pena de muerte, y luego supieron dónde estaba y le prendieron y pusieron a buen recabdo. Y otro día por la mañana,

hecho su proceso contra él, ambos los capitanes juntamente le sentenciaron a muerte, la cual ejecutaron en su persona cortándole la cabeza».¹³¹

Terminado su relato, el religioso pidió perdón a Cortés por todo lo ocurrido durante la estancia de Pedro Moreno. El capitán accedió en nombre de Su Majestad, y se dispuso a pacificar la zona, tras lo cual, varios barcos levaron anclas. Uno de ellos, el que debía dirigirse a Nueva España, fue destruido por una tempestad en la que murió ahogado Juan de Ávalos. Otros partieron hacia Jamaica y La Española para trasladar los hechos a los oficiales reales. En su escala en Cuba, fueron recibidos por Alonso de Zuazo, que había sido expulsado de la Nueva España. Desde el puerto de la Trinidad, un barco con caballos y alimentos se dirigió hacia el lugar en el que se hallaba Cortés. En aquel navío viajó una carta de Zuazo en la que le informaba de que en la Nueva España se le daba por muerto. Cuando aquel papel llegó a manos del demacrado Cortés, Bernal narró que «tomó tanta tristeza que luego se metió en su aposento y comenzó a sollozar; y no salió de donde estaba hasta otro día por la mañana». Bajo el despótico gobierno de Gonzalo de Salazar, Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado salvaron sus vidas refugiados en el convento franciscano. Rodrigo de Paz, primo y administrador del capitán y principal obstáculo para saquear su casa, fue encarcelado y se le quemaron los pies con aceite antes de ser ahorcado. Francisco de las Casas y Gil González de Ávila, regresados a la ciudad, fueron sentenciados a muerte, acusados de haber matado a Olid. Solo el regreso de Ordás desde España, el 2 de diciembre de 1525, fortalecido por su condición de alcalde mayor, detuvo aquellos desmanes. Cuando supo de la ausencia de Cortés, partió en su busca. Sin rastro del capitán por el litoral, se dirigió a Cuba para comprar ganado.

Lejos de aquel fragor, aunque creía que estaba ante «otra Culúa», Cortés optó por apartarse de aquella empresa y regresar a México. Después de dejar una guarnición en manos de Hernando de Saavedra, trató, sin conseguirlo, de hacerse a la vela hasta en tres ocasiones. En vista de esas dificultades, envió a Martín Dorantes con unas cartas cosidas a sus ropas de campesino. En ellas les daba el poder a Las Casas y a Pedro de Alvarado. Haciéndose llamar *Juan Flechilla*, Dorantes se embarcó en uno de los tres buques disponibles en el puerto. Debía saltar a tierra en el Pánuco y, desde allí, ir a la ciudad de

México a pie. Con sus barbas crecidas, *Flechilla* se refugió en el convento de San Francisco, donde se hallaban los leales a Cortés. La noticia de que el capitán seguía con vida espoleó a aquellos hombres, que, tras contactar con Estrada y Albornoz, se dirigieron a la residencia de Salazar, protegida por cañones. Esos bronces de nada le sirvieron, pues su guardia le abandonó y fue capturado. Neutralizado Salazar, la noticia de que Cortés seguía con vida corrió como la pólvora.

A pesar de su debilidad, Cortés logró imponer su autoridad en el entorno de Trujillo. Ante las dificultades para regresar a la ciudad, comenzó a acariciar la idea de conquistar Nicaragua, para lo cual se ganó la confianza de Francisco Hernández, hombre de Pedrarias. Con ese objetivo, ordenó a Sandoval, que había partido por tierra en dirección a México, que regresara. Sus soldados se negaron, y en pleno forcejeo llegó un barco con el franciscano fray Diego Altamirano, primo de Cortés, a bordo. Este le dio muchos detalles de la situación en la ciudad imperial. El 25 de abril de 1526, después de redactar unas ordenanzas de buen gobierno, con las que pretendía introducir orden en la ciudad, Cortés puso las proas de sus tres barcos en dirección a la Nueva España. Una tormenta le obligó a desviarse y echar sus anclas en La Habana. Dos semanas más tarde, el 16 de mayo, retomó el camino hacia el continente. Desembarcó de noche y se dirigió a pie hasta la iglesia de la villa de Medellín. Desde allí comenzó a enviar mensajes a los caciques. A pesar de su deterioro físico, Cortés conservaba su influjo sobre los naturales, que acudieron para renovar su lealtad. En Tlaxcala fue recibido con fiestas y banquetes. Antes de su llegada a Texcoco, Alonso de Estrada y el conjunto del cabildo se adelantaron para darle la bienvenida, para la cual los indios habían levantado arcos triunfales. Cortés se aposentó en el convento de San Francisco, donde estuvo seis días acompañado por los frailes. Fue allí donde supo que sería sometido a un juicio de residencia. El encargado de instruirlo sería el juez Luis Ponce de León, hidalgo toledano. Cuando el licenciado se encontró con Cortés, le mostró las provisiones reales, que el de Medellín, al igual que el resto del cabildo, besó y puso sobre su cabeza. Aunque el juicio fue pregonado por la ciudad, Luis Ponce murió días más tarde. Su sucesor, el licenciado Marcos de Aguilar, precedido de su mala fama, se encargó de echar a rodar un tortuoso proceso en el que Cortés estuvo cerca de perder,

literalmente, la cabeza, cuando don Pedro de la Cueva, comendador mayor de la Orden de Alcántara, recibió la orden de ir a la Nueva España para ajusticiarle en el caso de ser declarado culpable de la muerte de Ponce de León. Los informes médicos de Pedro López y Ojeda y los buenos oficios de Francisco Núñez en la Corte desactivaron esa orden.

Siempre astuto e intuitivo, Cortés introdujo en su *Quinta Carta de Relación*, fechada en México el 3 de septiembre de 1526, estas letras de entregada lealtad al emperador Carlos, y de apoyo a su juez:

Pero deseando que Vuestra Majestad sea muy cierto de mi limpieza y fidelidad en su real servicio, teniéndolo por principal, porque sin tener de mí este concepto no querría bienes en este mundo mas antes no vivir en él, hélo pospuesto todo por este fin, y antes he sostenido con todas mis fuerzas en el cargo a un Marcos de Aguilar, a quien el dicho licenciado Luis Ponce tenía por su alcalde mayor, y le he pedido y requerido prosceda en mi residencia fasta en fin della. Y no lo ha querido hacer diciendo que no tiene poder para ello, de que he rescebido asaz pena, porque deseo sin comparación y no sin causa que Vuestra Majestad Sacra sea verdaderamente informado de mis servicios y culpas, porque tengo por fee y no sin mérito que por ellos me ha de mandar Vuestra Majestad Cesaria hacer muy grandes y crescidas mercedes, no habiendo respecto a lo poco que mi pequeña vasija puede contener, sino a lo mucho que Vuestra Celsitud es obligado a dar a quien tan bien y con tanta fedilidad le sirve como yo le he servido y sirvo. A la cual humillmente suplico con toda la instancia a mí posible no permita que esto quede debajo de disimulación, sino que muy clara y magnifiestamente se publique lo malo y bueno de mis servicios, porque como sea caso de honra y que por alcanzalla yo tantos trabajos he padescido y mi persona a tantos peligros he puesto, no quiera Dios ni Vuestra Majestad por su reverencia permita ni consienta que basten lenguas de invidiosos, malos y apasionados a me la hacer perder. Y no quiero ni suplico a Vuestra Majestad Sacra en pago de mis servicios me haga otra merced sino esta, porque nunca plega a Dios que sin ella yo viva.

EL MAR DEL SUR

La expedición a Las Hibueras no había dado los frutos deseados. Ni Olid ni sus perseguidores, tampoco Cortés, habían sido capaces de dar con el estrecho que condujera al mar del Sur, en el que se libraba la pugna entre las dos potencias navales hegemónicas: España y Portugal. Con el Tratado de Tordesillas como trasfondo, la disputa por las Molucas era el mayor motivo de controversia entre las dos potencias, y aunque el cosmógrafo portugués Diego Ribeiro, al servicio de la Casa de Contratación de Sevilla, las había desplazado deliberadamente en su cartografía, era preciso verificar su verdadera posición en el Pacífico. Por este motivo pero también tratando de llevar a cabo una política de hechos consumados que tenía por objeto fijar un asentamiento estable en las Molucas. De hecho, García Jofre de Loaysa fue nombrado gobernador de las islas del Maluco antes de zarpar, en el amanecer del 24 de julio de 1525, del puerto de La Coruña, ciudad a la que el emperador Carlos otorgó el privilegio exclusivo sobre las expediciones y el comercio con las Molucas. Loaysa dejó España como capitán general de una armada de siete navíos. Con ellos recorrió el litoral sudamericano y se adentró en el estrecho de Magallanes. Un año después, la Corona envió otra armada al mando de Sebastián Caboto destinada a alcanzar Catay y Cipango. Sin embargo, este se dirigió al Río de la Plata, que exploró durante tres años. Sin noticias de Loaysa, el 20 de junio de 1526 el emperador firmó una cédula en la que pedía a Cortés que saliera en su auxilio y en el de los supervivientes de la nao *Trinidad*, capitaneada por Gonzalo Gómez de Espinosa, que había quedado atrás durante la travesía de Magallanes. En manos de los portugueses

hasta su liberación en 1527, Gómez de Espinosa regresó a España, donde le fue concedido un escudo de armas con una divisa parecida a la que recibió Elcano: «Tú fuiste uno de los primeros que la vuelta me diste».

Antes de que llegara aquella carta, Cortés disponía de información sobre Loaysa gracias a un patache, el *Santiago*, que se había extraviado y había accedido a Tehuantepec, donde el religioso guipuzcoano Juan de Aréizaga, que alcanzó la costa nadando, fue atendido por indios cristianizados. Uno de sus capitanes, Guevara, allí instalado, le escribió en septiembre de 1526 para darle la noticia. El metelinense, siempre presto a iniciar nuevos proyectos, dejó escritas estas palabras en su *Quinta Carta de Relación*:

Y si Vuestra Majestad fuere servido de me mandar conceder las mercedes que en cierta capitulación envié a suplicar se me hiciesen cerca deste descubrimiento, yo me ofresco a descubrir por aquí toda la Especería y otras islas si hobiere cerca de Maluco y Melaca y la China, y aun de dar tal orden que Vuestra Majestad no haya la Especiería por vía de rescate, como la ha el rey de Portugal, sino que la tenga por cosa propia y los naturales de aquellas islas le reconozcan y sirvan como a su rey y señor natural. Porque yo me ofresco con el dicho aditamento de enviar a ellas tal armada o ir yo por mi persona por manera que las sojuzgue y pueble y faga en ellas fortalezas y las bastezca de pertrechos y artillería de tal manera que a todos los príncipes de aquellas partes y aun a otros se puedan defender.

Como se recordará, la idea de surcar el mar del Sur ya la tenía Cortés a finales de 1522, cuando instaló a Juan Rodríguez de Villafuerte en Zacatula.

Sin haber hallado el paso por Las Hibueras, debilitado en México por la llegada de los oficiales reales, Cortés deseaba incorporarse a la carrera hacia China con el firme propósito de incorporar esos reinos a la Corona española. La persona encargada de encabezar la expedición cortesiana fue su primo Álvaro de Saavedra Cerón, a quien entregó unas provisiones y unas cartas dirigidas a Loaysa, Caboto, los reyes de Cebú, Tidore y cualquier otro que se encontrara. Estas últimas iban redactadas en latín, pues se creía que en aquellos lugares pudieran vivir judíos capaces de interpretarlas. En la tripulación también iba un intérprete de árabe, otro de latín y un conocedor de la lengua de Calicut, acaso de origen portugués. Saavedra debía socorrer a Loaysa, Caboto y a los de la *Trinidad*, pero también averiguar si los portugueses tenían fortificaciones y si estas se hallaban dentro de los límites

españoles. En caso de ser así, debían tomarse. El viaje tenía también otros intereses:

Procurareis con mucha diligencia de saber la orden que los naturales de aquellas partes tienen en cultivar los arbores donde nasce la especiería y cada género de especia por sí; y sabido, trabajaréis muy disimuladamente de enviar en los navíos algunas plantas en sus botas con tierra ó en otra manera que a vos os parezca que puedan venir más sanas, para se plantar acá.¹³²

El 31 de octubre de 1527, la flota se alejó del puerto de Zihuatanejo. Álvaro de Saavedra capitaneaba *La Florida*, Luis de Cárdenas la *Santiago*, y Pedro de Fuentes el bergantín *Espíritu Santo*. Saavedra, después de pasar por las islas de los Ladrones, alcanzó Mindanao, donde los naturales, que quizá habían visto a hombres de la armada de Loaysa, los recibieron con gritos de «¡Castilla!, ¡Castilla!». El 27 de marzo de 1528 los barcos llegaron a Tidore.¹³³ Meses después, el 19 de octubre de 1529, el capitán de la armada, después de los infructuosos intentos de regresar a la Nueva España, murió. Desaparecido Saavedra, algunos miembros de su tripulación hicieron, cautivos de los portugueses, la ruta del cabo de Buena Esperanza. Hombres como Vicencio Napolitano llegaron hasta Lisboa, desde donde regresaron a la Nueva España para informar de lo ocurrido. En España, Hernando de la Torre y Francisco Granado hicieron entrega a Núñez de abundante documentación sobre ese viaje.

Estos contratiempos no detuvieron a Cortés, que en noviembre de 1531 compró en el puerto de Acapulco dos naves: *San Marcos* y *San Miguel*. El 20 de mayo 1532, día del Corpus, los dos barcos, capitaneados por Diego Hurtado de Mendoza y Juan de Mazuela, se hicieron a la mar. Rumbo al norte, descubrieron las islas Magdalenas. Un temporal precipitó el regreso de la mitad de la tripulación, mientras el resto prosiguió. En la costa, los indios mataron al capitán, mientras los supervivientes se adentraron en una tierra ya en manos de Nuño Beltrán de Guzmán, conquistador de Nueva Galicia y enemigo mortal de Cortés. Aquellos fracasos no hicieron desistir a Cortés, que, instalado en Tehuantepec desde finales de 1532 y más tarde en el puerto de Santiago de la Mar, envió dos barcos en octubre del siguiente año, la *Concepción*, capitaneada por Diego Becerra y pilotada por Fortún Jiménez de Bertandoña, y el *San Lázaro*, con Hernando de Grijalva y el portugués Martín

de Acosta en los mismos puestos. Aquellos hombres debían buscar a Hurtado de Mendoza y tratar de encontrar unas aguas en las que, se decía, abundaban las perlas. Pronto, las naves perdieron el contacto entre sí. Sin rastro de la *Concepción*, Grijalva navegó hacia el norte hasta la que llamaron isla de Santo Tomás. En febrero de 1534 el barco regresó a Tehuantepec. De aquella navegación contamos con la narración de su derrotero. En ella, aparecen dos sorprendentes dibujos de lo que parecen sirenas, junto a este comentario: «No divisamos si tenía escamas o no, que parecen la color de la tonina. Lo que más tenía y más vimos, los brazos».¹³⁴ Mientras que el *San Lázaro* logró volver, *La Concepción* corrió peor suerte. Tras declararse un motín, Diego Becerra fue asesinado mientras dormía. Los rebeldes desembarcaron en la sierra de los Motines, en Michoacán. Allí dejaron a los heridos y a los franciscanos y se dirigieron hacia el norte, donde los indios pericúes mataron a Fortún y a sus compañeros de aventura, excepto a uno, que salvó la vida, acogido por los hombres de Nuño de Guzmán.

Este nuevo revés empujó a Cortés a embarcarse en una nueva expedición. Meses antes de que aquello ocurriera, y como prueba del ambiente de confusión en que se hallaba el litoral occidental de la Nueva España, el licenciado Altamirano, ocupado de los negocios mexicanos de Cortés, escribió a Francisco Núñez unas inquietantes líneas en las que se da por hecha la llegada de barcos portugueses: «El marqués tiene mucha nueva de portugueses que se han visto en aquella costa de Colima, donde él al presente está aderezando su jornada y, casi en el tiempo que partieron sus navíos de Tehuantepeque para venir a Ciguatlán, que adonde el marqués se ha de embarcar, se vinieron tres navíos y —como digo—, se tiene por cierto que son portugueses porque no hay otros que se pueda pensar que sean».¹³⁵ Conviene, en este punto, recordar que incluso Cortés creía que las costas asiáticas estaban mucho más cerca de lo que la experiencia demostró más tarde. Le acompañaron alrededor de trescientos hombres, muchos de ellos inexpertos y deseosos de medrar en la estela del conquistador de la Nueva España. La armada estaba compuesta por la *Santa Águeda*, el *San Lázaro* y el *Santo Tomás*. Con los barcos bien surtidos de bastimentos, Cortés inició el viaje por tierra y llegó hasta Compostela, donde residía Nuño de Guzmán, que, acaso impresionado por los ciento cincuenta jinetes que acompañaban al de

Medellín, le acogió en su casa durante varios días. Después de aquella extraña convivencia entre enemigos, Cortés se dirigió al puerto de Chametla, al que la flota llegó el 18 de abril de 1535. Días más tarde, el 3 de mayo, se produjo el desembarco en el puerto de Santa Cruz. Ante el escribano Martín de Castro, Cortés tomó posesión de la bahía de La Paz, desde donde mandó de regreso a sus barcos para traer al resto de la gente, comandada por Andrés de Tapia. Sin embargo, aquel tornaviaje fue desgraciado, pues uno de los barcos encalló, mientras que otro dio al través en una bahía. Solo el último de ellos pudo regresar a la isla de Santa Cruz, donde el hambre comenzó a hacer estragos. En esas circunstancias, Cortés decidió ir con cincuenta soldados, herreros, carpinteros y calafates para recuperar las naves perdidas, con las que regresó a Santa Cruz. Los soldados que allí habían quedado comieron tanta cantidad de la carne que trajo que la mitad de ellos murieron de «cámaras» y otras dolencias. Desde aquella isla, se prosiguieron las campañas de descubrimiento, hasta topar, que este fue el verbo empleado por Bernal, con la bahía de California. Como en otros momentos de la expansión por el Nuevo Mundo, el influjo del *Amadís de Gaula* se dejó notar. En su cuarto libro, las *Sergas de Esplandián*, se habla de la isla de California, un lugar poblado por mujeres negras semejantes a las amazonas, gobernado por la reina Calafia.

En medio de aquella campaña, Cortés, que ya ostentaba el título de Marqués del Valle de Oaxaca, recibió una carta de su mujer, doña Juana de Zúñiga, en la que esta le pedía «que mirase los hijos e hijas que tenía, y dejase de porfiar más con la fortuna y se contentase con los heroicos hechos y fama que en todas partes hay de su persona». También le escribió el virrey, Antonio de Mendoza, solicitándole que regresara a la Nueva España. En vista de aquellos mensajes, Cortés regresó a Acapulco y, desde allí, a su palacio en Cuernavaca. Poco duró su descanso, pues meses después envió dos navíos con provisiones y sesenta soldados a las órdenes de Francisco de Ulloa para proseguir con la búsqueda de Hurtado de Mendoza. Pocos días después de la salida del puerto, ocurrida el 8 de julio de 1539, las borrascas hicieron retornar a la *Santa Águeda* y perderse a la *Santo Tomás*. Ulloa, que iba en la nao *Trinidad*, decidió seguir por la costa oriental del golfo de California. El 28 de septiembre, la desembocadura del río Colorado fue bautizada como Ancón de San Andrés. Así quedó escrito por el escribano Pedro de

Palencia,¹³⁶ que describió cómo Ulloa echó mano a su espada y tomó posesión del lugar en una ceremonia en la que cortó árboles y hierbas, movió piedras y sacó agua del mar. El veedor Diego de Haro y los franciscanos fueron testigos de la ceremonia. El rastro de Ulloa se perdió después del envío de su carta, fechada el 5 de abril de 1540. A pesar del infortunio que acompañó a todas aquellas empresas, las aguas que bañan las costas de California, la que en su momento se llamó mar Bermeja, reciben hoy el nombre de mar de Cortés.

HOMBRES DE FRONTERA

Más allá de los territorios que los dibujantes mexicas entregaban en sus lienzos a Moctezuma, existían otros reinos en los cuales su poder se diluía hasta perderse. Uno de ellos fue aludido por Cortés en su *Quinta Carta de Relación*: «Entre la costa del norte y la provincia de Michuacan hay cierta gente y poblaciones que llaman chechimecas. Son gentes muy bárbaras y no de tanta razón como estas otras provincias». Incansable, el conquistador informó de su iniciativa al emperador Carlos:

También envió agora sesenta de caballo y docientos peones con muchos de los naturales nuestros amigos a saber el secreto de aquella provincia y gentes. Llevan mandado por instrucción que si hallaren en ellos alguna aptitud o habilidad para vivir como estotros viven y venir en conocimiento de nuestra fee y reconocer el servicio que a Vuestra Majestad deben, que trabajen por todas las vías posibles de los apaciguar y traer al yugo de Vuestra Majestad y pueblen entre ellos en la parte que mejor les pareciere; y si no los hallaren aparejados, como arriba digo, ni quisieren ser obidientes, les hagan guerra y los tomen por esclavos, porque no haya cosa superflua en toda la tierra ni que deje de servir ni reconocer a Vuestra Majestad. Y trayendo estos bárbaros por esclavos, que casi diz que son gente salvaje, será Vuestra Majestad servido y los españoles aprovechados, porque sacarán el oro en las minas y aun en nuestra conversación podría ser que alguno se salvase.

Hernán Cortés no fue el único que ambicionó aquellas tierras. El reino chichimeca también llamó la atención de Beltrán Nuño de Guzmán. Nombrado gobernador del Pánuco, Nuño de Guzmán dejó España el 14 de mayo de 1525. Su primera escala en el Nuevo Mundo fue Santo Domingo, donde enfermó de malaria, causa por la cual permaneció en la isla durante varios meses antes de

dirigirse a Santisteban del Puerto. Ya en el Pánuco, encontró una tierra empobrecida, semivacía, por lo que comenzó a traficar con esclavos indios, a los que marcó en su mejilla derecha con una R de «rescate».¹³⁷ Según narró Nuño de Guzmán, aquellos hombres esclavizados, que fueron cambiados por ganado, evitaron así ser devorados por sus dueños o convertirse en objeto de comercio con los bárbaros chichimecas. En las islas, siempre según el de Guadalajara, esos esclavos legítimos podrían convertirse en cristianos. Aquella región, no obstante, era tan solo un alto en su camino. Pronto, el hidalgo alcarreño se dirigió a México para presidir la primera Audiencia. En la ciudad de México fue asistido por los oidores Alonso de Parada y Francisco Maldonado, muertos poco después de su llegada, Juan Ortiz de Matienzo y Diego Delgadillo. El resultado de la primera Audiencia, que funcionó entre diciembre de 1528 y enero de 1531, fue desastroso. De su despotismo se supo en la Corte gracias a una carta que el obispo Zumárraga, al que Nuño había confiscado la correspondencia, hizo llegar al emperador Carlos dentro de un pan de cera que viajó alojado en una barrica de aceite, gracias a la colaboración de un marinero vizcaíno.¹³⁸ Tratando de dejar atrás su nefasto quehacer en los despachos, Nuño de Guzmán abandonó México a finales de 1529 para convertirse en conquistador de Nueva Galicia. Con él llevó cien jinetes, doscientos peones y cinco mil indios de guerra, muchos de ellos tlaxcaltecas y tarascos. Entre sus acompañantes iban Gonzalo López como maestro de campo, Francisco Verdugo, Cristóbal de Barrio y Diego de Proaño. También un intérprete llamado Juan Pascual y los hermanos Juan y Cristóbal de Oñate. Este último, llegado a la Nueva España como ayudante de Rodrigo de Albornoz, se había casado con doña Leonor Cortés Moctezuma, hija de Cortés y de Isabel de Moctezuma, y fue pionero en la explotación de las minas de Zacatecas descubiertas por Juan de Tolosa, *Barbalonga*. Lejos del control de los oficiales reales, la violencia de Nuño de Guzmán volvió a brotar. Juan de Sámano, secretario del Consejo de Indias, describió cómo ajustició a Catzontzin:

Por ciertos delitos que contra el Cazoncí, señor de la provincia de Mechoacan, se hallaron, a lo cual me remito al proceso que contra él se hizo, le mandó arrastrar a la cola de un caballo el dicho

gobernador, y le llevaron a un palo donde fue ahogado con un garrote y quemado; y decía el pregón «a este hombre por traidor, por muchas muertes de cristianos que se le han probado».¹³⁹

Después de pasar por Michoacán, Nuño de Guzmán se adentró en un territorio desconocido para los españoles. En su viaje pasó por un lugar llamado Cuynacaro, poblado por caníbales. Desde allí, los españoles se dirigieron a Tonalá y a Izcatlan, antes de alcanzar el que llamaron pueblo del Peñol. En Nochistlán pasaron la Semana Santa, pueblo en el que algunos de sus habitantes fueron condenados a morir en la hoguera, después de conocerse que habían realizado sacrificios humanos. La marcha hacia el norte, además de por las riquezas que se pudieran hallar, estaba impulsada por la búsqueda de un supuesto país de las Amazonas. Sin embargo, cuando Gonzalo López llegó al lugar donde creían que estas se hallaban, Cihuatlán, no se encontró rastro de aquellas fantásticas mujeres. Pese a la decepción, un objetivo no menos cargado de fantasía apareció en el horizonte: las Siete Ciudades de Cíbola. Detrás de ese nuevo sueño estaba, al parecer, el testimonio de un indio llamado Tejos, hijo de un vendedor ambulante de plumas, que había hablado de esas ciudades. Mermado por las secuelas de su enfermedad, Nuño de Guzmán persiguió aquel espejismo subido a unas andas llevadas a hombros de caciques mexicas. Incapaz de alcanzar aquel espejismo, regresó a México a comienzos de 1537 para presentarse ante el virrey Mendoza, que lo acogió conforme a su calidad. Días después de su llegada, el licenciado Diego Pérez de la Torre, encargado de tomarle residencia y sucederle en el gobierno de la Nueva Galicia, le confinó en una cárcel pública en la que estuvo preso durante año y medio. Desde aquella prisión fue conducido a España, donde murió encarcelado en el castillo de Torrejón de Velasco en 1544.

A pesar de la violencia que le acompañó a su paso por Nueva Galicia, Nuño de Guzmán dejó abierta la ruta hacia el norte, lugar aureolado por las leyendas. Al estímulo de la imaginación de sus compatriotas contribuyó Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Contador en la expedición de Pánfilo de Narváez que partió de Sanlúcar de Barrameda en 1527, Cabeza de Vaca fue uno de los pocos supervivientes del naufragio que puso fin a aquella aventura que tenía como meta la conquista de La Florida. Cabeza de Vaca, esclavizado por los indios, fue el primer europeo en ver los bisontes, a los que llamó vacas

corcovadas, y vivió en condiciones extremas durante años, antes de convertirse en comerciante de pieles y pinturas faciales. En su deambular, contactó con otros compañeros que habían salvado la vida. Se trataba de Andrés Dorantes de Carranza, Alonso del Castillo Maldonado y el mulato Esteban de Azamor, *Estebanico*. Juntos, lograron escapar de sus dueños hasta topar con una tribu, que quedó espantada de su aspecto. Haciendo de la necesidad virtud, Cabeza de Vaca curó a un moribundo realizando un barroco ritual en el que incluyó rezos. La curación del enfermo les salvó la vida. Fue así como Cabeza de Vaca se convirtió en sanador y prosiguió su viaje hasta llegar, después de recorrer miles de kilómetros a pie, que quedaron descritos en una obra llamada *Naufragios y comentarios*, a la ciudad de México la víspera del día de Santiago de 1536. Junto a sus tres acompañantes, Alvar Núñez Cabeza de Vaca fue recibido con unas fiestas acordes con su gesta. Poco después, el virrey Antonio de Mendoza casó al capitán Castillo Maldonado y a Andrés Dorantes con dos viudas indias. De este último matrimonio, que dejó una larga prole, nació Baltasar, autor, en 1604, de la *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles*, obra en la que trató de defender con la pluma lo ganado con la espada por hombres como su padre. Cabeza de Vaca aún tuvo fuerzas para acometer otro viaje. Después de obtener en Castilla el nombramiento de adelantado del Río de la Plata, partió en 1541 en esa dirección. En su viaje contempló las cataratas de Iguazú, que bautizó como el Salto de Santa María.

El relevo norteño de Nuño de Guzmán lo tomaron otros. El 7 de marzo de 1539, el franciscano francés Marcos de Niza salió en pos de las maravillosas ciudades de Cibola. Su partida inició una misión evangelizadora que supuso una alternativa a aquellas que estaban marcadas por componentes mayoritariamente bélicos. El fraile llegó hasta San Miguel de Culiacán. Desde allí envió a *Estebanico*, que, acompañado por cuatrocientos indios, se adentró en las tierras dominadas por los indios zuñi, dejando cruces a su paso, para guiar al fraile. Asombrados por su aspecto, los zuñi le torturaron y finalmente sacrificaron. Por una carta que Albornoz envió al tesorero Alonso de la Torre,¹⁴⁰ conocemos lo que dijo ver el de Niza a su regreso de la ciudad de Cibola, que, finalmente, aseguró haber hallado. Según la misiva, la ciudad

estaba construida con casas de cal y canto de varios pisos, con turquesas engastadas en puertas y ventanas. En unas tierras habitadas por hombres que vestían a la manera de los moros, vivían «camellos y elefantes, e vacas de las nuestras e montecinas, que las cazan por los montes la gente della, e mucha cantidad de ovejas como las del Perú, e otros animales que tienen un cuerno, solamente, que les allega hasta los pies; a cuya causa dice que come echado de lado. Dice que no son unicornios, sino otra manera de animales». En el otoño de 1539, Mendoza, conocedor de la suerte corrida por *Estebanico*, proyectó enviar un ejército de hombres de a caballo por tierra y dos navíos en los que viajarían arcabuceros, ballesteros y religiosos. Meses después, Mendoza dio el gobierno de Nueva Galicia a Francisco Vázquez de Coronado. El contingente que le acompañó estaba compuesto por trescientos españoles, doscientos de ellos a caballo, cientos de indios voluntarios, una docena de franciscanos y un buen número de reses. A lado de Vázquez de Coronado iban el maestre de campo Lope de Samaniego y los capitanes Diego de Guerala, Rodrigo Maldonado, Juan de Zaldívar, Pablo de Melgosa y García López de Cárdenas. Muerto de un flechazo Samaniego, López de Cárdenas ocupó su puesto. Instalado en Cíbola, en realidad un pobre pueblo de adobe, García López de Cárdenas, durante una exploración realizada en el verano de 1540, llegó hasta el gran vacío del Cañón del Colorado, en cuyo fondo fluía un curso de agua que llamaron río Tizón. La del Cañón no fue la única expedición en la que Cárdenas participó. Un año después, junto a Coronado, recorrió las praderas, el Llano Estancado, en pos de otra ciudad mítica, Quivira, que se reveló como una pobre aldea poblada por pieles rojas.

El nombramiento de Vázquez de Coronado como gobernador de la Nueva Galicia bloqueó definitivamente cualquier ambición de Cortés. Sin embargo, su ausencia quedó pronto cubierta por Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala, que viajó a España y obtuvo los títulos de gobernador y capitán general de Guatemala a finales de 1527. Durante su estancia en la Península, obtuvo el hábito de Santiago y se casó con doña Francisca de la Cueva, sobrina de Francisco de los Cobos, que murió apenas viajó a México con su flamante marido en 1528. En aquel viaje también llegó Francisco de Marroquín, que en 1534 fue nombrado primer obispo de Guatemala. Un lustro después, el 5 de agosto de 1532, en Medina del Campo se firmó la

capitulación que permitía a Alvarado el descubrimiento de las islas del mar del Sur. La expedición acabó en un estrepitoso fracaso. Después de hacerse a la mar en enero de 1534, desembarcó en las costas de Ecuador, desde donde ascendió las cumbres andinas. Con sus huestes diezmadas, Alvarado se encontró con Diego de Almagro, al que malvendió los navíos, la artillería y las autorizaciones de que disponía. Incapaz de permanecer inactivo, pacificada Honduras, Alvarado regresó a España en el verano de 1536. Atrás dejaba el juicio de residencia al que debía enfrentarse. En España permaneció hasta 1539, de donde regresó acompañado por su nueva esposa, Beatriz de la Cueva, y con una capitulación para descubrir y conquistar la Especiería y las Molucas. En una carta escrita en Guatemala el 18 de noviembre de 1539, Alvarado comunicó al emperador su intención de «ir a descubrir nuevas tierras por los rumbos de China y California». La creencia de que el Nuevo Mundo se unía a Asia por el norte estaba plenamente vigente, como demuestran esas letras. Para llevar a cabo su empresa, Alvarado armó doce navíos, cuya construcción emuló la de los bergantines durante el sitio de Tenochtitlan. Desde Veracruz, los indios transportaron hasta la costa del Pacífico anclajes y armas. En agosto de 1540 la flota puso rumbo hacia el puerto de la Purificación de Jalisco.

Mientras negociaba con Mendoza el reparto de los gastos de la expedición, recibió una petición de ayuda del nuevo gobernador de Nueva Galicia, Cristóbal de Oñate, que había asumido el cargo al no haber noticia de Vázquez de Coronado. Las posiciones españolas eran débiles en la línea fronteriza, se limitaban a una red de presidios, misiones y cuarteles sobre la que orbitaban los españoles que habían recibido tierras con la condición de no venderlas en diez años. Al objetivo de fijar población y pacificar la región se unieron las exenciones de impuestos y la entrega de herramientas y ganado a los pueblos indígenas, que mantuvieron sus formas de autogobierno. Incluso se instalaron pueblos tlaxcaltecas, purépechas y otomíes para que sirvieran de espejo de las bondades del modo hispano. De nada sirvieron aquellos experimentos. En los bordes del frágil dominio hispano permanecían los esclavistas guachichiles, sobre cuyos cuerpos, desnudos y tatuados o «rayados», caían sus melenas teñidas de rojo. Su ferocidad les llevaba a empalar y desollar hombres. Menos violentos eran los pames, dedicados al

robo de ganado. En estas circunstancias, los nativos se rebelaron, matando a soldados y frailes, quemaron edificios religiosos y pueblos, y robaron ganado y caballos. El alzamiento fue conocido como la guerra del Mixtón. El 9 de abril de 1541, los naturales aprovecharon un eclipse solar para sorprender a los soldados capitaneados por Diego de Ibarra. El 28 de septiembre, el alzamiento indígena llegó hasta las puertas de la ciudad de Guadalajara.

Algunos meses antes de que aquello ocurriera, Alvarado acudió en auxilio de Oñate al mando de un centenar de soldados. Con ellos partió hacia el peñol de Nochistlán, donde los rebeldes se habían hecho fuertes. De nada había servido el intento pacificador del franciscano Juan de Calero, que, convencido del poder de la palabra de Dios, intentó hablar con los alzados con su biblia en la mano. La respuesta de los indios fue una lluvia de flechas y lanzas que pusieron fin a su vida. Juntos, Alvarado y Oñate se dirigieron hacia aquel lugar. Sin posibilidad de tomar el peñón, Alvarado ordenó retirada. Durante la maniobra, el inexperto Baltasar de Montoya, notario de la flota, espoleó a su caballo, que, espantado, rodó por la pendiente y arrastró a Alvarado. Bernal, siempre defensor de su capitán, contó así el accidente:

Y estando una capitania de soldados sobre unos peñoles para que no les entrasen por allí los guerreros, defendiendo aquel paso, parece ser que a uno de los soldados se le derriscó el caballo; y vino rodando por el peñol abajo con tan gran furia e saltos por donde don Pedro de Alvarado estaba, que no se pudo ni tuvo tiempo de se separar a cabo ninguno, sino que el caballo le encontró de arte que le trabó mal y le magulló el cuerpo, porque le tomó debajo. Y luego se sintió muy malo, y para guarecelle y curalle, creyendo no fue tanto su mal, le llevaron en andas a curar a una villa, la más cercana del real, que se dice La Purificación, y en el camino se pasmó. Y llegando a la villa, luego se confesó y rescibió los santos sacramentos, y falleció y allí le enterraron con la mayor pompa que pudieron.¹⁴¹

Durante su agonía, Alvarado pidió que le quitaran la coraza para ponérsela a otro soldado, que se exhibió con ella ante los indios y los puso en retirada. Así terminó la vida de Pedro de Alvarado. Los azulados ojos de *Tonatiuh* se cerraron el 4 de julio de 1541 en la ciudad de Guadalajara. Después de su muerte, el cargo de gobernador de Guatemala recayó sobre su joven esposa, Beatriz de la Cueva, *la Sin Ventura*, que perdió la vida el 11 de septiembre de ese año, durante la inundación de Santiago de los Caballeros de Guatemala, provocada por un seísmo que agitó las faldas del volcán de Agua.

La muerte de Alvarado se unió a la de muchos de aquellos compañeros que pisaron las playas veracruzanas en 1519, que no pudieron morir «de su muerte». Cuando se produjo el accidente de Nochistlán, había pasado más de una década desde el fallecimiento de Gonzalo de Sandoval, ocurrido mientras acompañaba a Cortés en su primer retorno a España. Así relató Bernal el fin del bravo capitán:

Y fue a desembarcar cerca de la villa de Palos, junto a Nuestra Señora de la Rábida. Y desde que vieron en salvamento en aquella tierra, hincan las rodillas en el suelo y alzan las manos al cielo dando muchas gracias a Dios por las mercedes que siempre les hacía; y llegaron a Castilla en el mes de diciembre de mil e quinientos y veinte y siete años. Pareció ser que Gonzalo de Sandoval iba muy doliente; y a grandes alegrías, hobo tristezas, que fue Dios servido que desde ahí a pocos días de le llevar desta vida, en la villa de Palos.¹⁴²

Antes de expirar, Gonzalo de Sandoval pudo ver cómo el posadero, un cordonero dedicado a hacer arreos para la mar, le robó trece barras de oro, sin que el guerrero, tan flaco y debilitado como estaba, pudiera delatar al ladrón, que huyó a Portugal con su botín.

A la guerra del Mixtón le sucedió la guerra Chichimeca, desencadenada tras el descubrimiento de las minas de plata de Zacatecas en 1546, que propició la apertura del Camino de la Plata o Camino Real de Tierra Adentro. Durante aquel conflicto destacaron algunos caciques que se convirtieron en hidalgos por sus méritos de guerra. Ese fue el caso de Nicolás de San Luis Montáñez, que se decía descendiente de los reyes de Tula. Don Nicolás, ayudado según las crónicas por el apóstol Santiago, venció a los chichimecas en Querétaro. Su mayor logro fue la captura del belicoso cacique Maxorro, mérito por el cual fue distinguido con el hábito de Santiago, que le entregó el virrey Luis de Velasco en 1551. Fallecido en México, el caballero de Santiago fue enterrado en el convento de San Francisco.

Los problemas que los hispanos tuvieron para estabilizar los territorios norteños muestran los límites de sus propias fuerzas. Como todo imperio, el español encontró sus últimas fronteras en las praderas americanas septentrionales y en las selvas ecuatorianas. También las halló en Oriente. El sueño de invadir China terminó por disiparse, al comprobarse que las

Filipinas no pudieron convertirse en unas nuevas Antillas desde las cuales acometer la entrada en el continente asiático.

LA NUEVA ESPAÑA PACIFICADA

El viernes 2 de diciembre de 1547 Hernán Cortés, convertido en un mito, pero agotado después de tratar de defender en los despachos lo ganado sobre la tierra, falleció en la localidad sevillana de Castilleja de la Cuesta. El conquistador tenía sesenta y dos años. Enfrentado al virrey, Cortés había regresado a España a principios de 1540. Su participación en la desastrosa campaña de Argel, en la que no fue invitado al consejo de guerra, fue su última acción bélica. A partir de entonces, el resto de sus días se consumieron en la redacción de memoriales y cartas de agravios. Su presencia, sin embargo, era constante en los actos organizados por la Corte. En noviembre de 1543 asistió en la Salamanca de su juventud a la boda del príncipe Felipe con María de Portugal. Allí conversará con Juan Ginés de Sepúlveda, antes de instalarse en Valladolid. A finales del verano de 1546, después de un breve paso por Madrid, se trasladó a Sevilla, donde dictó su testamento antes de exhalar su último aliento.

Alejado de los campos de batalla, aquellos en los que se perfiló su imagen de conquistador, los últimos años de Cortés ofrecen una imagen que acaso sea la que más se ajuste a su verdadero carácter. No parece descabellado afirmar que el terreno por el que mejor se movió el de Medellín fue el del papel y la pluma, material constitutivo del Imperio español, cuyos límites amplió tanto Cortés. Dentro de la portentosa arquitectura jurídica puesta en pie por los hispanos destaca, junto al término «conquista», el de «pacificación», referido a un particular orden político para cuyo alcance fue muy útil la institución de la encomienda. Antes de culminar la conquista,

Cortés, según contó Bernal, motivó en ocasiones a sus hombres con la promesa de convertirlos en una suerte de señores feudales transterrados. Y, en efecto, así ocurrió. Aunque después de la caída de Tenochtitlan muchos se sintieron insatisfechos, el metelinense otorgó más de quinientas encomiendas, cuyos propietarios quisieron conservar y entregar a sus descendientes. Dos décadas más tarde, algunas se habían extinguido, mientras que otras se habían transmitido a un primer heredero. Son las llamadas encomiendas «en segunda vida», que recibieron respaldo legal en 1536. Seis años más tarde, en noviembre de 1542, se publicaron las Leyes Nuevas, que regulaban la esclavitud indígena y anunciaban la extinción de la encomienda. Su aplicación en el Nuevo Mundo forzó el envío de una serie de oficiales que descubrieron abusos tanto por parte de los señores españoles como por parte de los señores indígenas. También observaron que la penetración de la fe católica no era la deseada. La realidad novohispana determinó que las leyes no se aplicaran del modo pretendido durante su redacción. Después de entrar en crisis, las encomiendas se recuperaron parcialmente. En medio de estos vaivenes jurídicos, las Leyes Nuevas permitieron la liberación de miles de esclavos indígenas, hecho que causó un gran malestar entre quienes pretendían convertirse en señores perpetuos de los indios. La crítica a la limitación de la encomienda también se realizó desde determinados sectores de la Iglesia, pues la desaparición de los encomenderos podía propiciar el regreso de los indios a la idolatría.

En estas circunstancias, la chispa de la insurrección brotó en Perú¹⁴³ y rápidamente se extendió por algunos ambientes de la América Hispana. El punto culminante de aquella agitación se alcanzó en la Nueva España un año después de la muerte del virrey Luis de Velasco, en agosto de 1564, cuando la ciudad de México sirvió de escenario de una conjura en la que estuvo involucrado Martín Cortés, hijo del conquistador. Los insurgentes, con Alonso de Ávila a la cabeza, pretendían coronarle como rey, confiados en la carga simbólica del hijo del conquistador. Descubierta el complot, sesenta y ocho hombres fueron detenidos. Ávila, su hermano Gil González y otros conjurados, como Baltasar de Quesada, fueron decapitados. Otros se vieron abocados a la vil ejecución por ahorcamiento. En cuanto al vanidoso II Marqués del Valle, fue detenido y enviado a la Península en 1567. Ya en España, permaneció

recluido en Torrejón de Velasco durante seis años, tiempo en el que pleiteó contra la acusación de crimen de lesa majestad. Martín Cortés salvó la vida al precio de diez años de servicio en Orán, condena que conoció el 3 de marzo de 1573. El marqués, sin embargo, no cumplió la pena.¹⁴⁴ Una vez rehabilitado, en 1581 se casó en segundas nupcias con doña Magdalena de Guzmán. Un año después, estaba integrado en la Corte, para morir en 1589.

Aquella grave revuelta mostró a las claras el choque entre dos modos de concebir la presencia en la Nueva España. Un enfrentamiento entre el tipo de sociedad que diseñó Hernán Cortés durante la propia conquista y la impulsada por la Corona. Esta controversia nos obliga a regresar a la *Cuarta Carta de Relación*, en la que Cortés expuso los, a su juicio, inequívocos buenos resultados del sistema implantado. En la carta admitió no haber dado cumplimiento a las órdenes recibidas. La razón de esta desobediencia radicaba en el hecho de que los españoles no tenían ningún medio de sostenerse en aquella tierra si prescindían de la mano de obra indígena. Desactivar el sistema implantado conllevaría, además de posibles disturbios, graves perjuicios. Aunque los españoles habían logrado imponer su orden, existía una amenaza latente para la que Cortés ya había dispuesto una serie de medidas, las *Ordenanzas de buen gobierno*.¹⁴⁵ Redactadas el 20 de marzo de 1524, estas comenzaban con una disposición de tintes bélicos: «Que qualquier vezino e morador de las dichas cibdades e villas que agora ay e obiere, tenga en su casa una lanza e una espada o un puñal, e una rodela e un casquete o celada e armas defensivas, hora sean de las de España hora de las que se usan en la tierra». Tales exigencias se extendían a los encomenderos, muchos de ellos, conquistadores: «Qualquier vezino que tobiere repartimiento de quinientos indios para abaxo tenga una lanza e una espada e un puñal e una celada e bambote, e una ballesta o escopeta, e armas defensivas de las de España, lo qual todo tenga bien aderezado».

Cortés subrayó el carácter liberador de la encomienda con relación a la situación previa, en la cual los señores indígenas tomaban toda la hacienda de sus subordinados. El conquistador sostenía, incluso, que los indios preferían tener a los españoles como señores antes que regresar a su estado anterior, al tiempo que insistía en el celo puesto en evitar que los naturales fueran empleados para sacar oro, algo a lo cual le habían instado los propios

oficiales reales. Si hasta la fecha las peticiones de oro de los españoles podían justificarse como compensación por los gastos propios de la conquista, en adelante, esta práctica cesaría para con los indios encomendados. Contravenir esta ordenanza acarrearía la pérdida de los indios, algo que también ocurriría si estos eran maltratados.

En cuanto a los tributos, veía un grave problema en que se entregaran íntegramente al rey, pues, de procederse así, los españoles no se sujetarían a la tierra. Cortés sabía de la insatisfacción de muchos de sus compañeros. Era obligado, por lo tanto, favorecer el arraigo de los conquistadores. Para ello, la perpetuidad de las encomiendas podría ser útil. Tal y como expuso en sus *Ordenanzas*, Cortés temía que en la Nueva España se repitiera lo ocurrido en las Antillas:

[...] que por algunos, por temor que les han de ser quitados e removidos los indios que en estas partes tobiere, como ha sido fecho a los vezinos de las Islas, están siempre como de camino e no se arraigan ni heredan en la tierra, de donde resulta no poblarse como convenía ni los naturales ser tratados como era razón, e si estobieren ciertos que los ternían como cosa propia, que en ellos habían de suceder sus herederos e sucesores, ternían especial cuidado de no solo no los destruir ni desipar mal, aun de los conservar e multiplicar, por tanto, yo en nombre de Su Magestad, digo e prometo que a las personas que esta Instrucción tobiere e quisieren permanecer en estas partes, no les serán removidos ni quitados los dichos indios que por mí, en nombre de Sus Magestades, tobiesen señalados para en todos los días de su vida, por ninguna cabsa ni delito que cometa, si no fuere tal que por él merezca perder los bienes e por mal tratamiento de los dichos naturales, según dicho es en los capítulos antes deste. E que teniendo en estas partes legítimo heredero e sucesor, sucederán en los dichos indios e los ternán para siempre de juro e de heredad, como cosa suya propia. E prometo de lo imbiar a suplicar así a Su Magestad, que así lo conceda e faga por bien e solicitallo.

Para resolver los agravios, los conquistadores descontentos podían dirigirse a fray Juan de Toro y a Alonso de Estrada. La esfera religiosa y la económico-política se mantenían vinculadas dentro del orden novohispano, si bien se consideraba que la gestión de la encomienda por parte de particulares era mejor que la impulsada por las gentes de la Corona. Prueba de ello era la mala práctica desarrollada por el tesorero Alderete en los pueblos que se le concedieron. El desmantelamiento del régimen señorial sería, además, costoso para las arcas imperiales, pues, aunque existía tropa a sueldo, esta resultaba insuficiente sin el complemento de los encomenderos. Cortés calculó incluso las cifras —mil de a caballo y cuatro mil peones— adecuadas para garantizar

la seguridad tras la conquista. Para alcanzar esos números, los encomenderos eran imprescindibles, pues constituían una suerte de tropa de reserva, ya que se les exigía servir como infantes si tenían menos de quinientos indios, mientras que si superaban ese número debían acudir como caballeros. Por otro lado, estos hombres eran útiles para aportar los recursos que mantenían a la tropa estante. Sin ellos, la evangelización también se resentiría, pues la falta de control sobre los pueblos exigiría que los religiosos debieran ir siempre acompañados de una guarnición de soldados.

Los planteamientos cortesianos mostraron su realismo décadas más tarde. Prueba de ello fue la trayectoria descrita por Pedro Pérez de Cárdenas, suegro del capitán Antonio Velázquez de Figueroa, de quien Gonzalo de Salazar, padre de Antonio de Salazar, canónigo de la catedral de México, dijo que fue «persona de mucha calidad y caballero hijodalgo notorio». Según Salazar, alférez en la guerra de Jalisco, Pérez de Cárdenas acudió a pelear «contra los Yndios de aquella tierra, que se auían alçado», en servicio del rey, con seis hombres «a los cuales les dio harmas y cauillos, como hidalgo que era, porque los que no lo son no lleuan tanta xente a semexantes negocios a su costa».¹⁴⁶ En Jalisco, Pérez de Cárdenas halló la muerte.

En definitiva, y sin desdeñar el interés personal de Cortés y de los primeros conquistadores en mantener su estatus, la principal razón para el mantenimiento de la encomienda era la operatividad de un sistema que permitía continuar la evangelización y la incorporación de los indios a las instituciones hispanas, mediante un control indirecto de la tributación, que exigía poco esfuerzo a la Corona. La alternativa suponía un gran gasto militar que no garantizaba el mejor trato para los indios, pues los encomenderos eran los principales interesados en conservar a las gentes depositadas. Cortés, por lo tanto, representaba la postura señorial, extensible a los indios jóvenes y nobles formados en ambientes monásticos y a los españoles casados con indias principales. Frente a este modelo se alzaba el preferido por la Corona, que fue el que terminó por imponerse. A pesar de lo que pudiera parecer, los grupos directamente favorecidos por el régimen encomendero no fueron los únicos defensores de tal modelo. Los conquistadores contaban también con el apoyo de los franciscanos, favorables al reparto perpetuo de la tierra y a su vez favorecidos por las *Ordenanzas*, que establecían que, si el encomendero

poseía más de dos mil indios, debía pagar a un clérigo para su instrucción. En el caso de las encomiendas más modestas, el hombre de religión debía financiarse entre varias. El interés en que los caciques entregaran sus hijos a los frailes para que fueran instruidos, consiguiendo que estos irradiaran su credo en su entorno indígena, daba también un gran poder a las órdenes religiosas, tan favorecidas por Cortés, siempre receloso del clero secular. Junto a las complicidades señaladas, algunas veces, entre ellas la del contador Rodrigo de Albornoz, se alzaron en contra del modelo cortesiano, al suponer que la pérdida de presencia de la Corona abría la puerta al fraude y la ocultación de capitales en lo tocante a la tributación.

A las ordenanzas del 20 de marzo, se unieron otras dictadas en ese mismo 1524. En ellas se insistía en los fines evangélicos, con su habitual trasfondo providencialista, de la empresa española. También se aludía a las bulas alejandrinas: «Cualquier español que tuviere indios depositados o señalados sea obligado a mostrarles las cosas de la fe, porque por este respeto el Sumo Pontífice concedió que nos pudiésemos servir de ellos; y aun para este efecto se debe creer que Dios ha permitido que estas partes se descubriesen y nos ha dado tantas victorias y tanto número de gente».¹⁴⁷ Lucas Alamán, en su obra *Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana*, reprodujo las que denominó *Ordenanzas inéditas*. En ellas se trata de «la forma y manera en que los encomenderos pueden servirse y aprovecharse de los naturales que les fueren depositados». Estas fueron las disposiciones de Cortés:

Que el español ó otra persona que tuviere indios depositados, tenga cargo de les quitar todos los oratorios de ídolos que tuvieran en sus pueblos ó en otra cualquier parte, é les haga una iglesia en el pueblo con su altar é imágenes, adonde les haga entender que han de venir á rogar á Dios que les alumbre para que le conozcan, é se salven, é por los otros bienes temporales, so pena que el que dentro de seis meses como les fueren depositados los dichos indios, no les tuviere quitado los ídolos é oratorios antiguos, é no tuviere hecha la dicha iglesia, pague medio marco de oro, aplicado como dicho es, é de aquí adelante pague la dicha pena cada vez que fuere visitado y no lo hallare hecho como en este capítulo se contiene.¹⁴⁸

Evidentemente, el interés personal de Cortés estaba en juego dentro de este continuo intercambio normativo y documental, máxime después de la concesión del marquesado, que llevaba el complemento del vasallaje de

23.000 indios del valle de Oaxaca, probablemente la zona aurífera más importante conocida hasta ese momento. La defensa de estas mercedes alimentó un nuevo intercambio de papel. El 20 de septiembre de 1538, el marqués del Valle escribió al Consejo de Indias. En su carta explicaba el sistema de propiedad indígena. Cortés, que había servido para consumar el traslado de la corona desde la testa de Moctezuma a las sienes del emperador Carlos, pretendía dar continuidad a algunos aspectos políticos, ya elogiados en su momento, del Imperio mexica. El sistema señorial prehispánico era hereditario, como hereditarias pretendían ser las encomiendas impulsadas por él. Casi dos décadas después de la conquista de una tierra dominada por la herejía, Cortés trataba de rescatar algunas de las bondades de aquella sociedad que tanto le había impresionado. Frente a las sombras éticas y religiosas, existían luces como las del bullicioso y rebosante mercado de Tlatelolco, cuya prosperidad era la consecuencia de un orden que debía mantenerse bajo una adecuada tutela, a la cual contribuirían los señores indios leales a la Corona.

Ya en España, el testimonio de Cortés, por su autoridad, fue requerido en algunos procesos judiciales. El 28 de febrero de 1541, con la rúbrica al pie de Sebastián de Ledesma, se cerró un interrogatorio en el que el marqués del Valle respondió a una docena de preguntas referidas a Francisco Téllez, vecino de la ciudad de México. En concreto, nos interesan las dos últimas respuestas, en las que Cortés se reafirma en su modelo. A la duodécima pregunta:

Yten, si saben que por la certinidad susodicha de que se avían de repartir y repartían los indios en los conquistadores y se les dauan sus repartimientos de ellos y de las demás cosas de suso declaradas, según que en el dicho uso y costumbre se tenía y tiene para la gratificación de sus seruiçios, e que se les avía de gratificar y pagar lo que así conquistavan y seruían, e peleavan en la dicha Nueva España, en la manera de suso dicha los dichos conquistadores siruieron y han servido en la dicha Nueva España, esperando de ser así pagados y remunerados y proveydos conforme al dicho uso y costumbre, que se avía usado y acostumbrado, e usa y acostumbra en las demás provinçias y tierras de Yndias, que es dalles sus repartimientos de indios e tierras, y que desta manera se usaua, entendía y platicaua que se avía de hazer y hazía según dicho es con los que así conquistauan en la dicha tierra, e que así lo entendían los capitanes y ofiçiales de Sus Magestades, que dello se aprouechar en lo susodicho, e así era y fue comúnmente de todos avido y entendido, y es así público y notorio, digan de todo y de cada cosa cómo pasó y lo saben.

Cortés respondió:

Que cre e tiene por cierto que los dichos conquistadores thenien esperança que avrán de ser gratificados, e que este testigo syenpre prometió y ofresçió gratificar a los que bien sirviesen a Su Magestad, e que asý lo hizo con los que se hallaron en su compañía y con otros que se allaron en la dicha conquista, e que sy con algunos no lo hizo asý fue porque al tiempo que lo avía de hazer se le removiò su governaçión.¹⁴⁹

Ese mismo año, Cortés elaboró otro documento, «Parecer razonado de don Hernando Cortés, marqués del Valle, sobre los repartimientos perpetuos de la Nueva España». En él, propuso una tributación escalonada y creciente para las encomiendas hereditarias. Si en primera vida se le debía dar al rey la cuarta parte de la renta; en la segunda, el tercio; y en la tercera, la mitad. Cortés también reaccionó cuando conoció las Leyes Nuevas. En esta ocasión, elaboró un *Memorial*. En él subrayó el malestar que produciría en la Nueva España la pérdida de las encomiendas. Hay que hacer notar que a esas alturas las encomiendas de primera vida ya convivían con las de segunda. Por otro lado, quedando muchas tierras todavía por conquistar, la posibilidad de obtener una encomienda podía operar como estímulo, una vez introducidas las rectificaciones aparejadas a la experiencia novohispana, que a su vez había corregido lo hecho en las Antillas. Cortés también planteó que en las nuevas conquistas no se hicieran esclavos. El de Medellín llegó a insinuar que en ocasiones se había buscado, por parte de los españoles, un *casus belli* para hacer la guerra y capturar esclavos. Hay que recordar que en la carta dirigida al emperador en octubre de 1524, había descrito así a sus compatriotas: «La más de la gente española que acá pasa, son de baja manera, fuertes, y viciosos, de diversos vicios y pecados; y si a estos tales se les diese libre licencia de su andar los pueblos de los indios, antes por nuestros pecados se convertirían ellos a sus vicios que los atraerían a virtud».

No podemos cerrar este capítulo sin referirnos sucintamente a la esclavitud en Nueva España o, por mejor decir, a las diversas esclavitudes que allí se dieron y a sus justificaciones. Como en el resto de sociedades políticas de entonces, en la España de la época estaba permitida la esclavitud bajo unas determinadas condiciones. Hasta el descubrimiento de América existían en Europa enclaves en los que los cristianos comerciaban con

esclavos musulmanes, mientras estos hacían lo propio con cristianos. La aparición de un nuevo continente poblado por hombres dejados de la mano de Dios planteó el tratamiento que a estos debía darse. Un poderoso aparato legislativo se ocupó de tan complejo asunto.¹⁵⁰ La esclavitud de indios se implantó legalmente a partir del 30 de enero de 1494. Año y medio más tarde, el 1 de junio de 1495, la ley fue derogada, anulando la autorización concedida a Colón para la venta de indios en Sevilla, ciudad en la que existía un nutrido grupo de genoveses, tan proclives a la mercancía humana. El proyecto esclavista de Colón, que tenía a los caribes y lucayos como principales víctimas, recibió un duro revés. Un lustro más tarde, en junio de 1500, se emitió la orden de devolución de los indios de España, ejecutada por el secretario de Cisneros, el franciscano fray Francisco Ruiz, enviado en la expedición de Bobadilla. Ante estas limitaciones, los *casus belli* que insinuaba Cortés no tardaron en aparecer. En 1513 el bachiller Enciso propuso una guerra de castigo contra los culpables de vicio nefando, de la que podrían derivarse esclavitudes. A pesar de estos episodios, la limitación de la esclavización de los indios era ya un hecho al final de la década.

Como es sabido, Cortés esclavizó a indios, que empleó en trabajos mineros una vez terminada la conquista. Sin embargo, estos esclavos, que en su mayoría lo eran por su condición de cautivos de guerra, no fueron los únicos de los que se sirvió. En 1530 escribió a don García Fernández Manrique, conde de Osorno, que en ausencia de Loaysa figuraba como presidente del Consejo de Indias. En su carta le pidió permiso para llevar a la Nueva España doce esclavos blancos criados en Castilla, que pretendía incorporar a la empresa de la mar del Sur como atabales y trompetas. Dos años más tarde escribió al licenciado Francisco Núñez pidiéndole que solicitara licencia al rey para llevar a sus tierras «dos docenas de esclavos o esclavas moriscas del reino de Granada o de otra parte que sepan criar seda para esprimir como se podría criar sin que pague derechos».¹⁵¹ A principios de 1533, en otra misiva dirigida a Francisco Núñez,¹⁵² le encargó la compra de quinientos esclavos negros de entre quince y veinticinco años, que debían ser entregados en San Juan de Ulúa por la compañía de los Welser, representados por sus factores, Gerónimo Sailer y Enrique Ehinger. El marqués se reservaba el derecho de desechar al diez por ciento de los

hombres y poderlos sustituir por otros más aptos para los trabajos previstos. El precio por pieza se movía entre cuarenta y cincuenta ducados de oro, con un plazo de entrega inferior a los dos años tras la firma del acuerdo.

En el ya citado *Memorial*, don Hernando también se ocupó de los esclavos indígenas. En él sostuvo que si los indios evangelizados se rebelaban era lícito reducirlos a la esclavitud. En ese mismo documento también se planteó la posibilidad de otorgar la manumisión de los ya existentes. Sin embargo, dado su escaso número y los desórdenes que pudieran seguirse de tal medida, consideró la medida como imprudente. No obstante, para los hijos de los esclavos existentes, propuso que estos dejaran su estado para servir de otro modo a sus señores. Más allá de estas consideraciones, cuando Cortés murió, poseía esclavos. En su testamento aparece un amplio número de ellos vinculados mayoritariamente al cultivo de caña de azúcar. Bartolomé Bennassar¹⁵³ los cifró en 261 individuos, entre negros e indios, hombres y mujeres, si bien señaló que los indios eran de una avanzada edad, dato que demostraría que, o bien fueron esclavizados durante la conquista, o fueron comprados a sus propietarios indios. Todavía en 1544, Cortés formalizó la compra de esclavos negros, en su gran mayoría ladinos, es decir, hombres que sabían hablar español.

La suerte de los esclavos negros fue diferente a la de los indios. Presentes desde el inicio de la conquista, fueron frecuente objeto de regulación. Baste, en este sentido, citar la *Real Provisión en que se manda no sean libres los esclavos negros que se casen ni los hijos que tuviesen, a pesar de ser contra las leyes del Reino. D. Carlos y D. Juana su madre*, firmada en Sevilla el 11 de mayo de 1526, en la que se decía, literalmente «para que así pueda prosperar la isla Española, a pesar de ser contra las leyes del Reino».

La situación de la población negra condujo a una rebelión en 1609, durante el virreinato de Luis de Velasco y Castilla, cuando partidas de negros acaudilladas por un tal Yanga pusieron en peligro el camino entre Veracruz y México. Hostigada por las tropas del virrey, la revuelta se cerró con el envío, por parte de los forajidos, de una carta en la que se comprometían a mantenerse leales a Dios y al rey. Velasco, condescendiente, les concedió un sitio en el que se fundó el pueblo de San Lorenzo, lugar desde donde

exterminaron a los indios cercanos. Tres años más tarde se produjo otra conjura de la negritud, que se saldó con el ahorcamiento de treinta y cinco individuos de ambos sexos, tras descubrirse que iban a atentar contra sus patrones españoles durante la procesión del Jueves Santo. El plan ambicionaba proclamar a un rey negro en la Nueva España, que se casaría con una «mulata morisca» llamada Isabel. Sentado en su trono, el nuevo monarca nombraría duques, marqueses y condes entre los de su raza, invirtiendo de este modo el sentido del poder y la tributación novohispana. El proyecto contemplaba la matanza de los blancos, si bien se dejaría con vida a las jóvenes «de bonita cara»,¹⁵⁴ incluidas las monjas y las hijas del virrey, con las cuales se daría lugar a una raza mestiza.

Sin duda, estos brotes violentos fueron tenidos en cuenta a la hora de redactar, en 1650, las *Ordenanzas sobre el buen tratamiento que se debe dar a los negros para su conservación*. En ellas se prohibieron las mutilaciones y se insistió en la necesidad de darles instrucción católica y enseñarles el español. Asimismo, se establecieron limitaciones para los esclavos, a los cuales se les prohibió portar armas, «sino fuere un cuchillo de un palmo, sin punta», y andar a caballo, excepto en el caso de los vaqueros y boyeros que se desempeñaran en sitios apartados.

Arriesgado y lucrativo negocio, el asiento de negros terminó siendo monopolizado por las diferentes potencias europeas, si bien no faltaron españoles vinculados a esta actividad. Por su parte, el eclipse de la encomienda comenzó en torno a 1580, para colapsar definitivamente en el siglo XVIII con el cambio dinástico.

LA ESFERA, LA CRUZ Y LA PLUMA

Quinientos años después de que se produjeran los hechos que hemos tratado de reconstruir en esta obra, el mito de Cortés y sus compañeros, refulgente a veces, a menudo sombrío, distorsiona mucho de lo ocurrido a partir del Jueves Santo de 1519. Sin embargo, más allá del brillo de las corazas y del oro, la conquista del Imperio mexica supuso un hito fundamental en el despliegue del Imperio español. Cortés y sus compañeros llevaron a cabo la primera gran expansión hispana en el Nuevo Mundo, siguiendo algunas de las estrategias que ya se mostraron exitosas durante una Reconquista concluida en 1492, que, de algún modo, prosiguió en el continente americano. Al margen de las semejanzas paisajísticas, el nombre escogido para aquellas tierras, Nueva España, muestra a las claras hasta qué punto la idea de reproducción de la sociedad política hispana estaba en el ánimo de quienes descendieron de los barcos. De hecho, la fundación del cabildo de Veracruz, más allá de los objetivos puramente personales, supuso la implantación de una institución que jugó un papel esencial en el avance cristiano en la Península. Veracruz da continuidad al desbordamiento peninsular que siguió al descubrimiento de América, solo posible en conexión con la Teoría de la Esfera¹⁵⁵ manejada por los españoles antes del viaje de Cristóbal Colón.

La concepción esférica del mundo, que empujó a los españoles a navegar hacia poniente, tenía reservada la sorpresa de un nuevo continente interpuesto ante el objetivo final: las Indias. De hecho, en su primer viaje, Colón llevaba consigo unas cartas de la reina Isabel para el gran Khan. Por entonces, Cortés era tan solo un niño que, sin duda, tuvo noticia de la toma de Granada y del

viaje colombino. Años después, cuando el joven cruzó el océano, China y la Especiería seguían siendo el gran objetivo de los españoles. De hecho, en la *Instrucción* de Velázquez se apuntó la posibilidad del encuentro de un paso que diera acceso al mar del Sur. Durante toda su vida, Cortés trató en vano de hallarlo. Todavía en su *Quinta Carta de Relación*, el conquistador mantenía el anhelo de llevar a cabo su primer plan: «Y si Vuestra Majestad fuere servido de me mandar conceder las mercedes que en cierta capitulación envié a suplicar se me hiciesen cerca deste descubrimiento, yo me ofresco a descubrir por aquí toda la Especiería y otras islas si hobiere cerca de Maluco y Melaca y la China...». Aquel permiso nunca llegó y Cortés hubo de conformarse con dar apoyo a otras empresas impulsadas por una Corona, la española, a la cual se le había concedido el Real Patronato de Indias. La concesión, hecha por el papa Alejandro VI, sirvió para que los monarcas españoles atesoraran, además de su poder político, una gran autoridad sobre los religiosos. La espada y la cruz se solaparon en el Nuevo Mundo. De hecho, durante la conquista de México, la confluencia apareció ya en el lema bajo el que se combatió, *Amici, sequamur crucem, et si nos fidem habemus, vere in hoc signo vincemus*, y, en el caso de Hernán Cortés, se mantuvo en su escudo de armas, orlado por la frase, *Judicium Domini apprehendit eos fortitudo ejus corroboravit brachium meum* («El juicio del Señor se apoderó de ellos y su poder fortaleció mi brazo»). Tomado de Flavio Josefo, el lema le sirvió para establecer un paralelismo, según el cual Tenochtitlan era una nueva Jerusalén. Su obra, en suma, habría estado guiada por la divinidad, presente incluso en las fabulosas apariciones del santo guerrero o de la Virgen. Aunque el de Medellín ganó un imperio para su señor, mostró siempre una gran vehemencia contra la idolatría de aquellos hombres señoreados por un demonio cuya silla, a su decir, estaba ubicada en la cúspide de la pirámide donde se le ofrecían vidas humanas. De hecho, las *Ordenanzas* dictadas en Tlaxcala comenzaban por señalar el principal objetivo de sus acciones: «Apartar y desarraigar de las dichas idolatrías a todos los naturales destas partes y reducillos, o al menos desear su salvación, e que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su santa fe católica; porque si con otra intención se hiciese la dicha guerra, sería injusta y todo lo que en ella se oviese obnoxio e obligado a restitución».

La implantación de la cruz sirvió para terminar con el tiempo de la gentilidad en la que vivían unos hombres que demostraron, contrariamente a moros y judíos, no ser recalcitrantes, actitud que facilitó su integración en el modo hispano. Tan particulares circunstancias permitieron la búsqueda y ensayo de los cauces más adecuados para la implantación del cristianismo, que fue posible gracias a la toma del poder político. Concluida la conquista, esta estrecha relación determinó el alineamiento de los franciscanos con el sistema encomendero, liderado por Cortés, y el de los dominicos con los oficiales reales. Siempre favorecidos por el conquistador, los franciscanos combatieron la veneración de las imágenes entre los indios, pues temían que estas se confundieran con los ídolos paganos. Fueron ellos quienes, de algún modo, reinventaron al conquistador, al considerarlo un Moisés que encajaba con una perspectiva milenarista en cuyo horizonte aparecía el retorno de Cristo.

Superpuestos a sus facultades políticas y militares, los atributos religiosos terminaron de perfilar a un Cortés convertido en modelo de conquistadores, condición que él mismo percibió, como puede leerse en su *Quinta Carta de Relación*, en la que afirma que: «Según lo que yo he sentido, Muy Católico Príncipe, puesto que desde el principio que comencé a entender en esta negociación yo he tenido muchos, diversos y poderosos émulos y contrarios». Cortés, en suma, constituye un canon en el que confluyen cualidades personales y modelos previos que pronto será medido con el de héroes de la Antigüedad como Alejandro. Un hilo invisible une a Cortés con Alejandro, y a este con Aquiles. Si esto ocurrió con las trayectorias vitales más relevantes, la Nueva España permitió a muchos emprender nuevas vidas, dejar atrás pasados manchados por turbios linajes o por delitos. Aquel era también el lugar de los sueños, el único capaz de hacer posible la realización de mitos protagonizados por amazonas, patagones o animales fabulosos.

Si la esfera, la espada y la cruz simbolizan algunos de los principales aspectos de la conquista del Imperio mexicana, la pluma jugó un relevante papel en las vidas de quienes cruzaron los mares. Para recibir órdenes, para constituir cabildos, para pedir mercedes por sus acciones sobre el campo de batalla. Cada expedición contaba con escribanos reales, cuyas crónicas quedaron completadas por los relatos de quienes participaron en ellas. En el

caso de los hechos de los que hemos tratado en esta obra, Cortés, con sus *Cartas de Relación*, ofreció al rey Carlos su versión de lo acontecido. También sus constantes pruebas de lealtad. En un tono radicalmente distinto, Bernal introdujo la visión de la soldadesca, del colectivo. Estos y otros muchos documentos nutren los excepcionales archivos hispanos, a los que dio lugar un Imperio fuertemente protocolizado. En los relatos de quienes se adentraron en el Nuevo Mundo aparecen las grandes batallas pero, también, los detalles personales, sus ambiciones y sentimientos. Gracias a ellos podemos confeccionar la historia, nunca completa, de la conquista de México.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR, Francisco de, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, Quinta jornada. Disponible en <https://www.artehistoria.com/es/contexto/quinta-jornada>. Consultada el 11 de noviembre de 2018.
- ALAMÁN, Lucas, *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la época de la Conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la Independencia*, Imp. D. José Mariano Lara, México, 1844.
- ALEGRE, Francisco Xavier, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, México, 1842.
- AMOR Y VÁZQUEZ, José, «Apostilla a la “quema de las naves” por Cortés», *Hispanic Review*, vol. 29, n.º 1, 1961.
- BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel, LUCA DE TENA, Torcuato, ALCINA FRANCH, José y USLAR PIETRI, Arturo, *Actas del primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 1986.
- BENNASSAR, Bartolomé, *Hernán Cortés*, RBA, Madrid, 2006.
- BRADING, David A., *Orbe indiano, de la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.
- BUENO, Gustavo, «La Teoría de la Esfera y el Descubrimiento de América», *El Basilisco*, 2.ª época, n.º 1, 1989, pp. 3-32.
- CÁRDENAS DE LA PEÑA, Enrique, «Hernán Cortés y la navegación», *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1986.
- CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, The Hispanic Society of America, Tip. de la Revista de Archivos, Madrid,

- 1914.
- CORTÉS, Hernán, *Cartas de relación a Carlos V*, Ed. Cambio 16, Madrid, 1992.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Edición Real Academia Española, Ed. Galaxia Gutenberg, Madrid, 2011.
- DORANTES DE CARRANZA, Baltasar, *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles*, México, 1902.
- ESCAMILLA, Juan Ortiz (coord.), *El Veracruz de Hernán Cortés*, Universidad Veracruzana, Veracruz, 2015.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín, *Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv: con varios documentos inéditos concernientes á la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*, 5 vols., Imprenta Real, Madrid, 1837.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Sumario de la natural historia de las Indias*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, Manuel, *Hernán Cortés y su revolución comunera en la Nueva España*, CSIC, Sevilla, 1948.
- GINÉS DE SEPÚLVEDA, Juan, *Historia del Nuevo Mundo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.
- KRAUZE, Enrique, *De héroes y mitos*, Tusquets, Barcelona, 2010.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *Visión de los vencidos*, UNAM, México, 1992.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *La conquista de México*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2007.
- MADARIAGA, Salvador de, *Hernán Cortés*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1941.
- MARÍN TAMAYO, Fausto, *Nuño de Guzmán*, Siglo XXI, Madrid, 1992.
- MARTÍNEZ, José Luis, *Documentos cortesianos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.
- , *Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

- MARTÍNEZ, María del Carmen, «Cartas privadas de Hernán Cortés al licenciado Núñez», *Anales del Museo de América*, Madrid, 2004, pp. 81-102.
- , «Francisco López de Gómara y Hernán Cortés: nuevos testimonios de la relación del cronista con los marqueses del Valle de Oaxaca», *Anuario de Estudios Americanos*, n.º 67, Sevilla, enero-junio de 2010, pp. 267-302.
- , *Veracruz 1519; los hombres de Cortés*, Universidad de León, León, 2013.
- MIRA CABALLOS, Esteban, *Hernán Cortés: el fin de una leyenda*, Ed. Palacio de los Barrantes Cervantes, Badajoz, 2010.
- MIRALLES OSTOS, Juan, *Hernán Cortés, inventor de México*, 2 vols., Ed. ABC, Madrid, 2004.
- PEREYRA, Carlos, *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*, Ed. América, Madrid, 1916.
- RAMOS, Demetrio, *Hernán Cortés. Mentalidad y propósitos*, Rialp, Madrid, 1992.
- RESTALL, Matthew, «La contradictoria inmortalidad de Hernán Cortés», *Letras Libres*, n.º 183, Madrid, diciembre de 2016.
- SALINERO, Gregorio, *Hombres de mala corte. Desobediencias, procesos políticos y gobierno de Indias en la segunda mitad del siglo XVI*, Cátedra, Madrid, 2017.
- SÁMANO, Juan de, *Relación de la conquista de los Teules chichimecas*, <http://www.biblioteca.org.ar/libros/156441.pdf>. Consultada por última vez el 18 de noviembre de 2018.
- SAN ANTÓN MUÑÓN CHIMALPAHIN CUAUHTLEHUANITZIN, Domingo Francisco de, *Diario 1519-1615*, México, 1660.
- THOMAS, Hugh, *La conquista de México*, Planeta, Barcelona, 1994.
- TOVAR DE TERESA, Guillermo, *El Pegaso o el mundo barroco novohispano en el siglo XVII*, Editorial Renacimiento, Sevilla, 2006.
- ZAVALA, Silvio, «Hernán Cortés ante la justificación de su conquista», *Quinto Centenario*, 9, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 1985, pp. 15-35.

Notas

¹ Hemos tomado la cita, como haremos en adelante al referirnos a su obra, de Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Ed. Galaxia Gutenberg, Madrid, 2011.

2 En español, este vocablo se transformó en tamemes.

3 Una legua equivale a 5.572 metros, distancia que se estimaba que se podía recorrer en una hora.

4 Una buena aproximación a la expedición de Nicuesa en Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1941.

5 Hemos empleado la edición hecha por la Hispanic Society of America, Tipografía de la Revista de Archivos, Madrid, 1914.

6 Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. II, cap. X, pp. 78-79.

7 Esteban Mira Caballos, *Hernán Cortés. El fin de una leyenda*, Ed. Palacio de los Barrantes Cervantes, Badajoz, 2010, p. 84.

8 Hugh Thomas reproduce el documento en *La conquista de México*, Planeta, Barcelona, 1994, p. 694.

9 La cita, procedente de Fernández de Oviedo, la incorpora Demetrio Ramos en su *Hernán Cortés, mentalidad y propósitos*, p. 49.

10 En relación con la pugna jurídica que mantuvieron Velázquez y a Cortés, hemos empleado el ya clásico trabajo de Manuel Giménez Fernández, *Hernán Cortés y su revolución comunera en la Nueva España*, CSIC, Sevilla, 1948.

11 Gonzalo Fernández de Oviedo al hablar de los caribes flecheros, dice, en relación con la antropofagia, que «los muchachos que toman de los extraños, cápanlos y engórdanlos y cómenselos» (*Sumario de la natural historia de las Indias*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996, p. 123).

12 En relación con los topónimos, Cervantes de Salazar, en su *Crónica de la Nueva España*, da estas explicaciones: «Ulúa quiere decir “árbol”, ó una resina que del sale, de la cual los indios hacían sus pelotas con que jugaban, que como los españoles con las manos arrojan la pelota, así ellos, desnudos en carnes, la rechazaban y daban con el encuentro del anca; y si dicen Sánt Joan de Culhúa, quiere decir de aquella generación ó gente que se enseñorearon de la tierra de México; y así, antes que los mexicanos se enseñoreasen de tan grandes provincias, los indios naturales de aquella tierra la llamaban Chalchicoeca, que quiere decir “en el agua clara”», *op. cit.*, lib. III, cap. II, p. 142.

13 Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, lib. III, cap. IV, p. 144.

14 *Declaración de Juan Álvarez en la probanza realizada por Diego Velázquez contra Cortés. Respuesta a la décima pregunta.* Santiago de Cuba, 28 de junio-6 de julio de 1521. Citado por Carmen Martínez en *Veracruz 1519. Los hombres de Cortés*, Universidad de León, León, 2013, p. 78.

15 Hugh Thomas, en *La conquista de México*, sostuvo que se trataba un consejero de Moctezuma, el vigilante de la Casa de las Tinieblas.

16 Francisco López de Gómara, *Historia de México, op. cit.*, cap. XXIX, p. 60.

17 El pan cazabe se hacía con harina de mandioca.

18 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. III, cap. XVI, p. 167.

19 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. III, cap. XVIII, p. 173.

20 La figura del regidor, vinculada a la Corona, sirvió, desde el siglo XIV, para neutralizar el poder de las hermandades, a menudo controladas por la nobleza castellana.

21 María del Carmen Martínez, *Veracruz 1519*, Universidad de León, León, 2013, p. 263.

22 Juan Ginés de Sepúlveda, *Historia del Nuevo Mundo*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, lib. IV, p. 112.

23 María del Carmen Martínez Martínez, *Veracruz 1519*, *op. cit.*, p. 119.

24 *Ibid.*, p. 266.

25 *Información hecha ante Diego Velázquez, a petición del tesorero Gonzalo de Guzmán, y el contador Pánfilo de Narváez, Santiago de la Isla Fernandina, 7 de octubre de 1519. Citado por María del Carmen Martínez, op. cit., p. 90.*

26 Expedición de Hernán Cortés a Nueva España, Archivo General de Indias, Patronato, 180, R.1 -
4.

27 Juan Ginés de Sepúlveda, *op. cit.*, lib. IV, p. 113.

28 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, Ed. Cambio 16, Madrid, 1992, p. 10.

29 Francisco López de Gómara, *La conquista de México*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2007, pp. 86-87.

30 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. LVIII, pp. 203-204.

31 *Ibid.*, cap. CV, p. 388.

32 Véase J. Amor y Vázquez, «Apostilla a la “quema de las naves” por Cortés», *Hispanic Review*, vol. 29, n.º 1, enero 1961, pp. 45-52.

33 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. III, cap. XXXVIII, p. 213.

34 Carlos Pereyra, *Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*, Ed. América, Madrid, 1916, p. 191.

35 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 21.

36 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. III, cap. XLI, p. 221.

37 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 26.

38 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 26.

39 *Relación de personas que pasaron a Nueva España y estuvieron presentes en su descubrimiento, toma y conquista, con Hernán Cortés y con Pánfilo de Narváez, y de las mujeres e hijos de los conquistadores y pobladores, que han dado peticiones y memoriales relativos al repartimiento general de la tierra, Archivo General de Indias, México, 1064, L.1, 65 R y V.*

40 *Relación de personas que pasaron a Nueva España...*, Archivo General de Indias, México, 1064, L.1, 59 V.

41 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 30.

42 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, p. 285.

43 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 33.

44 Terminada la conquista, Juan Larios participó en campañas de pacificación, tuvo una encomienda y se dedicó a la minería en Ayoteco. *Relación de personas que pasaron a Nueva España...*, Archivo General de Indias, México, 1064, L.1, 277 R.

45 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. LXXXVII, p. 305.

46 Seguimos en este punto a Bernal. Cervantes de Salazar, sin embargo, sostuvo que Cacamatzin, al igual que el resto de enviados, insistió en disuadir a los españoles de entrar en la ciudad, *Crónica de la Nueva España*, lib. III, cap. LXII, p. 268.

47 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. LXXXVII, p. 308.

48 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 43.

49 Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, *op. cit.*, cap. LXVI, p. 133.

50 Juan Ginés de Sepúlveda, *op. cit.*, lib. V, «Discurso de Moctezuma», p. 148.

51 Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, Quinta jornada. Disponible en <https://www.artehistoria.com/es/contexto/quinta-jornada>. Consultada el 10 de noviembre de 2018.

52 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. XCII, p. 333.

54 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. IV, cap. XX, p. 310.

55 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 45.

57 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. XCIII, p. 343.

58 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. IV, cap. XXVII, p. 328.

59 Véase Hugh Thomas, *La conquista de México*, *op. cit.*, p. 364.

60 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 61.

61 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CVIII, pp. 395-398.

62 Véase Hugh Thomas, *La conquista de México*, *op. cit.*, p. 406.

63 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 72.

65 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 75.

66 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CXVII, p. 424.

67 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 77.

68 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, pp. 78 y 79.

69 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CXXIV, p. 454.

70 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CXXIV, p. 455.

71 Véase su capítulo C.II, «Mortandad por viruelas».

72 Véase Hugh Thomas, *La conquista de México*, *op. cit.*, p. 439.

73 *Ibid.*, p. 431.

74 Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, cap. CIV, p. 197.

75 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. IV, cap. XCI, p. 450.

76 Francisco Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. IV, Cap. XCIV, p. 453.

77 Hijo de David Vitales de Santa Clara, judío converso de Salamanca. Cortés mantuvo durante años una estrecha relación con su hermano Cristóbal.

78 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 105.

79 Nos acogemos a la identificación hecha por Hugh Thomas, a pesar de que Cortés dijera que se dirigieron a la torre más alta de la «mezquita grande».

80 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 88.

81 Cervantes de Salazar afirmó que, a falta de proyectiles, se llegaron a emplear chalchuites, una suerte de esmeraldas muy apreciadas por los mexicas.

82 Véase Juan Miralles, *Hernán Cortés, inventor de México*, Ed. Biblioteca de ABC, vol. I., Barcelona, 2003, p. 208.

83 Tomamos la estructura de la comitiva de Hugh Thomas, *op. cit.*, p. 455, basada en el testimonio de Cortés.

84 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CXXVIII, p. 480.

85 La devoción por la Virgen de los Remedios se ha atribuido a Juan Rodríguez de Villafuerte, a quien su hermano, miembro de la orden agustiniana, dio una imagen al partir hacia tierra firme. Véase Guillermo Tovar de Teresa, *El Pegaso o el mundo barroco novohispano en el siglo XVII*, Renacimiento, Sevilla, 2006, p. 174.

86 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, pp. 484-485.

87 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. IV, cap. CXXVII, p. 498.

88 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 91.

89 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, pp. 91-92.

90 Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, *op. cit.*, cap. CXI, p. 213.

91 Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CXXVIII, p. 487.

92 Hernán Cortés, *Segunda Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 92.

93 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. V, cap. XIII, p. 530.

94 Tomamos los nombres de Hugh Thomas, *op. cit.*, p. 819.

95 Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México, op. cit.*, cap. CXV, «La guerra de Tepeacac», pp. 219-220.

96 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Sumario de la natural historia de las Indias*, *op. cit.*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996, p. 123.

97 José Luis Martínez, *Documentos cortesianos*, vol. I, pp. 156-163.

98 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CXXXVI, p. 525.

99 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. V, cap. XXXII, p. 552.

100 Hugh Thomas, *op. cit.*, en nota pp. 821-822.

101 Hernán Cortés, *Tercera Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 124.

102 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CXL, p. 551.

103 Hernán Cortés, *Tercera Carta de Relación*, *op. cit.*, pp. 135-136.

104 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CXLI, p. 561.

107 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. V. cap. LI, p. 576.

108 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, cap. LXXII, «Cómo se armaron los bergantines y de la manera cómo se echaron al agua y con cuánta devoción y solemnidad».

109 Cervantes de Salazar, *op. cit.*, lib. V, cap. CLI, p. 683.

110 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CLII, pp. 647-648.

111 Además de Arteaga, otros, como el hidalgo montañés Rodrigo de Castañeda, que a veces lució un penacho de plumas, razón por la cual fue apodado Xicoténcatl, también lograron hablar el náhuatl.

112 Ya viuda, María de Estrada se casó en segundas nupcias con uno de los fundadores de Puebla, el sevillano Alonso Martín Partidor.

113 Hernán Cortés, *Tercera Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 186.

114 Hernán Cortés, *Tercera Carta de Relación*, *op. cit.*, p. 195.

115 Quizá se tratara de la sustancia que fumaba Moctezuma. Véase Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CLVI, nota 16, pp. 681-683.

116 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CLVI, p. 683.

117 Tomamos estos datos de la nota 8, debida a Guillermo Serés, de la *Historia verdadera...*, p. 690.

118 Véase Hugh Thomas, *La conquista de México*, *op. cit.*, cap. 35, p. 570.

119 Véase José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, *op. cit.*, p. 353.

120 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CLXIX, p. 810 y ss.

121 Las bubas eran tumores causados por enfermedades venéreas.

122 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CLXIX, p. 815.

123 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, cap. CLVIII, p. 707.

124 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, cap. CLVIII, p. 704.

125 En una carta destinada a Francisco de Santa Cruz, fechada el 6 de marzo de 1528, Cortés escribió: «Tendreis mucho cuidado de recoger Amadorcico y de mirar por él, que ande siempre bien tratado y continúe el escuela y castigarle heis moderadamente si hiciere algunas travesuras».

126 La *Cuarta Carta de Relación* puede consultarse en línea en: <http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/Independencia/1524CCR.html>. A ella remitimos al lector en el resto de citas de este documento. Consultada el 2 de octubre de 2018.

127 La *Quinta Carta de Relación* puede consultarse en línea en:
<http://www.memoriapoliticademexico.org/>. Consultada el 2 de octubre de 2018.

129 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, cap. CLXXVII, p. 859.

132 Martín Fernández de Navarrete, *Colección de los viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV: con varios documentos inéditos concernientes á la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*, Imprenta Real., Tomo V, Madrid, 1837, p. 453.

133 Véase Enrique Cárdenas de la Peña, «Hernán Cortés y la navegación», *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1986.

134 *Derrotero armada de dos navíos: salió del puerto de Santiago.* Disponible en <http://www.archivesportaleurope.net/ead-display/-/ead/pl/aicode/ES-41091-AGI10/type/fa/id/ES-41091-AGI-UD-1916099/unitid/ES-41091-AGI-UD-1916099+-+ES-41091-AGI-UD-121680/search/0/derrotero+grijalva>. Consultado el 18 de noviembre de 2018.

136 Enrique Cárdenas de la Peña, *op. cit.*, p. 116.

137 Fausto Marín Tamayo, *Nuño de Guzmán*, Ed. Siglo XXI, México, 1992, p. 34.

138 Véase Juan Miralles, *Hernán Cortés, op. cit.*, p. 448.

139 *Relación de la conquista de los Teules chichimecas que dio Juan de Sámano*. En línea en http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/coleccion-de-documentos-para-la-historia-de-mexico-version-actualizada--0/html/21bcd5af-6c6c-4b27-a9a5-5edf8315e835_48.html

140 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia natural de las Indias, op. cit.*, t. IV, cap. I, pp. 350-335. En Miralles, p. 495.

141 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, *op. cit.*, p. 1.002.

142 *Ibid.*, pp. 946-947.

143 En relación con estas revueltas, véase Gregorio Salinero, *Hombres de mala corte. Desobediencias, procesos políticos y gobierno de Indias en la segunda mitad del siglo XVI*, Ed. Crítica, Madrid, 2017.

144 Gregorio Salinero, *op. cit.*, pp. 440-441.

145 *Ordenanzas de buen gobierno dadas por Hernán Cortés para la Nueva España,* accesibles en línea en: <http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/1Independencia/1524OBI.html>. Consultado el 7 de octubre de 2018.

146 Informaciones: Rodrigo Velázquez de Cárdenas, Archivo General de Indias, México, 233, N. 3.

147 Citado por Silvio Zavala, «Hernán Cortés ante la encomienda», *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Universidad de Salamanca, 1986, Salamanca, pp. 427-428.

148 Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana*, Imp. D. José Mariano Lara, México, 1844, p. 141.

149 «Méritos y servicios: varios conquistadores de Nueva España», Archivo General de Indias, Patronato, 56, N. 2, R.1-3. Debo la transcripción a doña Almudena Serrano Mota.

150 Seguimos la secuencia expuesta por Manuel Giménez Fernández en su *Hernán Cortés...*, *op. cit.*, «La revisión del neofeudalismo cortesiano», cap. VIII, CSIC, Sevilla, 1948, pp. 19-20.

151 Carmen Martínez, *Cartas y memoriales, op. cit.*, p. 273.

153 Bartolomé Bennassar, *Hernán Cortés*, RBA, Madrid, 2006, pp. 303-304.

154 Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, *Diario 1519-1615*, México 1660. Accesible en <http://www.memoriapoliticademexico.org/Textos/Independencia/1660CDN.html>

155 Véase Gustavo Bueno, «La Teoría de la Esfera y el Descubrimiento de América», *El Basilisco*, 2.^a época, n.º 1, 1989, pp. 3-32.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Ismael Iván Vélez Cipriano, 2019
© La Esfera de los Libros, S.L., 2019
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): marzo de 2019
ISBN: 978-84-9164-562-7 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.